

*Amelia Drake*

# La ACADEMIA

TERCER LIBRO



Lectulandia



Twelve se ha hecho fuerte.

Desde que es alumna de la Academia de los Ladrones, ha sobrevivido a todas sus pruebas. Ha soportado el recelo de sus compañeros y la crueldad de los profesores. Twelve está cada vez más decidida a fugarse de esta terrorífica escuela y llevarse consigo a la pequeña Ninon. Para conseguirlo necesitará ayuda de sus amigos, Lapo y Mathias, y el apoyo de Lobo, el misterioso jefe de la hermandad de los Deshollinadores.

Pero escapar no es fácil, y mientras idea su plan, Twelve tendrá que enfrentarse a un nuevo desafío. Los profesores están tramando un robo espectacular y para llevarlo a cabo han decidido reactivar la Horda, un grupo milenario en el que reúnen a los más selectos y expertos ladrones. Twelve hará lo imposible para que la elijan.

Lectulandia

Amelia Drake

# La Academia. Tercer libro

La Academia - 3

ePub r1.0

Titivillus 18.01.2019

Título original: *The Academy: Libro terzo*  
Amelia Drake, 2016  
Traducción: Sara Cano  
Diseño cubierta: Vincenzo Lamolinara

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Amelia Drake*

*La*  
**ACADEMIA**  
TERCER LIBRO



## El Húsar del sombrero amarillo

—Un día esplén-plén-pléndido, ¿verdad? —exclamó el desconocido al sentarse en el banco junto al soldado.

Y allí se quedaron, uno al lado del otro, en la quietud de los Jardines Reales.

Seventy Stephen no vestía su uniforme de Húsar, el cuerpo de Guardia Real en el que se había alistado, mientras que el desconocido iba envuelto en un manto amarillo con el cuello alzado y llevaba una chistera del mismo color. Cuando se sentó, antes incluso de que empezara a hablar, Stephen pensó que tal vez fuera algún tipo de representante religioso, un Gozoso o un sacerdote del Sol. En cambio, debía de ser simplemente alguien con ganas de entablar conversación.

El joven soldado apoyó las manos sobre la caja rosa de la pastelería Cocotte que tenía en el regazo, como para evitar que el aroma del merengue escapara de su interior.

—A ve-ve-veces sería agradable ser invisible, ¿no crees? —retomó la conversación el desconocido—. Pero este m-m-mal o-o-olor no se va nunca.

—Realmente son los mejores merengues de la ciudad —se le escapó a Seventy Stephen.

—¿Y para q-q-quién son, si se me per-per-permite pre-pre-preguntar? ¿Es-es-estás esperando a alguna novieta?

—No tengo novieta —atajó Stephen. A continuación paseó la mirada por una larga avenida flanqueada de arbustos de arrayán, pulcramente podados con forma de conos y pirámides, hasta la fuente que borboteaba al fondo. El agua dibujaba minúsculos arcoíris sobre los peldaños de mármol blanco—. Ya no, al menos...

—Oooh... ¿Ha-ha-ha e-e-elegido a otro caballero? ¿O tal vez fuiste tú el que...?

—¿Fui yo el que qué? —lo interrumpió con brusquedad Stephen y él fue el primer sorprendido por su vehemencia. Había confundido aquella simple frase con una insinuación que había dado de lleno en lo más hondo de sus tormentos. Invirtió unos segundos en recordarse que nadie podía saber qué había pasado entre Twelve, la chica a la que había declarado su amor para luego traicionarla, y él, y que lo que estaba sucediendo en aquel banco era fruto de un encuentro fortuito, por extraño que estuviera resultando—. Disculpe —murmuró inmediatamente después—. No quería ser grosero.

Crejó que en aquel momento se levantaría, saludaría con una reverencia marcial a aquel tipo vestido de amarillo y regresaría a la Academia, y de allí a la cárcel, para su turno de guardia en la celda número 67.

Pero el desconocido lo pilló desprevenido cuando contestó:

—No debes pe-pe-pedirle perdón a na-na-nadie: cuando uno arrastra-tra-tra consigo el olor a huérfa-fa-fano, se siente siem-siem-siempre a-a-atacado...

Stephen experimentó un largo escalofrío al escuchar aquellas palabras, a pesar del débil sol primaveral, de color amarillento, que bañaba los jardines y hacía relucir las varillas de hierro de los bancos. Porque aquello era cierto: Stephen era uno de los huérfanos de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser. Y aquel era su primer día de permiso, el único que se había concedido desde que, junto con el resto de los huérfanos de su generación, abandonara la institución para seguir los preceptos de la Academia de los Húsares. Y desde que su nariz asomó por la puerta —aquella nariz larga y puntiaguda de la que Twelve tan a menudo se burlaba, diciéndole que podría servirle para cortar mantequilla o para colgar luces de Nochevieja—, siempre se había sentido observado, como un forastero por las calles de la ciudad, como un náufrago perdido en un mar de gente. Como aquel prisionero bajo la inclemente luz de la sala de interrogatorios, desnudo y caminando a tientas. Solo tenía una dirección, escrita en un trocito de papel doblado y escondido en el fondo de los bolsillos de los únicos pantalones que tenía para los días de permiso. «Pastelería Cocotte», se leía en aquel papelito, y, más abajo, «merengues». Los merengues de Cocotte eran la mayor delicia del mundo, le había dicho el prisionero mientras Stephen hacía guardia frente a su celda. Lo único que realmente echaría de menos cuando lo ahorcaran en la plaza de los Inocentes.

—¿Quién eres? —le preguntó Stephen al desconocido, permitiéndose observarlo con mayor atención. Su llamativo manto estaba raído por las costuras y todos los botones eran distintos, mientras que de los carcomidos bajos de los pantalones asomaban unas pesadas botas militares.

—U-u-uno que hue-hue-huele i-i-igual que tú, a-a-amigo mío —respondió el desconocido, levantándose la chistera amarilla apenas lo suficiente para que Stephen reconociera sus penetrantes ojillos.

El joven Húsar pensó que la caja con los merengues se le iba a caer al suelo, pero consiguió contener el impulso de ponerse de pie y agarrar su espadín. Principalmente, porque aquel día no lo llevaba colgado de la cintura.

—¡No puede ser! —exclamó—. Tú... ¡estás muerto! Yo... fui a tu funeral. ¡Al tuyo y al de todos los demás!

No pronunció el nombre de Twelve, ni el de Rebecca, ni el de Ninon.

El desconocido le apoyó en el brazo una mano envuelta en un mugriento guante de prestidigitador.

—Los merengues son para Arthur, ¿ver-ver-verdad?

—¡Responde a mi pregunta! —le increpó Stephen—. ¡Tú estás muerto!



—M-m-me a-a-alegro de que todos crean que estoy muerto... ¡Y e-e-en cier-cier-cierto mo-mo-modo a-a-así es! He muerto, Ste-Ste-Stephen..., ¡y lue-lue-luego he re-re-resucitado!

—¡Con su permiso, señor! —Seventy Stephen se apresuró a levantarse—. Por un segundo le he confundido con un viejo amigo, pero evidentemente ha sido una equivocación.

Estaba claro que le estaban tomando el pelo. Que el desconocido sentado junto a él no podía ser Hugo Eight, su compañero de la Institución Moser que había saltado por los aires en el atentado del puente Delagrava cuando se dirigía a la academia a la que lo habían destinado. Igual que tampoco podía haber pronunciado aquel nombre, Arthur, el mismo que el prisionero de la celda número 67 había escupido en un charco de sangre después de que el sargento mayor lo torturara horas y horas para descubrir quién era y qué se ocultaba tras el golpe durante el cual lo habían arrestado.

Detrás de Arthur estaban los Ladrones. Estaba la Decimonovena Academia, aquella cuya existencia nadie en la ciudad conocía. Y estaba Twelve, a quien había dado por muerta.

—Te ayudaré. Te lo prometo —le había dicho.

Y en cambio la había traicionado.

—N-n-no s-s-seas tan tes-tes-testarudo como siem-siem-siempre, Ste-Ste-Stephen —continuó el desconocido—. No te-te-tenemos mucho tiem-tiem-tiempo y si m-m-me po-po-pones ner-ner-nervioso tar-tar-tartamudeo m-m-más, lo sabes perfectamente...

Stephen se detuvo a mitad del movimiento con el que pretendía desmarcarse de la conversación. Lo sabía, sí, todos sabían que Hugo tartamudeaba más cuando estaba bajo presión y le ponían nervioso a propósito cuando querían gastarle una broma. O impedirle que terminara una de sus construcciones, aquellas máquinas absurdas que nunca servían para nada. Sí, aquel tipo era, sin sombra de duda, Hugo Eight.

—¿H-h-has vis-vis-visto a las de-de-demás?

El muchacho clavó la vista en el letrero dorado que decía «Cocotte» en la caja de cartón rosa, avergonzado.

—Solo a Twelve —respondió—. Solo he visto a Twelve.

—¿Y q-q-qué te ha contado?

Stephen se mordió el labio hasta casi hacérselo sangrar.

—Nada —mintió—. No me ha dicho nada.

El desconocido suspiró.

—Es-es-escúchame b-b-bien, Se-Se-Seventy. He-he-he vu-vu-vuelto para ayudarte. Quie-que-quiero con-con-contarte todo lo q-q-que no sabes...

—Hugo, tengo que volver a la Academia, ahora mismo.

En las manos enguantadas de Hugo Eight apareció un minúsculo frasquito blanco con dos alas doradas grabadas.

—Qui-qui-quiero a-a-ayudarte, Ste-Ste-Stephen... y a Ar-Ar-Arthur tam-tam-también, antes de que lo a-a-ahorquen. Te he tra-tra-traído una cosa para él. Una cosa pe-pe-pequeña. Más pe-pe-pequeña que un me-me-merengue.

## La casa del ahorcado

**I**ban a ahorcar a Arthur, y era todo culpa suya. Twelve se lo repetía día y noche, cuando dormía y cuando estaba despierta, una y otra vez, sin conseguir pensar en otra cosa.

Iban a ahorcar a Arthur.

Y era.

Todo.

Culpa.

Suya.

De vez en cuando, sobre todo de noche, en sus pensamientos aparecía también el rostro de Stephen y, durante unos segundos, Twelve se sentía tentada de echarle la culpa a él. A su viejo amigo. A su antiguo —mejor no llamarlo así— amor. Pero luego el martilleo comenzaba de nuevo exactamente en el mismo punto en que se había interrumpido. Era ella quien se había fiado de Stephen. Y, por tanto era. Todo. Culpa. Suya.

Arthur nunca le había caído particularmente bien. Siempre había tenido ese aire fanfarrón que arrastraba consigo desde las chabolas que había al otro lado de la Aduana y que le hacía comportarse como un terrateniente de campo, con una mueca presuntuosa perenne en el rostro, a pesar de vestir pantalones de terciopelo raído. Y además, Arthur pertenecía a los Lord, y estos se entrenaban precisamente para ser así, si no lo llevaban ya de por sí en la sangre.

Sabía que Arthur siempre se metía con ella, difundiendo rumores y arañando insultos en los pupitres de la escuela. Pero no se merecía morir. No así, ahorcado en la plaza de los Inocentes junto con otros criminales.

Y, sobre todo, no merecía morir por su culpa.

—Ya *bazta*, Twelve —la regañó Lapo, con el rostro pálido apoyado en las muñecas huesudas—. Tú no *tienez absolutamente* nada que ver. Arthur *ze* ha dejado pillar *zolito*. *Zolo* ha *zido* mala *zuerte*, nada *máz*.

—No se ha dejado pillar —dijo Twelve—. Fui yo la que decidió el plan por todos y el golpe en la tienda del armero de Toledo en la que lo apresaron.

Se acuclilló en el tejado, en el centro de la burbuja de luz que arrojaba el quinqué. La guarida de los Deshollinadores estaba sumida en la oscuridad y la montaña de

zapatos junto a la gran puerta blindada Moehringer, las vigas del techo de las que pendían cuerdas, las redes atestadas de notitas, los biombos hechos con mantas, los tragaluces, los colchones viejos, en fin, todo lo que los rodeaba parecía peligrosamente transitorio. Listo para desmoronarse de un momento a otro.

Mathias y Lapo no dijeron nada. Ni tampoco la pequeña Ninon, que apoyó la cabeza en las rodillas de Twelve y siguió durmiendo.

Twelve también estaba agotada, pero perseguía el sueño sin encontrarlo. Debía de ser muy tarde, las tres o las cuatro de la madrugada, y a través del enorme ojo de buey del techo se insinuaba una pincelada de negro que ahogaba las luces de la ciudad de Danubia y se oía murmurar al río.

—No deberías sentirte culpable —resopló Mathias—. Al fin y al cabo, esta es la Academia de los Ladrones, no la de las bailarinas.

—Habríamos podido bailar de otras mil maneras distintas. Arthur quería robar la casa de empeños, cerca de la Periferia, ¿os acordáis? Y en cambio yo... elegí dar el golpe más difícil de todos.

—Pero *ez* que *eze ez* precisamente tu punto fuerte —dijo Lapo—. Que tú *ziempre intentaz laz cozaz más difícil*ez.

«Pues mira qué contenta estoy», parecía decir la expresión de Twelve mientras acariciaba distraídamente la carita de la adormilada Ninon. En su cuello aún se distinguía una pequeña cicatriz que nunca desaparecería del todo. Cada vez que la miraba, Twelve recordaba la herida que Luther le había hecho a la pequeña para inyectarle un potente veneno. Si Ninon quería seguir con vida, debía tomar todos los días un antídoto alquímico llamado poción antinómica que solo podía serle suministrado en la Academia. Y precisamente para obtener aquel antídoto era por lo que Twelve había decidido robar al armero más famoso de Danubia, cuyo taller se encontraba a pocos pasos del cuartel de los Húsares: si lo conseguía, los hermanos Zorba le proporcionarían poción suficiente para curar a Ninon de por vida. Y entonces Twelve, libre por fin de llevarse a la niña consigo, podría intentar de nuevo una fuga de la Academia.

—Tenéis razón —dijo, sacudiéndose sus reflexiones—. Sabía perfectamente que era el golpe más difícil. Quería demostrar que era la mejor. Y sin embargo, fallé...

—Sea como sea, ahora es tarde y deberíamos irnos a dormir —sugirió Mathias con un bostezo. Luego miró a Twelve y añadió—: Y tú la que más. Perdona que te lo diga, pero tienes una cara...

—*Parecez una vela zin luz* —dijo Lapo.

—¿Vosotros no pensáis en Arthur? —preguntó Twelve.

—Pues claro que pensamos en él. Menudo nudo tengo en la garganta... —respondió Mathias—. Pero ¿qué podemos hacer? Deberían ser los profesores los que intervinieran.

—Luther dice que no se puede hacer nada —dijo Twelve.

—Y a ti *eze* no te hace gracia, ¿no *ez azí*? —preguntó Lapo.

—Hoy es Arthur, pero ¿y mañana? ¡Nos podría pasar a cualquiera! —estalló ella—. Nos enseñan a robar bolsos, a mendigar, a disfrazarnos y forzar cerraduras para traerles a ellos el botín, pero ¿si nos apresan? ¡Somos nosotros los que terminamos en la plaza de los Inocentes!

—¿Pero alguien te ha intentado vender alguna vez que las cosas son distintas? —se preguntó Mathias con aire malicioso, alejándose del grupo sin esperar una respuesta.

—¡No, pero a mí no me vale! —le gritó Twelve a sus espaldas—. No me vale para nada.

Se quedó sola con Lapo y Ninon, dormida entre ellos. Escucharon un rato más los sonidos de la noche y, finalmente, el muchacho sin dientes tuvo el valor de preguntar:

—¿*Tienes* alguna idea?

En la Decimonovena Academia los días se sucedían según un calendario de clases que no admitía pérdidas de tiempo. Había días en los que trepaban por muros y torretas, días en los que estudiaban en las aulas y otros en los que tenían que disfrazarse, liberarse de esposas y cadenas, salir del colegio de incógnito en barca o a bordo del tren subterráneo, convertirse en mendigos, espías o ladronzuelos callejeros. Había días en los que la Academia quedaba envuelta en un silencio absoluto, como si de un banco de niebla se tratara. Y otros se escuchaba a la directora, Hortensia, practicando sus gorjeos o entonando un aria famosa. La directora tenía una bonita voz que reverberaba por el patio renegrado por el humo, donde antiguamente se erigía su invernadero, como si el incendio, en lugar de destruir sus amadas plantas, la hubiera liberado de un peso que le impedía cantar. Se hiciera lo que se hiciera, las tres hermandades de la Academia —los Lord, los Acróbatas y los Deshollinadores— se reunían todas las mañanas en una amplia sala común, bajo el inmenso esqueleto de una ballena —o de un dragón, como afirmaba Lapo—. Entre las columnas que sostenían la cúpula se ubicaban sus tres mesas, engalanadas con manteles claros y cubertería de plata robada, como si fuera el salón de banquetes de un rey.

Una decena de gólems de piel de arcilla y ojos de zafiro pululaban por el salón con pasos lentos, girando aquí y allá sus inexpresivos rostros mecánicos, sosteniendo bandejas llenas de leche caliente y zumos de frutas, cestillos de pan tierno, cuencos con mermelada y miel, huevos duros en equilibrio sobre recipientes dorados especiales para ellos, tortillas, tarta de frambuesas, arenques, pescado ahumado, panceta y verduras crujientes al horno.

Twelve se sentó en su sitio de siempre en la mesa presidida por Lobo, el jefe de la manada de los Deshollinadores, y se cruzó de brazos. Observó cómo sus amigos se servían todos aquellos manjares y no movió un músculo.

—¿Va todo bien, Twelve? —le preguntó Mia, que estaba sentada frente a ella.



—Perfectamente —respondió la muchacha y le lanzó una miradita a Lapo. Su amigo, con aire culpable, se había servido un panecillo con aceite.

—¿No comes?

—No —respondió—. Estoy en huelga de hambre.

La noticia de que Twelve no comía se difundió rápidamente, pero más como una curiosidad que como una protesta en toda regla. Lobo no le dedicó la más mínima atención y se limitó a hundirse aún más el palillo entre los labios.

Un par de gólems se tambalearon sobre sus frágiles piernas a espaldas de Twelve, se inclinaron y le ofrecieron tentadores dulces —bizcocho espolvoreado con azúcar y galletas de avellanas—, pero ella los rechazó educadamente.

Y al final, incluso Lapo se negó a repetir, como siempre solía hacer.

Dieron clase como si no hubiera pasado nada: con el padre Giacomo y sus conocimientos sobre las calles de la ciudad; con Mister Cheng, el profesor de lenguajes secretos, que los aburrió durante dos horas con una práctica de criptografía asimétrica, y finalmente les llegó el turno a Madame Truffaut y el doctor Mugaba, que venía con una clase sobre venenos paralizantes.

Entonces llegó la hora del almuerzo. Los alumnos de primero saltaron como impulsados por un resorte para correr al comedor y nuevamente Twelve se sentó con los brazos cruzados, sin probar bocado. Recordó sus días en la Institución Moser y los baquetazos de Miss Kindheart cuando les prohibían dejarse comida y todo lo que quedara en el plato tenían que comérselo al día siguiente, y al siguiente si aún no se lo habían terminado.

Hubo más susurros, un par de codazos, y luego los de tercero le empujaron a Lapo la cabeza dentro del plato, tomándole el pelo porque él también se negaba a comer.

Por la tarde se reunieron en el gimnasio para el último entrenamiento semanal de balón prisionero, el deporte oficial de la Academia, en el que Twelve era titular del equipo de los Novatos. El enigmático Zefirotti, el entrenador de Acrobacias y Destrezas, se movía con agilidad sobre la puntera de sus zapatillas, a pesar de su mole de globo aerostático, y daba órdenes a los alumnos. Por lo general, Twelve era una excelente atacante central, pero aquel día no fue capaz de atrapar ni un solo balón.

—¡Muchachita! —chilló Zefirotti cuando Twelve terminó encima de Igor, su compañero de equipo, tirándolo al suelo—. ¿Se puede saber dónde tienes hoy la cabeza?

Fue Rebecca, de los Lord, quien le respondió. Rebecca Thirty-five, también antigua alumna de la Institución Moser.

—No tiene cabeza porque no ha comido. Está haciendo huelga de hambre.

—¡Qué tontería! —masculló Zefirotti.

Twelve hizo un esfuerzo por volver a ponerse en posición, pero Zefirotti le señaló el vestuario.

—Tú no, ve a cambiarte. No me sirves de nada así de famélica. —Le dedicó una larga mirada y añadió—: Y vete a comer algo ahora mismo.

Sin embargo, en la cena, Twelve continuó con su protesta silenciosa. Los gólems dejaban a su lado bandejas con asado, calabacines rellenos y una montaña de patatas humeantes, pero ella siguió con la vista clavada en el fondo de su plato, impoluto.

—Ya vale —estalló Lobo.

Obligó a Mia a levantarse y se sentó en su sitio, delante de Twelve, observándola con sus inquietantes ojos amarillos. Tenía la raída camisa a cuadros remangada hasta el codo y su cabello, bastante largo, parecía electrificado de pura rabia.

—¿Me hablas a mí? —preguntó Twelve.

—Pues claro que te hablo a ti. ¿De qué va esta historia de no comer?

—Lo hago por Arthur —contestó Twelve—. Faltan dos días para la ejecución, pero los profesores no hacen nada. Parece que quisieran dejarlo morir.

Lobo no pronunció palabra alguna.

—Podríamos intentar secuestrarlo, o ayudarle a escaparse. Cualquier cosa sería mejor que quedarse aquí de brazos cruzados como si no hubiera pasado nada —continuó Twelve.

Lobo iba a responderle, pero se acercó Eve y le interrumpió. Ella era la jefa de la hermandad de los Lord, la chica más guapa de la Academia y probablemente de la ciudad entera; llevaba el cabello recogido sobre la cabeza en un complicado peinado que dejaba al descubierto su largo cuello. Su vestido sin hombros color verde azulado, lleno de filigranas y encajes, resaltaba la perfección de sus rasgos.

—Me han dicho que has empezado una huelga de hambre por Arthur —dijo, irrumpiendo en la mesa.

—No te metas, Eve —gruñó Lobo—. Esto no te incumbe.

—Vaya que si me incumbe. Arthur es uno de los nuestros. Es un Lord. ¡Y nosotros lo queremos libre! —continuó Eve, alzando la voz.

—¡Sí! ¡Arthur libre! —gritó alguien de su mesa.

—¡Ar-thur libre! ¡Ar-thur libre! ¡Ar-thur libre! —repitieron los demás, golpeando los cubiertos contra los vasos.

Muy pronto el grito se convirtió en un coro, dirigido desde la mesa de los Lord. Y poco después, apareciendo de no se sabe dónde, tal vez de uno de los pasadizos secretos que se decía que se ocultaban por todo el comedor, llegó el profesor Luther.

—¿Qué está pasando aquí? —espetó, con el rostro y el cabello del color del hierro y una cicatriz que le atravesaba una mejilla hasta el mentón—. ¡Ya basta!

Pero los alumnos siguieron golpeando las mesas, pisando con fuerza y gritando su himno: «¡ARTHUR LIBRE! ¡ARTHUR LIBRE!».

—¡Jefes de hermandad! —gritó el profesor, y Eve, Lobo y Gobert, de los Acróbatas, hicieron callar a sus cofrades.

Entonces Eve le dedicó una irónica reverencia al profesor.

—Profesor Luther, gracias por venir. Los Lord solicitan que la Academia emprenda alguna acción para liberar a Arthur antes de la ejecución.

—¿Pero qué tipo de idiotez es esta? —estalló Luther.

—No es ninguna idiotez —dijo Twelve—. Es una huelga de hambre.

Luther le dedicó una gélida mirada.

—Tú..., ¿ha sido idea tuya?

—Es una idea excelente —subrayó Eve—. Los Lord también la secundarán.

—¿Lobo? —masculló Luther.

El joven de los ojos amarillos escupió el palillo al suelo.

—Los Deshollinadores también.

—¡Y los Acróbatas! —exclamó Gobert, dejando caer su plato al suelo.

Muchos lo imitaron, ante la mirada impasible de los gólems.

—¡Muchachos! —vociferó Luther—. Ya vale de payasadas. Arthur está en una cárcel en flor y nadie, absolutamente nadie, ha escapado jamás de las cárceles en flor...

—¡Pero al menos tenemos que intentarlo!

—¡Abajo la plaza de los Inocentes!

—¡Libertad, libertad!

—Ordenadles que paren —siseó Luther a los tres jefes de las hermandades—. O lo pagaréis caro...

—¿Y cómo, profesor? ¿Dejaréis de darnos de comer? —replicó Twelve en voz baja.

—¡Desalojad inmediatamente el comedor! —ordenó Luther, ignorándola—. ¡Y presentaos en clase!

—No —respondió Eve y luego miró a Lobo y a Gobert—. Yo digo que nos quedaremos aquí dentro hasta que nos informéis de qué vais a hacer para salvar a Arthur.

—Me parece bien —dijo Gobert.

Lobo no dijo nada, pero tampoco se opuso.

—Esto es una rebelión, señores —bufó Luther—. Os aconsejo que cambiéis rápidamente de idea, porque ya sabéis cuáles son las consecuencias de las rebeliones.

—Apelamos a la Justicia de los Ladrones —dijo en ese momento Lobo.

—¿La Justicia de los Ladrones? ¿De verdad quieres apelar al *Libro negro*? —respondió Luther, burlándose. Entonces se enfrentó a la mirada de Lobo y se dio cuenta de que el muchacho hablaba en serio. Así que miró a los otros dos—. ¿Y vosotros estáis de acuerdo?

Al no recibir respuesta, Luther se encogió de hombros.

—Como queráis —concluyó—. Entonces, esperad aquí. Y que nadie se mueva hasta que yo vuelva.



## La regadera de hojalata

**L**a presencia del profesor Luther permaneció aleteando en el aire incluso después de que se marchara. Los miembros de las hermandades se miraban entre sí, inseguros ante lo que sucedería a continuación.

Lobo volvió a sentarse en la mesa de los Deshollinadores, frente a Twelve.

—¿Ya estás contenta? —le dijo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Twelve—. ¿Qué es la Justicia de los Ladrones? Lobo cogió un trozo de pan de la mesa y lo partió en dos.

—Los Ladrones no siempre se ponen de acuerdo entre ellos, por la sencilla razón de que son Ladrones. Cuando se da un conflicto por una cuestión de principios, o por un plan que no ha sido respetado, un chivatazo o una traición, hay dos opciones: la primera es intentar matar al otro Ladrón y terminar el conflicto cuanto antes; la segunda es acogerse al *Libro negro*..., que es lo que acabo de hacer.

—¿Qué es el *Libro negro*?

—Es el libro que recoge el Código de los Ladrones —respondió Gobert, de pie entre las mesas—. Nos acogemos a él cuando hay que dirimir una cuestión entre Ladrones. El libro decide y su veredicto es inapelable.

—¿Y qué puede decidir el *Libro negro*? —preguntó Twelve.

—Todo lo que se le pregunte: si los profesores deben ir a salvar a Arthur o si deben matarnos a todos.

—En cualquier caso, el profesor Luther tardará un poco en obtener una respuesta —comentó Gobert.

—¿Y nosotros qué hacemos mientras tanto?

Eve se sacó de alguna parte un abanico de hueso, lo abrió y dijo:

—Me parece evidente. Montar una barricada.

—¡Buena idea! —se alegró Jack, de los Acróbatas—. Manos a la obra, muchachos. ¡Movamos las mesas!

—¡Eso sí que es espíritu revolucionario! —chilló Cegato, bajando de la mesa de los Deshollinadores—. ¡Me muero de ganas de empezar..., ja, ja, ja!

—Entonces, ¡intrusos fuera! —exclamó Gobert. Dio un silbido y los Acróbatas de cuarto y quinto se levantaron de repente, alcanzaron al gólem más cercano y lo



empujaron hacia la salida. Este obedeció, dócil, tambaleándose sobre sus piernas, mientras un segundo se detenía y mascullaba algo así como:

—Desautorizado, a la espera de instrucciones.

—¡Lo están reprogramando! —exclamó Mathias, que bajó de un salto de la mesa de los Deshollinadores—. ¡Echémoslos de prisa!

Los alumnos lo levantaron a pulso, tres por las piernas y tres por los hombros, y lo transportaron hasta la salida, y luego hicieron lo mismo con los demás sirvientes de piedra.

Mientras tanto, los Lord habían tirado al suelo manteles, vasos y cubertería, y habían empujado las mesas contra las puertas de servicio para bloquearlas.

—¡Ahora la puerta principal, rápido, rápido!

—¿Vosotros sabéis dónde están los pasadizos secretos? ¡Tenemos que bloquearlos también!

—Hay uno detrás de la quinta columna, colocad un banco atravesado.

—Uno debe de estar bajo los azulejos del suelo, quizá este, o este otro...

—Birnoff, siéntate encima. Con lo gordo que estás, no conseguirán pasar..., ¡ja, ja, ja, ja!

Twelve no conseguía moverse: miraba a los alumnos que corrían de una parte a otra del comedor y parecían diez, veinte veces más de los que eran habitualmente.

Karl, el chico más fuerte de primero, transportaba los bancos de dos en dos, amontonándolos en grandes pilas. En la otra punta de la sala, Cegato y Pútrido se habían repartido la cubertería y hacían pruebas de tiro con los cuchillos, mientras Ondine, una Acróbata de cuarto, había escalado un contrafuerte para llegar al esqueleto de ballena del techo y buscar más trampillas.

—¿Haz vizto? —dijo Lapo, cogiendo a Twelve de un brazo—. A mí me parece que ezto de la huelga ha zervido de algo. ¿No eztáz contenta?

—Ah, sí, contentísima... Es solo que la cabeza me da vueltas...

—Deberíaz comer algo, ¡te prometo que no ze lo chivo a nadie!

—Ya sé que no se lo dirías a nadie, Lapo, pero el problema no es ese. Es solo que me pregunto qué pasará ahora.

—El *Libro negro noz* dará la razón, ya lo veráz.

—¿Tú sabías que existía? ¿Alguna vez habías oído hablar de él?

—Quizáz —respondió Lapo—. Aquí ze descubren *muchoz zecretoz todoz loz díaz...*

Pero Twelve, en medio de toda aquella confusión, tenía la cabeza en otra cosa: en cómo avisar a Ninon, en el tejado, de lo que estaba pasando.

Emplearon unas cuantas horas en asegurar el salón y atrancar todas las puertas y las entradas secretas que conocían. Lunático, de los Deshollinadores, y Lucille, de los Acróbatas, hicieron tres rondas completas comprobando, baldosa a baldosa y ladrillo

a ladrillo, que no hubiera más trampas escondidas. Se planificó un asalto a las cocinas para conseguir algo de comer y beber, y poder pasar las horas. Luego se construyó una especie de cuartel general, un círculo de sillas en el centro de la sala, que ocuparon Lobo, Eve, Gobert y sus respectivas manos derechas, Mia, Abel y Hopper. Twelve se hizo un ovillo en el suelo, detrás de Lobo, y notó las miradas de Mia, que la perforaban como agujas.

—Nada nuevo que destacar, señores —dijo Lunático—. El comedor está sellado y protegido.

—¿Seguro?

Lunático cerró la mano en un puño y lo golpeó con fuerza contra su cabeza, como si quisiera partirse el cráneo. Luego añadió:

—Seguro, señor.

—Bien. Entonces, esperemos —exclamó el jefe de los Deshollinadores.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Mia.

No le respondieron, porque nadie sabía cómo se usaba el *Libro negro* ni qué respondería el Código de los Ladrones. Lo que había hecho Lobo era arriesgado y un auténtico misterio.

—Ya pasó una vez —dijo Hopper, el melancólico—. No lo de consultar el *Libro negro*, sino lo de que los aprendices se rebelaran contra los maestros. Fue entonces cuando decidieron dividirnos en tres hermandades.

—Me lo han contado. Nos dividieron para controlarnos mejor y poder enfrentarnos unos a otros —aseguró Lobo—. Y de hecho, ya veremos cuánto durará todo esto.

—¿Y qué pasó aquella vez? —preguntó Mia.

—Los molieron a palos —respondió Hopper.

—Lo que nosotros hemos hecho no es una revuelta, sino una solicitud —dijo Eve—. Ya veréis como dentro de poco alguien bajará a decirnos cuál ha sido el veredicto del *Libro negro*.

—¿Y Arthur?

—¿Quién sabe? Tal vez el *Libro negro* nos obligue a ir a liberarle. Es verdad que nadie ha escapado nunca de las cárceles en flor, pero en la plaza de los Inocentes habrá una gran multitud y, si es necesario, en cuanto lo saquen, con un plan bien orquestado...

Un denso silencio caló sobre ellos y Twelve se dio cuenta de que nadie era consciente de lo que habían desencadenado. Lobo tenía razón al sospechar que, evaporada aquella euforia inicial, a medida que pasaran las horas y la indecisión fuera creciendo, cada vez sería más complicado mantener a los alumnos allí dentro.

Tal vez Eve tuviera razón, pensó Twelve, encogiendo las piernas en el suelo. En el transcurso de unas cuantas horas, todo se resolvería. Pero sentía sobre sus hombros la responsabilidad de todo lo que había pasado. Y si pensaba en Ninon, sola allí en el

tejado, preguntándose por qué los Deshollinadores no se decidían a subir después de la cena, el estómago le dolía aún más si cabe.

Esperaron a alguien que no llegó nunca. Nadie llamó a las puertas del salón, nadie pidió a los muchachos que despejaran la sala.

Pasó una hora, luego dos, lentísimas, como si hubieran sumergido los relojes en cera.

—¿No deberíamos salir a echar un vistazo? —sugirió Henna en el grupito de los Deshollinadores de primero.

—¿Por qué no? Me parece buena idea —la secundó su amiga Cressida.

—Zí, zí, una idea *buenísima* para que *noz pillen con laz manoz* en la *maza*. ¡*Haremoz* lo que ha dicho Lobo: *ezperar* aquí *zin movernoz*!

Pero, a fuerza de esperar, en el interior del comedor la tensión fue creciendo hasta estallar: en una esquina del comedor un grupito se pasaba a patadas una pelota hecha de harapos. Y en la otra punta, un segundo grupito había organizado un rudimentario juego de la botella y los que salían elegidos estaban obligados a besarse delante de todo el mundo. Owen y Antara, de primero, se besaron así tres veces, y luego se apartaron y continuaron en una esquina, bajo la mirada furiosa de Gloria, que durante un tiempo había sido la novia de Owen. Ondine apagó los quinqués de gas colgados del techo, haciendo que sobre el comedor calara una tranquila penumbra.

Twelve se colocó en una esquina, con la espalda apoyada contra una columna, y cerró los ojos, exhausta. La cháchara la mecía como el zumbido de una colmena. Lo justo para descansar un momento, se dijo, y luego iría a hablar con Lobo y le pediría permiso para subir a por Ninon.

Pero cuando se despertó, había comenzado la guerra.

El ataque llegó a las cinco de la mañana, cuando solo quedaban unos pocos chicos montando guardia frente a los portones y todos los demás se habían dormido.

Los asaltantes atravesaron la puerta principal. Las dos grandes hojas se abrieron de par en par con una especie de explosión que hizo saltar por los aires las barricadas de mesas y bancos, y la luz de dos intensos focos penetró en la sala como lanzas. Los gólems entraron en el comedor a la carga, hombro con hombro, armados con largos bastones metálicos.

Lobo fue uno de los primeros en reaccionar, pero un gólem lo lanzó a la punta opuesta de la sala.

Los que no se levantaron suficientemente rápido fueron pisoteados.

Karl, de los Acróbatas, atacó al gólem que tenía más cerca, pero este lo interceptó y le encajó un puñetazo en el estómago que le cortó el aliento en seco.

Twelve siempre había pensado que un asalto de aquel tipo sucedería en medio de una gran confusión, entre gritos, órdenes y explosiones. Sin embargo, fue un ataque silencioso en el que los gólems se agitaban a su alrededor haciendo girar los bastones

y a los alumnos, que primero quedaban cegados por los focos y luego eran golpeados, sin ninguna posibilidad de defenderse.

Los autómatas cargaron como una compacta falange, con su piel de roca al desnudo, hasta el cuartel general en el centro del salón. Lo desmantelaron con un par de golpes bien asestados y luego se dispusieron en formación de abanico. El gólem más grande de todos, Odo, aún vestido de mayordomo, con los pantalones a rayas blancas y azul oscuro y el chaqué negro con faldones que arrastraban por el suelo, se dirigió hacia la esquina del comedor donde se habían quedado dormidos Twelve, Lapo, Mathias, JTT, Henna y Cressida, o sea, los Deshollinadores de primero. Pisoteó a JTT sin piedad y apartó a Henna y a Cressida con el bastón. Luego cogió a Twelve y la levantó del suelo con un gancho de piedra, le hizo dar media voltereta y se la cargó a hombros.

—¡Zuéltala! —gritó Lapo, asestando una lluvia de puñetazos a sus rodillas de arcilla.

—¡No, Lapo, así no! —intentó detenerlo Mathias.

Pero Odo dobló la rodilla, golpeó al muchacho y lo lanzó lejos, todo lo largo que era.

Mathias entonces se plantó frente a él, empezó a hacer gestos extraños con las manos y a hablar con voz ronca:

—ATENTO-TÚ... AUTORÍZA-ME... APÁGA-TE...

El gólem lo dejó atrás sin prestarle atención. En un destello de los focos, que giraban enloquecidos en la enorme sala, Twelve vislumbró la mirada desesperada de Mathias. Luego vio a Lobo, que se había recuperado de su primer y espectacular vuelo a través del comedor, lanzarse contra uno de los gólems que manejaban los reflectores, blandiendo un mantel como si fuera una red de gladiador; a Gobert y el grupo de los Acróbatas, que intentaban contrarrestar el asalto con una especie de escudos improvisados; a Rebecca, Zella y Miriam de los Lord, que lanzaban cuchillos desde detrás de un banco; a alguien que lloraba; a alguien que intentaba escapar; y a un chico al que no reconoció, que había trepado al esqueleto de la ballena y parecía estar intentando desplomarlo a propósito sobre la cabeza de los gólems. Después de aquello, Twelve no vio nada más, porque Odo cruzó la puerta de entrada y se introdujo por un pasillo prácticamente vacío, avanzando a grandes zancadas y con la cabeza casi rozando el techo.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Suéltame inmediatamente!

Intentó desasirse, golpearle el pecho con patadas y rodillazos y arañarle la espalda, pero el gigante de piedra ni aminoró la marcha ni le respondió.

Caminaba a paso ligero por el centro del pasillo y muy pronto la sacó fuera del colegio, al otro lado de las vidrieras que daban al jardín sumido en la oscuridad. Twelve se golpeó la cabeza contra el hombro de Odo y contó uno, dos, tres peldaños, luego vio resplandores confusos, trémulos, que parecían grandes luciérnagas anaranjadas.

Se introdujeron por un sendero, rodeando el esqueleto de hierro y vidrios rotos de lo que, hacía apenas unas semanas, había sido un gallardo invernadero. Las luces y los parpadeos provenían de allí y pertenecían a sombras recubiertas de trapos, con largos brazos huesudos que sobresalían de entre las múltiples capas de tela superpuesta, con los rostros ocultos por turbantes hechos jirones. Algunos se agitaban entre los escombros como fuegos fatuos, otros transportaban carretillas llenas de ladrillos, tubos de hierro y raíces carbonizadas. Eran los Harapientos, los misteriosos habitantes de los sótanos de la Academia, pensó la chiquilla mientras Odo los dejaba atrás sin aminorar el paso.

Al otro lado del invernadero estaba la muralla alta y gris que recorría el perímetro y ocupaba una buena parte de la isla, protegiendo de miradas indiscretas los edificios que contenía. Odo se dirigió hacia ella como si quisiera derribarla, pero en el último segundo ascendió por una escalerilla prácticamente invisible y, desde allí, atravesó la muralla por un estrecho pasadizo.

Twelve notó retumbar los pesados pasos del gólem y una enigmática música lírica. La voz de la cantante y el lamento de los violines llegaban de muy lejos, como si hubieran quedado presos de la piedra cuando aquel edificio era aún una escuela para músicos. Sin previo aviso, Odo empezó a subir por un tramo de peldaños y pocos segundos después Twelve estaba de nuevo fuera, avanzando por el estrechísimo terraplén de las murallas. Los hombros del gólem eran más anchos que el pasadizo y Twelve vio, por debajo de ella, la brillante corriente del río Duma.

—¿Señora? —preguntó en un momento dado Odo, interrumpiendo su cabalgada—. La niña que me ha pedido que le traiga.

Twelve notó que las manos del gólem la aferraban y se encontró de pie en la esquina del murallón. Una ráfaga de viento descendió desde el puente sobre el río y la hizo tambalearse, obligándola a agacharse. Odo permaneció a su espalda, inmóvil e inmenso, mientras frente a ella, recortada contra las lejanas luces de la periferia de Danubia, estaba Hortensia, la directora de la Academia.

En lo alto de la muralla ya no se escuchaba el canto lírico.

—El Duma está lleno de siluros —dijo en voz baja—. Algunos llegan a medir hasta cinco metros y pueden pesar cuatrocientos kilos. La gente piensa que no es más que una leyenda, pero es absolutamente cierto.

—¿P-p-por qué me cuenta esto? —preguntó Twelve con un hilo de voz.

—Porque un siluro se come a una niñita como tú de un bocado, querida mía, y probablemente aún se quede con hambre. Si por mí fuera, te habría tirado al río hace tiempo. Y con una buena piedra atada a los pies. —Los ojos de la directora chispeaban bajo la máscara de porcelana que le ocultaba el rostro—. Luther me ha contado que la idea de la huelga de hambre ha salido de ti.

—No quería hacer nada malo. Solo salvar a un amigo. Y por eso hemos apelado al *Libro negro*.



—Y el libro ha respondido, querida mía. Ese es el motivo de que aún estés aquí. Solo espero que a tus amigos se les pasen las ganas de respaldarte, después de que mandemos a la mayor parte a la enfermería.

—¿Ha sido usted quien ha dado orden a los gólems de atacarnos? —exclamó Twelve con un gritito estrangulado.

—No, no, no, querida mía. La orden la has dado tú. Tú y nadie más.

—Pero ¡no es verdad! Podíais habernos respondido, haber tratado de llegar a un acuerdo.

La directora se giró, haciendo crujir su vestido de raso morado en el silencio de la noche.

—Nosotros no tenemos que llegar a ningún acuerdo. Yo soy la responsable de esta Academia. No me rebajo a hacer pactos con mocosos. Si os rebeláis, seréis castigados. Si yo doy una orden, vosotros la cumplís. Y no hay más. Esto se aplica a las hermandades y se te aplica sobre todo a ti, señorita. Desde este momento, declaro el cese de tu estúpida huelga de hambre.

Twelve se incorporó, esforzándose por ignorar el vértigo. A un lado, el río; al otro, el jardín oscuro de la Academia, poblado por las almas en pena de los Harapientos.

—No me puede obligar —respondió.

—Ah, en realidad sí. No hay nada más fácil. ¡Odo!

Los faldones de la chaqueta del gólem dieron un restallido y el gigante de piedra agarró a Twelve por los hombros. Ella trató de soltarse, pero cada mínimo movimiento hacía que del muro se desprendieran minúsculos guijarros que se precipitaban al vacío.

Hortensia recogió del suelo una regadera de hojalata con una boquilla muy fina.

—Solo hay una manera de curar y fortalecer a todas las plantas, querida mía, incluso a las peores —le sermoneó—. Y es mi mezcla de sangre de cerdo. Recolectada directamente de la yugular, fresca y muy nutritiva. Mientras espero que reconstruyan el invernadero, la usaré para que recuperes las fuerzas.

—¡No! —chilló Twelve, horrorizada.

—¡Odo, la boca! —le ordenó la directora.

El gólem mantuvo inmóvil a Twelve, reteniéndola contra sí con un brazo sobre el pecho y cogiéndole la cara con la otra mano y apretándole la base de la mandíbula. La presión de los dedos obligó a la muchacha a abrir la boca.

—¡Glu, glu! —dijo la directora, levantando la regadera—. ¡Que aproveche!

## El puñal de la hoja mellada

**E**l despacho del profesor Luther apestaba a mohó. Era una sala no demasiado grande, aunque elegante, con estanterías de caoba que llegaban hasta el techo y una enorme lámpara de araña de cristal.

El escritorio y la silla tenían ruedas, para poder apartarlos de la alfombra y de la trampilla que ocultaba. Y, bajo la trampilla, estaba la Cuarentena.

En ese momento, sin embargo, Twelve no veía ni el escritorio ni la silla, solo el fondo del cubo que Luther le había preparado compasivamente.

El profesor esperó a que Twelve terminara de vomitar y luego le tendió un pañuelo con las iniciales «R. L.».

—Gracias —dijo Twelve.

—De nada —respondió Luther—. Ahora, siéntate.

Le señaló la única otra silla que había en el despacho y Twelve se dejó caer contra el respaldo. Frente a ella había una lámpara de banquero con el cuerpo de latón y la pantalla de alabastro verde. Vio de pasada en un reloj del escritorio que eran las seis y media de la mañana.

La hora de levantarse, si aquella hubiera sido una mañana como las demás. Y sin embargo, ella solo tenía ganas de desplomarse en la cama y olvidarse de todo.

—Entonces... ¿por dónde empezamos, Twelve? Ah, sí. Por aquí.

El profesor sacó del cajón del escritorio una cuchara sucia, completamente rayada y doblada en dos.

—Sabes qué es, ¿verdad? —preguntó Luther.

Pregunta tonta. Claro que sabía lo que era. Era la cuchara con la que había excavado un pasadizo para salir de la celda cuando la encerraron. Ya sabía dónde había terminado. Por culpa de aquella cuchara, y de una vieja pared podrida, había liberado a Caterina, apodada Cara de Hierro a causa de la máscara que le cubría el rostro, la alumna que los profesores habían mantenido prisionera durante años en el subsuelo. La chica que había prendido fuego al invernadero.

—No —respondió.

—Verás, chiquilla, aunque a ti te encantaría pensar lo contrario, los profesores de este colegio no tenemos un pelo de tontos. Voy a intentar resumirte los hechos: te

encerramos en la Cuarentena y, poco después, Caterina logró escapar. En su celda encontramos una de las cucharas que solemos dar a los prisioneros junto con la cena. Luego, la noche del incendio del invernadero, la pequeña Ninon desaparece durante horas y la encontramos a salvo dentro de una caja fuerte. Y Ninon es tu única amiga de verdad.

—Podía haber muerto asfixiada.

—Cierto es. Pero hay una última cosa: las noches previas al incendio, al menos cinco Deshollinadores distintos informaron de que habían escuchado el sonido de una flauta allí arriba, en el tejado. Una flauta que no conseguimos encontrar, muy parecida a la que a Caterina le gustaba tocar para combatir la soledad.

—Música lírica... —susurró Twelve.

—¿Qué has dicho?

—He escuchado música lírica mientras subía a lo alto de la muralla. ¿Eso también cuenta como testimonio? —se burló Twelve.

—¿Cuándo dejarás de ser tan hostil?

—¿Quiere castigarme?

—Ah, no. Creo que por esta noche ya has tenido suficiente castigo. Y esa es otra cosa que te empeñas en no comprender. Desde que entraste en la Academia, estás convencida de que solo queremos destruirte y no te acuerdas de cuántas personas, sin embargo, están intentando ayudarte.

—¿Ayudarme?! —se le escapó a Twelve y el sobresalto hizo que la náusea acudiera de nuevo a su boca—. ¿Fue por ayudarme por lo que envenenó a Ninon, o por lo que mandó encerrarme en la Cuarentena durante casi dos semanas? ¿Y por lo que la directora, hace un rato...?

Se apretó la tripa, incapaz de continuar.

—Realmente eres una chiquilla —prosiguió Luther—. Y, como todos los chiquillos, solo ves el futuro y no consigues ver con claridad el pasado. Tranquila, es una enfermedad que se cura con la edad. Pero ahora escúchame, porque te lo repetiré una última vez. Si quieres sobrevivir en esta Academia, tienes que empezar a comprender quiénes son tus verdaderos amigos y quiénes los enemigos. Y la respuesta podría ser mucho más sorprendente de lo que piensas.

—Sé perfectamente quiénes son mis enemigos —respondió Twelve con los dientes apretados.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes serían? ¿Yo?

—Sí, usted también, profesor. —Al decirlo, empezó a temblar—. Una vez le prometí que, cuando todo esto terminara, le mataría.

Luther sonrió y, de un bolsillo oculto de la chaqueta, sacó un cuchillo. Lo sostuvo en equilibrio sobre la palma de la mano, con delicadeza, para que Twelve pudiera admirarlo.

—¿Sabes también qué es esto, por casualidad?

De nuevo, la respuesta era sí. Era el cuchillo que Twelve había robado del taller del armero Xavier durante el examen.

—Sí —dijo, y al profesor pareció gustarle la respuesta.

—Entonces, cógelo. Es tuyo.

—¿Esto qué es, una broma?

—En absoluto.

—¿Me está pidiendo que le mate, profesor?

—Te estoy pidiendo que cojas el cuchillo que robaste y que te lo guardes. Porque, créeme, estoy seguro de que lo vas a necesitar.

Twelve contuvo el aliento y no movió ni un músculo.

—¿Para qué?

—La directora no bromeaba antes. De verdad ha propuesto mandarte al fondo del río con una piedra atada a los tobillos.

—¿Y el *Libro negro*? —preguntó Twelve—. ¿Qué ha decidido?

—Poner fin a tu huelga y dar un repaso a todos los que la han apoyado. Y, precisamente por eso, no creo que tus compañeros vayan a alegrarse demasiado de volver a verte.

—¿Y por qué no iban a hacerlo? ¡No ha sido culpa mía!

—Algunos no piensan así. Creen que si la estúpida novata de los Deshollinadores se hubiera comido la cena, ahora ellos tendrían unos cuantos cardenales menos y los huesos todavía enteros...

Twelve miró a Luther. Miró el puñal. Miró a Luther de nuevo. Extendió la mano hasta rozar la empuñadura del cuchillo y lo cogió. No sabía demasiado de armas, pero sentía que aquella hoja era excepcional. Pesada, sólida, pero tan bien equilibrada que su muñeca la manejaba sin esfuerzo. Y lo suficientemente afilada como para cortarle la melena a un león.

Se lo encajó en la cintura y se levantó.

La charla con Luther había terminado.

Apoyó la mano en el pomo de la puerta, hizo amago de empujarla y salir, pero, en cambio, se detuvo.

—¿Profesor?

—¿Qué?

—Usted dice que es mi amigo. Entonces, como amigo, ¿podría pedirle una cosa?

—Depende —respondió Luther.

—Quiero volver a ver a Arthur una última vez —dijo Twelve—. Aunque sea en la plaza de los Inocentes, mañana cuando llegue... el momento. Se lo debo.

Luther la miró como si estuviera intentando escudriñar algo en su interior. Luego murmuró:

—Mañana por la mañana acude a mi despacho, antes de las siete. Iremos juntos.

Twelve se esforzó por no agradecerse. Abrió la puerta y luego se encaminó por el largo pasillo vacío que había al otro lado.

Era sábado, y el sábado no había clase. Pero si la hubiera habido, aquel día no habría ido nadie. Twelve dejó atrás más pasillos desiertos, saltando solo sobre las baldosas negras y rozando con el pie una blanca de cada cinco.

Después trepó por la escalera de mano que llevaba al tejado, subiendo los escalones de tres en tres y de cuatro en cuatro. En el último piso, se detuvo frente a la gigantesca puerta blindada Moehringer que sellaba la guarida de los Deshollinadores.

Y allí encontró a Lapo y a Mathias.

Los dos inseparables amigos debían de acabar de salir de la enfermería del doctor Mugaba, porque Mathias llevaba una escayola que comenzaba en su hombro y le llegaba hasta la muñeca, mientras que Lapo tenía un ojo negro y la cabeza vendada.

—¡Zola, *Zwelzve!* —la saludó y Twelve se dio cuenta de que se le había saltado otro de los dientes delanteros.

—Ay, Dios, ¿qué ha pasado, chicos? —les preguntó.

—Ah —respondió Lapo—. Una *cozza azzzombrozzzzízzima...*

—Igual es mejor que hable yo hasta que tú estés un poco más recuperado —le interrumpió Mathias—. Y además, no ha sido para nada asombroso. Ha sido horrible.

—¿Os han pegado?

—A muerte, como ves, no se ha librado nadie. Una idea estupenda, lo de acogerse a la Justicia de los Ladrones.

—Podría haberlo sido... —replicó Twelve.

—Sí. Pero no ha funcionado. Han tenido cuidado de hacernos daño sin causarnos lesiones demasiado serias, pero, si bajas donde Mugaba, es como si fueras a la guerra. Hay alumnos por todas partes. Y una peste a... —Mathias sacudió la cabeza sin añadir más—. A Lapo y a mí nos han dado tres días de pastillas alquímicas y nos han dicho que estaremos como nuevos, aunque un poco más feos que antes. Pero no veas cómo duele...

—*Zuele muchízzimo...* —confirmó Lapo.

—¿Y habéis visto a Lobo? —preguntó Twelve instintivamente—. ¿Está bien?

—Puede —respondió Mathias.

—¿Qué quiere decir «puede»?

—Pues lo que he dicho —contestó Mathias y luego, sin dar más explicaciones, compuso el número de la combinación de la puerta blindada. Cuando cedió con un clic, al otro lado alguien la empujó para abrirla y Twelve se encontró con Ninon en brazos.

—¡¿Dónde has estado?! —chilló la niña—. No has vuelto, no había nadie, y aquí en el tejado estaba todo oscuro y no conseguía salir y luego nadie me ha traído de comer, y luego han empezado a llegar los demás, y estaban todos heridos —sollozó con la cara hundida en el jersey de Twelve.

Twelve la abrazó muy fuerte, la acarició y le murmuró palabras cariñosas hasta que consiguió reducir aquel torrente de lágrimas a un fino riachuelo.



—No pasa nada —se esforzó por contestar—. ¿De verdad ayer no te dieron de comer? ¿No vino Mister Peele?

—¡No vino nadie! —volvió a sollozar la niña—. Tenía hambre, menos mal que encontré dos tabletas de chocolate entre las mantas de ese chico de la cara fea...

—¿Pútrido? —preguntó Mathias.

—Sí, él. ¿Creéis que se enfadará conmigo?

A Twelve no le preocupaba Pútrido. Le preocupaba saber si Ninon no había comido, porque en ese caso tampoco había tomado su antídoto. ¿Por qué no le habían llevado nada?

—Tranquila, ven conmigo —le susurró. La cogió en brazos caminando por el techo y luego bajaron juntas la escalerilla de cuerda que llevaba a las habitaciones. Miró por el rabillo del ojo a los demás Deshollinadores heridos: había gasas y vendajes, esparadrapos enormes y tiritas. Y sobre todo, había un murmullo lastimero que se interrumpía de golpe cuando la veían llegar.

No tenía energías para interpretar aquellas miradas, ni para contestarlas. Le quedaban poquísimas y eran para Ninon. Para Ninon y para nadie más. Se arrastró por la habitación de madera hasta su armarito personal, un viejo mueble que Twelve había reparado ella sola con clavos y cintas de colores. Depositó a la niña sobre el colchón y, esquivando un par de cacitos de cobre que recogían la lluvia, se inclinó para rebuscar entre las cajas de ropa. Sacó de la que estaba más al fondo un frasquito de vidrio verde, lleno en tres cuartas partes.

—¿Qué es? —preguntó Ninon.

—Luego te lo digo, pero ahora cierra los ojos y abre bien la boca.

—¿Es una medicina? Yo no quiero ninguna medicina. No estoy mala.

—No, mi pequeña, no lo estás y, de hecho, esta es una medicina especial para niñas sanas. La necesitas porque..., bueno, si ayer comiste chocolate, y me apuesto lo que quieras a que no te has lavado los dientes, puede que te salgan caries y se te ponga la cara igual de fea que a Pútrido...

Ninon la miró, suspicaz.

—No creo.

—Da igual —dijo Twelve y agarró la carita de la niña por la base de la mandíbula, como Odo había hecho con ella. Vertió bajo la lengua unas pocas gotas del antídoto de los hermanos Zorba, un líquido transparente que casi parecía agua.

Luego cerró el frasquito y lo escondió de nuevo entre las cajas.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Estaba muy asquerosa mi medicina?

—No, no sabía a nada —comentó Ninon—. Pero ¿por qué la escondes? ¿Puedo ver el frasco?

—¡No, claro que no puedes! —gritó Twelve, asustándola sin querer. Le cogió una mano, se la acarició—. Perdóname —dijo—. Es una medicina muy cara. Por eso tienes que prometerme que no la tocarás nunca sin mi permiso, ¿entiendes? Y que no le contarás a nadie que la tenemos. Ni siquiera a Mathias y Lapo. ¿Prometido?

—¿Por qué?

—Porque sí, Ninon —exclamó Twelve, harta—. No puedes comprenderlo todo porque es complicado, porque eres muy pequeña, pero tienes que fiarte de mí...

Tuvo la sensación de estar usando las mismas palabras que el profesor Luther, exactamente las mismas.

Y mientras se adentraba en el sueño se preguntó, por enésima vez, si no se habría equivocado en todo.

Si aquello sería culpa suya.

De los profesores.

O del mundo, de aquel mundo masacrado del que no sabía nada y del que tal vez nunca lo supiera.

## Un domingo de lluvia

**E**l agua hirviendo le quemaba la piel. Twelve permaneció bajo la ducha el máximo tiempo posible, con los ojos cerrados, como si buscara una purificación que no llegó. Luego se recogió el pelo húmedo en una trenza y se vistió con una camiseta limpia y varias capas de ropa, toda negra. En la parte delantera de la última camiseta había un corazón blanco bordado que parecía una calavera.

Se puso las botas impermeables y volvió a la habitación, tratando de retrasar lo máximo posible el encuentro con sus compañeros. Les había escuchado gemir y quejarse en sueños toda la noche, a través de las delgadas paredes de madera de las habitaciones.

Y descubrió que tenía miedo. Miedo de que Luther llevara razón, de que los demás la hubieran tomado con ella y que la odiaran.

Se quedó en la habitación hasta la hora del almuerzo, sentada en el suelo jugando con Ninon a las damas que toman el té.

—Es un juego tonto —le dijo la niña en un momento dado—. Deberíamos inventarnos uno mejor.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo el de las señoras asesinas. Es divertido: elegimos a una persona que nos caiga mal, como Rebecca, y decidimos juntas cómo matarla...

Twelve le tapó inmediatamente la boca con una mano.

—Sssh —le ordenó—, no quiero volver a oírte decir nunca esas cosas, ¿entiendes? Ahora juega un poco con las muñecas, anda.

—No quiero —respondió la niña.

Pero Twelve no le hizo caso. Se tumbó en el colchón con su cuaderno e ignoró deliberadamente a Ninon, que fingía asesinar a sus muñecas. El cuaderno tenía las tapas azul oscuro y las hojas de papel grueso, y lo había recibido durante su primer día en la Academia. Desde entonces, lo había llenado de apuntes, frases y dibujos tontos, y de las muchas ideas que se le habían ido ocurriendo. Buena parte de las páginas estaban garabateadas con fórmulas matemáticas de cuando había intentado huir de la escuela la primera vez y había tenido que descifrar el código con el que los gólems, cada noche, cambiaban las trampas de las escaleras y de los pasillos.

Más adelante, en la mitad exacta del cuaderno, había tres columnas escritas a lápiz. La primera contenía el listado de las personas de las que sentía que podía fiarse: Ninon, Stephen, Mathias, Lapo. En la segunda estaba la lista de las que no eran ni amigas ni enemigas: Odo, Henna, Arthur, Karl, Mia, el profesor Mugaba. Por último, la lista de las malas personas: Rebecca, Lobo, Luther, el Gran Manny, Miss Kindheart, la directora, Mister Peele.

Con el transcurso del tiempo la página había sido emborronada y corregida muchas veces. Mathias se encontraba inicialmente entre los indiferentes, Odo entre los malos (donde Twelve tenía toda la intención de ponerlo de nuevo) y Miss Kindheart había sido borrada de las personas de las que podía fiarse.

Sin dudarlo siquiera, Twelve hizo lo mismo con el nombre de Stephen, clavando la punta del lápiz en el folio y trazando las dos líneas de la cruz lo más lentamente posible. No lo recolocó en ninguna de las otras dos columnas.

Dibujó un círculo alrededor del nombre del profesor Luther y añadió un signo de exclamación, y luego miró el resto de los nombres.

Lobo, quién sabe por qué, siempre había permanecido en la columna de los malos, aunque Twelve sabía que no era el lugar adecuado. Pero no tenía ni idea de dónde colocarlo. Lobo era, sencillamente, Lobo, y tal vez necesitara una columna para él solo, especial. La columna de Lobo.

La dibujó junto a las otras tres, tachó el nombre del jefe de su manada de los malos y lo introdujo, solitario, en la última columna. Después se quedó estudiando sus listas de nombres hasta que se le quedaron los ojos bizcos y pensó que Luther llevaba razón: no tenía ni idea de quiénes eran las personas de las que podía fiarse. Tal vez fuera cierto que no le convenía fiarse de nadie.

Toc, toc, llamó alguien a la puerta.

—¿Bajaz al comedor con *nozotroz*? ¿Vienez a comer algo? —le preguntó el rostro maltrecho de Lapo, asomándose por la puerta.

—Ey, ¿estás mejor? —le preguntó Twelve.

—Ezo parece, me *eztoy dezhinchando*. Entoncez, ¿vienez?

Ya era por la tarde y a Twelve le rugía el estómago. Miró a Ninon. La niña seguía jugando y fingía no escuchar, aunque, en realidad, estaba haciendo exactamente lo contrario.

—Depende —respondió Twelve—. ¿Cómo está la cosa ahí fuera?

—Un *caoz absoluto* —admitió Lapo—. Hay gente *dizpuezta* a hacer otra revuelta y gente que no *conzigue* ni *levantarze* de la cama... Lobo todavía no ha *regrezado* de la enfermería, *azí* que Cadmo *ze* ha *puezto* al mando...

Cadmo. Probablemente, el único enemigo verdadero de Lobo entre los Deshollinadores. Twelve notó que un escalofrío le recorría los brazos hasta la nuca.

—¿Y de mí no dicen nada? —preguntó.

Lapo le sonrió.

—Ah, *zí*. ¡*Eztán dezeando* hacerte una buena *fiezta*!

Así que Luther tenía razón. Mejor sería enfrentarse a las cosas cuanto antes. O no afrontarlas, directamente.

—Entonces igual es mejor si yo tampoco me deajo ver... —dijo.

—*Ezcucha*, Twelve. Yo *zin* embargo creo que *deberíaz* venir y *Mathiaz* también lo *pienza*. *Loz Dezhollinadorez eztán* contigo, pero... *zi* no *bajaz* y no te *dejaz* ver, *loz de laz otraz hermandadez* van a *penzar* que *zomoz unoz caguetaz*, y...

—Que digan lo que quieran, no me importa. Pero si ves a Mister Peele, ¿podrías pedirle que le suba algo a Ninon?

Lapo suspiró.

—*Zí*, claro —dijo—. ¿Y tal vez un *zándwich* para ti?

—Sería muy amable por tu parte.

A las siete menos diez de la mañana siguiente, repuesta por el sueño y un poco de sana soledad, Twelve se presentó en el despacho del profesor Luther.

Llamó dos veces.

—Adelante.

Twelve empujó la puerta y retrocedió de un salto, sorprendida. En el despacho de Luther no estaba el profesor, sino uno de los Harapientos, con los brazos cubiertos de llagas y un manto gris lleno de agujeros y manchas de pintura. Estaba acuclillado en el suelo a cuatro patas, como hacían siempre los Harapientos, con el rostro oculto por un turbante, que le dejaba a la vista solo la nariz y los ojos...

La nariz y los ojos del profesor Luther.

—Disculpe... Yo no...

El Harapiento se irguió y reveló su disfraz.

—Deja ya de balbucear y entra. No pensarías que íbamos a ir a la plaza de los Inocentes con el emblema de la Academia en la chaqueta, ¿verdad?

Incluso de pie, a Twelve le costaba reconocer a Luther bajo aquel amasijo de telas y maquillaje de mendigo.

—Hay personas que podrían verme en la ciudad. Y algunas van de uniforme —continuó el profesor—. Y como habrá muchos Húsares en la ejecución, lo mejor es prevenir. Desvístete.

—¿Aquí? —preguntó Twelve—. ¿Delante de usted?

—¿Prefieres que me dé media vuelta, chiquilla, para clavarme mejor el puñal en la espalda? Venga, quítate esa ropa... ¡y coge esta! —continuó Luther, tendiéndole un hatillo de mantos.

Twelve se desnudó, lentamente, y reveló su piel clara, llena de cardenales. Se lo quitó todo y sostuvo la mirada al profesor.

—Te has compactado y te han crecido músculos —observó Luther, complacido.

Twelve cogió los harapos y se los puso. Apestaban como si los hubieran restregado en estiércol, pero eran suaves y cómodos. Se cubrió los brazos con una

casaca marrón que le llegaba hasta las rodillas y un manto hecho jirones con un turbante que le llegaba hasta la barbilla.

—Ya casi estamos —dijo Luther, cogiendo un rollo de vendas de aspecto mugriento—. Ahora envuélvete este brazo hasta la muñeca y deja que el resto cuelgue hasta el suelo.

Le arrancó un jirón de la casaca y le vertió un puñado de polvo abrasivo sobre el manto, salpicándolo de amarillo.

—Los Harapientos deben resultar desagradables, ¿entiendes? Es importante. La gente debe apartar rápidamente la mirada, no debe querer verte. Ese es el único truco. Y el toque final...

En la palma del profesor Luther apareció un contraanillo dorado, un anillo alquímico de gran tamaño que impediría que Twelve se alejara de él.

—Póntelo en el pulgar —le ordenó y se quedó esperando a que Twelve obedeciese—. Y ten mucho cuidado con lo que haces y lo que piensas. Estamos yendo a presenciar una ejecución, chiquilla, y el contranillo reacciona a las emociones de quien lo lleva y de quienes lo rodean. Podría volverse incandescente...

—¿Me hará daño? —preguntó Twelve, mirándose el pulgar.

—Tal vez no, si haces lo que te digo —respondió bruscamente Luther. Había habido un segundo en aquella conversación en el que el profesor se había mostrado complacido con ella y ahora en cambio parecía arrepentido.

La agarró por un brazo y la obligó a seguirle por el pasillo que daba al jardín. Salieron a una llovizna densa y pegajosa que caía de un cielo color ceniza.

Mister Peele, con el puro entre los dientes y un gran sombrero en la cabeza, transportaba una carretilla de una materia oscura y brillante fuera de las ruinas del invernadero.

—Buenos días, Mister P... —estuvo a punto de decir Twelve, pero Luther gruñó para detenerla.

Claro. Ahora ella era un Harapiento. Y los Harapientos no hablaban. Al menos, no de aquella manera.

—Yendo estamos —exclamó Luther con un rugido gutural—. ¿Estará la barca?

—Está, está —dijo Mister Peele, permitiéndose por una vez el lujo de responder con desprecio a su jefe. Abandonó la carretilla en medio del paseo y cojeó hasta la verja de hierro con las batientes decoradas con notas musicales. Las lanzas de los barotes habían perdido buena parte de las picas y el portón se abría con un chirrido y dificultad, como una herida. Al otro lado había un muelle de madera enterrado en vegetación. Y al final de este los aguardaban dos barcas atadas.

La primera estaba oculta por una gran lona, pero Twelve sabía qué era: una barca con una rueda de paletas, la versión en miniatura de una de aquellas naves a vapor que recorrían de arriba abajo el río a cualquier hora del día y de la noche. Algunas eran salas de baile acuáticas, otras, restaurantes. Aquella era la tapadera de los Ladrones cuando querían entrar en la ciudad.

La segunda barca, en cambio, era una chalupa minúscula, con un motor fueraborda a manivela. Luther montó en ella, ordenó a Twelve soltar amarras («¡Que quites las cuerdas!») y luego cargó la manivela y un par de cuadrantes del motor empezaron a oscilar sobre sí mismos como péndulos.

—¡Salta! —le ordenó Mister Peele, dándole un tirón de la muñeca y haciéndola saltar sobre la chalupa un segundo antes de que partiese.

Avanzaba a tirones, al ritmo regular del mecanismo, tic-toc-tic-tic, un salto a cada toc y una especie de hipo a cada tic.

Se alejaron de la isla siguiendo la corriente, invisibles entre los anchos malecones de piedra del Duma. No tardaron en pasar bajo el puente Grigot y sus arcos de crucería, y, una vez al otro lado, Twelve se giró para contemplar las colinas y las cárceles en flor que apenas se entreveían en la neblina. Sobre el fondo negro de los relieves parecían gigantescos tulipanes: delgadas torres que se elevaban decenas de metros para luego abrirse en plataformas circulares, similares a capullos en flor, que contenían las celdas de los prisioneros.

Twelve no sabía por qué las habían hecho tan bonitas. Había quien decía que eran otra forma de tortura, que los condenados veían Danubia desde lo alto y se daban cuenta de lo inalcanzable y perdida que quedaba para ellos. Otros sostenían que se habían proyectado de aquella manera por motivos de seguridad, porque escaparse de allí era imposible a menos que uno quisiera lanzarse al vacío; había guardias en todos los niveles y una única escalera de caracol para entrar y salir. Otros, sencillamente, pensaban que las cárceles en flor adoptaban esa forma en honor al linaje del rey.

¿En cuál de aquellas flores estaría encerrado Arthur?

Luther no hablaba, inmóvil en la popa con el timón entre las manos llagadas. Y Twelve se guardó sus preguntas para sí.

Cuando alcanzaron el puente Delagrava, a la muchacha le sorprendió verlo como nuevo, perfectamente reconstruido, como si no hubiera pasado nada. Se sujetó a la barca, tratando de recordar el punto exacto donde había pasado la carroza, donde había estallado la bomba colocada por los terroristas y donde Luther y Mister Peele la habían rescatado a ella, a Rebecca y a Ninon. Se persignó la frente y murmuró una oración, como hacía siempre que pensaba en Hugo Eight, que se había quedado allí abajo.

Al otro lado de la arcada del puente descendía una lluvia más intensa, cargada de truenos, que manchaba la ropa, y el río Duma se tornaba más grande y lento al aproximarse al mar. Atracaron antes del último puente, más pequeño que los demás, pero elegante y hermoso, de un mármol blanco esculpido con motivos florales.

—El puente de los Sueños Perdidos —susurró Twelve cuando lo vio.

Luther, al timón, asintió.

—¿Y sabes por qué se llama así? —preguntó.

—No.

—Porque es el último que recorren los condenados a muerte.

Y entonces, tac, amarraron.

La plaza de los Inocentes era un rectángulo diáfano, delimitado a un lado por el siniestro y enorme edificio de las Cárceles Antiguas y al otro por la Academia de los Monjes. No se sabía si el nombre derivaba de los criminales que, en el momento supremo, pedían misericordia, o de los constantes rezos de los monjes. Serpenteaba por ella una neblina perenne, intensificada por la cercanía del río, que emanaba de los desagües y las alcantarillas.

A aquella hora de la mañana ya estaba bastante concurrida: la gente se colaba entre algunos carros que vendían *pretzels* dulces y salados, y otras viandas callejeras que humeaban en grandes ollas, para llegar, movida por la curiosidad, hasta las escaleras del patíbulo que se había construido en una punta de la plaza. Era un palco de madera de veinte pies de alto, en el que despuntaban las cinco horribles horcas de los condenados. En cuanto Twelve las vio, se le incrustaron en los ojos como clavos. Al contrario que ella, el resto de la gente de la plaza parecía alegre, como si se preparara para una fiesta. Primero estaban los nobles, con sus gorgueras bordadas, que desfilaban, provistos de monóculos, hacia las gradas reservadas a las autoridades y las familias de mercaderes que se extendían por la plaza con su séquito de niños gritones. En una esquina, entre la bruma, un jefe de gremio con una librea lila instruía a los novatos de la Academia de Servicio, junto a una montaña de bandejas de plata que parecían corazas. Había campesinas con el pañuelo anudado a la cabeza y marineros recién desembarcados en la ciudad, un padre con su hijito a hombros, abogados de aspecto serio y vendedores de espejos y billetitos de la fortuna. Y luego estaban los Húsares, obviamente, por decenas, de uniforme, algunos en formación a lo largo de las barreras de contención, otros alrededor del zócalo de dos grandes estatuas de bronce.

—¿Son el rey y la reina? —preguntó Twelve en voz baja, señalándolos.

—El de la izquierda, con la balanza y la espada, es el Justiciero —susurró Luther—. Y la otra es la Piedad. ¿Ves que le han vendado los ojos?

—Sí.

—El escultor tenía que haber vendado al Justiciero, para simbolizar la imparcialidad de la Justicia, y en cambio vendó a la Piedad. Cuando se dieron cuenta, lo mataron. —Rio Luther con sarcasmo.

Luego avanzó entre la multitud, caminando encorvado y profiriendo siniestros sonidos guturales; la gente, al escucharlo llegar, se retraía asqueada, apartando los ojos de él como si evitar mirar a un Harapiento fuera, de algún modo, un acto piadoso. Los dos llegaron a una esquina húmeda de las barreras y se sentaron en el suelo, a poca distancia del palco y de las horcas de hierro forjado.

—¿Dónde están los condenados? —murmuró Twelve, con la mirada gacha sobre las vendas.



—En alguna parte ahí dentro —respondió el profesor Luther, señalando la antigua prisión.

—¿Sufrirá?

Los ojos de Luther brillaron como rayos tras su disfraz de Harapiento.

—No —respondió entonces—. Drogan a los prisioneros antes de subirlos al patíbulo. Así se ahorran el riesgo de enfrentarse a escenas desagradables..., no sé si me explico. Arthur ni siquiera se dará cuenta de lo que le está pasando y todo será muy rápido, para tener al público en paz.

A Twelve se le agolpaban mil preguntas más en la mente, pero prefirió mantenerse callada, porque sentía cada respuesta como una puñalada en el corazón. El cansancio de los últimos días la ayudó a flotar en sus propios pensamientos y perdió la noción del tiempo. En algún momento de aquella mañana interminable dejó de llover y por el cielo ascendió un sol tenue, parecido a una monedita de estaño. La plaza estaba surcada por minúsculos riachuelos de agua que discurrían hacia el río y la bruma, poco a poco, se fue difuminando. Un vendedor ambulante la golpeó sin darse cuenta con su carrito de comida frita, pero no le pidió perdón. El palco de las autoridades seguía medio vacío, mientras que el número de espectadores de pie aumentaba hora tras hora. Otros mendigos se colocaron junto a ellos, formando un cordón de desamparados. Un artesano, con el emblema de su tienda de artilugios hidráulicos en la solapa de la chaqueta, se quejó en voz alta a los Húsares que tenía más cerca, afirmando que era un escándalo que se permitiera a Harapientos y mendigos estar junto a gente de bien.

—¿A eso lo llama usted humanidad?

Ningún mendigo le respondió y los Húsares tampoco hicieron amago de moverse. Algunos giraron su penacho hacia el cordón de mendigos, como para comprobar que todo estuviera en su sitio y, mientras lo hacían, Twelve se dio cuenta de que uno de ellos era Stephen.

Y el aliento se le quedó atrapado en la garganta.

Seventy Stephen debía de haber llegado hacía poco a hacer el cambio de turno con sus compañeros, porque llevaba un uniforme impecable, con los pantalones negros y las botas resplandecientes, la chaqueta clara con los alamares y los botones tan pulidos que resplandecían. Llevaba el sombrero de ordenanza atado con una lazada bajo la barbilla, con el penacho mustio en el aire inmóvil de la plaza. Y estaba a menos de diez metros de ella, tan cerca que solo habría tenido que levantarse y estirar un brazo para poder rozarlo.

Imposible, se dijo.

Era una coincidencia absurda.

O tal vez fuera aquel hilo, mágico e intocable, que de algún modo seguía vinculándolos. Notó que le escocían los ojos y se secó aquel amago de lágrimas antes

de que el profesor se percatara.

Seventy Stephen estaba pálido y bajo la chaqueta reluciente tenía los hombros replegados sobre sí mismos. Le vio los ojos rodeados por manchas oscuras, la piel tirante por la falta de sueño. La última vez que se habían visto, le había dicho que la quería. Que siempre la había querido y que se había dado cuenta cuando creyó que había muerto.

Stephen. Contemplándolo vestido con el uniforme que tanto había soñado lucir, Twelve se sintió invadida por sentimientos encontrados. Por un lado el amor, una espinosa maraña de melancolía, afecto y grandes esperanzas. Por otro la desilusión, un ser ciego y tambaleante como la estatua de la Piedad que se erigía sobre ellos. Durante los años del orfanato, Stephen había sido su mejor amigo, la única persona de la que se había fiado sin reservas. El muchacho que Twelve había defendido de todo y de todos como si fuera la cosa más importante de su vida.

Y entonces, la había traicionado: había dado la voz de alarma durante el robo al armero. Había llamado a sus nuevos amigos, los Húsares.

Lo había arruinado todo.

Y habían atrapado a Arthur.

—¡Fuiste tú! —siseó Twelve con voz desgarrada.

En la plaza había una gran confusión y pocos hicieron caso a aquel estertor desesperado. Entre ellos, estaba Stephen. De repente, pareció sacudirse, como respondiendo a un toque de campana, y empezó a escrutar los rostros de la gente de la plaza hasta fijar los ojos, incrédulo, en la masa de harapos desde la que Twelve lo estaba observando.

Entonces sucedió algo inesperado. El rostro de Stephen dio la sensación de disolverse en una expresión estupefacta, feliz, que la dejó aún más confusa que antes. Twelve notó que algo, una energía, un lamento, una posibilidad, atravesaba el aire que los separaba.

Y entonces el contranillo lo sintió también y se incendió: una punzada de dolor le atravesó la mano y el brazo, y luego el cuerpo entero, obligándola a enarcarlo con un violentísimo latigazo.

—¿Qué está pasando ahí abajo? —gritó Stephen, llevándose la mano al espadín.

—¡Son esas bestias! ¡Se lo había advertido! —rugió el artesano de antes.

El profesor Luther se dio cuenta de que algo iba mal y se apresuró a dar un tirón de Twelve y alejarse. Los mendigos, sin pensarlo siquiera, se movieron a su alrededor como una esponja, engulléndolos y haciéndolos reaparecer más tarde en otro punto de la plaza, lejos de las miradas de los Húsares.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —le riñó, mientras la arrastraba lejos de allí. Pero Twelve no le respondió. Le silbaban los oídos y el dolor en la espina dorsal era tan fuerte que tuvo miedo de morir.

Se tumbó en el suelo, tratando de respirar, y miró el cielo color azul celeste sobre ella. El mismo color de los papelitos en los que envolvían los dulces confitados

cuando todavía estaban en la Institución Moser.

—Stephen... —murmuró.

—¿Quién es Stephen? —gruñó el profesor Luther. Entonces comprendió. También había tenido una entrevista con él, antes de elegir a Twelve. El Húsar. Su amigo. Se inclinó sobre Twelve y le quitó el contranillo, haciendo que cualquier tipo de dolor cesara de golpe. La muchacha abrió los ojos a causa del sobresalto y respiró tan ruidosamente que se agrietó los labios.

En aquel preciso instante, una fanfarria reverberó en la plaza y la multitud se acalló de repente. Solo permaneció el sonido de la música, agudas notas de instrumentos de latón, y después el chasquido de los candados de las Cárces Antiguas al abrirse.

Una voz chirriante surgió de los altavoces y retumbó por todo el patíbulo:

—En nombre del rey, de la flor y de la espada —dijo—. Y de la ciudad de Danubia...

La fanfarria entonó el himno de la ciudad, una majestuosa melodía marcial a la que la multitud respondió con un aplauso cadencioso. Y mientras tanto, de las prisiones salió desfilando la escolta real de los Húsares, armados con largos fusiles curvos, que se dividió alrededor del palco, dejando en su interior un pasaje para los tamborileros, la orquesta y, por último, los cinco condenados.

Los habían peinado y vestido impecablemente de negro, con camisa y corbata, y cada uno de ellos llevaba un sombrero bajo el brazo. Tres eran ancianos de rostro arrugado y barba cana, recortada y grasienta. Arthur era el cuarto y miraba a su alrededor como si quisiera desafiar a la multitud que se había congregado allí por él, pero su mirada era vaga, lejana. Le seguía una mujer, vestida como los otros cuatro. Luego los monjes, uno por cada condenado, con los hábitos bordados de plata y unas jarras humeantes de las que emanaba incienso. Por último, el verdugo, con su largo manto púrpura que arrastraba por los charcos, tiñéndolos de rojo.

La banda musical se colocó tras las barreras, en el lugar designado, y a los pitidos de las trombas los sustituyeron los lúgubres trombones, modulados por un siniestro bombo.

Desde el palco de las autoridades, un noble con los bigotes de punta leyó sus imputaciones por un micrófono de concha con un tono seco y apremiante que hizo chirriar los altavoces:

—¡En nombre del rey, de la flor y de la espada! Estamos aquí para asistir a la ejecución de cinco criminales que han transgredido las leyes del reino. Un hombre que ha matado, otro que ha traicionado a su país, uno que ha empleado la violencia con sus hijos, uno que ha robado en nuestras tiendas y una mujer que se ha servido del veneno. Para todos ellos, el Justiciero ha decretado una condena sin posibilidad de apelación. Y la Piedad de impartirla por ahorcamiento. Que sus almas puedan encontrar nombres más meritorios que estos y ponerse al servicio de otros reyes y reinas.

Twelve se había esperado un discurso mucho más largo; sin embargo, aquel hombre se había limitado a leer el nombre de los condenados. Se aferró a los ropajes mugrientos del profesor Luther y se puso de pie para ver.

El verdugo se había quitado el manto rojo e invitaba a los condenados a ponerse el sombrero que llevaban bajo el brazo. Twelve buscó a Arthur y vio que tenía la cabeza alzada hacia el cielo, como si quisiera disfrutar de las últimas gotas de lluvia. Parecía tranquilo, no temblaba, al contrario que ella, que experimentaba escalofríos tan fuertes que tenía que apoyarse en el profesor Luther.

Cuando Arthur se puso el sombrero, una enorme capucha que le envolvía el cuello pero dejaba el rostro al descubierto, se dio cuenta de que una parte de ella seguía esperando que pasara algo. Que en realidad los profesores habrían orquestado un plan, una gran entrada en escena, un ataque de los Harapientos y los mendigos, un arquero que, desde el otro lado del palco de autoridades, cortaría la cuerda de Arthur con una flecha en llamas. Esperaba ver un grupo de Ladrones atravesar la plaza guiados por la directora, o bien a Arthur saltar del palco, apoderarse de la espada de un Húsar y abrirse camino hasta el río.

Pero ahora se daba cuenta de que no iba a ser así.

Nada salvaría a Arthur.

Y ella lo vería morir.

El verdugo colocó la cuerda alrededor del cuello de los cinco condenados. Twelve se ocultó el rostro entre las manos e, inmediatamente, se las mojó de lágrimas.

Arthur.

Arthur.

—¡Arthur! —gritó, destapándose los ojos en el último minuto.

La multitud gritó:

—¡Oooh!

Y no hubo más.

## 6

### La ley de los Deshollinadores

—¿Y *de*pués qué *pazó*?

—Adivínalo, memo. ¿Qué quieres que pasara? ¿No se te ocurre a ti solo?

Mathias se dio cuenta de que había ofendido a Lapo y agachó la cabeza.

—Que murieron —dijo Twelve en voz baja—. Arthur murió. La gente aplaudió como si en vez de una ejecución fuera un espectáculo de fuegos artificiales. Y luego se fueron a comer.

Los tres chicos estaban apretujados unos contra otros en la habitación de Mathias y Lapo, un cuartucho lleno de cerraduras y candados, la gran pasión de Lapo, y páginas de historietas, pelotas de balón prisionero y calcetines colgados de las manillas de las ventanas. En la parte de Mathias, la pared estaba completamente cubierta de páginas de cuaderno garabateadas y jeroglíficos incomprensibles.

Estaban allí sentados, sin conseguir comprender cómo se ahorcaba a un criminal. Y cómo alguien podía querer ir a verlo.

Pero aquel era el destino que los esperaba, si alguna vez se dejaban atrapar.

—Y tú ¿cómo estás? —le preguntó Mathias.

Le costaba decirlo. ¿Cómo se sentía?

Le habría gustado responder que estaba disgustada, triste, destruida por la muerte de Arthur. Pero la verdad es que se sentía aliviada. Ahora todo había acabado, ya no habría más recriminaciones, dudas, dolor.

Arthur se había ido.

¿Cuánta gente lo recordaría cuando terminara la Academia?

—No lo sé —respondió. Y era la verdad—. Creo que necesito estar un rato sola e intentar pensarlo, encontrar una manera de darle un significado.

—Pero *antez tienes* que hacer otra *coza*.

—¿El qué?

—Lobo ha *regrezado* de la enfermería. Dice que *necezita verte*. *Eztá* arriba, *ezperando*, bajo el tejado.

Twelve trepó por la escalerilla de cuerda hasta las crujías entre las cerchas del techo donde estaba la habitación de Lobo. Subió sin anunciarse y, cuando apareció por el suelo del bajo techo, encontró a Lobo tumbado en el suelo, con Mia junto a su colchón y una guirnalda de velas encendidas, que confería reverencia a la escena. En el suelo había un montón de vendas, frasquitos con ungüentos y ampollas medicinales. Mia estaba muy atareada y, cuando vio a Twelve, se le puso la cara roja.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamó.

—He venido a ver cómo está el jefe de la manada —respondió Twelve, sin intentar ni siquiera una disculpa.

—¿Cómo quieres que esté? Mal. Mugaba le acaba de dar el alta. Y tú harías bien en...

—No pasa nada, Mia —dijo Lobo.

Hablaba en voz baja, con un tono débil que Twelve nunca le había escuchado.

—No, ¡sí que pasa! —rebató Mia, más nerviosa de lo que le hubiera gustado—. Y Mugaba te ha ordenado expresamente que hagas reposo.

—A ti también te lo ha ordenado. Y, a pesar de todo, aquí estás, velando por mis despojos. Tranquila: descansaré después. Ahora estoy despierto y necesito hablar con Twelve. Por favor, déjanos solos.

—¡Por supuesto! ¡Como quieras, rey de los tejados! ¡Lo que el jefe de la manada desee! —bufó la chica, molesta. Recogió las medicinas apresuradamente, las metió en una bolsa de tela y alcanzó la trampilla a grandes zancadas. Empujó a Twelve con desaire y bajó sin despedirse siquiera.

—Lo siento —dijo Twelve—. Yo no quería... Mathias y Lapo...

—No le hagas caso —la tranquilizó Lobo—. Todos hemos tenido un día desastroso. ¿Y bien?

El jefe de los Deshollinadores tenía un feo corte que, desde la sien, le atravesaba la parte superior de una oreja y la mitad de la cabeza rapada, allí donde Mugaba le había cosido. Estaba tumbado sobre las sábanas, vestido únicamente con un par de pantalones cortos, y Twelve se dio cuenta de que aquello que había confundido con las sombras de las velas sobre las costillas y las piernas eran en realidad moratones y cardenales.

—Con intentar echarme la sábana, grito de dolor... —dijo Lobo, invitándola a sentarse.

—Ya me imagino —contestó Twelve, moviéndose con la cautela reservada a los lugares sagrados—. Siento lo que ha pasado... Yo no creía que fueran a mandar a los gólems.

—No te disculpes. No ha sido culpa tuya.

No ha sido culpa tuya.

Era agradable, por una vez, escuchar que alguien se lo dijera. Twelve estiró el cuello hasta que le crujió, primero hacia un hombro, luego hacia el otro.

—¿Cómo ha sido? —le preguntó Lobo.

Twelve buscó la palabra adecuada y luego se decidió por la más fácil de todas:

—Horrible.

—¿Has mirado hasta el final?

—Sí.

Lobo asintió con gravedad. Se quedaron así unos segundos, escuchando el crepitar de las velas.

—¿Te importaría apagarlas? —le pidió—. Huelen muy bien, pero... toda esta luz...

Twelve trepó sobre las vigas y apagó las velas una a una.

—A veces, aquí dentro, uno tiene la sensación de enloquecer —murmuró Lobo mientras tanto—. Pero hay fuerzas en este lugar de las que nosotros ni siquiera nos percatamos. Fuerzas que proceden de las profundidades...

—¿Te refieres a los Harapientos?

—Me refiero a que este es un lugar sin historia. Nadie puede afirmar con certeza desde cuándo existe, ni por qué, ni qué les pasó realmente a los que estuvieron aquí antes que nosotros. Solo hay leyendas. Voces y leyendas. Cuando estaba en primero, por ejemplo, me dijeron que a principios de cuarto los profesores lisiarían a la mitad de la clase para convertirlos en mendigos, porque daba la sensación de que todos los alumnos de quinto estuvieran tullidos. Y sin embargo lo que pasó fue que ellos también intentaron hacer una revuelta. Y les fue peor que a nosotros, después de todo... —Lobo tosió. Una tos seca, que le hizo gemir de dolor—. De todas maneras, gracias por las velas. Así está mucho mejor. Pero ese no era el motivo por el que quería verte. —Sus ojos amarillos, del mismo color de la miel, languidecían en la sombra—. Acércate, me cuesta hablar.

Twelve se arrodilló, adoptando la misma posición en la que antes estaba Mia. Se protegió el rostro para escuchar a Lobo y, al hacerlo, notó el aroma del desinfectante, el aceite y las pomadas, que ocultaba uno más penetrante y salvaje que tenía sabor a bosque. El olor de Lobo.

Él le dijo, simplemente:

—Quiero que entres en la Horda.

—¿Qué? —balbució Twelve, convencida de no haberle oído bien. Y a pesar de ello, mientras se lo preguntaba, algo resonó en su memoria, como si en realidad hubiera debido comprender lo que Lobo le había susurrado.

Lobo rio sarcásticamente e intentó moverse en el colchón. Pero estaba claro que su espalda no debía de haber salido mucho mejor parada que su pecho.

—¿Qué te he dicho antes respecto a la historia de este lugar? Nadie sabe nada. Y todos imaginan lo que quieren. O lo que encuentran escrito en las paredes...

¿Sería allí donde habría leído aquel nombre?, pensó Twelve. ¿La Horda? Tal vez durante las noches en vela, elaborando un plan para escapar, entre los mil mensajes que generaciones de Deshollinadores habían dejado en el transcurso de los años. Junto a las cinco reglas de la hermandad, o aquella minúscula pintada escrita en el diván, con los nombres de Lobo y Amaryllis, su misteriosa compañera.

—La Horda, Twelve, se reúne solo cada cierto tiempo. Yo he presenciado dos desde que estoy aquí, pero no cuenta, porque la primera quedó disuelta en cuanto puso un pie en el palacio de los Girasoles y la segunda, cuando intentó vengar a la primera. —Lobo levantó una mano con un gesto que quería decir «No te molestes»—. Y no, no pretendo hablarte de ello ahora mismo. Es un grupo de Ladrones muy especial, con una tarea muy especial, que solo se revela en el último momento. Es un grupo compuesto por los profesores y un novato. Es una tradición.

—¿Y yo qué tengo que ver con esto?

—Quiero que tú seas esa novata.

Twelve pensó que le estaba tomando el pelo.

—¿Y qué te hace pensar que van a elegirme a mí?

—Sssh —dijo Lobo—. ¡Deja de protestar, por una vez en tu vida! A partir de las próximas semanas, los profesores os pondrán bajo presión para decidir quién será el preseleccionado. Os llenarán la cabeza de tonterías, del tipo de que formar parte de la Horda es un privilegio que solo se presenta una vez en la vida, que es un honor y una tradición milenaria. No te preocupes por los motivos, tú hazlo y ya está. Sacas buenas notas, se te dan bien casi todas las asignaturas y te odian lo suficiente como para poder ser la jefa, si no estuviera yo. Una vez me dijiste que querías ser la mejor. Pues esta es tu oportunidad. Quiero que entres en la Horda y participes en el golpe.

Twelve no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Por dos motivos —le respondió Lobo, apoyándose sobre un codo para mirarla a los ojos—. El primero es que te lo estoy pidiendo por favor. Y el segundo es que te lo estoy ordenando. Y un Deshollinador siempre obedece las órdenes de su jefe. Aunque tenga el corazón destrozado. Aunque tuviera sueños y la lluvia se los haya llevado consigo. Y la única cosa en la que siga pensando sea en escapar de aquí.



## La niña prodigio

**N**inon se incorporó de repente en la cama, miró a su alrededor, se volvió a tumbar, intentó seguir durmiendo, no lo consiguió, se levantó otra vez, suspiró, se escabulló bajo las mantas y fue al armario a buscar un libro. Luego volvió a la cama y lo hojeó, haciendo como si supiera leerlo a la perfección. A la quinta risita, Twelve se revolvió entre las sábanas y le preguntó:

—¡Ninon! ¿Qué bicho te ha picado?

—Ah, nada, nada...

—Pues no lo parece: ¿qué haces despierta? ¿Qué hora es?

—No lo sé.

—Todavía está oscuro.

—No es verdad. Ya ha salido el sol.

Ninon soltó el libro y se acercó a la puerta de la habitación.

—¿Adónde vas?

—Al baño. ¿Qué pasa, que no puedo ir al baño? —Y le sacó la lengua.

Twelve se dio media vuelta entre las sábanas, agotada, intentando recuperar el sueño. Pero ya estaba despierta, así que se resignó y se levantó ella también, y fue a la zona común del tejado para hacer un poco de ejercicio.

Cuando fue hora de vestirse, Ninon la imitó y eligió su vestido más bonito, blanco con flores rojas, del mismo color que su pelo, o al menos eso decía ella. Se puso sus zapatos de cordones y suplicó a Twelve que la peinara con dos trencitas.

En ese momento, Twelve insistió.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy?

—¡No me pasa nada!

—Sí que te pasa algo. Llevas rara desde esta mañana.

Ninon la miró, enfadada. Luego sonrió.

—Es que hoy es un día especial: ¡va a ser una sorpresa! —decidió revelar por fin.

—¿Una sorpresa para quién?

—¡Para ti! ¡Para todos!

—¿Y qué es?

—No se lo puedo contar a nadie. Lo he prometido.

—¿A quién se lo has prometido?

—¡Eso tampoco te lo puedo decir!

Le hizo las trenzas.

—Oye... —suspiró, al final—. Yo hoy tengo clase con el padre Giacomo, así que no tengo mucho tiempo para desayunar. No sé qué tienes en mente, pero por lo menos intenta no meterte en líos, ¿vale?

—¡Vale! —respondió la niña.

Twelve le plantó un beso en la frente y luego bajó al comedor, descendiendo los peldaños de dos en dos.

La clase del padre Giacomo transcurrió entre resoplidos de aburrimiento y, a mediodía, justo antes del almuerzo, los alumnos de primero se trasladaron a la Sala de Armas. Era un salón largo y estrecho, sin ventanas, con muros blindados. De las paredes colgaban, dispuestas en X, decenas de lanzas, alabardas y picas, y al otro lado de un poyete bajo había un campo de tiro, con algunos maniquíes maltrechos y la pared del fondo acribillada de proyectiles.

De Arthur, ni una palabra. La noticia del día parecía ser Antara, que acariciaba la mano de Owen, y la pobre Gloria, que se había vuelto a su habitación llorando.

—¿Lloraba de verdad? —preguntó Cressida.

—Como una fuente —dijo Katja.

—Pues yo creo que debería estar contenta —exclamó Rebecca, seria—. Owen es un idiota.

—¡Para nada!

—Un idiota.

—Pero es un idiota guapo.

—Esos son los peores.

FIUUUM.

Un siseante proyectil de las dimensiones de una gran avispa atravesó los pendientes de aro de Rebecca y alcanzó el hombro de Zella, que charlaba animadamente tras ella.

—¡AY! —gritó la chica. Un minúsculo aguijón de acero sobresalía de su piel, fino como un alfiler y ligeramente puntiagudo en un extremo—. Pero ¿esto qué es? ¡No lo toques!, ¡duele!

Los alumnos se agolparon en un círculo a su alrededor y entonces la profesora Akiko apareció tras uno de los soportes para armas.

—¿Quién de vosotros quiere recordarme la regla número uno de la Sala de Armas? —Era una mujer diminuta, sólida y flexible como una caña de bambú, y llevaba en la mano una cánula de metal de metro y medio de largo—. ¿Coleridge?

El joven Lord se ajustó el corbatín.

—No bajar nunca la guardia, profesora.

—Exactamente. Y vosotras, chicas, ¿qué estabais haciendo?

—¡Yo, justamente, no estaba haciendo nada! —protestó Zella.

—Pero ni siquiera has esquivado el disparo. La punta de ese dardo está envenenada. Y tienes pocos segundos antes de que haga efecto. Para arrancártelo, usa esto: apóyalo sobre la herida e inspira hondo, y con los dientes apretados, porque si no se te clavará en la garganta... Si crees que no vas a ser capaz, pídeselo a alguien de confianza.

Le tendió la cánula a la pobre Zella, que la atrapó al vuelo y miró a su alrededor buscando a alguien a quien confiársela. Cressida se alejó rápidamente y Katja también. Zella le pasó la cánula a Rebecca, que aspiró el dardo y luego lo escupió al suelo.

—¡Me he pinchado!

—¡La próxima vez, aprieta mejor los dientes!

—Me he pinchado de verdad, profesora. Y ahora... el veneno...

—No había ningún veneno. Solo quería ver cómo reaccionabais. Cressida, Katja, cincuenta flexiones cuando termine la clase. Y luego, disculpaos con vuestra compañera: cuando se comete un error en grupo, hay que intentar resolverlo juntos, ¿queda claro? Nadie se echa atrás nunca. ¡Bien! ¿Cómo se llama el arma de Rebecca, Mathias? —preguntó Akiko.

—¿Perfidia? —respondió el muchacho, haciendo sonreír a todos, pero luego, inmediatamente, añadió—: ¿Es una cerbatana?

—Exactamente. La Dama Muda. ¿Alguien sabe por qué la llamamos así?

Otro par de cerbatanas aparecieron entre sus manos y Akiko las hizo girar entre los dedos como si fueran bastones de paseo.

—¿JJT?

El muchacho, que todavía cojeaba tras los enfrentamientos del viernes por la noche, improvisó una respuesta cualquiera.

—Esto..., porque... ¿es elegante?

—¿Y...?

—¿Zilenzioza? —añadió Lapo.

—Exacto. Es una de las armas más silenciosas del mundo y solo hace falta un atuendo adecuado para esconderla y pasar la mayor parte de los controles sin llamar la atención. Además, si está hecha de un material suficientemente sólido, como este, puede usarse como bastón de combate cuerpo a cuerpo. Pero ¿cuál es su punto débil? ¿Rebecca?

La muchacha rio con malicia.

—Un fusil de asalto habría causado mayores daños. Y yo habría perdido mi pendiente.

La profesora de Armas y Combate inclinó la cabeza en un signo de asentimiento que derramó sobre su frente su afilado corte de pelo con forma de casquete, ocultándole el ojo derecho.

—La cerbatana no es un arma de alto poder destructivo. Su alcance depende de la fuerza de vuestros pulmones y de las condiciones del viento. Es discreta, pero, con el dardo adecuado, resulta absolutamente imprevisible. Imaginad su uso en movimiento, disparando a objetivos en una gran multitud. Sería imposible determinar de dónde procede el disparo. El que ha alcanzado a vuestra amiga Zella era una simple aguja disuasoria... Pero hay dardos explosivos, guiados por radiofrecuencia, alquímicos. Con el entrenamiento adecuado, una cerbatana puede convertirse en la mejor amiga de un asesino. De ahí el apodo con el que me he referido a ella. Y ahora, si no os importa repartiros estas y ponerlos en fila detrás de mí, es el momento de pasar a la práctica...

El anuncio de la Horda se dio a la hora del almuerzo, en medio de la euforia general. La directora dijo que era momento de correr un tupido velo sobre todo lo que había pasado la semana anterior y esperaba que la lección de los gólems sirviera para consolidar la relación entre los alumnos y los profesores. Habló de una salida genérica de un reducido grupo de profesores y añadió que, para la ocasión, se seleccionaría a un novato de primero. Porque esa era la tradición, dijo, exactamente igual que había hecho Lobo. Durante el tiempo que duró el discurso, Twelve evitó cruzar la mirada con el jefe de su manada y lamentó no tener consigo una cerbatana cargada de dardos envenenados. Las palabras de la directora penetraban en sus oídos como un enjambre de moscas, incluso cuando habló del premio reservado a quienes participaran en la salida: nada de exámenes finales, treinta dinares para gastar a placer y un día completo de libertad por las calles de Danubia, sin vigilancia.

De las mesas surgió un «¡Viva!», seguido de un estruendo de aplausos que a Twelve le parecieron particularmente fuera de lugar. ¿Cómo era posible? Hacía apenas tres días, aquella misma persona enmascarada había dado orden de molerlos a palos, ¿y ahora la aplaudían? Y a pesar de ello, todos parecían haberlo olvidado, como si los cardenales y los huesos rotos fueran el castigo adecuado para su desconsiderado acto. Habían empezado ya a comentarlo entre ellos: ¡un día en Danubia! ¡Treinta monedas! ¡Sin vigilancia! ¿Podrían salir solos, o con un amigo?

El comedor comenzó a bullir, una ebullición muy distinta de la de las infames barricadas de la semana anterior. Los gólems lo habían reparado todo y solo un ojo atento podría detectar señas del reciente combate en las columnas levemente descascarilladas, en la costilla que le faltaba al gran esqueleto de ballena, en la gran cantidad de sillas y mesas cojas.

Terminaron de comer en un santiamén, Twelve incluida, y luego los alumnos de primero se reunieron en el pasillo que conducía a las aulas de Medicina y Patología del doctor Mugaba.

—*¿Vozotroz cómo oz loz gaztaríaiz?* —exclamó Lapo.

—Yo iría a la Ópera, a ver un concierto de los Danubianos Regios —respondió Karl, que tras su físico de Acróbata ocultaba a un antiguo instrumentista de arpa de mil cuerdas de la Escuela Preparatoria Ostenshof.

—¡Puaj! ¡Una orquesta! —exclamó Igor, de los Lord—. Yo me los gastaría todos en el Café de Lune.

—¿El Café de Lune? ¿Y qué es eso?

—Uf, pero ¿vosotros dónde vivíais? Es un local que solo abre de noche y siempre está oscuro.

—¿Y dentro cómo se ve?

—Porque las luces son las camareras, ¿no? Van completamente desnudas, con la piel recubierta de una pintura que se ilumina en la oscuridad, ¡como la luna y las estrellas! Y si tienes suficiente dinero...

Entre los chicos se hizo un silencio reverente, roto finalmente por Rebecca, que soltó una risita cristalina:

—¡Nunca tendrías dinero suficiente para convencerlas, Igor!

—¿Qué te apuestas? —replicó él, pero todos los demás ya habían estallado en una carcajada.

Todos menos Twelve, que observaba el aula de Mugaba con un nudo en la garganta. Se llevaba bien con el médico y le gustaban sus clases, pero desde que habían capturado a Arthur se sentía incómoda en aquella sala subterránea y oscura que olía a salitre.

El médico de la Academia de los Ladrones los esperaba apoyado en una mesa de operaciones de aluminio, en el centro de un aula equipada con gradas. Y no estaba solo. Lo acompañaba el Gran Manny, el profesor de Robo con Allnamiento. Mugaba, negro como el tronco de un roble alcanzado por un rayo, superaba la mesa en altura por lo menos en un metro y medio, mientras que el Gran Manny estaba sentado encima, con las piernecillas colgando. El primero llevaba una bata color crema y el segundo, una llamativa camisa a rayas que destacaba aún más su larguísimo cabello grasiento y su encorvada espalda de enano.

Twelve apenas tuvo tiempo de entrar en el aula cuando fue embestida por una especie de proyectil con trenzas que gritaba:

—¡Tweeelve!

La aparición de Ninon la pilló tan completamente desprevenida que terminó rodando por el suelo con la niña a horcajadas sobre ella. Ninon mostraba una sonrisa de oreja a oreja y le repetía a una estupefacta Twelve:

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa!

En cuanto se recuperó, Twelve la levantó por los brazos y la miró a contraluz, preguntándole:

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Quién te ha dicho que salgas del tejado, eh?

—¡Tenía permiso!

—¡Yo no te he dado ningún permiso!

Twelve escuchó unos pasitos veloces acercándose y se puso de rodillas justo a tiempo de encontrarse a la altura de los ojillos del Gran Manny.

—No pasa nada, muchachita. He sido yo quien le ha dado permiso.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que esta niña tiene el mayor talento con las cerraduras que he visto en los últimos treinta y cuatro años —dijo el profesor—. O más bien, desde que pude usar mi primer espejo. Precisamente hoy, mientras vosotros estabais ocupados con el resto de las clases, le he llevado un Remington-H-4 y ella lo ha abierto sin tan siquiera usar ganzúas.

—¡Pero *ezo ez imposible!* —se le escapó a Lapo, que era el mejor de los Deshollinadores forzando cerraduras—. ¡*Ez un zecreto a vocez* que el R-H-4 *ez* el Cementerio de *loz Allanadorez!*

—Igual a ella todavía no se lo han explicado. —Rio entre dientes Mathias, a su lado.

—Esa es buena, bromista. —Se carcajeó con él el Gran Manny y luego continuó —: Con el consentimiento de la directora y mis colegas, hemos decidido admitir a Ninon en algunas clases. En las mías, sin duda.

—Pero..., pero... ¡no podéis! —protestó Twelve—. Todavía es muy pequeña.

—Oye, chiquilla, ¿quieres que te recuerde cuántas veces me han dicho a mí que era demasiado pequeño? —respondió el Gran Manny.

—Lo siento, profesor, pero ella... No puede estar aquí...

—¡Pero Twelve! —exclamó Ninon—. ¿No te alegras de verme? ¡Así podemos ir juntas a clase!

—Ninon, este no es lugar para ti.

—¿Y cuál es mi lugar, entonces? ¿Tengo que pasarme la vida en el tejado, sola? ¡No me puedes obligar! ¡No eres mi madre!

Aquellas palabras golpearon a Twelve como una bofetada.

La niña le lanzó una última mirada que pretendía mostrar aflicción, pero que resultó sencillamente malvada, y Twelve se sentó en un lugar apartado, incapaz de rebatir. Escuchó a Ninon sollozar, pero mantuvo la mirada gacha sobre el cuaderno azul, fingiendo leer. Entonces Lapo y Mathias colocaron a la niña entre ellos, el Gran Manny se puso un par de guantes de látex y la clase comenzó.

—Bien, muchachos, mirad bajo el pupitre —dijo en voz alta Mugaba desde la mesa de operaciones—. Hoy hablaremos de ácidos y sustancias químicas corrosivas. Poneos los guantes y tratad de prestar atención, porque podríais sufrir daños bastante desagradables en vuestra piel. ¿Para qué sirve conocer los ácidos? Por ejemplo, para aprender cuáles de ellos pueden usarse para derretir el metal...

El Gran Manny le lanzó desde la hilera de pupitres una ampolla de perfume y Mugaba la atrapó al vuelo, la destapó y vertió unas cuantas gotas sobre la mesa de

operaciones. Del centro de la camilla de metal se elevó primero una nube de color plateado y luego un remolino de humo acompañado de un siseo espeluznante, y, en cuanto terminó, el doctor introdujo una mano a través del agujero que se había formado.

Los alumnos aplaudieron y Ninon gorjeó una risita. Twelve se obligó a ignorarla. Le entraron ganas de llevársela de vuelta al tejado a rastras y, tal vez, hasta de darle un pescozón. ¿Cómo podía no darse cuenta de lo que la estaban obligando a ver, de en lo que querían que se convirtiera? Pero no, claro que no lo entendía. Solo era una niña.

Los profesores eran los responsables de aquella abominación. El Gran Manny estaba intentando arrebatársela a Ninon.

Pero ella no lo permitiría. ¡Oh, no! De ninguna manera.

«Ninon se queda conmigo».

## El señor de los gólems

—¿Twelve?

—¿Sí, doctor Mugaba?

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Los alumnos ya estaban dispersándose para salir del aula donde el médico y el Gran Manny les habían mostrado y realizado con ellos los primeros experimentos con ácidos. Habían agujereado metal, corroído una pared de piedra y disuelto algunos vidrios con unas gotas de color ámbar. Twelve se reunió con él junto a la mesa donde, con infinito cuidado y la ayuda de una pipeta, estaba vertiendo los últimos restos de ácido nítrico en un recipiente.

—Te entretendré solo unos minutos —dijo el médico, haciendo tiempo hasta que se quedaron solos.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Twelve.

—Sí. Hay que cerrar las tapas de los frascos y colocarlos todos en esa caja. Con mucho cuidado...

—Le tengo aprecio a mi vida.

—Precisamente.

Mugaba le sonrió con un destello de dientes blanquísimos.

Trabajaron durante unos segundos en silencio, alineando las distintas sustancias en frascos etiquetados con misteriosos caracteres alquímicos que solo sabía interpretar quien hubiera estudiado farmacología. Después, cuando hubieron terminado y de los compañeros de clase de Twelve no quedó más que un murmullo lejano, la chica preguntó:

—Supongo que ahora querrá hablarme de Ninon...

—También. He visto que se ha ido sin despedirse. Y durante la clase ni siquiera os habéis mirado.

—Está enfadada conmigo. Y la entiendo, desde su punto de vista debo de ser una especie de monstruo que le impide salir del tejado y siempre la deja sola.

—Pero no es así. Tú solo estás intentando protegerla.

—Sí.

—Y estás enfadada con nosotros, los profesores.

—Sí.



El médico cargó la caja de los ácidos en el carrito y luego agarró el manillar para empujarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Twelve? ¿Cuánto tiempo hace que no hablas con Ninon?

A Twelve aquella pregunta la pilló desprevenida.

—¿Qué quiere decir? Hablo con ella todos los días.

—Me refiero a una conversación de verdad. Una conversación en la que tratéis de las cosas importantes para vosotras.

—Ah... —Twelve se tomó su tiempo para contestar. No recordaba haber tenido nunca una conversación así con Ninon, pero ¡es que todavía era muy pequeña!

—Verás... —continuó Mugaba—, hoy por la tarde, antes de que llegaseis los demás, he estado hablando con ella. Estaba contentísima y me ha dicho que jugar con cerraduras es la cosa que más le gusta del mundo. ¿Tú lo sabías?

—¿Que a Ninon se le dan bien las llaves y los candados? Sí que lo sabía...

—Pero ¿sabías que le gusta hacerlo? ¿Y que cuando vosotros estáis en clase, ella practica sola con todo lo que encuentra por ahí? ¿Te ha dicho que le ha robado un par de esposas a Mister Peele, de las que ha conseguido librarse en quince segundos exactos?

No, de eso, a decir verdad, Twelve no tenía ni idea. Pero ese no era el tema. El tema era que Ninon no tenía que aprender a hacer aquellas cosas. No tendría que estar allí.

—Tienes razón, Twelve. Ninon solo es una niña y necesita que la protejan. Y tus esfuerzos te honran. Pero, aunque la mires y veas en ella a una niña, eso no quiere decir que no tenga sueños, dudas, pasiones. Y talento. Y si nadie le permite expresarlos, la vida en esta Academia será tan difícil para ella como lo es para ti.

—¡Solo es difícil por culpa vuestra! —se le escapó a Twelve—. La habéis condenado a tomar un antídoto todos los días y... si no lo toma...

El profesor Mugaba detuvo el carrito.

—¿Y si no lo toma?

Twelve se mordió la lengua. Si el doctor se enteraba de que Mister Peele no le había llevado comida a Ninon, entonces descubriría también que Twelve escondía en su habitación el antídoto de los hermanos Zorba. Y si se enteraba de lo del antídoto...

Cambió de tema rápidamente:

—¿Le gustó tener la enfermería llena, doctor?

La expresión de Mugaba adoptó de golpe una seriedad mortal.

—No, no me gustó. Y por si te interesa, yo estaba en contra de obedecer la orden del *Libro negro*... Soy médico y trato de curar a la gente, mi trabajo no es hacer daño por gusto. Pero no puedo decidir por los demás, Twelve. Lo único que puedo decidir es lo que yo hago y por qué lo hago...

—Y esa ya es una posición privilegiada, señor, si me permite decírselo.

—Tal vez. O tal vez no. Sea como sea, yo he elegido ayudar a las personas. A todas las personas. Incluso a las malas. ¿Por qué no lo haces tú también?

—¿Qué pretende decirme?

—Que la enfermería siempre está abierta y que no me vendría mal una mano. De vez en cuando, en tu tiempo libre, podrías venir aquí abajo a ayudarme. Si te apetece, por supuesto.

A Twelve le apeteecía. Nunca antes se le había ocurrido, pero desde luego que le apeteecía. Caminó siguiendo la bata del doctor Mugaba por un pasillo que terminaba en un antiguo montacargas herrumbroso.

—Por cómo te comportas en clase, veo que te gustaría hacer más. Se te iluminan los ojos. Igual que a Ninon cuando habla con Manny. Tal vez porque... son de la misma estatura.

Ambos sonrieron y entonces el montacargas llegó al suelo, chirriando horriblemente.

El doctor Mugaba empujó el carrito hacia él.

—Permítele brillar. Permítele hacer algo que le guste. Al fin y al cabo, querer a alguien significa dejarlo libre.

El almacén de las medicinas era, en realidad, un trastero alto y estrecho, con largas estanterías de metal protegidas por una puerta con barrotes y un candado. Un Remington-H-4, evidentemente, catalogó Twelve, mientras sacaba los frascos de los ácidos del carrito y los alineaba en la única repisa que no estaba cerrada con llave, como le había ordenado el doctor Mugaba. Para acompañarlo allí abajo se había saltado la última clase del día con la profesora Isadora, pero ni el profesor ni la alumna parecían demasiado preocupados. Él silbaba en el cuarto contiguo. Y Twelve miraba a su alrededor, despierta y cansadísima al mismo tiempo. Pensaba en Ninon, obviamente, y en los consejos de Mugaba. Sabía que no era la madre de Ninon, pero la niña no había tenido nunca una madre de verdad, así que Twelve podía valer como madre, aunque solo tuviera doce años. Sin embargo, la idea la incomodaba. Una hermana mayor. Sí, eso estaba mejor. ¿Qué debería haber hecho una buena hermana mayor? Colocó todos los frascos poniéndose de puntillas y, al hacerlo, empujó el carrito contra unas cuantas cajas amontonadas en la esquina más oscura del almacén de las medicinas. Estaban allí, preparadas para que las llevaran a quemar en la gran caldera de la Academia, pero lo que a Twelve le llamó la atención fue el remitente, grabado a fuego en el cartón.

*HERMANOS ZORBA. ALQUIMISTAS Y FARMACÓLOGOS  
CALLE ESTRECHA – BARRIO TABÁN – PRIMERA CIRCUNSCRIPCIÓN*

Al ver aquel nombre de nuevo, a Twelve se le detuvo un segundo el corazón. En el fondo, era completamente normal que, en el almacén de las medicinas, hubiera cartones viejos de fármacos para tirar. Sin embargo, después de todo lo que había pasado durante el examen, aquel nombre bastó para sobresaltarla. Se agachó, cogió uno de los cartones y miró dentro. Vacío. El segundo, vacío, y el tercero, igual.

Estaban todos vacíos, salvo por una hoja de albarán, doblada en cuatro pliegues en una esquina del cuarto. Twelve comprobó que el doctor seguía sentado en su escritorio y entonces lo cogió, con mucho cuidado de no hacer ruido. Lo abrió y lo alisó entre las manos. Era un listado de todo lo que Mugaba había comprado para la enfermería. Algunos nombres ya le resultaban familiares y otros, completamente desconocidos, como la POCIÓN PLACIDIA, de la que el médico había pedido doce frasquitos para un tratamiento anual.

¿Un tratamiento anual de qué?, se preguntó Twelve.

—Twelve —la llamó el médico desde la otra sala—, ¿todo bien con esos frascos?

Ella se guardó apresuradamente el papelito en el bolsillo y dijo en voz alta:

—Sí, sí. He terminado.

—Entonces, gracias por la ayuda. ¿Volveremos a vernos fuera de clase?

—Puede —respondió Twelve, ruborizándose y guardándose aún más en el fondo del bolsillo el papelito doblado—. Puede que sí, doctor Mugaba...

Y luego salió corriendo del almacén.

Cuando volvió al tejado, Ninon no estaba en la habitación. Se imaginó que estaría jugando con Lapo a las construcciones e intentó no preocuparse demasiado. Se había repetido cientos de veces lo que quería decirle y responderle, y tenía ganas de verla. Se encerró en la habitación para esperarla. De repente, le pareció como si estuviera completamente vacía. Y en parte, lo estaba: la ropa de Ninon y sus juguetes habían desaparecido. Sintió que le faltaba el aliento, pero no le dio tiempo ni a salir al pasillo antes de que Henna y Cressida llamaran a su puerta.

—¿Dónde se ha metido? —gritó Twelve.

—Tranquilízate... Se lo ha llevado todo a nuestra habitación —respondió Henna, apoyándole una mano en el hombro.

—Está enfadadísima, o eso dice al menos —añadió Cressida, con una sonrisa—. Pero dudo que le dure mucho el berrinche.

—Vosotras no la conocéis...

—Cressida tiene razón —siguió Henna—. Solo es un poco de orgullo. Ya verás como esta noche vuelve contigo.

Twelve miró de reojo sobre su hombro hacia la habitación de las chicas.

—¿Puedo hablar con ella?

—Sí, claro, pero... no está en nuestra habitación.

—Ha venido Lapo con una caja enorme de no sé qué...

—Bloques de construcción —adivinó Twelve.

Las tres chicas estuvieron aún hablando entre sí unos segundos antes de separarse. Twelve les agradeció el apoyo y luego se tiró en la cama, con unas ganas inmensas de llorar. No pensaba que pelearse con Ninon fuera a dolerle tanto. Era como una traición. Desde que estaban en la Academia, siempre habían dormido juntas, salvo cuando encerraron a Twelve en la Cuarentena. Habían salido juntas del orfanato, se habían escapado juntas y juntas habían vuelto. Twelve se había imaginado que de la misma manera se enfrentarían a todo lo que la vida les pusiera por delante.

Sin darse cuenta siquiera, se adormiló y, cuando se despertó, seguía sola. Las luces del tejado ya estaban apagadas, señal de que era pasada la medianoche, así que Twelve salió de su habitación a tientas, de puntillas. Entró en la de Mathias y Lapo sin llamar, distraída como iba.

Lapo dormía en el suelo, en una especie de refugio oscuro que se había construido entre el colchón y la esquina más lejana de la habitación, mientras que Mathias, vestido con un desgastado pijama que le hacía parecer aún más delgado y huesudo de lo que ya era, estaba sentado en el centro de la cama envuelto en un haz de luz, en medio de una montaña de hojas y apuntes.

—Oye, ¿tú qué haces aquí? —chilló cuando la vio entrar, guardando rápidamente las hojas.

—Perdona —dijo Twelve—. Estaba buscando a Ninon. Me habían dicho que estaba con Lapo y...

—Lapo ha vuelto hace una hora —respondió Mathias, evidentemente molesto, como alguien a quien hubieran interrumpido en medio de algo muy importante—. Y antes ha acompañado a Ninon a la habitación de Henna y Cressida. Si quieres que vuelva contigo, ve a llamar a su puerta.

Una mordaza se cerró alrededor de la garganta de Twelve. Se apoyó contra la puerta y dejó escapar un largo suspiro.

—Vale, perdona otra vez... Solo quería asegurarme de que estuviera bien... —Miró distraídamente las hojas y los apuntes, iluminados por la luz de las velas, y se imaginó que Lapo debía de haberse refugiado en la esquina más apartada del cuarto porque no era la primera noche que Mathias se quedaba despierto hasta tarde—. ¿Qué estás haciendo?

Mathias recogió más hojas, alejándolas de su vista.

—Nada de tu incumbencia. Así que, por favor, vete.

Twelve volvió a sentirse apuñalada sin razón. Primero Ninon, ahora Mathias. ¿Por qué? ¿Qué había hecho que fuera tan terrible para que las personas a las que quería la trataran así?

Se dio media vuelta sin decir una palabra y salió por la puerta, con la garganta seca y el corazón pesado.

—¿Twelve? —la llamó Mathias—. Perdóname, he sido un idiota. De verdad... Al lado de la puerta hay un papelito. ¿Te importaría pasármelo?

Estaba a pocos pasos del pie descalzo de Twelve, completamente garabateado de tinta y lápiz: era un dibujo rectangular atravesado por rayos, como una especie de circuito, con extrañas palabras esbozadas: AUTORÍZA-ME, SÍGUE-LO, HÁBLA-ME.

Lo recogió.

—Me acuerdo de esto... —murmuró, tendiéndoselo a Mathias—. La noche que nos atacaron los gólems...

—Habla bajo...

Se sentó al borde del colchón, mirando a Mathias con los ojos abiertos de par en par.

—Te pusiste a hacer gestos y a decirles estas palabras..., ¿qué estás haciendo?

—Experimentos —respondió Mathias.

Twelve aguzó la vista para intentar comprender lo que su amigo había escrito en las decenas de dibujos y apuntes entre los que estaba sentado, como una gallina rodeada por sus polluelos.

—Son instrucciones, ¿verdad? —decidió tras aquella breve observación—. Instrucciones para los gólems.

—Deberían serlo, pero... ¡no funcionan!

Mathias se metió las manos entre el pelo y rio en voz baja, para luego dispersar sus apuntes y mandarlos planeando a las cuatro esquinas de la habitación.

—¿Qué estás tramando, Mathias, mocoso insignificante? —le bufó Twelve, también divertida, imitando la voz del profesor Zefirotti.

—No sabría cómo explicártelo mejor, pero... he descubierto que los gólems... —Bajó la voz hasta casi un susurro, obligando a Twelve a acercarse a menos de un palmo de su nariz—. Tienen dos maneras de comunicarse: la palabra y... el Lenguaje.

—Parece muy interesante. ¿Y qué significa?

—A través de la palabra, los gólems se comunican con nosotros. El Lenguaje, en cambio, funciona de otra manera, a un nivel más profundo. Se puede modificar y, cuando se modifica, el gólem lo registra en sus mecanismos internos y está obligado a obedecer todo lo que dice...

—Creo que no lo he entendido —reconoció Twelve.

A Mathias pareció entusiasmarle su atención y prosiguió:

—Entonces, te pondré un ejemplo. Tú tienes un corazón y tu corazón late, ¿verdad? ¿Lo notas?

Mathias le apoyó una mano en el pecho y apretó con suavidad.

—Sí. Esto es bastante vergonzoso, pero late justo ahí.

El chico apartó la mano, con la cara roja.

—Sin embargo, no tienes que pensarlo, ni acordarte de hacerlo. Es un movimiento automático. Y aunque decidieras detenerlo, no podrías.

—Hay muchas cosas que no puedo hacer.

—Dentro de ti hay algo que hace que tu corazón lata aunque tú no quieras, que te hace respirar aunque no quieras. Y que te obliga a hacer todas las cosas que haces sin pensar. Con los gólems pasa lo mismo, solo que se puede... ¿leer?, ¿escribirlo? Si les das una instrucción en su Lenguaje, como LATE-CORAZÓN-SIEMPRE-TÚ, están obligados a obedecerla sin discutirla, porque no pueden decidir qué quieren y qué no quieren hacer, como tú con tu corazón. Deben obedecer las órdenes.

—Como nosotros con Lobo...

—No exactamente. Nosotros podemos desobedecer, sabemos o creemos saber qué es mejor y nos comportamos en consecuencia, mientras que un gólem no. No tiene elección. No puede tomar las decisiones complejas que podemos tomar nosotros.

Twelve reflexionó sobre ello, aún hojeando los apuntes de Mathias dispersos por todas partes.

—¿Y qué estabas intentando hacer cuando he entrado?

—Comprender cómo usar el Lenguaje... y darles instrucciones.

—¿Para que los gólems te obedezcan?

—No es tan sencillo. La cabeza de un gólem es como una cebolla, ¿te la imaginas? Capa a capa de Lenguaje que hay que modificar hasta llegar a la más profunda, el núcleo. Cada capa de la cebolla contiene instrucciones y, cuanto más profunda es una instrucción, más obligado a obedecerla sin planteársela está el gólem. Es su propio pensamiento, no hay vuelta de hoja.

—¿Y en ese núcleo qué hay?

—Quién sabe... Puede que una instrucción que les impone obedecer a los profesores.

—Bastante lógico —dijo Twelve—. Y sin embargo, Odo no te hizo ni caso.

Mathias empezó a recoger sus notitas y Twelve le ayudó, fascinada.

—¿Te puedo preguntar cómo has conseguido averiguar todo esto? —quiso saber.

—¿De verdad te interesa?

—Tú cuéntamelo. Total, ya estoy completamente despierta.

—Tendríamos que salir de aquí sin que los demás se dieran cuenta.

—Vale.

—Podría ser peligroso.

—Vale.

—Va claramente en contra de las reglas de la...

—¡Mathias! Que lo he pillado. Soy yo, Twelve. ¿Me lo quieres enseñar o no?

Se calzaron con muchísimo cuidado, eligiendo los zapatos de la pila que había al lado de la entrada, e introdujeron la combinación para abrir la Moehringer sin arrancarle un solo chirrido. Salieron de la guarida y se detuvieron en lo alto de las escaleras. Aguzando el oído, podían escuchar el murmullo del río alrededor del colegio y los

pasos de los gólems que, dispersos por las escaleras y los pasillos, estaban cambiando la disposición de las trampas en los peldaños.

—Por aquí.

En lugar de bajar las escaleras que llevaban a los pisos inferiores, Mathias se recostó contra el muro que había enfrente del rellano y, apoyando las manos encima, con una delicada presión, reveló la silueta de una puerta camuflada, inserta en la pared. Presionando con la precisión adecuada, la puerta cedió con un leve clic y se deslizó lentamente por un riel invisible.

—¿Qué es?, ¿un almacén?

—Algo parecido —dijo Mathias—. Ven dentro.

Colgado de un gancho en la pared, justo tras la puerta, había un farol que el chico encendió con un chisporroteo. Luego lo agitó frente a su nariz para que Twelve pudiera ver.

Era, efectivamente, un almacén excavado en el bajo techo, muy largo pero con el tejado tan bajo que corrían el peligro de golpearse la cabeza contra las vigas que sostenían las cerchas. Dentro había un montón de cosas, sobre todo muebles cubiertos de polvo, sillones rotos, un maniquí vestido de director de orquesta carcomido por las termitas, pupitres antiguos, un montón de instrumentos de viento tirados dentro de cajas mugrientas y un piano de pared al que le faltaban la mitad de las teclas. Incrustado en el muro había además un gran emblema de yeso dorado, roto por la mitad.

—Son los muebles de la antigua escuela de música —resopló Twelve, quitándoles el polvo—. ¡Mira qué cosas! ¿Y esto qué es? ¿Un violín? ¿Funciona?

—Sí, sí, pero todavía no has visto nada. Por aquí.

Mathias la guio entre los trastos, siguiendo un sendero de huellas de zapatos perfectamente distinguibles entre la capa de suciedad del almacén.

—Vienes aquí a menudo, ¿eh?

—Casi todas las noches. Aquí. Mira.

Twelve miró.

Entonces vio, frente a ella, las espaldas de un hombre con la cabeza abierta, encorvado sobre un escritorio atestado de maquinaria.

—Ay, cielos... —exclamó, antes de darse cuenta de que el hombre no era un hombre, sino un gólem, y que formaba parte del mueble en el que parecía estar sentado, como el medio busto de una estatua.

Se acercó, en silencio, para observarlo. Iluminada por la luz de la linterna, en la cabeza abierta del gólem destellaban infinidad de láminas de oro, unas junto a otras. El resto del cuerpo parecía humano, con el rostro brillante y los ojos apagados, las espaldas anchas y unos brazos que reposaban las manos en la mesa del escritorio. Solo que no era un escritorio, sino una superficie de trabajo llena de indicadores, palancas, botones, válvulas y tiradores. En lugar de piernas, el gólem tenía un único bloque apoyado sobre el suelo que se unía a la mesa por un tubo.

—Qué..., ¿qué es? —preguntó Twelve, ligeramente intimidada por aquel ejército de botones.

—¡No lo toques! —exclamó Mathias—. Es un gólem calculadora. Una vez vi uno en un libro. Se usaban hace mucho tiempo para las tareas más difíciles... Memorizar datos, hacer cálculos, elaborar proyectos, cosas de ese tipo.

—¿Y ya no?

Mathias se encogió de hombros.

—Creo que ahora resultaría lentísimo. Y que los gólems nuevos pueden hacer lo mismo sin ocupar tanto espacio... Pero en su época debía de ser una verdadera joya.

Golpeteó con cariño la cabeza metálica del gólem.

—Así que esta es la piel de la cebolla —murmuró Twelve, mirando en su interior.

—Bonita, ¿verdad?

—¿Y tú estás intentando comprender cómo funciona?

—Se podría decir que lo he conseguido. ¡Mira aquí!

Mathias cogió una llave de metal abandonada sobre el escritorio, como las que se usan para cargar los juguetes de cuerda. Introdujo el perno en un agujero hexagonal en el centro de la espalda del gólem y empezó a girarlo. Una. Dos. Tres veces.

—Ya debería estar —dijo, sacando la llave—. Buenas noches, Lorenz.

—Buenas noches, Mathias —respondió el gólem con voz metálica.

A Twelve se le erizó el vello de la nuca.

—Oye, pero... ¡habla!

—¡Claro que habla! Lorenz, te presento a mi amiga Twelve.

—Buenas noches, señorita Twelve.

—Bu-buenas noches.

—RESPUESTA-NO —dijo el gólem.

—¿Qué?

—Si balbuceas, no te entiende. Inténtalo otra vez.

—Buenas noches, Lorenz.

—Buenas noches, señorita Twelve. ¿En qué puedo ayudarla?

—Pregúntale qué hora es —susurró Mathias.

—¿Qué hora es?

—La una menos doce minutos —respondió Lorenz.

—¡Tachán! —dijo Mathias.

—¿Cómo que tachán? Si solo me ha dicho la hora...

—Eso lo dices porque no sabes cómo estaba Lorenz al principio, cuando me lo encontré aquí. Ni siquiera se encendía. Luego, cuando conseguí ponerlo en funcionamiento, se negaba a obedecer ninguna orden, porque su programación de base le obligaba a escuchar solo a los profesores. Así que lo abrí y... bueno, probando, probando...

Le mostró algunas láminas doradas, apoyadas sobre una tela manchada junto al gólem.



—¿Y ahora te obedece?

—Más o menos. Pero hay lagunas en el Lenguaje, por eso nos limitamos a instrucciones simples, mientras consigo comprender más cosas...

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —preguntó Twelve.

—Necesitaría conocer todo el Lenguaje de base. Si existiese un texto y yo pudiera estudiarlo, tal vez podría... desactivarlo, recomponerlo, darle un Lenguaje distinto, y en ese momento estaría completamente a nuestro servicio.

—¿Y hay alguna manera de recuperar ese Lenguaje?

—Claro que sí. Pero intentarlo es una auténtica estupidez.

—¿Qué quieres decir?

—El responsable de los gólems es Luther. He hecho algunas averiguaciones y he llegado a la conclusión de que, si hay un manual de Lenguaje para gólems, debe de estar en una caja fuerte secreta de su despacho.

—¿Estás seguro, o solo son imaginaciones tuyas?

—Supongo que está ahí dentro, pero no estoy seguro de qué caja fuerte es. Ahora bien, el modelo es una Zita. Una caja fuerte de la que solo hicieron dieciocho versiones, todas distintas entre sí. Un modelo tan exclusivo que ni Lapo había oído hablar de él. ¿Lo entiendes? No hay manera de que un alumno de primero consiga abrir una cosa así.

—¿Ni siquiera Lapo?

—Ya se lo he pedido. Si no puede él, no puede nadie.

Ya, pensó Twelve. Si Lapo decía que no era posible, debía de ser verdad.

A menos que, naturalmente...

—¿En qué piensas? —le preguntó Mathias al ver que la expresión de Twelve había cambiado de repente.

—En nada —respondió—. De verdad. ¿Volvemos a la habitación, antes de que se den cuenta de que no estamos?

Si Lapo no era capaz, tal vez hubiera otra persona que pudiera hacerlo, pensó Twelve mientras seguía a Mathias de vuelta al tejado.

Pero ella no tenía la más mínima intención de pedírselo.

A pesar de la distracción que le había proporcionado Mathias, Twelve se metió en la cama con una sensación de pesadumbre en el corazón que nunca antes había experimentado. Siempre le había parecido muy incómodo dormir atravesada para esquivar los calcetines de Ninon, pero nunca habría creído que hacerlo sola fuera imposible. Se sentía vacía y triste. Y, más que dormirse, se rindió al cansancio, llenando sus sueños de gólems, ácidos y chiquillos envenenados.

Se despertó sobresaltada menos de una hora después, notando una presencia a su lado.

—¿Qué pasa? —susurró con voz ahogada, sin moverse.

—Soy yo, Ninon —dijo la niña. E inmediatamente se abrazó a ella, arrebujiándose como un gatito—. Me he despertado y no estabas y me ha dado miedo y he venido a

buscarte.

—Has hecho bien —susurró Twelve, entumecida, preguntándose si aún estaría dormida, o ya no—. Yo estoy aquí, estoy aquí para ti, y siempre lo estaré.

—Ya no estoy enfadada.

—Yo tampoco. Y si quieres venir a clase conmigo, puedes hacerlo. Iremos juntas.

—¿De verdad?

—Sí. Y no solo eso. He encontrado una caja fuerte que nunca nadie ha conseguido abrir. Si te apetece y me guardas el secreto, un día de estos te llevo allí y tú intentas abrirla.

—Ay, sí —exclamó Ninon—. Me gustaría muchísimo.

Ninon estaba calentita, olía a jabón y, mientras hablaba, tenía los ojos cerrados.

—¿Dormimos, Twelve?

—Sí —respondió ella—. Sí, cielo mío. Ahora, vamos a dormir.

## La poción Placidia

—Has vuelto.

Mugaba abrió la puerta de la enfermería. Estaba pintada de un rojo medio desconchado y el letrero había perdido tres letras: «ENFERMA».

Twelve entró a hurtadillas y se dio cuenta de que había una persona tumbada en una camilla.

—Puedo esperar aquí, si...

—Será mejor que empecemos cuanto antes. Lo primero, ve a lavarte las manos, ponte una bata y luego reúnete conmigo allí al fondo.

Le indicó un lavabo de acero y le pidió que por favor se lavara con mucho cuidado. Twelve se puso la bata que había colgada en la pared y siguió al médico hasta la camilla, donde estaba tumbada una Acróbata de quinto, con los ojos almendrados y el pelo negro. Era pequeña, compacta, y tenía unos brazos y unas piernas tan largos que le daban apariencia de insecto.

—¿Os conocéis? —preguntó Mugaba.

—Como para no conocernos —respondió la paciente, mirando a Twelve con suspicacia—. Eres la Deshollinadora que intentó escaparse...

—Perfecto. Ahora es mi nueva ayudante. Twelve, ella es Spider.

Twelve intentó no mirar durante demasiado rato el rostro pálido de la muchacha, como si no quisiera violar su intimidad.

—Y bien, Spider, ¿cómo te encuentras? —le preguntó entonces el doctor Mugaba.

—Siempre estoy cansada, dormiría el día entero —respondió la chica—. Antes de ayer estuve a punto de caerme de las redes de la guarida y de triturarme los huesos. Y hoy, en clase de Zefirotti, apenas he conseguido correr porque me faltaba el aliento.

—Ajá —murmuró Mugaba—. Twelve, pásame el estetoscopio.

La chiquilla obedeció a toda prisa. La vergüenza inicial se disolvió rápidamente y le pareció que a Spider le pasaba lo mismo. El doctor Mugaba se mostraba tranquilo y frío al mismo tiempo, y, en cierto modo, tranquilizador. Le auscultó el pecho y la espalda, le examinó las uñas y le masajéó manos y pies.

—Está bien —concluyó—. ¿Tu ciclo es regular?

—Sí, pero... ¿tengo algo grave?

—Yo diría que no. En mi opinión, solo tienes un poco de anemia, pero para estar seguro debería hacerte un análisis de sangre. Twelve, tráeme el carrito con las jeringuillas.

Twelve contempló a Mugaba desinfectar el brazo de Spider, pincharlo con delicadeza con una jeringuilla con mango a presión, rellenar un vial con un líquido oscuro y denso, desinfectar de nuevo y, por último, despedir a la paciente con la recomendación de tomar carne en la cena. Finalmente, se estiró, satisfecho.

—¿Qué te ha parecido?

—Interesante —respondió Twelve.

—¿Y no te ha dado impresión? ¿Las agujas, la sangre, las venas? ¿No? A mí me parece que no. Así mejor. Y ahora, ven conmigo.

El médico la acompañó a la salita de los laboratorios, a mitad de camino entre el ambulatorio y el almacén de las medicinas. Era, fundamentalmente, un trastero donde se amontonaban algunos grandes aparatos de latón y un par de magnificadores de imágenes con pletinas.

—¿Sabes lo que son los glóbulos rojos? —le preguntó.

Era la primera vez que Twelve escuchaba aquel nombre.

—Son como rosquillas minúsculas que hay dentro de tu sangre —le explicó Mugaba—. Son muy importantes porque transportan oxígeno. Si no tenemos demasiados, podemos enfermar de una dolencia que se llama anemia.

—¿Lo que tiene Spider?

—Lo que puede que tenga Spider. Pero para saberlo con certeza, tenemos que contar los glóbulos rojos.

—¿Y eso cómo se hace?

—En los hospitales de Danubia hay máquinas que lo hacen en un segundo, pero nosotros aquí lo haremos a mano, con un magnificador de imágenes, o, si lo prefieres, con un microscopio.

Mientras hablaba, Mugaba transfirió una gota de la sangre de Spider a un vidrio con una redcilla dibujada y lo colocó bajo la boquilla de latón del microscopio. Luego le señaló a Twelve el otro extremo, donde había dos mirillas regulables.

—Echa un vistazo por aquí. ¿Ves esos corpúsculos redondos?

—¡Sí! —respondió Twelve tras unos cuantos intentos—. ¿Son los glóbulos rojos?

—Efectivamente.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Cuéntalos —dijo Mugaba—. Elige un cuadrado de la redcilla y cuenta cuántos glóbulos ves dentro, luego elige otro y haz lo mismo. A medida que vayas contando, yo iré anotando los números que me vayas diciendo y haciendo unos cuantos cálculos. Y al final, sabremos si Spider está bien o no. ¿Está todo claro?

—Creo que sí —contestó Twelve, que no estaba segura de haberlo entendido todo.

—¡Intentarlo es la mejor manera de aprender! Venga, empecemos.

Los días con el doctor Mugaba hicieron que Twelve se sintiera de repente como una científica, una alumna de la Academia de los Socorristas con su bata y su aspecto de persona respetable, a años luz de la chica que tenía que convertirse en una experta en robos, fraudes e intrigas. A medida que iban pasando los días, se moría de ganas de arañar una hora o dos para poder bajar a la enfermería con Mugaba y, mientras estaba allí abajo, haciendo de ayudante, desinfectando instrumentos y enrollando gasas, se dio cuenta de que aquel trabajo le gustaba de verdad. Le gustaba la concentración necesaria para contar los glóbulos en el microscopio, la precisión con la que Mugaba anotaba los números y le explicaba los cálculos necesarios, el espíritu curioso con el que el médico exprimía su propia inteligencia para detectar los síntomas de una enfermedad e intentar sanarla.

Spider tenía, efectivamente, anemia, y su tratamiento fueron unas cuantas pastillas de hierro y una dieta más equilibrada. Luego atendieron a Antara, que temía estar embarazada (pero no lo estaba); Birnoff, que se había dislocado un hombro tras una caída jugando a algo; y Allyster, que tenía una infección bastante fea en un dedo del pie. El doctor Mugaba animó a la primera, vendó con fuerza al segundo y le dio un remedio alquímico al tercero tras recoger un vial de pus para analizarlo bajo el microscopio. Y así fue como Twelve vio, por primera vez, un cultivo de bacterias. Fuera lo que fuera lo que sucediera en la enfermería, Twelve se comprometía a mantener una confidencialidad máxima, bajo pena de concluir con su aprendizaje. Y a ella no le costó mantener la boca cerrada: se le daba bien guardar secretos.

Cuantos más días pasaban, más intensificaban los profesores sus clases. Los alumnos se daban cuenta de que algo flotaba en el aire, pero toda la atención de Twelve se centraba en el doctor Mugaba y las cosas que le hacía aprender.

Dos semanas después de su primera visita, el médico y ella se entretuvieron en el laboratorio casi hasta la hora de la cena. Cuando se dio cuenta, el doctor Mugaba se disculpó con Twelve, le tendió una ampolla alquímica y le dijo que tenía que marcharse inmediatamente del laboratorio para hacer un recado que no especificó. La invitó a hacer lo mismo en cuanto terminara el análisis de la poción Placidia que le había pedido que preparara. Twelve había descubierto con asombro que era muy parecida al agua azucarada, y al profesor Mugaba no pareció sorprenderle en absoluto. Algunos de los denominados remedios alquímicos, le dijo, en realidad no son medicinas, pero funcionan porque la gente cree que sí lo son.

Luego se quitó la bata y, poco antes de salir, le entregó a Twelve la botellita con la poción antinómica de Ninon.

—Esta es tu última tarea de hoy: dale diez gotas antes de esta noche. Hoy Mister Peele no se la ha suministrado con el almuerzo.

—Diez gotas —repitió Twelve. Luego intentó acordarse de cuántas le había dado ella el día después de la revuelta de los alumnos. ¿Más, menos?

—Y luego devuelve aquí la botella, por favor.

El médico se fue a lidiar con sus asuntos y Twelve se quedó sola en el laboratorio, con el frasquito del antídoto en la mano y un ventilador que zumbaba en la esquina sobre su cabeza.

La poción antinómica.

Con lo que le había costado conseguir un poco y ahora tenía un frasco entero. ¿A cuántos días sin depender del antídoto podía corresponder? ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Suficiente para escapar y recolectar el dinero necesario para comprar más? Twelve no lo sabía. Y no podía arriesgarse. Pero si pudiera garantizar a Ninon al menos un año fuera de allí... habría intentado irse de nuevo. Pensó en lo que acababa de hablar con el doctor Mugaba y contempló la poción antinómica a contraluz. Era transparente y clara como el agua. Debía de ser una sustancia muy complicada de producir, pero tal vez ella podría conseguirlo. Reaccionó antes incluso de formular completamente aquel pensamiento: sacó la placa con la poción Placidia del microscopio, sustrajo un poco de la antinómica con un cuentagotas y la vertió sobre un trocito de vidrio, alineándolo a continuación bajo la lente del microscopio.

Acercó los ojos al visor.

Reguló las palanquitas y las ruedecillas.

Luego apartó la vista, se frotó los ojos y siguió observando. Comprobó que hubiera colocado la placa adecuada.

—No puede ser —dijo.

Lo intentó otra vez, con una placa distinta y una muestra diferente.

—No puede ser —repitió.

Volvió a colocar la poción Placidia bajo las lentes, la mezcla calmante de agua y azúcar, y las comparó.

Le parecieron absolutamente idénticas. ¿Sería posible que el antídoto al veneno de Ninon fuera un simple calmante?

Twelve volvió a colocar cada cosa en su lugar y, mientras lo hacía, empezó a formular una velocísima serie de teorías. ¿Sería posible que el médico le hubiera dado el frasco equivocado? Sin embargo, la etiqueta de la botellita no daba lugar a dudas: «Poción antinómica». ¿Tal vez... debería advertírsele? ¿O había sido él quien la había advertido a ella? La había dejado sola a propósito en el laboratorio para que descubriese que el famoso antídoto... ¿no existía?

Y por tanto, ¿el veneno tampoco?

¿Sería posible que Luther no hubiera envenenado nunca a Ninon, sino que tan solo hubiera fingido hacerlo? ¿Y que Twelve hubiera caído en la más sencilla de las trampas?

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que era probable. Solo había una manera de descubrirlo: si la sangre de Ninon estaba envenenada, debería poder verlo bajo el microscopio. Y si no lo estaba..., ¿por qué habría querido el doctor Mugaba que ella lo descubriese? ¿Tal vez porque disentía con Luther, así como lo había hecho con la decisión de que los gólems cargaran contra ella y sus compañeros?

¿O tal vez sencillamente quería que Twelve supiera que podía huir?

La muchacha se preocupó por colocarlo todo en su sitio, cogió prestada una jeringuilla con tapa de latón y un disco de algodón empapado en desinfectante y luego salió corriendo, rápido, hacia el tejado. La guarida de los Deshollinadores estaba desierta porque todos estaban cenando, naturalmente. Todos, menos Ninon. La niña corrió a su encuentro, feliz de que Twelve ya hubiera terminado de cenar.

—La verdad es que no he empezado, pero no tengo demasiada hambre. ¿Cómo estás, Ninon? ¿Mister Peele ya te ha traído la cena?

—Claro.

—¿Y te las has comido?

—Sí.

—¿Y cómo te encuentras?

—Genial. ¿Por qué?

—Fantástico. Pero oye una cosa: te tengo que hacer una prueba pequeñita. No es nada, pincha un poco, pero me lo ha pedido el doctor Mugaba. Vale, sé buena, dame el brazo y date la vuelta, no mires.

—¡Me haces cosquillas, Twelve!

—Te he dicho que cierres los ojos... Muy bien, así. Ahora te va a doler un poco, pero...

Con el corazón latiendo a mil por hora por miedo a equivocarse, Twelve introdujo la aguja en el bracito de Ninon y, cuando la niña dio un respingo y gritó: «¡Ay!», se sintió morir. Pero no se detuvo.

—¡Twelve! —sollozó Ninon.

—¡Ya casi he terminado! —respondió ella, conteniendo el aliento. Vio que el interior de la jeringuilla enrojecía y la sacó inmediatamente, masajeando de nuevo el brazo con el algodón desinfectante—. ¡Venga, ya está!

—¿Puedo mirar?

—¡Claro! —contestó Twelve, escondiendo la jeringuilla.

—¡Me ha dolido muchísimo! —protestó Ninon—. ¡Y me ha salido un agujerito en el brazo! ¡Mira! ¡Se me está poniendo todo morado!

—Lo sé, perdóname... pero es una prueba importante. Y tú tienes que prestar mucha atención ahora: si te sintieras extraña por algún motivo, tienes que decírmelo inmediatamente. Lo que sea: si te duele un poco la tripa, la cabeza..., ¿vale?

—Solo me duele el brazo.

—Sí, pero el brazo no importa. Si notas algo distinto, aunque sea una tontería, avísame. ¿Me lo prometes?

—Vale, te lo prometo. ¿Y ahora jugamos?

—Juguemos —dijo Twelve.

Y jugaron. Las dos solas, en la vacía inmensidad del tejado. Al balón, al pilla-pilla, a columpiarse de las sogas que colgaban de las vigas centrales del tejado. A

dibujar canciones en las paredes, colándolas entre el laberinto de pintadas que los demás Deshollinadores habían trazado allí mismo durante el transcurso de los años.

Mientras jugaba, Twelve vigilaba de reojo a Ninon y comprobaba el reloj. Hacía más de veinticuatro horas que no tomaba el antídoto. Y reía y corría, era el vivo retrato de la salud.

Twelve pensó en todo lo que había hecho para conseguir su medicina. El antídoto de un veneno que nunca había existido.

La habían engañado.

Siempre la engañaban.

Y cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Mugaba había orquestado todo aquel hallazgo para ayudarla: la había invitado a la enfermería, le había enseñado a preparar una placa y a usar el microscopio y, por último, le había consignado el encargo de suministrar el antídoto a Ninon. Quería que lo supiera.

Y ahora que lo sabía, sin embargo, ¿qué debía hacer?

—Salta —le dijo Lobo desde la trampilla que llevaba a su habitación.

Twelve dejó de correr y se giró para ver desde dónde había hablado. Estaba en lo alto de las escaleras de cuerda, con la ropa empapada y, a juzgar por el charco que había dejado en el suelo, debía de llevar bastante tiempo allí observándolas.

—¿Qué haces ahí arriba? —le preguntó, jadeando por la carrera.

—Vigilo a mi manada.

—¿No has ido a cenar?

—¿A ti qué te parece?

—Yo diría que no es asunto mío.

—¿Ves? Tú también empiezas a aprender cómo hay que comportarse entre Deshollinadores.

—Pero también diría que has estado en el tejado, o tal vez fuera, porque tienes toda la ropa mojada. Y está lloviendo —continuó Twelve.

Lobo bajó de las cuerdas y se sacudió el pelo violentamente.

—¿Y crees que debería cambiarme antes de bajar?

—Igual no. Al fin y al cabo, eres el jefe.

—¿Cómo te está yendo con la Horda? ¿Ya han empezado a haceros exámenes?

—Todavía no.

—Pero tú sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —Los ojos de Lobo emanaban una energía extraña. Los tenía enrojecidos, como si hubiera llorado o se le hubieran irritado por algún motivo, y exudaba un calor melancólico que Twelve ya le había detectado alguna vez, pero que hacía meses que no notaba. Parecía turbado y satisfecho al mismo tiempo.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó.

—He tenido que lidiar con mi habitual problema sentimental —respondió él, de forma completamente inesperada.

—¿Mia? —aventuró Twelve.



Lobo rio.

—No, pobre Mia. Ella no tiene nada que ver. Aunque le gustaría, pero no tiene nada que ver.

—No deberías tratarla así. Te quiere mucho.

—Ah, ¿en serio? ¿Y por qué lo sabes?

—Se pone tensa cada vez que hablas con otra chica. Y detesta cuando nos quedamos a solas tú y yo.

—Ahora, por ejemplo, estamos a solas tú y yo.

La lluvia golpeaba con fuerza sobre el tejado y Lobo dudaba, como si estuviera a punto de decir o de hacer algo. Twelve no sabía si quería o temía que sucediera, pero entonces el momento, fuera lo que fuera, pasó. Escucharon a Ninon dar grititos en alguna parte entre los cojines y Twelve le agradeció aquella interrupción.

—Yo diría que no estamos exactamente solos...

Lobo también sonrió, divertido ante aquella monada que corría por el tejado.

—Ahí tenemos a nuestra pequeña allanadora —dijo.

—Hoy he estado con Mugaba, echándole una mano en la enfermería.

—Me lo han dicho. Me parece buena cosa.

—Estoy convencida de que Luther nunca envenenó a Ninon.

Lobo hizo un gesto extraño, como si Twelve acabara de salirle con la mayor tontería del siglo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que el famoso antídoto que le damos todos los días es poco más que agua con azúcar. Y mira cómo salta: todavía no le he dado nada.

—¿Y por qué iban a haber hecho eso?

—Es bastante sencillo, ¿no te parece?

—Sí —admitió Lobo—. ¿Y qué piensas hacer?

Twelve sonrió, sin mirarle.

—Asegurarme de que es así. Y luego escapar.

Lobo asintió.

—Tiene sentido. Es lo que siempre has querido hacer. ¿Y te llevarás a Ninon?

—Claro que sí —dijo Twelve—. Y tal vez a ti también esta vez.

—¿A mí?, ¿por qué?

—Porque odias este lugar. Porque ya escapaste una vez.

Lobo se quedó así, goteando sobre el suelo, mudo y quieto, durante un tiempo que pareció eterno.

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no. Yo no puedo. Si queréis marcharos, perfecto, intentaré ayudaros en todo lo que pueda. Pero no iré con vosotras.

—¿Puedo saber por qué? —La voz de Twelve sonaba ahogada.

—Lo acababas de aprender, ¿no te acuerdas? Hay cosas que no son asunto tuyo.

—¿Es por Amaryllis? —insistió Twelve, a lo que Lobo saltó como un resorte.

—No pronuncies ese nombre. Y menos en noches como esta —la amenazó.

Pero Twelve no se dejó amedrentar y, aunque no sabía absolutamente nada de lo que le había pasado a Amaryllis, replicó con vehemencia:

—No sé qué le habrán hecho los profesores, Lobo, pero puede que haya una posibilidad de que no sea lo que crees. Tal vez a ti también te hayan engañado para mantenerte aquí dentro y... ¿Lobo...? ¡Lobo!

Lobo la agarró por los hombros y la levantó del suelo, apretándola hasta hacerle daño.

—No hables de lo que no sabes. No puedes entender lo que significa querer a alguien a quien aún puedes ver y que, a pesar de todos tus esfuerzos, sigue siendo inalcanzable.

—Lobo... Yo... No quería. Me haces daño, ¡basta!, ¡me estás haciendo daño!

—¿Te quieres marchar, Twelve? —le dijo él con una voz terriblemente tranquila—. Pues haré todo lo posible para que puedas hacerlo.

Entonces la dejó caer al suelo y se alejó, tambaleándose, hacia la Moehringer.

—Estás loco, Lobo —sollozó Twelve, masajeándose las muñecas—. Simplemente, estás loco.

—A estas alturas, creo que sí, Twelve. Por eso haces bien en querer irte. Lo único que te pido, sin embargo, es que te olvides de mí, ¿te queda claro? Desaparece. No quiero volver a verte nunca más.

## Prisionera

**P**alabras susurradas en la oscuridad.

—Lapo, ¿te acuerdas de la puerta del comedor? ¿La que da al jardín de las Rosas Guerreras?

—Zí.

—Me he enterado de que los profesores han cambiado la cerradura hace poco y la han sustituido por una más difícil.

—La he vizto.

—¿Y crees que puedes abrirla?

—Por zupuezto.

—¡Estupendo! ¿Y cómo?

—Con un *ezplozivo*.

—No, no, nada de explosivos, Lapo, tenemos que abrirla sin ruido, en silencio...

—*Entoncez neceztaz* la llave mecánica que *ze* inventó *eze* amigo tuyo, Hugo.

La llave que abría todas las puertas de Hugo Eight se había quedado en la Institución Moser durante su primer intento de fuga.

—Olvídate, Lapo, ya no la tengo.

—*Entoncez no ze puede abrir. Quizáz con un ezplozivo, o con la llave de Hugo. Pero zi no, ez imposible. No ez que yo no zea lo zuficientemente dieztro, ez que no ze puede y ya eztá. No ze puede forzar. La cerradura ziente la prezión...*

—Vale vale, me lo creo...

—¿Twelve?

—¿Sí, Lapo?

—*Ze te eztá pazando* algo por la cabeza, ¿cierto?

—Puede —admitió Twelve—. Puede.

—Bueno, *zi neceztaz* ayuda, *Mathiaz* y yo te *echaremoz* una mano. Y tal vez... tal vez *podríamos* acompañarte.

Aquella noche, Twelve no durmió.

Y al día siguiente, en clase, se pasó el día con el lápiz en la boca y la cabeza perdida en un único pensamiento.

Escapar, escapar, escapar.

Analizaría la sangre de Ninon y luego, si dentro no había rosquillas que parecieran extrañas a causa del veneno, se escaparía. Claro. Pero ¿cómo?

La primera vez que Twelve se había fugado del colegio con Ninon, lo había hecho saliendo por la puerta principal, usando la llave maestra de Hugo Eight. Cruzó el jardín de las Rosas Guerreras haciéndose pasar por Mister Peele con uno de sus puros, forzó la verja de la antigua escuela de música y se escapó, a bordo de una barca, por el río. Si no hubiese regresado al orfanato Moser, convencida de que Miss Kindheart las iba a ayudar y proteger, aún estarían fuera de allí, en Danubia.

Pero aquella vía de escape ahora era impracticable. Habían cambiado la cerradura de la única puerta que daba al jardín y el propio jardín estaba vigilado noche y día por los Harapientos que trabajaban en la reconstrucción del invernadero. ¿Podría construir un ala delta y lanzarse desde el tejado? ¿Descender al subsuelo y tratar de coger uno de los trenes neumáticos subterráneos que conectaban las estaciones de Danubia? Pero ¿cómo lo conseguiría sin que la vieran los profesores ni los Harapientos que habitaban en los sótanos? ¿Podría intentar sobornarlos? ¿Llegar a un trato con ellos? ¿Qué sabía ella de aquellas desgraciadas criaturas que se deslizaban como ratas entre las sombras?

Lobo le había prometido que la ayudaría. Pero Lobo era Lobo y, si acaso decidía mantener su promesa, sería él quien decidiera cómo y cuándo. Así que no podía contar con el jefe de su manada. Le quedaban Lapo y Mathias. Y tal vez el doctor Mugaba. Pero descartó inmediatamente aquella última hipótesis. Una cosa era que hubiera querido ponerla en guardia y otra hacerse la ilusión de que iba a poder ayudarla a escapar. Y por tanto, volvía a Lapo y Mathias. El primero abría cerraduras, como Ninon, y el segundo llevaba tiempo trabajando en una investigación sobre los gólems.

Los gólems.

Odo.

Y todos los demás.

Eso sí que habría sido una ayuda valiosísima. Los gólems estaban por todas partes: en las cocinas, en los pasillos, en las armerías. Eran el ejército de sirvientes de los profesores, sus máquinas de carga, sus esclavos mudos.

Si al menos hubieran conseguido que los escucharan. Usar su Lenguaje...

El lapicero de Twelve se movió sobre el cuadernito azul, apartado de la mirada indiscreta de sus compañeros, y se detuvo en la columna de sus grandes enemigos, a la altura del nombre del profesor Luther.

¿No estaban allí, tal vez, los famosos códigos que Mathias necesitaba? ¿En una caja fuerte Zita, con su singular mecanismo de combinación?

¿Qué era preferible?, ¿una puerta con una cerradura imposible de abrir o una caja fuerte?, se preguntó con una pizca de alegre amargura.

Al menos ahora sabía por dónde empezar.

Aquella tarde, el profesor Luther entró con el Gran Manny en el aula a la hora de clase de este último. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de un traje gris de dos piezas un poco arrugado y parecía distraído por algo. Cuando lo vio, Ninon se puso tensa en el pupitre, pero Twelve intentó tranquilizarla.

—¡Ese es el hombre malo! —siseó la niña.

—Sí, es él. ¡Pero tú no digas nada, por favor!

Luther se detuvo en el centro de la sala y saludó a los alumnos.

—¡Buenos días a todos! Guardad silencio. Malcom, deja de molestar a Hoon. Cressida, basta de charlas. ¡Atentos todos!

Daba la sensación de que estuviera a punto de hacer algún tipo de anuncio, se dijo Twelve. Y no se equivocaba.

—Sé que hace un par de semanas la directora vino a hablar con vosotros y os explicó que un alumno de primero sería elegido para participar en una misión muy delicada e importante. A cambio, recibirá un gran premio.

—¡Pasar de curso! —dijo Rebecca.

—¡Y treinta monedas para gastarlas como quiera! —le hizo eco Karl.

—Veo que recordáis bien las condiciones del asunto. —Luther sonrió—. Lo que Hortensia tal vez no os contara es que esta misión tiene un nombre.

—La Horda —susurró Twelve entre dientes y Ninon se volvió a mirarla.

—¿Cómo lo sabías? —le preguntó.

Twelve se escabulló con una sonrisilla astuta que hizo reír a Ninon. El profesor Luther, mientras tanto, estaba explicando a la clase que la Horda designaba a un equipo de Ladrones muy especial, una mezcla de expertos e inexpertos, que por tradición incluía a un neófito al que iniciar. Siempre había sido así y, dado que el único amuleto que poseían los Ladrones era su intuición, así sería también aquella vez.

—Lo que aún no sabéis, sin embargo, es cómo elegiremos a nuestra mascota —continuó el profesor—. Tendréis que pasar tres pruebas.

—¿Qué pruebas? —intervino Rebecca.

—Déjame hablar, Rebecca, y lo descubrirás. Tres pruebas, al final de las cuales recibiréis una puntuación. Aquel de vosotros que consiga más puntos formará parte de la Horda. ¿Está todo claro?

—Clarísimo —respondió Mathias.

—Me alegro. ¿Mister Peele? Por favor, ¡entre ya!

Procedentes del pasillo se escucharon unos chirridos horribles y luego a Mister Peele maldiciendo y al Gran Manny pidiéndole que moderara el lenguaje.

—¡Aquí dentro hay oídos inocentes! —le dijo, haciendo sonreír a los alumnos—. ¡Y vaya despacio!

—¡Despacio, y un demonio! —bufó Mister Peele, que apareció con un enorme carrito—. Este chisme pesa una tonelada.

—Pero hay que ir despacio, para que no se estropee. Vamos, que ya casi estamos, adelante...

Gruñendo y maldiciendo, Mister Peele transportó el carrito al centro del aula. Encima habían cargado un baúl de hierro con pinta de antiguo, cuadrado y con un armazón de acero en todo su perímetro.

—Magnífico —exclamó el Gran Manny con aire satisfecho cuando el profesor Luther y Mister Peele lo descargaron en el suelo con un amenazador batacazo.

—¿Ahora sería tan amable de explicar a los alumnos en qué consiste el examen, profesor Manny? —continuó Luther con una especie de jadeo.

—¡Por supuesto que sí! —dijo Manny—. En realidad, es un ejercicio muy sencillo del antiguo arte del escapismo, que se puede realizar con los ojos cerrados, ja, ja, ja. Lo primero que tenéis que hacer es meteros en el baúl. —El profesor abrió la tapa y se metió dentro de un salto—. Cerrar la tapa. —Y lo hizo, encerrándose con una inquietante sucesión de chasquidos metálicos—. Y, llegados a este punto, sbugurl, baburl, burl... —continuó, con voz amortiguada al otro lado del metal.

—¿Cómo? ¡No se entiende nada!

—¡Tendréis que liberaros! —exclamó el Gran Manny, abriendo de nuevo la tapa y saliendo del interior del baúl con una voltereta—. El baúl está equipado con una cerradura de triple cilindro, que no es sencillísima de forzar, pero, si mal no recuerdo, os he enseñado cómo abrir una doble a oscuras. Así que supongo que no tendréis problemas. ¿Sí, Karl?

El coloso de los Acróbatas había levantado la mano y parecía evidentemente molesto.

—Profesor —dijo—. Yo en ese agujero no quepo. Es demasiado pequeño para mí.

La clase entera estalló en una carcajada que hizo sonrojar a Karl. Pero tenía razón. Era demasiado grande para caber allí dentro.

—Lo siento por ti —intervino Luther—. Entrar en el baúl forma parte del examen. Si no consigues cerrar la tapa, tendré que considerar que no has superado el ejercicio y asignarte un único punto.

—¡No es justo! —protestó también Felix, de los Lord, que, aunque no era tan robusto como Karl, sin duda era muy larguirucho.

—La vida tampoco lo es —contestó Luther—. Adelante: ¿quién quiere empezar?

Empezó Lapo, evidentemente. En el fondo, era a quien mejor se le daban los candados de toda la clase. Se replegó dentro del baúl como una marioneta de madera, palidísimo y sudado y, antes de desaparecer bajo la tapa, le preguntó al Gran Manny:

—¿Ze puede *rezpirar* ahí dentro?

—Poco —reconoció el enano—. Pero si mantienes la cara cerca de la cerradura, deberías conseguir no desmayarte. ¡Ánimo!

Cerró la tapa del baúl y en la clase todos contuvieron el aliento mientras el profesor Luther daba inicio al cronómetro de un macizo reloj de bolsillo con una cadena dorada.

Repiqueataba furiosamente, pero el tiempo parecía no pasar nunca.

—¿Lo conseguirá? —le preguntó Twelve a Mathias.

—¡Claro que lo conseguirá! —respondió él.

Y... ¡clac!

La tapa se abrió de repente y Lapo salió literalmente despedido por los aires, jadeando como un perro.

—Tres minutos y dieciocho segundos —decretó Luther, deteniendo el tiempo—. Muy bien. Ánimo, chicos, adelante el siguiente. ¿Algún voluntario? ¿No? Entonces ven tú inmediatamente, Karl.

Como había predicho, Karl no consiguió entrar en el baúl. Lo intentó, se replegó, trató de anudarse los brazos sobre la cabeza, pero no hubo nada que hacer. Con él dentro, era imposible cerrar la tapa.

—Lo siento, Karl, pero, de momento, tengo que ponerte a la cola de la clasificación. Un único punto. JTT, ¡ven tú!

El chiquillo temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Por qué está tan asustado? —preguntó Ninon—. ¿Le da miedo la oscuridad?

—*Rezpira* mal y, ahí dentro, uno *ze* ahoga —dijo Lapo.

—Mira, casi mejor no me lo cuentes, que me entran escalofríos.

JTT permaneció encerrado en el baúl durante nueve minutos y cuarenta segundos. Al final empezó a golpear la tapa entre lágrimas y suplicó que lo sacaran. Prueba no superada. Lo pusieron a la cola de la clasificación y Karl subió dos puntos.

Luego le llegó el turno a Rebecca Thirty-five, que salió en tres minutos y cincuenta segundos.

—¡Segunda! —anunció Luther.

Mathias se liberó en cinco minutos y quince segundos. Gloria en seis. Coleridge en cuatro y veintiuno.

—¡Twelve! —dijo por último Luther.

La muchacha se acercó titubeante, aceptó las ganzúas que le tendía el Gran Manny y miró dentro del baúl.

—Sí que es pequeño... —comentó.

—Tú tampoco es que seas una gigante, ¡ja, ja, ja! ¡Ánimo! ¡Intenta hacerlo mejor que el Gran Lapo!

Antes de entrar, Twelve inspeccionó un momento el interior del baúl, indecisa sobre cómo colocarse. Si se tumbaba en el fondo, su cuerpo sería un obstáculo para alcanzar la cerradura, que estaba colocada bastante abajo. Así que decidió entrar a cuatro patas, con la espalda en alto.

—Cierra la tapa, debes hacerlo sola —le advirtió Luther—. ¡Uno, dos, tres!

Twelve se echó la tapa del baúl sobre la cabeza y el candado se cerró.

Y ella quedó prisionera.

Estaba completamente oscuro y por la cerradura no entraba ni un resquicio de luz. Además olía al sudor y el miedo de los chicos que la habían precedido. Tardó menos de diez segundos en sentir que se ahogaba.

—Lo importante es darse prisa —se dijo Twelve—. ¿Dónde está la cerradura, dónde...?

Empezó a tantear a ciegas hasta que la encontró, apoyó los dedos de una mano sobre ella y sostuvo las ganzúas con la otra. Se le cayeron. Maldiciendo, se puso a buscarlas y su espalda se golpeó violentamente contra la tapa cerrada.

Se dio cuenta de lo apretada que estaba, embutida allí dentro, y sintió que el pánico le mordía la garganta como una serpiente.

—No, no, mantente tranquila, puedes conseguirlo...

Recuperó las ganzúas, las introdujo en la cerradura, una arriba y otra abajo. Solo había que dar un golpecito, como le había enseñado Ninon. Solo un golpecito.

El calor aumentó y a Twelve le pareció escuchar las voces de sus compañeros y sus profesores fuera. Pero solo eran imaginaciones suyas.

No debía darle vueltas.

Un golpecito.

Y luego...

¡CLAC!

La cerradura restalló en sus oídos con una reverberación seca y un haz de luz se insinuó dentro del baúl. Empujó con la espalda y levantó la tapa.

Se puso de pie. Estaba cubierta de sudor.

—Tres minutos y veintidós segundos, tres más que Lapo y veintinueve menos que Rebecca —dijo el profesor Luther—. Enhorabuena, Twelve. Vas segunda.

Les hicieron intentarlo a todos, Ninon incluida, aunque su prueba no sería válida para entrar en la Horda. La niña era tan pequeña que cabía de pie dentro del baúl y forzó la cerradura en cuarenta segundos.

—¡Eres un portento! —se maravilló el Gran Manny, abrazándola en cuanto la niña salió entre los aplausos de los demás alumnos.

Luego Ninon corrió a refugiarse entre los brazos de Twelve y le preguntó:

—¿Lo he hecho bien?

—Oh, sí —respondió ella, clavando la vista en el profesor Luther, que también estaba tomando nota de su tiempo—. ¡La mejor de todos!

—¡Viva!

Pero, aparte de Ninon, la clasificación no cambió demasiado: veinte puntos para Lapo, diecinueve para Twelve y dieciocho para Rebecca, cuyo único comentario al resultado fue encogerse de hombros.

Sudados como estaban, fueron todos a ducharse y Twelve aprovechó aquella pausa para pasar por la enfermería. Le dijo al doctor Mugaba que quería comprobar una vez más los análisis del día anterior y, en cuanto tuvo la seguridad de que no la



descubrirían, vertió una gota de la sangre de Ninon en la placa y lavó la jeringuilla con la que se la había extraído. No sabía si era el procedimiento correcto —la había mantenido escondida durante la mañana entera—, pero cuando agrandó la imagen de las lentes, no le pareció ver nada extraño, ni muy distinto de lo que había visto en la sangre de Spider. Es más: los glóbulos de Ninon, en comparación, eran el triple de abundantes.

Y así, con un suspiro, disipó hasta la última duda. Aquella noche comió como una lima, como si se hubiera liberado de un gran peso, y un poco más tarde, cuando subió al tejado, convenció a Ninon de irse a dormir temprano.

—Tenemos que dormirnos ya y luego despertarnos en mitad de la noche —le dijo—. Porque viviremos una aventura...

—¿En serio?

—Te lo prometo.

Se tumbaron en la cama y Ninon se durmió muy pronto, con la respiración dulce y pesada de los niños, mientras Twelve permanecía despierta escuchando los ruidos del resto de las habitaciones, preguntándose si no estaría a punto de cometer la enésima locura. Haces de luz trémula se filtraban bajo la puerta de su habitación, pasos de Deshollinadores que iban a sus camas, voces de chicos y chicas que reían mientras jugaban a las cartas.

Luego, poco a poco, los ruidos empezaron a disminuir, las luces se apagaron y los intervalos de silencio entre las carcajadas se hicieron cada vez mayores. Finalmente, llegó la oscuridad.

Twelve se quedó escuchando el tictac del reloj que había escondido bajo la almohada. De vez en cuando lo sacaba y echaba un vistazo a las manecillas fluorescentes.

Medianoche: la hora en que los gólems recorrían los pasillos del colegio para colocar las trampas del día siguiente.

La una de la madrugada: la hora a la que, por lo general, los gólems terminaban con su trabajo.

Las dos de la madrugada: la hora a la que Mister Peele hacía su última ronda de vigilancia.

Las tres de la madrugada: el momento de despertarse.

Sacudió ligeramente el cuerpecito dormido contra ella.

—Ninon, despierta.

—¿Eh?

—Ninon, despiértate. ¡Tenemos que irnos!

—¿Adónde?

—A vivir la aventura que te he prometido... ¿Te acuerdas del día que te hablé de una caja fuerte muy muy difícil? Bueno, pues es el momento de intentar abrirla.

Ninon se frotó los ojos y se dio media vuelta.

—No es verdad... —dijo.

—Sí que es verdad —murmuró Twelve y durante un segundo dudó si insistir, o dejarla en paz. Le temblaba la voz cuando dijo—: ¡Vamos, perezosa! ¡La caja fuerte nos espera!

Tuvo que levantarla a pulso y ponerle unas medias de lana negra con unas ventosas antideslizantes antes de despertarla del todo. Twelve comprobó que llevaba el cuchillo, un kit de ganzúas y una linterna apagada.

Salieron del dormitorio y subieron por la escalera de cuerda hasta el tejado. En lo alto, de la trampilla que llevaba a la habitación de Lobo, a Twelve le pareció escuchar un murmullo, o tal vez un gemido lejano. Un sollozo y luego el silencio. Esperó unos segundos antes de adentrarse, a cuatro patas, en el gran espacio abierto del tejado. Amparadas por el nuboso cielo nocturno, llegaron hasta la Moehringer y la abrieron sin hacer ruido. Twelve introdujo la combinación del día y Ninon la estudió con gran atención.

—Cambia a diario —le explicó—. Así que esta solo vale para hoy.

Ninon sonrió, como para dar a entender que ya lo sabía, y luego la siguió por las escaleras hasta la planta baja, donde llegaron con precaución infinita al comedor y el pasillo que conducía al despacho de Luther y la Cuarentena. No era la primera vez que Twelve se adentraba allí, y ya sabía con certeza cómo esquivar a los gólems y las trampas cambiantes.

Mientras atravesaban el comedor, una ráfaga de aire hizo balancearse el esqueleto de la ballena y las cadenas que lo sujetaban al tejado chirriaron siniestramente.

Se acuclillaron a la sombra de una columna y esperaron a que la corriente cesara, y luego retomaron la marcha.

Las mesas de las hermandades ya estaban preparadas para el desayuno, con tazas y manteles cuidadosamente doblados y los platitos colocados en ordenadas pilas.

Los tarros transparentes de las galletas estaban protegidos por un tapón mecánico. Resistieron la tentación de robar un par y empujaron la puerta que llevaba al despacho de Luther. Seguía oscuro, silencioso.

Todo despejado.

Encontraron la última puerta entrecerrada y Twelve comprobó que no la hubieran dejado así por algún motivo. No había ningún hilo tenso, ningún mecanismo de alarma. Parecía, sencillamente, que se hubieran olvidado de cerrarla. Se colaron dentro apretujándose como sardinas en lata y solo en aquel momento Twelve se arriesgó a encender la linterna.

Recorrió con el círculo de luz lechosa las estanterías de libros, el escritorio, la alfombra que ocultaba la trampilla de la Cuarentena. Según Mathias, debía de haber una caja fuerte, pero ¿dónde?

—Ahora, Ninon, vamos a buscar la caja fuerte, pero tenemos que hacerlo sin hacer ruido, ¿vale?

—A mí se me da bien no hacer ruido.

Con cuidado, Twelve empezó a apartar libros de las estanterías para ver si la caja fuerte estaba detrás de uno de los paneles de la librería. Cada movimiento le provocaba un escalofrío, porque no tenía ni idea de cuántos sistemas de alarma podría haber allí dentro, ni cuántas minúsculas señales habría diseminado Luther para revelar la presencia de un posible intruso.

—Twelve...

—Ninon, ahora no me molestes, por favor. Estoy concentrada. Toma, coge estos libros y déjalos en el suelo.

—Pero Twelve...

—Sssh, no se habla si no es estrictamente necesario. Podría llegar alguien. Creo que la caja fuerte está allí en alto, he visto algo metálico resplandecer, pero para llegar necesitamos una escalera.

—¡Twelve!

—¡En serio, Ninon, ya vale!

—¡He encontrado la caja fuerte! ¡Está allí, mira!

Ninon le señaló la lámpara en el escritorio. Estaba inserta en la superficie de la mesa y giraba en tres cuartas partes, revelando un compartimento de metal que ahondaba en el suelo. Era una caja fuerte con forma de columna, con la manilla de la combinación en lo alto, junto al agujero de la cerradura de seguridad.

La famosa Zita.

—¡Muy bien, Ninon! —exclamó Twelve, recolocando inmediatamente los libros—. ¡Aquí tienes tu aventura! ¿Crees que conseguirás abrirla? Parece muy difícil.

—No lo sé. Pero parece también muy divertido, si me echas una mano. Porque ¿ves?, hay que girar esa cosita de ahí —señaló la manilla de la combinación— y la cerradura a la vez. Es un poco complicado si estás solo.

—Dime qué tengo que hacer.

Ninon sonrió, y a la luz de la antorcha parecía mucho mayor y más segura de la edad que realmente tenía.

—Es la primera vez que me dices eso. ¡Me gusta! Ven aquí, yo te enseño.

Se pusieron manos a la obra. Ninon apoyó la oreja contra la puertecilla y empezó a girar la manilla varias veces, escuchando con atención.

—¿Quieres que te escriba los números en algún sitio? —ofreció Twelve, tras unos largos segundos.

—¿Qué números? —preguntó Ninon.

Solo entonces Twelve recordó que Ninon no sabía leer. ¡Lo hacía todo de memoria! Se calló, a la espera de nuevas instrucciones.

—Vale. Ahora coge los pinchos y mételos en la cerradura, uno arriba y otro abajo. Luego, cuando yo te lo pida, gira. Pero despacio. Tengo que escuchar el ruidito. Ese es todo el truco. Hay un muelle, en alguna parte. Tú lo cargas y luego el muelle hace el ruidito.

El ruidito, se dijo Twelve.

Le pareció deliciosamente absurdo estar allí abajo, poniendo su vida en riesgo para seguir las instrucciones de una niña de cinco años que ni siquiera sabía leer. Pero leer no lo es todo en la vida, se dijo.

—Vamos a empezar —anunció Ninon—. Pero ten cuidado. —Indicó el hilo eléctrico de la lámpara, que envolvía la parte baja de la base de la Zita—. Creo que hay una alarma. Si te equivocas, suena, o igual nos electrocuta.

—Genial —dijo Twelve.

Una gota de sudor descendió por su cuello. Era su última posibilidad de dar marcha atrás, de volver a colocar la lámpara en su sitio y encerrarse en su habitación.

Pero Ninon parecía en su elemento. Giró la manilla con extrema delicadeza, mordiéndose la lengua entre los dientes.

—Ahora, primer ruidito —le dijo a Twelve—. Despacio, a la derecha... No, así no, demasiado rápido. Tienes que ser más delicada. Como cuando acaricias a un gatito, ¿entiendes? Justo, así. ¡Muy bien!

—Gracias —respondió Twelve, aliviada.

—Y ahora, del otro lado... Esta vez hay dos ruiditos. Ahí está el primero, despacito con el segundo. Espera, que giro la manilla... Cuando yo te diga... Ahí. Ahora. ¡Hecho! ¡Lo hemos conseguido!

De la caja de la Zita surgió un levísimo suspiro, un gemido, y Twelve recogió rápidamente las ganzúas. Luego abrazó a la niña y la estrechó con fuerza.

—¡Muy bien, Ninon! ¡Eres... la mejor del mundo!

—¡Je, je! —se regodeó ella.

—Ahora déjame ver si Mathias tenía razón —continuó Twelve, levantando la tapa de la caja fuerte.

Dentro no había gran cosa: unos cuantos fascículos de distintos colores y uno en concreto, más grueso que los demás, protegido por un lacito y un sobre amarillo. Twelve los iluminó velozmente con la linterna hasta encontrar el que le servía. Una lista de instrucciones parecida a la que Mathias le había recitado allí en el tejado: **PROGRÁMA-TE, AUTORÍZA-ME, ORDÉNA-TE...**

—Aquí están —susurró, emocionada.

Pero si se llevaba el sobre, pensó, se darían cuenta de que lo habían robado. Y aunque Twelve no creía que Luther usara muy a menudo aquellos códigos, podía darse que abriera la caja fuerte y notara la ausencia del sobre amarillo. Miró en la papelera del papel descartado y tuvo suerte: había un taco de folios. Sacó los códigos para Mathias del sobre y los sopesó con cuidado; luego los sustituyó por la misma cantidad de folios sacados de la papelera y se introdujo los preciados códigos en la cinturilla del pantalón.

Finalmente, colocó el sobre en su sitio, con cuidado de que todo estuviera exactamente tal y como lo había encontrado, cerró la puertecilla de la Zita y colocó la lámpara de nuevo sobre el escritorio.

Todo parecía perfecto. Nadie habría podido decir que habían estado allí.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Ninon cuando Twelve la empujó hacia la puerta entrecerrada.

—¡Ahora, a dormir! —respondió Twelve—. Y a soñar con los angelitos.

## La carta dorada

**H**abía dejado de llover, pero podía empezar a hacerlo de nuevo en cualquier momento. Los codesos del jardín destilaban grandes gotas alargadas y de la grava emanaba un olor a ozono, tan penetrante como el del pan dulce especiado. El banco mojado del patio de los estudiantes había dejado en la espalda de Twelve dos tiras paralelas de humedad.

—¿Y bien? —le preguntó a Mathias—. ¿Qué me dices? ¿Has podido echarle un vistazo?

—Sí —respondió Mathias, tranquilo, pero con los ojos ribeteados por un par de noches en vela—. Bueno... es... extraordinario. Más incluso de lo que me esperaba. Contiene los Lenguajes de base de todos los gólems, prácticamente con todas las palabras, así como los esquemas de los cerebros alquímicos. En teoría, con destreza y la ayuda de esos folios se podría construir un gólem de cero.

—Fabuloso —dijo Twelve—. Entonces, ¿ahora Lorenz está a nuestro servicio?

A Mathias se le escapó una risita nerviosa.

—¿En cuatro días? ¡Ay! No tienes ni idea de qué estamos hablando, ¿verdad?

—Tal vez no. No soy una experta como tú.

—El Lenguaje se compone de muchísimas palabras de base. Solo el glosario que me trajiste utiliza casi setecientas. Además, están las reglas gramaticales, los complementos, los adverbios... Hay que descifrar los planos de proyección...

—¿Con eso me estás queriendo decir que es complicado?

—No. Es mucho más que complicado. No es casualidad que para reprogramar un gólem se necesite un maestro Escriba, al que ayudan un maestro Alquimista y un maestro Orfebre. Y yo, con todos mis respetos, no soy ninguna de esas cosas.

—¿Cuánto tiempo te llevará? —insistió Twelve.

Mathias se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Un año? ¿Dos?

Twelve se dejó caer sobre el respaldo, desolada. Cerró los ojos.

—Entonces no sirve de nada.

No tenía un plan concreto sobre cómo usar los gólems para huir de la Academia, pero sin duda no podía esperar todo aquel tiempo.

—Aquí estás —le dijo una voz a Twelve, sobresaltándola. Era Mia, con su pelo verde erizado como púas y los ojos enmarcados de lápiz de ojos corrido. Tenía cara de acabar de comerse algo asqueroso.

—¿Me buscabas? —le preguntó Twelve.

—Yo no. Lobo. —La mueca de la chica se acentuó—. Me ha dicho que vayas a verle. Está en el taller. ¿Sabes dónde está?

—Sí. Detrás del laboratorio del primer piso, encima de las cocinas.

Mia asintió.

—Mejor que lo sepas, así no tendré que acompañarte. ¿Qué haces aquí todavía? ¡Tienes que ir inmediatamente! ¡Es una orden de Lobo!

Twelve y Mathias intercambiaron una mirada cómplice y quedaron en verse luego para continuar la conversación. Twelve salió de la húmeda tibieza del patio y atravesó el ala del colegio donde estaban las aulas, dejó atrás el gimnasio y subió las escaleras a grandes zancadas.

La puerta del taller debía de ser la segunda de la planta baja, la que quedaba detrás de la puerta cuadrada y metálica del montacargas. Desde las cocinas surgía un penetrante olor a frito y un cartel que advertía: «ACCESO AUTORIZADO ÚNICAMENTE A ALUMNOS DE TERCER CURSO EN ADELANTE».

Qué se le va a hacer, se dijo Twelve, empujando la puerta. Una orden era una orden. Y tampoco era la primera vez que incumplía las normas.

En cuanto entró, tuvo la impresión de que, en el taller, todos los alumnos se volvían para mirarla. Eran mayores que ella y vestían monos de mecánico manchados de aceite, guantes gruesos y gafas de soldador.

Había mucha luz, que en parte procedía del exterior y en parte de una hilera de lámparas que pendían de lo alto. Del techo descendían también unas cadenas que terminaban en una serie de ganchos y mordazas, y la estancia estaba llena de piezas de motor, planchas de hierro, bancos de trabajo de los que volaban ráfagas de chispas, soportes llenos de taladros y destornilladores con decenas de puntas, esmeriladores, pistolas de aire caliente, compresores, gatos, fresadoras, llaves inglesas. Y una patrulla de gólems que montaba guardia en las salidas.

Había dos chicos tumbados en el suelo bajo un gran cilindro metálico que parecía un trozo de caldera y soldaban los tornillos entre chorros de soplete. A poca distancia, una chica estaba raspando la pintura de la puerta de una carroza.

Twelve atravesó aquel torbellino de golpes y de motores en funcionamiento hasta que vio a Lobo, inclinado sobre un aparato de hélice que se parecía vagamente a un ventilador.

—Eh —le saludó—. ¿Me dices que no quieres volver a verme y luego me mandas llamar?

El jefe de los Deshollinadores rio con malicia.

—Te he dicho que no quería volver a verte cuando estuvieras fuera. No aquí dentro.

Terminó de apretar un tornillo, ajustó el tiro con un par de golpes de martillo y elartilugio empezó a funcionar con un tictac de reloj.

—¿Qué se supone que es? —preguntó Twelve.

—Un ventilador del invernadero que ya no funcionaba. Mister Peele me ha dado permiso para intentar repararlo. Me gusta arreglar cosas. De todas maneras, no te he llamado aquí para hablar de mí. Me han dicho que las pruebas ya han empezado.

—¿Y por eso me has hecho llamar?

—Y que vas segunda —continuó Lobo.

—Eso parece.

—No es lo que te había pedido.

Lobo soltó las herramientas, se limpió la cara con un pañuelo tan sucio que se ensució toda la barba y finalmente guio a Twelve fuera del taller. Hizo un gesto al gólem más cercano y este levantó una mano, dándoles permiso para salir.

Una vez en el pasillo, le señaló el montacargas.

—Entra.

—¿Estás de broma?

—En absoluto. Hay espacio suficiente para los dos.

La puertecilla se abrió con un chasquido. Twelve se dio cuenta de que tenía razón. Si se sentaban uno al lado del otro y metían la cabeza entre las rodillas, casi podían estar cómodos. Entró la primera y se agachó. Lobo la imitó, apretándose contra ella. Era huesudo, duro y apestaba a aceite de máquina. Y aun así, aquel contacto bastó para que Twelve se ruborizase.

—No me sirve que vayas segunda, Twelve. Tienes que llegar al primer puesto. Y que te elijan para la Horda.

—¿Ese sería tu famoso plan para ayudarme a huir? —preguntó la chica.

—No. Ese lo estamos organizando ahora. Nos vamos a quedar a oscuras un rato.

Lobo cerró la puertecilla. Luego, el montacargas se puso en movimiento y empezó a ascender.

TU-TUM, TU-TUM.

—Aquí podemos hablar —dijo Lobo entre el estruendo que los rodeaba.

—Lo dudo, pero aprecio el intento...

—He pensado en lo que me dijiste. En tu idea de volver a intentar huir. Me parece bien, pero con una condición.

TU-TUM, TU-TUM.

—¿Cuál?

TU-TUM, TU-TUM.

—Que te llesves a los demás contigo. A la mayor cantidad posible. Quiero que organices una fuga masiva de Deshollinadores.

—¿Te has vuelto loco? ¡Será imposible!

TU-TUM, TU-TUM.



—Los Deshollinadores juegan en equipo. Somos una manada. Y si la manada decide cambiar de territorio, debe hacerlo unida.

—Las manadas cambian de territorio cuando se lo ordena su jefe.

TU-TUM, TU-TUM.

—Y eso es lo que está diciendo el jefe.

TU-TUM, TU-TUM.

—¿Quieres mi ayuda, Twelve? —continuó Lobo—. Está aquí, al final del ascenso de este montacargas. ¿Aceptas llevarte a los demás contigo?

—Lobo...

—No a todos. Solo a los que estén dispuestos a arriesgarse.

—¿Y los demás? ¿Y si se enteran de que hay un plan de fuga y deciden chivarse?

—De los demás me encargo yo. ¿Y bien?

¡TU-TUM, TU-TUM!

El montacargas se había detenido.

Twelve retuvo la respuesta entre los labios aún un poco más.

—Vale. Acepto —dijo por fin.

CLAC.

Danubia se abrió ante ellos, con el río, los puentes, los edificios, las calles, las plazas y las avenidas arboladas, en todas direcciones, hasta el horizonte. A un lado se divisaban las colinas y al otro la lejana línea oscura de la Barrera que separaba la ciudad del resto del mundo.

El montacargas llevaba directamente al techo de la escuela, en medio de un bosque de chimeneas largas y estrechas, erguidas y torcidas, que escupían sutiles columnas de hollín desde las cocinas, casi invisibles para un observador distraído. Twelve se quedó sin respiración y tuvo que apoyarse en una chimenea para no perder el equilibrio: con respecto a la zona del tejado a la que alguna que otra vez había trepado, aquella ala era mucho más escarpada y pronunciada, y la sensación de vacío, más aterradora. Se quedó contemplando la ciudad con aquel cielo color acero y el río color cobre, y trató, inútilmente, de distinguir el mar. Justo frente al montacargas había una chimenea de metal, con forma de huso y más alta que las demás, que terminaba en una minúscula esfera y oscilaba a merced del viento. Lobo se acercó a ella, se arremangó el mono de mecánico y comprobó la hora en un pequeño reloj.

—Este es el lugar de encuentro —murmuró—. Y este es el día y la hora en la que siempre pasa. Memorízalo bien.

—¿Esperamos a alguien?

—A dos personas, si tenemos suerte —dijo Lobo—. Pero no estoy seguro de que la primera llegue, porque hace mucho que nadie la ve.

—¿Quién es? ¿La conozco?

Lobo la miró como si estuviera intentando leer en su interior y luego señaló la extraña chimenea de hierro.

—Escucha bien: esta es mi primera ayuda, Twelve —dijo, agachándose—. Se llama Humo.

—¿Humo? Nunca he oído hablar de él.

—No es su verdadero nombre —murmuró Lobo. Había letras y números, ya prácticamente desconchados, raspados en aquella chimenea. Las letras parecían formar aquella palabra: «HUMO». Y los números, debajo, decían: «168.1».

—Es una especie de leyenda de la Academia. Yo nunca le he visto en persona, no sé ni siquiera qué aspecto tiene. Pero la anterior jefa de la manada me enseñó a escribirle. Y ahora yo te enseñaré a ti.

El chico rebuscó en los bolsillos de su mugriento mono y sacó tres sobres que, a la luz del día, brillaban con un dorado cegador.

—Humo no vive aquí en la Academia. Y la única manera de ponerse en contacto con él es escribirle un mensaje, introducirlo en uno de estos y lanzarlo a un fuego encendido. No sé de qué están hechos los sobres, probablemente de oro alquímico, pero suben por la chimenea que da gusto verlos.

—¿Y él los lee?

—Eso decía la anterior jefa.

—¿Y qué te responde?

—Nada —dijo Lobo—. No puede responder. La otra noche, después de que te fueras, usé uno de los últimos sobres para escribirle que una chica de mi hermandad quería organizar una fuga de Deshollinadores y que necesitaba ayuda. Y luego lo eché al fuego.

—¿Y qué pasó?

—Que estuvo entre las brasas hasta que se puso incandescente y luego subió por la chimenea como un papel en llamas y desapareció. —Lobo volvió a mirar el reloj—. El trato es esperarlo aquí un cuarto de hora. No más. Llegar a la Academia no es fácil.

A Twelve se le escapó una risita nerviosa. ¿Llegar a la Academia? Aquel tipo debía de ser mucho más que una leyenda para intentar una empresa como aquella. ¿Y para qué, además? ¿Para ayudarla a huir?

—Desgraciadamente, me parece que el cuarto de hora acaba de pasar —comentó Lobo.

—¿Entonces no va a venir?

—Esta semana no. Tal vez no haya leído mi mensaje todavía. O tal vez no haya podido. O algo se lo haya impedido.

Lobo le entregó tres sobres dorados, finísimos y suaves como los pétalos de una flor.

—Estos son los tres últimos que tengo. Quédatelos tú. Puedes volver a escribirle y tal vez contigo sí venga.

—Gracias —respondió Twelve, un tanto confusa. Entonces vio que Lobo rodeaba la chimenea donde se había abierto el montacargas y le preguntó—: ¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora nos reuniremos con la segunda persona. Ven conmigo.

Lobo llegó a la cima del tejado y caminó entre las chimeneas a buen paso. Twelve lo siguió, con un equilibrio más bien inestable. No hacía viento, pero era como si lo hiciera, y de vez en cuando tenía que agarrarse a las tejas y las chimeneas, arriesgándose a resbalar al hueco entre dos tragaluces, o ensartarse sobre un remate puntiagudo. Lobo se movía como un animal salvaje tras el rastro de una presa. No daba explicaciones. La Academia, desde lo alto, tenía la forma de una herradura gigante, y Lobo y Twelve recorrieron el lado más largo en toda su extensión, en dirección opuesta al tejado de los Deshollinadores, del que Twelve distinguió las grandes claraboyas circulares. Y cuando llegaron al extremo opuesto de la herradura, se detuvieron frente a una enorme chimenea de ladrillo.

—Ya hemos llegado —dijo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Twelve.

—Frente a una de las entradas superiores y menos concurridas de la guarida de los Acróbatas —respondió Lobo.

—¿Pero su guarida no está bajo tierra?

—Por eso la llaman «superior». Ya sabes cómo son, les encanta cansarse. —Rio Lobo, olfateando el aire—. ¿No es cierto, amiga mía?

—Nos gusta mantenernos en forma —respondió una voz.

Pertenecía a una sombra que se movía ágil entre las chimeneas. Salió corriendo, hizo una voltereta y aterrizó a pocos centímetros de la cara de Lobo.

Era Spider, la muchacha anémica que Twelve había atendido con Mugaba. Viéndola allí arriba, no parecía en absoluto cansada, es más, daba la impresión de que se hubiera recuperado muy rápido.

Se alzó como un saltamontes frente a Lobo y le preguntó, agitada:

—¿Lo has traído, entonces? ¿Lo has traído?

—Lo he traído —respondió él—. Pero solo si tú estás dispuesta a cumplir tu parte.

—Pero de ella no habíamos hablado —recalcó Spider, señalando a Twelve.

—Te dije que traería una invitada.

—Pero no me habías dicho que era ella —exclamó—. Está de parte de los profesores. Es amiga de Mugaba.

—Está limpia. Deja de montarte historias.

Se desabrochó la mitad superior del mono de trabajo y de un bolsillo en la espalda sacó un armazón de metal que protegía un rectángulo de cartón pintado. Twelve vio

la fachada de un palacio amarillo dorado al atardecer y, en primer plano, un retrato de tres cuartos de un hombre con una sonrisa enigmática y una chaqueta a cuadros.

—*La Séptima Sinfonía* de Shostakóvich —murmuró Lobo.

A Spider se le iluminaron los ojos.

—¡Dirigida por Temirkánov! ¡Interpretada por la orquesta de San Petersburgo! Es maravilloso, encantador, déjame ver...

—Todavía no —la detuvo Lobo, alejando el disco—. Primero, tu parte.

Spider se mordió los labios, dubitativa y molesta. Le lanzó una última mirada suspicaz a Twelve y luego dijo:

—De acuerdo. Lo haré. Os llevaré a la guarida de los Acróbatas. Pero tú eres responsable de ella, no podéis dejar que os reconozcan bajo ningún concepto y, si algo sale mal..., yo desaparezco.

—Está claro —atajó Lobo—. Guíanos.

Spider retorció los labios en una sonrisa gélida y trepó por la chimenea, seguida por los dos infiltrados.

A lo largo de la pared exterior de la chimenea había pequeñas manillas de hierro, como escamas en el lomo de un dragón.

—No toquéis las que tienen la tira roja en un lado —les advirtió Spider—. Indican que podría haber una trampa o una alarma. Podrían explotar o desprenderse de repente.

Twelve, que estaba a punto de agarrarse precisamente a una manilla roja, se apresuró a retirar la mano y estirarse hacia la siguiente. Mientras subían por la chimenea, sintió que las ráfagas de viento que la golpeaban eran cada vez más intensas y la panorámica de la ciudad, cada vez más lejana. En la última manilla, Twelve contuvo el aliento, porque desde la cima de la gran chimenea se alcanzaba a distinguir una franja color oro puro que temblaba como una serpiente: el mar.

Lobo tuvo que empujarla para que continuara, mientras que Spider ya se había introducido dentro de la chimenea usando únicamente la fuerza de sus manos. Junto a ella pendían un par de cables de acero enganchados a la embocadura que desaparecían en el vacío.

—¿Sabéis cómo se baja con la cuerda?

—Me parece lo mínimo que debería saber un Ladrón —dijo Lobo.

Comenzaron el descenso, con el cable entre las manos y los pies y la espalda apoyados contra la pared interna de la chimenea. La oscuridad pronto se tornó impenetrable y el olor a hollín se colaba hasta el fondo de sus fosas nasales.

—Es muy cansado —murmuró Twelve—. ¿Esto lo hacéis a menudo para volver a vuestra guarida?

—No exactamente —respondió Spider, encendiendo una lucecita que llevaba en el cinturón—. Nosotros por lo general lo hacemos... ¡así!

Se puso un par de mitones, se pasó el cable entre las piernas y alrededor del zapato derecho, se colocó cabeza abajo y se deslizó por el cable con un «SSSSCHHH» que la hizo desaparecer en menos de un segundo.

—¿Tú qué dices? —Rio Lobo.

—¡Hagámoslo! —respondió Twelve—. ¡Aunque nos vamos a destrozarnos los zapatos!

Se envolvió las manos con el borde del jersey para que no se le quemaran con la fricción e imitó a Spider, poniéndose cabeza abajo.

—A la de tres —dijo Lobo—. Una, dos y... ¡tres!

Twelve se precipitó por la cavidad de la chimenea, velocísima, conteniendo el grito de alegría de aquel escalofrío inesperado y notando que sus botas estaban a punto de incendiarse. Luego el cable terminó de repente y Twelve se encontró suspendida en el vacío, pero se aovilló en el aire como un gato y aterrizó sobre un mullido suelo de colchones, equilibrándose a cuatro patas.

—¡Vaya! —comentó Spider—. ¡No se te da mal!

Lobo se les unió con un gruñido quedo y una caída menos armoniosa, que lo hizo hundirse entre los colchones como una piedra.

Twelve miró a su alrededor. Acababan de caer a una estancia con el techo taladrado de agujeros, conectados con otras tantas chimeneas y atravesado por un laberinto de cuerdas y escalerillas que colgaban de varias alturas. Al igual que en el tejado de los Deshollinadores, allí también había mensajes arañados con cuchillos y punzones, algunos negros de hollín, otros blancos como dientes.

—¿Esta es la guarida de los Acróbatas? —preguntó Twelve, estupefacta.

—Es una de las antecámaras —explicó Spider—. Y ni siquiera es la más conocida. Ahora, tapaos con algo. Aunque a esta hora nunca hay nadie, no queremos que mis cofrades se den cuenta de que dos Deshollinadores han invadido su territorio, ¿verdad?

—Verdad —estuvo de acuerdo Lobo.

Spider cogió de un gancho un par de forros con capucha y dos pasamontañas y se los lanzó. Twelve se cambió rápidamente y se ocultó el cabello, dejando al descubierto nada más que los ojos.

—Por aquí —dijo Spider, en cuanto los dos hubieron terminado de vestirse.

Levantó lo que parecía una rejilla de ventilación y se introdujo a cuatro patas por el conducto.

—El último cierra —ordenó.

Lobo y Twelve fueron tras ella.

—Ahora tened cuidado. Hemos llegado —anunció Spider.

El conducto se interrumpía bruscamente en medio de la nada. Aparecieron en la pared vertical a través de un gran túnel subterráneo, tan profundo que no se veía el suelo, tan solo se intuía un resplandor distinto. Todo lo demás era una maraña de

cuerdas, cables dobles, pasarelas, barras de equilibrio y puentes colgantes que atravesaban el espacio creando una densa red.

Algunas cuerdas estaban envueltas en hilos eléctricos y lucecitas de colores que componían alegres luminarias. Era como si estuvieran en el interior de un circo gigantesco, lleno de cables y trapecios para los equilibristas.

Mirando bien las paredes, además, se veían una especie de pomos, manillas y presas a las que Spider se aferró, manteniéndose suspendida, en equilibrio sobre el abismo.

—Bienvenidos a nuestra guarida, señores —dijo.

Twelve se asomó, extasiada.

—Vosotros... ¿vivís aquí?

—Puedes jurarlo. ¿Ves esas vainas de ahí abajo? Son las hamacas en las que dormimos. ¿Y esa especie de toldo anclado a la pared? Es un baño. Tenemos todo lo que necesitamos, arriba o abajo, y para llegar lo único que hay que hacer es saltar o trepar.

Spider se echó hacia atrás y se dejó caer al vacío. Luego abrió los brazos, realizó una voltereta y se asió a una cuerda elástica que oscilaba unos cinco metros más abajo. La tensó como si fuera una honda y se dio impulso para lanzarse hacia arriba, a una segunda cuerda, y luego a una tercera, moviéndose por aquella enorme cavidad subterránea con movimientos arácnidos.

Finalmente se detuvo frente a ellos, colgada boca abajo, con una enorme sonrisa.

Twelve nunca había visto nada tan excepcional, terrorífico y excitante al mismo tiempo.

—Ahora te llevaré donde quiere Lobo —dijo Spider.

—¿Tú no vienes? —le preguntó Twelve al jefe de su manada.

—Monto guardia en la salida —respondió él—. Muévete y ve con ella.

—Para cuando te diga que te pares y pon mucho cuidado —le recomendó Spider—. Nosotros decimos que quien se cae no es un verdadero Acróbata. Y tú no lo eres.

Bajaron por la pared con las cuerdas y Twelve no tardó en perder la noción del tiempo. Se preguntó si ya habría empezado el partido de balón prisionero y si alguien la estaría buscando, pero las dudas le duraron pocos segundos, porque se pasó el resto del tiempo intentando permanecer en equilibrio sin caerse. Miraba a su alrededor, maravillada con las estructuras suspendidas, y mientras tanto seguía descendiendo, sin descanso. De vez en cuando ráfagas de aire fresco las azotaban o tenían que detenerse para evitar cruzarse con alguno de los compañeros de Spider. Los Acróbatas se lanzaban entre los pontones y las poleas con la elegancia de los ángeles y se daban impulso para ascender con las cuerdas elásticas sin ningún esfuerzo aparente. Twelve, en cambio, notaba el esfuerzo de cada movimiento y tenía miedo de que se le soltaran los dedos. Pero no se quejó y siguió bajando. Continuaron hasta

donde llegaban las cuerdas y las pasarelas y las paredes tenían agarraderas. Luego siguieron descendiendo, hasta llegar a una gran red que ocupaba todo el fondo de la guarida y en la que había diseminados cientos de objetos que la malla había retenido.

—¡No los toques! —le advirtió Spider, buscando refugio en una fina plataforma a pocos metros sobre la red. Se sentaron en ella, con las piernas colgando en el vacío. Bajo la red no se veía el suelo, sino las hélices de unos ventiladores enormes que se movían muy despacio—. Los ventiladores funcionan día y noche —le explicó Spider.

—¿Por qué me los estás enseñando? —preguntó Twelve.

—Porque por ahí fue por donde escapó Lobo —le explicó la Acróbata.

Twelve miró instintivamente hacia arriba, donde el jefe de su manada resultaba ahora invisible, entre la infinidad de rejas y andamios de la guarida.

—No lo sabía... Creía que nadie había entrado nunca en la guarida de otra hermandad —dijo.

—Muy pocos lo saben —respondió Spider, triste de repente—. Pero yo estaba con ellos.

—¿Con quiénes?

—Con él y su novia. Amaryllis.

—No sé prácticamente nada de ella. Él nunca la menciona.

Spider pareció ignorarla y continuó:

—Si pasas bajo la red, se puede llegar a los ventiladores. Tienes que estudiar el ritmo al que giran las hélices para que no te rebanen, pero puedes bajar aún más abajo, donde están las trampas y la piscina. Y luego el horno.

—¿Qué horno?

—El que calienta toda la Academia y cuyo calor se difunde a través de los ventiladores —le explicó Spider—. Allí es donde tendrás que entrar.

Twelve no lo entendía.

—Pero ¿cómo se entra en un horno?

—Uf —la interrumpió Spider—. Te lo voy a tener que explicar todo desde el principio, chavalita...

La joven Acróbata se sacó un trozo de papel del bolsillo y lo abrió. Era una sección de la guarida de los Acróbatas dividida en niveles, desde la chimenea hasta la caldera. Recorrió el mapa con el dedo de arriba abajo, donde aparecía escrito: «RED» y luego: «VENTILADORES».

—Una vez pasados los ventiladores, se llega aquí.

En el mapa había una especie de laberinto, en el que se leía «PAVLOVA».

—No sé por qué se llama así, pero dicen que es el nombre de la profesora que lo construyó. Es un sistema de trampas, recintos electrificados, pinchos afilados... colocados allí expresamente para disuadir a cualquier Acróbata intrépido. Son difíciles de atravesar, pero no imposibles...

—¿Has estado?

—Ajá. Y si consigues bajar aún más y sigues viva, llegas a la piscina.

—Lo dices como si fuera un problema.

—No te puedes imaginar cuánto —respondió Spider—. Tiene seis metros de profundidad y está justo encima del horno. La construyeron precisamente por eso: es una especie de cubeta de enfriamiento. Y eso quiere decir que, a menudo, el agua está hirviendo. Y de vez en cuando, del fondo surgen unas protuberancias de metal que nosotros llamamos Cianeas.

Twelve no entendía y se quedó callada.

—Las Cianeas eran unas rocas legendarias que se movían por cuenta propia por la superficie del mar —explicó entonces Spider, con la nariz alzada—. Estas protuberancias también se mueven, solo que lo hacen de una manera distinta. Todos los sábados, un mecanismo las empuja a subir de nuevo desde el horno, que está más abajo, hasta el fondo de la piscina. Allí las Cianeas se abren, recogiendo agua, para luego volver a cerrarse. El domingo los Harapientos usan esa agua para lavar el horno, cuando lo apagan unas horas para limpiarlo. —Twelve escuchaba, siguiendo el dedo de Spider por el mapa—. Así que, si quieres huir, cuando llegues a la piscina tendrás que esperar a que aparezcan por el fondo las Cianeas... Deberás sumergirte y esconderte dentro, vaciar una de agua con las válvulas de desagüe y esperar. Al día siguiente, el horno se apagará y tú podrás entrar antes de que lleguen los operarios de la limpieza... y te encontrarás en la guarida de los Harapientos. Una vez allí, estarás prácticamente fuera, porque solo tendrás que coger el tren neumático que pasa bajo el río.

Twelve sacudió la cabeza, confusa.

—Creo que no he entendido bien...

—Te lo resumiré: si consigues estar encerrada e inmóvil dentro de una Cianeas durante veinticuatro horas, como en un ataúd, aun a riesgo de cocerte viva, al día siguiente podrás escapar.

Spider tenía la piel muy blanca y sus venas eran una red de telarañas de un gris azulado.

—Pero ¿por qué las Cianeas se quedan allí, quietas, llenas de agua, un día entero? ¿Por qué los Harapientos no lavan el horno el sábado? ¿No sería más... lógico?

—Sí, de hecho antiguamente era así —dijo Spider—. Hasta que Lobo y Amaryllis intentaron escaparse.

¡Lobo y Amaryllis!, pensó Twelve. ¿De verdad se habían fugado de aquella rocambolesca y peligrosísima manera?

—Nadie sabe exactamente qué pasó allí abajo —continuó Spider—. Amaryllis era una Deshollinadora cuando elaboraron su plan de fuga... Dicen que fue a ella a quien se le ocurrió. Y por ese motivo dejó su hermandad para que la admitieran entre los Acróbatas... donde se hizo amiga mía.

—¿Amaryllis era amiga tuya? —preguntó Twelve—. ¿Y cómo era? O sea, es que ni siquiera consigo imaginármela.



—Una cascada de cabello rubio —murmuró Spider con una sonrisa melancólica—. Y unos ojos tan azules que parecían violetas... Ella fue la primera que atravesó la red y descubrió lo que te acabo de contar. Y con ella bajé yo la primera vez.

—¿Tú también escapaste?

—No —reconoció Spider—. Entonces no creía que se pudiera ir más allá de la Pavlova, pero... evidentemente, me equivocaba. —Spider dejó escapar un profundo suspiro—. Se prepararon durante semanas y parece ser que, cuando ya estaban en la piscina, Amaryllis no consiguió sumergirse. El aliento, le faltaba el aliento, igual que a mí... —Spider la miró a los ojos—: Anemia: ni siquiera puedo pensar en sumergirme hasta el fondo en una piscina como esa. Y luego estar todo ese tiempo encerrada sin respirar. A Amaryllis le pasaba lo mismo y por eso, al final, idearon un plan de emergencia. Solo se sumergió Lobo, mientras ella se quedó esperándolo en la superficie. Flotando en la piscina. La idea de Lobo era encontrar el mecanismo de emergencia del horno para vaciar la piscina y volver a por ella, pero...

Los ventiladores giraban por debajo, inmensos y silenciosos.

—¿Pero? —preguntó Twelve.

—Ya te he dicho antes que a veces la temperatura del agua aumenta. A veces hierve y...

—No —murmuró Twelve.

—Sí. Lobo, de alguna manera, consiguió apañárselas, pero Amaryllis no tuvo tanta suerte. Y cuando el horno se apagó y él salió, se encontró con que lo estaba esperando... Luther. Lo había descubierto todo. Le dijo que Amaryllis había sufrido graves quemaduras, pero que tal vez los profesores pudieran curarla. Le dejaron elegir qué hacer: marcharse, porque la escuela al completo había quedado impresionada por la audacia y la genialidad de su plan de fuga y se merecía un premio o... quedarse. Pero si decidía marcharse...

—... la dejarían morir —completó Twelve.

Spider asintió con gravedad.

Twelve se apoyó en la pared de la guarida, conmocionada. Ahora lo entendía todo, por supuesto. Entendía por qué Lobo no quería hablar jamás de su amor perdido. Entendía por qué, en el fondo, lo notaba tan cercano: su tormento era parecido al de ella, el chantaje que había tenido que sufrir para salvar a Amaryllis era el mismo que ella había aceptado para proteger a Ninon.

—¿Y entonces Amaryllis sigue aquí? —preguntó, en voz baja.

—Sí —respondió la chica.

—¿Y dónde está?

—Nadie lo sabe. Tal vez ni siquiera Lobo. No le queda más remedio que fiarse. —Spider recogió el mapa, se lo metió en los pantalones y se balanceó sobre las rodillas, preparada para regresar—. Sea como sea, el horno es la única vía de salida de la Academia, chavalina. También está el ascensor del salón principal, que baja a la guarida de los Harapientos, pero eso es una bomba disfrazada de ascensor, está

minado de explosivos de alta potencia. Escapar por allí equivale al suicidio. Lo intentó un chico, hace tres años, un tal Gunther.

—¿Y...?

—El ascensor quedó reducido a una chatarra humeante. Tuvieron que cambiarlo.

—¿Y desde la celda de Cara de Hierro? —preguntó Twelve—. Detrás de la Cuarentena había unas verjas a través de las que se veía a los Harapientos.

—De lo de Cara de Hierro hemos hablado todos. Los gólems estuvieron trabajando durante días. Ahora es un callejón sin salida, a menos que te consideres capaz de derribar a golpes de pico cuatro metros de pared maciza sin que nadie se dé cuenta.

Twelve suspiró.

—O sea, que es una fuga imposible.

Spider se encogió de hombros.

—Yo conozco bastante bien la primera parte de la Pavlova y tengo anotada la posición de todas las trampas. Solo quedan las dos últimas y las Cianeas, donde ni siquiera puedo entrar.

Twelve asintió, pensativa. Era un plan desquiciado, pero por lo menos era un plan.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Solo si puedo elegir no responderte.

—¿Qué es lo que te ha dado Lobo?

—Música, mi gran pasión. Aquí dentro no se encuentra, como todas las cosas buenas que se truecan en la Academia. Tengo un gramófono viejo escondido en uno de los nichos. Y la obra *Número Siete* de Shostakóvich es la más bella que se ha compuesto en el mundo. ¿Sabes cómo la llaman?

Twelve no lo sabía.

—La *Sinfonía de la muerte*. Apropiado, ¿no te parece?

## La jugadora

—¿Twelve? —preguntó Lapo—. ¿Ze puede *zaber* qué te *paza*?

—¿A mí? ¿Por qué? Nada...

—*Eztáz* rara... *Ez* como *zi eztuvieraz* en otra *galazia*...

«Y lo estoy», pensó Twelve. Estaba en la galaxia de los ventiladores y las trampas subterráneas, de las piscinas oscuras en las que se abrían flores de metal en cuyo interior había que pasar horas encerrado. Intentó regresar al presente, al gimnasio de las grandes vidrieras que daban al río, a los tres balones que rebotaban a su alrededor y a las zapatillas que rechinaban en el suelo cada vez que uno de los jugadores cambiaba de dirección.

El partido del domingo por la tarde. Aquel al que había llegado tarde y con los músculos doloridos tras el descenso y el posterior ascenso desde la guarida de los Acróbatas.

Todavía tenía la cabeza allí y su imaginación recorría el relato de Lobo y Amaryllis. De regreso, a solas con Lobo, ni siquiera lo había mencionado. Lo siguió por la chimenea y luego al montacargas, donde se había limitado a escuchar su respiración y el latido de su corazón.

Y luego se separaron. Como si no hubiera pasado nada, Twelve corrió al gimnasio sintiéndose culpable de algo que aún no había hecho. Culpable de conocer un secreto que Lobo quería que ella conociera. Pero que no le había contado directamente.

Y ahora allí, en el gimnasio, estaba tratando de que nadie le preguntara dónde había estado, qué había hecho, como si aquella escasa hora y media de fuga con Lobo hubiera sido una escapada romántica y hubieran estado quién sabe dónde, haciendo quién sabe qué. Como Owen y sus novias celosas.

—El partido, Twelve, *tienez* que concentrarte en el partido.

—¿Qué partido?

—Twelve, ¿*eztáz zegura* de que *eztáz bien*? ¡*Tenemos* el derbi con *loz* de quinto!

—Es verdad, lo sé —dijo Twelve y añadió—: Las Estrellas Prisioneras contra los de quinto.

Y Lobo jugaba en las Estrellas Prisioneras.

Solo había que esperar a que salieran de los vestuarios. Las Estrellas Prisioneras eran la selección de los mejores jugadores del colegio, independientemente de su

edad, aunque no había ningún alumno de cursos inferiores a segundo. Y los de quinto eran los de quinto. Los más fuertes de todos.

Lapo se coló entre la chiquillería y se sentó junto a Mathias en las gradas que los gólems habían montado a un costado del gimnasio. Había muchos alumnos, divididos en grupitos, que cuchicheaban y se intercambiaban frenéticamente pequeños objetos en el mercado negro de la Academia. Un peine por una caja de cerillas, un carruaje de juguete por un pisapapeles, una botellita de perfume antiguo por una moneda de plata aplastada por la rueda de un tren. Todo pasaba rápidamente de mano en mano y encontraba un nuevo dueño: desechos pescados por las redes en la corriente del Duma, o traídos por el viento, o conseguidos en las pocas incursiones a la ciudad. Cualquier cosa procedente de Danubia, entre las paredes de la Academia, se convertía en un tesoro.

—¡Buenos días, señores y señoras! —anunció en cierto momento el profesor Zefirotti.

El profesor de Educación Física y entrenador oficial de balón prisionero de todo el colegio transportó sus ciento cincuenta kilos de despiadada alegría al centro del campo.

—¡Ya basta de armar escándalo! ¡Concedamos a nuestros campeones tiempo para concentrarse...! ¡He dicho que basta! ¿Os voy a tener que matar para que se haga silencio? Ah, bien, mucho mejor así... Los buenos modales siempre funcionan... Bienvenidos al encuentro dominical. Estáis a punto de presenciar los cuartos de final del torneo anual de balón prisionero. Un partido de nivel excepcional: ¡Estrellas Prisioneras contra quinto curso! ¡Un gran aplauso, gracias!

Los atletas desfilaron por el campo, las siete Estrellas con los pantalones cortos y la camiseta negra, y los siete de quinto con sus equipaciones blancas. Se colocaron en sus respectivas mitades del campo, en formación, mientras en la línea central ya estaban situados los tres balones con los que se enfrentarían. De los tres, solo uno estaba envenenado y tenía la capacidad de transformar temporalmente en piedra a quien golpeará.

Lobo era el único de su equipo que ni calentaba ni estiraba, como si estuviera allí contra su voluntad. Y probablemente así era. En un momento dado, se giró hacia el público y Twelve, instintivamente, agitó los brazos para saludarlo. Pero los ojos de Lobo no se dirigían a ella, sino a Mia. La muchacha del pelo verde se dio cuenta, le sonrió y se sonrojó.

Lobo le devolvió la sonrisa.

Twelve notó una punzada en el nacimiento de la garganta, como un pinchazo.

—¿A quién saludas? —le preguntó Mathias, sentado a su lado.

—A nadie —respondió Twelve—. Silencio, que ya empieza.

Zefirotti silbó y los dos equipos se lanzaron a por los balones. Lobo cogió uno y, sin detenerse siquiera, lo estrelló contra la otra mitad del campo, golpeando a Sandeep directamente en el estómago.

—¡Sandeep, a la cárcel! —gritó Zefirotti.

El alumno de quinto fue a colocarse detrás de la mitad contraria del campo, a la espera de que sus compañeros lo liberaran.

Y el partido continuó.

—¡Vamos, Lobo! —chilló Mia desde las gradas. Y Twelve se dio cuenta de que le estaba prestando más atención a ella que al partido.

Los deportistas se movían como bailarines avariciosos y los balones volaban como proyectiles. Una chica de quinto miró a Lobo y le lanzó un balón siseante, intentando golpearle en la espalda, pero Lobo dio una voltereta, capturó el balón al vuelo y lo lanzó por donde había venido. El golpe alcanzó en la cara a la chica, que se quedó paralizada, inmóvil, gris como la piedra.

—Oooh —gritó el público.

—¡Un aplauso para Lobo! —se emocionó Zefirotti.

Ahora que habían identificado el balón envenenado, el partido se puso emocionante: cada equipo emprendió una serie de ataques y contraataques mientras los ojos de todos los demás estaban clavados en el balón que podía eliminar a los adversarios de la partida y dejarlos allí plantados, en medio del campo, en calidad de obstáculos.

Fue un encuentro furibundo y rapidísimo: Venia, de las Estrellas Prisioneras, vio que el balón envenenado surcaba el aire directo hacia ella y saltó para esquivarlo, pero calculó mal el efecto y fue alcanzada en pleno vuelo. Rodó al suelo con un golpe seco, haciendo chocar el balón con un rebote entre sus compañeros Rosy y Lunático. Tres petrificados con un solo golpe.

—¡Moore, de quinto, ha hecho el ataque del siglo, señores! ¡Un tres-tres-tres como no se veía desde tiempos de Rudolph el Petrificador! —rugió Zefirotti—. ¡Ahora el partido está realmente complicado para las Estrellas Prisioneras!

Jack, Ondine y Allyster, de hecho, ya estaban prisioneros y la única Estrella que aún aguantaba en pie era el propio Lobo.

—¡Eliminadlo! —gritó alguien desde las gradas y Twelve se volvió al reconocer la voz de Cadmo, el chico de pelo platino de cuarto con aspiraciones a jefe de la manada.

Lobo extendió ambos brazos en su mitad del campo y desafió a sus adversarios a golpearlo. El gimnasio estalló de entusiasmo al ver al jefe de los Deshollinadores lanzarse, rodar, levantarse y esquivar el balón, utilizando a los tres compañeros petrificados como si fueran un escudo de guerra.

—¡TE QUIERO, LOBO! —gritó Mia entre las decenas de ovaciones de ánimo. Y luego se quedó de pie, aplaudiéndole.

Otros empezaron a aullar, como una verdadera manada de lobatos. Lobo interceptó al vuelo un balón de Gobert, se lo pasó tras la espalda como un prestidigitador y luego lo lanzó con la otra mano hasta Jack, que estaba en la cárcel, liberándolo.

Fue el comienzo de una increíble remontada de las Estrellas Prisioneras que concluyó a un minuto del final del partido, cuando, de nuevo Lobo, tras hacerse con el balón petrificador, lo lanzó con precisión milimétrica contra su última adversaria, inmovilizándola en el sitio con una expresión estupefacta.

¡Piiii!, pitó entonces Zefirotti.

—¡Increíble, señores! ¡Realmente increíble! ¡Victoria para las Estrellas Prisioneras!

Se produjo una verdadera invasión del campo y el profesor empujó a los chicos alejándolos, mientras se inclinaba para despetrificar a los jugadores.

—¡Quietos! ¡Quietos! ¡Dejadles respirar!

En medio de la confusión, Twelve vio que Mia dejaba atrás a todos los demás, salía corriendo y saltaba al cuello de Lobo. Se besaron en la boca.

—Oye —la llamó entonces Lapo—. ¿Eztáz bien, Twelve?

—Sí, sí, todo bien —mintió ella, mirando a otro lado.

«Estúpida, Twelve, eres una estúpida», se dijo.

¿Qué se había pensado?

Solo porque había pasado una hora y media a solas con Lobo. ¿Solo porque él la había llevado a un lugar secreto pensaba que tenía acceso a su corazón?

«Estúpida, Twelve, eres una estúpida».

## Los fugitivos

Llamaron a la puerta y Twelve se despertó, sobresaltada. Habían pasado tres días desde que descendieron a los ventiladores, cuyas cortantes hélices aún zumbaban en sus sueños, sin dejar de girar jamás. Twelve se había cruzado con Spider solo un par de veces y con Lobo aún menos, en el comedor o en el tejado, y sus miradas se habían rozado sin llegar a encontrarse de verdad. ¿Qué esperaban que hiciera ella ahora? ¿Que le mandara una carta a Humo? ¿O que subiera por el montacargas y luego trepara por la chimenea para entrar a escondidas en la guarida de los Acróbatas?

Twelve se dio cuenta de que pensaba en Lobo como nunca lo había hecho antes. A veces le entraban ganas de emprenderla a puñetazos con él. Otras de imitar a Mia y saltarle al cuello. Y sí, tal vez besarlo.

Llamaron una segunda vez y Twelve salió medio desnuda de la cama.

—¿Quién es? —susurró a través de la rendija de oscuridad del otro lado.

—¿Podemos entrar? —preguntó Mathias.

—¡Pero ya! —dijo alguien más.

—¿Quiénes sois? —Twelve entreabrió la puerta y vio que en el pasillo había cuatro sombras. Demasiado sorprendida como para rebatir nada, los hizo pasar. Mathias y Lapo. Y luego Gerald y Mia. Evitó mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó en cambio. Buscó a ciegas algo que ponerse y luego renunció al intento y se sentó en la esquina más oscura de la habitación, al lado de Ninon. Le susurró que no se preocupara y le dijo en voz baja—: Tenemos invitados. —Luego se giró hacia los demás y preguntó—: ¿Qué hora es?

—Laz cinco —respondió Lapo.

—¿Y qué hacéis aquí tan temprano?

—La verdad es que eso nos lo deberías decir tú —intervino Gerald.

—Eso, tú —dijo Mia.

—¿Yo? ¿Y qué debería deciros?

—Nos ha enviado Lobo.

—Ha dicho que tenías que hablar con nosotros.

A Twelve se le pusieron los ojos como platos de la sorpresa.

—Pero yo no tengo nada que deciros.

—Lobo también nos ha dicho que nos ibas a responder eso —dijo Gerald.

—¡Zí! Y que *entoncez nozotroz tendríamos* que decirte que *zomoz loz* que *ezcuchamoz* la *Zinfonía de la muerte*, y que lo *haz* prometido. *Doz* tú y *doz* él, ha dicho.

—Exactamente. Dos tú y dos él... —añadió Gerald—. Y que todos los demás los decidirías tú. Y que no había más que hablar.

—Zí. Que *erez* tú la que debe decidir quién *eztá* en el equipo.

—La *Sinfonía de la muerte*, qué estupidez —murmuró Mia—. A saber qué tontería he venido a hacer aquí abajo con vosotros: seguramente me iría mejor volviéndome a dormir.

Twelve, en cambio, estaba completamente despierta. Dos y dos. Los dos de Twelve y los dos de Lobo.

Para organizar la fuga.

—Ay, madre... Así que lo vamos a intentar de verdad —murmuró.

—¿Qué *ez* lo que *vamoz* a intentar?

—Antes de explicaros por qué estáis aquí, necesito que me juréis que guardaréis el secreto —pidió Twelve.

—Lobo también nos ha avisado de esto —murmuró Gerald—. Ha dicho que hablar contigo implicaba hacer un Juramento de la Manada.

—Zí: la *promeza de loz Dezhollinadorez, zi la rompez*...

—Los demás Deshollinadores se quedan con todo lo tuyo. Y luego te lanzan a la chimenea sin fondo —añadió Mia.

—De acuerdo —aceptó Twelve. Extendió la mano frente a sí, cerrada en un puño—. Juramento de la Manada.

—Juro —dijo inmediatamente Ninon, sumando su minúsculo puñito.

—Juro —repitieron los demás.

A continuación se hizo un largo silencio, antes de que los seis conjurados retiraran sus respectivos puños.

—¿Y bien? ¿A qué viene tanto secretismo?

—Un plan de fuga —explicó Twelve—. Una fuga de grupo.

Disfrutó de aquel instante de sorpresa, los cambios de expresión, quién lo entendió y quién no, quién dijo que era imposible, quién quiso saber cómo.

Sin embargo, todos sabían que ella ya lo había conseguido una vez. Y que, por tanto, podía hacerlo de nuevo.

—Continúa —dijo Gerald, con la frente fruncida.

Twelve pidió que le dieran un folio y cogió una de las ceras de Ninon para dibujar lo que, al concluir aquella primera reunión, tendría que destruir y desmenuzar para que nadie más pudiera verlo. Les habló del montacargas, de las chimeneas, de Humo y de Spider, y de todo lo que había visto en la guarida de los Acróbatas. Les habló



sobre Lobo y Amaryllis, tal y como se lo había contado Spider a ella. Y Mia se aferró a sus palabras como a un paracaídas.

Le habría gustado tener más, o mejores, o no haber tenido ninguna. Pero cuando terminó de hablar, los muchachos que la rodeaban brillaban con una luz magnética y tenían la piel erizada por los escalofríos.

—Spider está dispuesta a enseñarnos lo que sabe si la llevamos con nosotros... Aunque Lobo dice que no vendrá, por culpa de las Cianeas —continuó Twelve—. Y solo podemos movernos de noche, o el domingo, cuando la guarida está medio vacía. Podemos subir al tejado a través de nuestra guarida y desde allí descender hasta la red. No haremos un único viaje, sino varias expediciones, y después de cada una regresaremos. Y solo cuando estemos preparados...

—¿Cuando estemos preparados para qué? —preguntó Mia—. Nos encerraremos dentro de estas... ¿cómo las has llamado?, ¿Cianeas? ¿Para cocernos vivos, como le pasó a Amaryllis?

—La pregunta de Mia es más que comprensible —dijo Gerald—. Este plan tiene un montón de puntos ciegos, en eso estamos de acuerdo...

—Este es mi plan. Si os parece bien, perfecto. De lo contrario, vosotros sabréis.

—No es obligatorio que escapemos todos por allí —sugirió Gerald—. Piénsalo: aunque solo se fugue un grupo pequeño, aquí dentro estallará el caos. Bloquearán todas las instalaciones, incluida la caldera... Y entonces será aún más fácil salir por allí.

—Puede funcionar —admitió Mathias—. Entonces, ¿quién más está en el equipo?

—¿Quién más? —preguntó Lapo, enarcando una ceja—. ¡Yo no ze lo diría a nadie más!

—Pues yo, en cambio, quiero decírselo a Henna y a Cressida —murmuró Twelve.

—Uf, son dos niñas —rezongó Mia.

—Y a Lunático.

—Mira que ese está como una completa chota.

—Sí, pero también es rápido y Lobo se fía de él.

—¿Y a quién más?

—¿Qué os parece Jane, de quinto?

—No sé, no la conozco. ¿Es de fiar?

—Ya lo creo —exclamó Gerald, con una sonrisa de leopardo—. Os lo garantizo.

—¿Y qué me decíz de Cegato, Pútrido y Lepra? —sugirió Lapo—. *Elloz trez ziempre eztán con loz Harapientoz. Zeguramente* conocen a la perfección *zu* guarida, podrían...

—No, mejor que no —declaró Mia con firmeza—. Son los espías de los profesores. Es más: manteneos alejados de ese trío calavera.

Rehicieron una rápida lista de los posibles fugitivos, discutiendo a quién podrían avisar.

—Aquí se está dentro o se está fuera, nada de echarse atrás, ¿de acuerdo? —preguntó Twelve.

—Nada de echarse atrás —concluyó Mia—. ¿Cuándo nos vamos?

El padre Giacomo, el profesor de Conocimiento de la Ciudad, entró en el aula vestido con un par de calzas negras y unos zapatos en punta con una hebilla dorada a juego con un tricornio del mismo color. Con aquella ropa, parecía un cuervo, o el sepulturero de un funeral de mal gusto.

—Buenos días, criaturitas del Señor —los saludó—. Espero que todos ustedes se encuentren en plena forma hoy, porque tendré el honor de presentarles la segunda prueba para elegir al angelito que participará en la próxima Horda... ¡A-mén! —Lanzó el tricornio a la mesa del aula e introdujo los pulgares en los bolsillos del chaleco—. Bueno, bueno... Imaginad que ya estuvierais allí, por las calles de Danubia..., ¡incluso en el interior del palacio del rey! Imaginad que estáis allí mismo, ¿estáis, elegidos del Señor?

Un silencio gélido se cernió sobre el aula.

El profesor se dirigió a grandes zancadas hasta los mapas de las casas y los edificios de Danubia, cada uno de los cuales ocupaba la mitad de la pared del aula, y los desenrolló hasta llegar al del Palacio Real. Parecía un árbol, un roble enorme con un macizo núcleo central rodeado de columnas y alrededor una maraña de torres dispuestas en forma radial, con impresionantes pináculos y escarpados terraplenes.

—Es enorme, ¿lo veis? Tan grande que cualquiera podría perderse dentro. Se dice que a los afortunados de la Academia de Servicio que ascienden a la Corte se les instruye con una clase suplementaria de orientación y que los mayordomos reales saben moverse por las habitaciones y los salones incluso con los ojos vendados... Y ahí es cuando nos acercamos a nuestra prueba..., la gallinita ciega... ¡A-mén!

—¡Es un juego de niños! —exclamó Karl desde el pupitre de los Acróbatas. Y acto seguido se retrajo, cuando la larga varilla de bambú con la que el padre Giacomo estaba señalando el mapa del Palacio Real voló hacia su pupitre y lo golpeó con un chasquido.

—Si me dejas explicártelo, ya te darás cuenta tú solo, dulzura, de si es un juego de niños... —Señaló una portezuela de salida sobre la que había un farol apagado—. Al otro lado de esa puerta hay una sala oscura, dentro de la cual se han instalado varios obstáculos. Algunos son muebles, sillas, cajoneras y cosas así. Hay un cofre del tesoro y una caja fuerte abierta. Si conseguís coger algo, es todo vuestro. Pero ahí dentro también hay pequeñas trampas. Tonterías: una cuerda que activa una pistola de clavos, una espada que oscila como un péndulo y una trampilla lo suficientemente profunda como para que os rompáis una pierna si os caéis dentro. Eso, por mencionar solo algunas de las que recuerdo. Lo único que tenéis que hacer es entrar por esa puerta y salir por la otra. A ser posible, vivos. A-mén.

—¿Y la luz para qué sirve? —preguntó Coleridge.

—Cuando se enciende, indica que hay alguien en la sala de la gallinita ciega. Cuando se apaga, indica que ha salido. Si parpadea, es que quien está dentro se ha roto algo o ha perdido un brazo, y hay que mandar a un gólem a recuperar los restos...

—¡Pero eso no es posible! —se le escapó a Rebecca Thirty-five.

—Nada es imposible cuando nos guía la luz del cielo —comentó el padre Giacomo—. Y si además contamos con un mapita, mejor todavía...

El profesor se sacó del cinturón un pergamino enrollado y lo agitó, sin abrirlo, frente a la clase.

—Cada uno de vosotros, antes de entrar en la sala, tendrá un reloj de arena para memorizarlo. De esta manera, una vez dentro, podrá saber dónde están los obstáculos. O al menos intentarlo, ¡ja, ja, ja! Entonces, ¿quién quiere empezar? ¿Nadie? Entonces seguiremos el orden de la clasificación provisional. ¿Quién es el primero en la puntuación?

—Puez me temo que *zoy yo* —dijo Lapo, levantando la mano.

—Ay, mi querido Lapo, me alegro, me alegro muchísimo por ti. Ven aquí, deprisa. ¡Y trata de conservar la vida, porque no sabes lo muchísimo que te aprecio!

—Espera, hijo bendito, antes de que entres ahí dentro tengo que vendarte los ojos. Si no, ¿qué tipo de gallinita ciega serías? Lo has memorizado todo, ¿verdad? Bien. Ahora, despídete de tus compañeros... Adiós, adiós, amigos, nos vemos en la enfermería...

—¡No tiene ni pizca de gracia, *profesor!* —se quejó Lapo.

—Calma, calma, estoy de broma, querido. No todos terminan en la enfermería. Ahora, sin más preámbulos, ven aquí. —El padre Giacomo le vendó los ojos y luego abrió la puerta. El farol se iluminó en rojo—. Buena suerte, pequeño. Hazlo lo mejor que puedas.

Y Lapo entró.

Todos tenían la vista clavada en la luz roja, aterrorizados ante la idea de que pudiese parpadear. El tiempo pasaba y no se escuchaba nada, ni tampoco ocurría nada. El padre Giacomo silbaba y, mientras tanto, sostenía un enorme cronómetro en la mano.

Entonces se escuchó un grito aterrador.

—¡Padre Giacomo! —gritó Twelve.

—¡Sssh! ¡Lo he oído, ya lo he oído, angelito! Ha saltado una trampa, pero... —dijo el profesor—, como ves, la luz no parpadea, por tanto puede continuar.

—¡Pero podría haberse hecho daño!

—Yo diría que de eso no hay duda, a juzgar por el grito. ¡Tengamos fe!

El padre Giacomo volvió a comprobar el cronómetro con aire tranquilo. Al grito le siguió un segundo de silencio espectral, seguido de una especie de rugido, un clang metálico, otro grito, un ruido de muebles caídos y un tercer gemido de dolor.

Y entonces la luz se apagó.

—¡Ha salido! —exclamaron al menos una decena de alumnos.

—Muy bien —anotó el padre Giacomo—. ¡Y en tan solo doce minutos y cuarenta y seis segundos!

Twelve saltaba de un pie al otro, impaciente. El padre Giacomo le sonrió.

—¿Quieres echarle un vistazo al mapa? —le preguntó.

El mapa era un caos de dibujos, esquemas y palabras situadas a propósito para confundir el ojo y distraer al observador. Había ilustraciones detalladísimas, manchas y tachones e inscripciones que decían: «Cepo», «Soplete», «Espada oscilante», «Clavos y alfileres». Y luego: «Tesoro», «Diamantes», «Salida libre durante un día».

¿Sería posible? Parecía un mapa diseñado a propósito para tentarla y asustarla al mismo tiempo. Y, al fin y al cabo, el miedo era un enemigo poderoso: encontrarse en la oscuridad más absoluta, con la aterradora posibilidad de ser golpeado a cada paso...

Tal vez no hubiera nada de todo lo que se veía en el mapa allí dentro. Pero Lapo había gritado.

—Ya ha transcurrido medio reloj de arena... —le recordó el padre Giacomo.

Y con el profesor distrayéndola, Twelve se dio cuenta de que memorizar el mapa iba a ser imposible. Tenía que cambiar de estrategia. No podía recordarlo todo. Y, en realidad, no necesitaba todo el mapa. Le bastaba con memorizar un recorrido seguro hasta la salida, ignorando todo lo demás. Se concentró en el dibujo que tenía frente a sí. El primer tramo del laberinto era recto y no tenía obstáculos. Luego el mapa señalaba: «Ángel».

En ese punto podría girar a la derecha, avanzar un poco, aunque no demasiado porque estaban los «Clavos», girar a la izquierda, continuar...

Twelve llegó así hasta el fondo, contando pasos como único punto de referencia, repitiéndose el recorrido en la cabeza como si fuera una cantinela, hasta que el padre Giacomo exclamó:

—¡Y ahora, una bonita venda!

Twelve permitió que el profesor le cubriera los ojos con un lazo negro y luego la empujó hacia delante.

El sonido de la puerta al abrirse, la luz roja del farol, la puerta cerrándose tras ella.

Estaba dentro.

Expulsó el aire lentamente.

Como siempre que alguien se queda a oscuras, sus sentidos se intensificaron. Oía el murmullo confuso de sus compañeros y un zumbido vago en algún lugar a su izquierda. Tal vez una de las trampas. Era ruidosa aquella sala. Ruidosa para distraerla.

Twelve se protegió el rostro colocando las manos en círculo a su alrededor, dio un paso, se tambaleó. Se obligó a mantener la calma. No había peligro, todavía no, al menos.

¿Cuántos había contado? ¿Diez pasos? Dio uno más y luego otro. Al octavo, las palmas de sus manos rozaron algo duro y frío. Se acercó con cuidado, tratando de comprender qué era aquel objeto. Parecía una estatua de mármol, tenía forma de..., aquello eran las alas de... ¡un ángel!

Magnífico. Ocho pasos en lugar de diez. Lo que significaba que la habitación era un poco más pequeña que el mapa. Y por tanto, debía corregir las siguientes distancias. Se repitió la cantinela. Ahora le tocaba a la derecha.

Dio dos pasos y se detuvo.

—Aquí deberían estar los clavos...

Se acuclilló y extendió una mano, despacio, a tientas. Se pinchó un dedo con una minúscula punta de hierro. Nunca se había alegrado tanto de pincharse. Perfecto. Volvió a levantarse, giró hacia la izquierda. Cuatro pasos. Rozó una cuerda unida a un soplete. No se detuvo a comprobar si estaba en lo cierto.

Dos pasos hacia la derecha. Dos hacia la izquierda. Pausa. Cuatro a la derecha.

¡Au! Una cuchillada de dolor le penetró el gemelo y Twelve lo retiró de golpe. Se tocó la zona donde tenía la tela de los pantalones cortada. Notó algo húmedo, que se llevó a los labios. Sangre.

¿Sangre? Pero allí no tenía que haber habido una cuchilla. ¡No era la zona de las cuchillas! ¿El mapa estaba equivocado? ¿Sería el mapa igual de falso que el padre Giacomo?

Notó que el pánico le trepaba por la garganta y se chocó contra algo duro, aunque, afortunadamente, no cortante, que le golpeó el hombro. Cayó hacia atrás temblando y, al hacerlo, perdió definitivamente la orientación. Ya no sabía dónde estaba, si a derecha o izquierda, si arriba o abajo...

—¡No! —se dijo—. ¡Tranquilízate!

El mapa, o la memoria, la habían engañado, de acuerdo, pero aquellas dos no eran las únicas armas a su disposición. También tenía su instinto. Y su capacidad de supervivencia.

Volvió a levantarse, se acercó al objeto que le había golpeado y trató de comprender qué era, palpándolo con los dedos. Era una columna. Una columna de piedra.

Twelve se quitó los zapatos y comenzó a trepar por ella. Subió un metro, dos, hasta llegar al capitel. Extendió una mano, alcanzó una viga de madera.

Se aferró a ella.

Ahora no recordaba nada del mapa, salvo que había contado las columnas, y ahora sabía que había vigas de madera.

Y la puerta de salida estaba a cuatro pasos frente a la última columna.

Se movió rápidamente, a salvo de las trampas, agarrada a las vigas. Llegó a la siguiente columna, a la siguiente viga. Una, dos, tres. Y en la cuarta, se dejó caer al suelo.

Dio un paso.

Dio cuatro.

Estiró la mano.

Madera.

La puerta de salida.

El pomo.

Lo había conseguido.

—Adelante, adelante —dijo el doctor Mugaba al otro lado de la puerta de la enfermería.

Estaba entreabierta y tenía una cuña de madera debajo para mantenerla cerrada. Mugaba estaba sentado en su mesita de metal en la antecámara, con la luz encendida.

—Buenas noches, doctor...

—Ah, mi ayudante. ¿Cómo estás?

Twelve entró en la enfermería cojeando y le enseñó el corte de la pierna.

—¿Sabes cómo curártelo tú sola? —le preguntó Mugaba.

—Creo que sí —respondió ella—. Hay que lavar, desinfectar con mercurial, polvo cicatrizante y una venda ligera, que deje pasar el aire...

—Perfecto —murmuró el médico, volviendo a sus asuntos. Luego añadió—: ¿Cómo ha ido la segunda prueba?

—Siento no haber bajado antes a ayudarle, pero...

—No era necesario. En general, me parece que os las habéis apañado bien. Ocho heridos leves. Dos dedos rotos, bastantes magulladuras y, sobre todo, mucho miedo —recapituló Mugaba.

—Mejor así —dijo Twelve, apretando los dientes cuando se pasó el desinfectante por el araño.

—¿Cómo te has clasificado?

—Creo que he quedado primera.

—¿Y en la clasificación general?

—Pues primera también —dijo—. Rebecca va por detrás por un par de puntos. Ha salido de la gallinita ciega siete segundos después que yo.

«Y se ha pillado un buen cabreo», pensó Twelve.

—Así que hay buenas posibilidades de que tú seas la novata de la Horda.

—Puede. Depende de la próxima prueba y de cómo les salga a los demás, pero si puedo decirle lo que opino... La verdad es que no consigo entender esta historia de la Horda.

—Es una tradición de los Ladrones. Una manera especial de dar un golpe especial. Un golpe espectacular. ¿Sabes qué era la Horda Dorada de la que deriva su nombre?

Twelve negó con la cabeza.

—Deberías preguntárselo a Falkenhayn para mayor precisión, pero... era el nombre de un ejército invencible, que allá donde fuera vencía y saqueaba, llevándose todas las riquezas que encontraba a su paso. Se decía que, en cada ataque, este ejército llevaba consigo un chiquillo que no había combatido nunca y que ese era el secreto de su invencibilidad. Y así ha permanecido en los mitos de los grandes Ladrones... y en las leyendas de nuestra escuela.

—¿Y usted sabe en qué consiste ese golpe especial? ¿Usted también participará?

—Puede que lo sepa... —respondió Mugaba—. Pero no participaré en él. Y de todas maneras, no es tarea mía hablarte de ello antes de tiempo.

—Qué pena —respondió Twelve—. Que no participe, quiero decir.

—Si buscas vendas, están ahí, en ese cajón. ¿Estás segura de querer hacerlo sola?

—Puedo.

—Eso lo sé, chiquilla... Si sigues así, en un par de años podrás ocupar mi puesto.

Twelve abrió el cajón del gran archivador de pared. Dentro había paquetes de gasas y brillantes botellitas de desinfectante. Pero no había polvo cicatrizante. Abrió otro cajón. Estaba lleno de porquería, hojas garabateadas, lápices viejos, gomas de borrar. Los ojos de Twelve se posaron en lo que parecía un viejo pasquín publicitario, completamente arrugado. Era negro y, encima, en letras plateadas, se leía: «HUMO 168.1».

Twelve palideció.

—Usted... —balbució—. Usted, doctor, ¿conoce la leyenda de Humo?

En el rostro del médico se produjo algo insólito. Primero estupor, luego un movimiento de cejas y mejillas, una sonrisa melancólica, como si por un segundo el colosal profesor de piel marrón se hubiera transformado en un niño. Fue un relámpago, pero fue irresistible.

—Vaya, qué raro que tú hayas oído hablar de Humo —dijo, mientras aquella expresión se convertía en una sonrisa más distendida, consciente—. ¡Yo lo escuchaba hace muchos años!

—¿Qué quiere decir con que lo escuchaba? —preguntó Twelve, sorprendida.

—Humo era una voz que escuchábamos con muchas ganas hace muchos años... Transmitía una vez a la semana, los domingos por la tarde...

¿Una voz que se transmitía todos los domingos por la tarde?, se preguntó Twelve. Y entonces recordó el horario de la cita fallida en el tejado, que Lobo le había revelado como si fuera una especie de código secreto que pasaba de jefe en jefe.

Quiso preguntarle algo más a Mugaba, abrió la boca para hablar, pero se mordió el labio por miedo a delatarse, a que se le escapara algo importante y que, tal vez, aún no hubiera entendido.

Así que le dio las gracias, se reincorporó y se marchó cojeando un poco con la pierna herida. Twelve se pasó toda la cena cavilando, pensando en la Horda, en el partido de Lobo, en Mia, en Spider, pero, sobre todo, en lo que el médico le había contado sobre Humo. Cuando volvió a su habitación, sacó de debajo del colchón los tres sobres de oro que Lobo le había dejado y les dio vueltas entre los dedos.

Si Humo era una voz, y no una persona, ¿cómo leía entonces las cartas que le enviaban? Y sobre todo, ¿cómo era posible que un sobre arrojado al fuego de una chimenea subiera por la campana y llegara hasta él? Si era una voz desde que Mugaba era niño, debía de ser viejísimo, o estar muerto desde hace tiempo.

Y escribirle no habría servido para nada.

Sin embargo, a aquellas alturas, Twelve ya era una profesional de las cosas que no servían para nada. Había estudiado como una loca para aprobar un examen que debería haberla llevado a la Academia de Servicio y, en cambio, gracias a un atentado en un puente, había terminado convirtiéndose en Ladrona. Había planeado una huida espectacular, salvo porque se había lanzado directamente a los brazos de sus carceleros. Y había robado allí donde nadie había conseguido nunca robar y el precio había sido que ahorcaran a Arthur en la plaza de los Inocentes.

Así que no perdía nada escribiendo a Humo, se dijo. Y eso hizo. Mientras Ninon estaba en el baño, arrancó una página de su cuaderno azul y escribió:

Para Humo:

Soy una alumna de la Academia de los Ladrones. Del lugar donde me encuentro no se puede escapar, ni salir vivo. Por eso, aunque quizá no existas y quizá no puedas leer las cartas que vuelan por las chimeneas, tengo que pedirte una cosa: hazme huir de aquí. Hazme ser como tú. De humo.

TWELVE

Sin releerla, la cerró dentro del sobre dorado, que selló superponiendo los delgados bordes. Esperó a que Ninon volviera a la habitación y le preguntó:

—¿Te acuerdas de dónde hay una chimenea encendida?

Hacía tiempo que había terminado el invierno y muchas de las chimeneas de la Academia solo se encendían de noche. Ya no hacía demasiado frío y había tuberías de agua caliente que discurrían por las paredes, alimentadas por el gran horno que los Harapientos mantenían encendido en el sótano.

Adormecidas una junto a la otra, las dos chicas repasaron las distintas bocas de fuego, las de las salas comunes, las de las aulas, el ala de la escuela destinada a los



nuevos, y finalmente recordaron una chimenea que siempre habían visto encendida todas las veces que habían pasado por allí.

Se hizo de noche y con la noche todos los ruidos se acallaron. Y entonces se aproximó la mañana y la primera luz prolongó su capa de insomnio sobre los pensamientos de Twelve.

La muchacha siguió consumiéndose sin motivo aparente hasta la hora del desayuno, cuando fue una de las primeras en bajar.

Dio un rodeo, pasando por el pasillo de la enfermería. Las luces del techo chisporroteaban y el suelo estaba manchado de humedad. Sin ni siquiera darse cuenta, apareció justo en el pasillo al final del cual se encontraba la sala con la chimenea que siempre estaba encendida. La llamaban la sala de profesores porque de vez en cuando los maestros se refugiaban allí para leer o escribir en paz. Tenía un gran portón siempre abierto, por el que se veían las brasas siempre encendidas. Sobre la chimenea de mármol rojo, sostenida por dos pechugonas señoras semidesnudas, había colgado un majestuoso espejo de oro y en las alfombras que cubrían el suelo se veían sillones y sofás de cuero agrietado. Twelve observó a su alrededor el tiempo necesario para comprobar que no había nadie. Se asomó a la puertecilla de la sala de los profesores, bajo los grandes retratos enmarcados en oro colgados de las paredes color sangre. Los sujetos que posaban habían sido pintados de espaldas para que nadie pudiera verles la cara. En cada uno de los marcos había un letrero con el nombre del profesor o el maestro de robo que aparecía allí inmortalizado. Recorriéndolos rápidamente con la mirada, Twelve se descubrió en presencia de algunos de los nombres que había escuchado mencionar en las largas cenas de la Academia. Allí estaba el Balbuciente, con sus hombros rectos y la piel bronceada, que había sido uno de los mayores estafadores de Danubia; Myawaza, la Paloma Negra, de quien se decía que sabía matar con la punta de una aguja; y luego estaba Pavlova, la Mujer Mono, retratada mientras escalaba con aparente facilidad un edificio de vidrio. Twelve los dejó atrás, acercándose a la llama leve y crepitante de la chimenea. No sabía cuál de los gólems se encargaba de mantenerla siempre encendida, pero imaginó que aquel detalle, como muchos otros, formaría parte de la tradición de los Ladrones. Y precisamente por eso estuvo a punto de desear apagarla, tal vez arrojando encima una de las alfombras de la sala. Pero, en cambio, se limitó a hacer lo que la había llevado hasta allí: arrojó el sobre al fuego y se quedó observándolo mientras brillaba entre las llamas.

«No funciona», se dijo, mientras medía el tiempo con los latidos de su corazón. Pero entonces, el sobre se deslizó por el fuego, chasqueó entre las brasas y se elevó como una enorme mariposa. Y alzó el vuelo en la oscuridad de la campana, desapareciendo en el humo.

—¡Guau! —exclamó Twelve cuando lo vio despegar.

Hizo amago de salir de la sala de profesores y fue entonces cuando escuchó a alguien cuchicheando. Se entretuvo, intentando captar alguna palabra, y reconoció la

voz de Lobo, que mantenía una conversación con uno de los profesores. ¿Luther, tal vez? ¿O Falkenhayn, el profesor de Historia del Crimen? Lo que a Twelve le resultó extraño fue que la voz de Lobo procedía de lo alto de la gran escalera de caracol que ascendía por la esquina de la sala. ¿Qué hacía Lobo allí? Se acercó para escuchar mejor, con cuidado de no delatarse. No susurraban, pero su tono tenía algo de conspiratorio. Twelve se escondió bajo los escalones y miró hacia arriba por una rendija. Lo único que consiguió ver fue una franja de techo pintada al fresco.

—Entonces, puedes irte. Ya conoces el camino, Lobo... —estaba diciendo el profesor. Y esta vez, Twelve lo reconoció: era Mister Cheng, el profesor de Lenguajes Secretos.

—Gracias —respondió Lobo.

La escalera vibró imperceptiblemente. El profesor se preparaba para bajar.

—Y... ¿Lobo? Me alegro de que Luther te haya concedido permiso.

—Yo también.

—Lo digo en serio. No tanto por ti como por ella. El doctor Mugaba cree que puede venirle bien verte de vez en cuando.

A Lobo se le quebró la voz.

—¿De verdad? ¿Sabe quién soy?

—No soy la persona más indicada para responderte, pero estoy seguro de que sí. El doctor Mugaba nunca habla en vano. Venga, ánimo. Nos vemos en clase.

Twelve miró a su alrededor y luego se lanzó rápidamente tras un silloncito. Se acurrucó en la sombra y esperó a que el profesor Cheng descendiese la escalera de caracol y saliese de la estancia. Entonces volvió a mirar a lo alto de la escalera y decidió subir para echar un vistazo rápido.

Subió los escalones de dos en dos y apareció en una elegante sala de techo pintado al fresco de la que partían muchos pasillos. Las paredes estaban recuadradas por una decoración geométrica que culminaba en una balaustrada pintada con volutas trepadoras. Las puertas estaban enmarcadas de blanco y sobre ellas había una cúpide celeste que se difuminaba en la gran escena del techo: un paisaje de nubes y claros de luz surcados por querubines. A través de las distintas puertas debía de accederse a las dependencias de los profesores, dedujo Twelve, aunque no podía estar segura. Y entonces, ¿dónde se había metido Lobo?

«Ya conoces el camino», le había dicho Cheng.

Pero ella no.

¿Qué sería mejor, regresar inmediatamente o seguir adelante? Pero ¿en qué dirección? Lo meditó un minuto, arriesgándose a que la sorprendieran en lo alto de aquellas escaleras, donde no tenía permiso para estar. Luego se fijó en que una de las puertas tenía una perspectiva extraña, una inclinación errónea que le obligó a ladear la cabeza en un intento de comprenderla mejor. Solo al acercarse a la pared comprendió el motivo: no era la apertura de un pasillo, como las demás que daban a aquella sala, sino un cuadro. Una pintura a tamaño natural de un pasillo. Un

trampantojo. Una ilusión óptica, que hubiera sido perfecta de no ser por una gran fisura oscura que delataba los márgenes del cuadro. Twelve pasó la mano por encima y se dio cuenta de que acababan de separar el panel pintado de la pared. Y al otro lado estaba vacío. Era una puerta secreta.

Y Lobo, sin duda, había entrado por ella.

## El largo sueño

**A**l otro lado del trampantojo había un pasillo estrecho y de techo bajo con una hilera de luces que pendían de cables de latón. El suelo tenía una ligera pendiente y estaba surcado por dos extraños carriles. Aparte de por las luces encendidas, no había rastro de Lobo. Twelve avanzó por el pasillo, tratando de no hacer ruido. Llegó a una verja con los barrotes completamente oxidados. Estaba entreabierta y los raíles continuaban al otro lado. Pero las luces no. Cruzando la verja, diez pasos más allá, el pasillo doblaba bastante bruscamente. Y hacía frío, mucho frío. Como en una cámara frigorífica.

Las paredes vibraban suavemente. Parecían recorridas por una tensión eléctrica constante. También se escuchaba un persistente zumbido, como de insectos atareados. Twelve llegó a una sala de la que surgía una tenue luz violácea, densa y pastosa y, con un cuidado infinito, se introdujo en su interior.

Era una sala sin salida, circular, sin ventanas. Estaba iluminada por una decena de cilindros de vidrio fluorescentes colocados sobre el mismo número de pedestales de latón. Tenían una altura de unos tres metros y terminaban en una maraña de tubos — algunos de metal, otros transparentes— que los conectaban entre sí y con el techo en un enredo irisado. Los cilindros contenían un líquido espeso y viscoso, como grandes acuarios llenos de miel. Y dentro de aquellos acuarios flotaba algo grande, desnudo y lechoso.

Lobo estaba de pie junto a uno de los cilindros, en el interior del cual se encontraba el cuerpo desnudo de una muchacha. Una de las muchachas más hermosas que Twelve había visto nunca. Una larga melena rubia se expandía por el líquido en el que estaba inmersa, fluctuando como corales alrededor de su rostro. Tenía los ojos entrecerrados y los dedos de las manos abiertos, como si estuviera nadando, y de sus labios surgía una guirnalda de burbujitas de aire que se dispersaba hacia la superficie.

Twelve no tuvo que preguntarse quién sería.

Era Amaryllis.

La chica que había intentado escaparse con Lobo.

Pero ¿qué hacía allí? ¿Y qué tipo de lugar era aquel?

¿Estaba viva?

El jefe de la manada de los Deshollinadores estaba tan inmóvil junto al cilindro que él también parecía muerto. Luego intentó abrazar el cristal, pero era demasiado grande, así que apoyó la cara contra él con una dulzura conmovedora.

Twelve se sintió como una intrusa frente a aquella intimidad y apartó la mirada.

Tal vez no debería estar allí, se dijo. Pero no supo resistirse y miró por segunda vez.

Lobo había apoyado la palma de la mano contra la superficie convexa del cilindro y Amaryllis, al otro lado, había apoyado a su vez la suya. Permanecieron así una infinidad de tiempo, palma contra palma, sin decir una palabra, envueltos en el zumbido helado de aquella sala subterránea.

Twelve se secó una lágrima y se escabulló por el pasillo por el que había llegado, notando que le escocían los ojos de la emoción.

¿Cuánto tiempo hacía que se sucedían aquellos desgarradores encuentros?, se preguntó.

¿Cuándo le habrían revelado los profesores que Amaryllis se encontraba allí abajo, en su prisión de cristal?

—Tienes que escapar —se dijo Twelve, descendiendo a la sala de los profesores—. Escapar, escapar, escapar...

Y siguió acunando aquella palabra durante toda la mañana, y luego a la hora de la comida, e incluso por la noche, incapaz de darse tregua, incapaz de pensar en lo que le inspiraba Lobo sin sentirse culpable, fuera de lugar.

E infinitamente triste.

## Pavlova

**S**e citaron a las dos de la mañana en el tejado de la Academia. Twelve, Lapo, Mathias, Mia, Henna, Cressida, Lunático, Gerald, Jane y un tal Mister Brown de quinto, reclutado por Mia. Y Lobo, que se mantenía aparte.

—Bajaré con vosotros por si acaso necesitáis que os eche una mano —le dijo a Twelve—. ¿Y Ninon?

—Durmiendo —respondió Twelve—. Es lo mejor: es la primera vez que intentamos el descenso y no estamos seguros de qué encontraremos, ni dónde conseguiremos llegar.

—Vayamos, entonces —propuso Lobo—. Y tened cuidado de no hacer ruido.

Los Deshollinadores desfilaron uno tras otro por el tejado, Lobo a la cabeza y Twelve a la cola, cerrando el cortejo.

—¿Tú *habíaz eztado* alguna vez aquí encima, en el tejado? —le preguntó Lapo.

—Alguna vez.

—*Ez preciozo*.

Era realmente precioso. En las primeras horas de la madrugada, Danubia se veía como una extensión vacilante salpicada de reflejos. Lámparas, faroles, velas. En una dirección se avistaba el centelleo eléctrico de la plaza del Telégrafo y en la otra, la luminiscencia mágica del Palacio Real. En la gran oscuridad que había alrededor, en cambio, el Duma discurría majestuoso, una extensión de agua atravesada por los patines de los últimos barcos con ruedas de palas que descendían la corriente y por los primeros pesqueros que la remontaban. Mientras los Deshollinadores corrían por el tejado, las chimeneas se les antojaron escamas de peces petrificados. Lobo se movía con seguridad, intuyendo los senderos más fáciles entre las tejas y los canalones.

Llegaron a la cima de la gran chimenea y se pusieron los pasamontañas, usando los cables para introducirse en ella. Spider los esperaba en la antecámara de las paredes llenas de inscripciones. En cuanto los vio, se puso a contarlos, nerviosa.

—Sois más de los que había previsto —dijo cuando por fin llegó Twelve.

—Somos los que somos —respondió Lobo.

—Entonces me temo que voy a cambiar de idea. Así no puedo. Demasiada gente. Demasiado peligroso.

—¿Vas a faltar a tu palabra?

—Yo no le he dado mi palabra a nadie, y vosotros estáis locos si creéis que conseguiréis escapar todos juntos.

—Pero así funcionan las cosas en los Deshollinadores. Nos movemos unidos para asegurarnos de que al menos uno lo consiga —afirmó Gerald.

—Gerald tiene razón. O todos, o ninguno —dijo Lobo.

—Como queráis, pero yo me retiro. Sois once, conmigo doce. No es posible.

El jefe de los Deshollinadores suspiró, sacó de la mochila una pequeña colección de discos y se la tendió a Spider.

La Acróbata enmudeció cuando los reconoció a primera vista.

—Yo respeto los pactos —sentenció Lobo—. Cógelos, termina con esto y llévanos abajo.

Spider recibió aquella pequeña colección de las manos de Lobo, tratándola con la delicadeza reservada a un objeto muy valioso.

—De acuerdo —cedió—. Os acompaño. Venid. Hay una manera de entrar en la guarida aún más abajo y evitar a gran parte de mis compañeros...

El grupo la siguió sin un solo jadeo, adentrándose por un interminable tobogán de metal que los condujo casi al fondo de la guarida de los Acróbatas. Uno a uno, los Deshollinadores admiraron las paredes cuajadas de salientes y la maraña de lianas, cuerdas, pasarelas y hamacas en las que dormían los Acróbatas, acunados por el vacío y la penumbra de la madrugada.

Se aferraron a un par de cuerdas elásticas que Spider había enganchado a unos cuantos metros sobre la red y desde allí descendieron aún más, hasta los enormes ventiladores del sistema de aireación.

Giraban lentamente, con un TOF-TOF-TOF amortiguado que, desde tan cerca, resultaba ensordecedor. Cada pala de la hélice era tan larga como una de las mesas del comedor, ondulada y con bordes cortantes. A cada vuelta que daban, los chicos recibían una racha de viento sibilante.

—¿Habéis visto? —gritó Spider para que su voz se impusiera al ruido de los ventiladores—. Este es el primer obstáculo. Podrá pareceros una tontería, ya que giran muy despacio, pero solo hay que despistarse un segundo y... ¡ZAS!

A Twelve no le parecía una tontería en absoluto. Tenía toda la pinta de ser una trampa mortal.

—Ahora os explicaré cómo hacerlo —continuó la Acróbata—. Tenéis que notar el momento justo en la piel. Pum, pum, pum, como una melodía. Tratad de calcularlo como si tuvierais que saltar sobre la pala, ¿de acuerdo? Si lo hacéis bien..., pum, pum..., pum..., ¡AHORA! En el momento que caigáis, la hélice habrá girado y vosotros os introduciréis en el espacio vacío en medio. Pero si os adelantáis demasiado o saltáis después...

—Nos queda claro —dijo Twelve.

—¿Quién va a ser el primero? —preguntó Spider a los fugitivos.

Pero Twelve ni siquiera la escuchó. Miraba el ventilador a sus pies, memorizó su ritmo —escapa, escapa, escapa...—, las palmadas de Spider, las miradas de Lapo, el perfil concentrado de Lobo y de todos los demás bajo el pasamontañas.

Entonces saltó.

Lo hizo de improviso, sin pensárselo demasiado para evitar que el terror la paralizara. Se introdujo en el espacio entre las dos palas y aterrizó sobre un colchón viejo que alguien había colocado allí abajo. Spider, probablemente. O Lobo, cuando había intentado fugarse.

—¿Todo bien? —le preguntó una voz desde lo alto.

—Todo bien —respondió ella—. ¡Adelante el siguiente!

Saltaron uno a uno, en la oscuridad, Lobo y Spider los últimos. Los ventiladores, vistos desde abajo, parecían el sombrero de grandes setas mecánicas, sostenidas por troncos de hierro oxidado.

Spider cogió una bolsa de tela escondida en una esquina y sacó de ella una linterna eléctrica. La encendió y perforó la oscuridad con ella.

—Mirad —dijo.

Apuntó con la linterna hacia abajo e iluminó un precipicio de una decena de metros bajo el que centelleaba el agua.

La piscina. Y las Cianeas. Estaban allí abajo, al final de aquella caída que parecía peligrosa, pero no mortal.

Y aun así, seguían quedando lejísimos.

Spider apartó un panel de la rejilla y se colgó cabeza abajo en el abismo, manteniéndose en equilibrio con los pies.

—La guarida de los Acróbatas se construyó para que pudiéramos entrenarnos: hay agarraderas, cuerdas y todo lo que necesitamos para escalar, subir, bajar y lanzarnos al vacío. Ahora, en cambio, estamos en un lugar distinto. Los ventiladores, la piscina de ahí abajo y el horno sirven para el calentamiento, el recambio de aire y todo lo demás, y no están concebidos para que nadie vaya a curiosear. O más bien, no deberían estarlo, porque en realidad es como si una mente perversa, la de la profesora Pavlova, la Mujer Mono, hubiera concebido una serie de trampas casi imposibles de superar. Casi, pero no del todo...

—Ella quería que alguien intentase superarlas —intuyó Mia.

—Exacto. Llamadlo como queráis: cinismo, deformación profesional, sentido de la libertad... Lo cierto es que desde este punto en adelante el descenso no es apto para los seres humanos. —La chica sacó de la bolsa una serie de cables de acero, mosquetones, arneses, jumares y otros instrumentos de escalada—. Desde aquí hasta abajo, no hay más apoyos, así que hay que bajar con la cuerda. —Spider se lanzó al



vacío un metro, dejándolos a todos helados. Nadie se había dado cuenta de que ya había enganchado el mosquetón—. Desde este punto al agua que veis abajo —prosiguió—, Pavlova se regodeó en su locura. Y si hay algo difícil a la hora de evitar las trampas es hacerlo boca abajo, colgado de una cuerda que se balancea... Fijaos en mí: la primera trampa, a medio metro de la embocadura, son los ojos de movimiento.

—¿Eso qué significa? —preguntó Cressida.

—Son pequeños catalejos alquímicos colocados a lo largo de la pared, capaces de ver incluso de noche. Si algo pasa frente a ellos durante más de tres segundos, hacen saltar las alarmas.

—¿Y nosotros cómo pasamos? —preguntó Lunático.

Spider mostró un espejito de mano montado sobre lo que parecía una bolita de cola de carpintero.

—Con uno de estos —dijo—. En cuanto localicéis un sensor, tenéis que pegarlo delante para revertir la imagen. Antes de que se active la verdadera alarma, hay una especie de alarma previa que hace zumbir el mecanismo y enciende una luz minúscula. En cuanto escuchéis un zumbido, deteneos, mirad a vuestro alrededor y localizar el ojo que está a punto de activarse. Para eso, usad el espejo o volved a subir a toda velocidad. Yo os enseñaré cómo se hace. ¿Sabéis usar un jumar?

Algunos chicos sacudieron la cabeza. Eran unas extrañas manillas de acero, con un mecanismo de muelle, ideadas para descender y subir por las cuerdas sin esfuerzo.

—Vamos, fijaos en mí —dijo entonces, deslizándose hacia abajo—. Uno..., dos..., tres... y...

Twelve escuchó el zumbido, como un motorcito a punto de salirse de su eje, y vio que Spider colocaba el espejito justo a la derecha. El zumbido se interrumpió.

—Ahora solo tengo que balancearme y, manteniendo el espejo a la misma altura que el sensor, pegarlo frente a él para neutralizarlo.

Así lo hizo, volvió balanceándose hasta el centro del espacio donde se encontraban y luego, con un último esfuerzo, despegó el espejito y lo lanzó arriba, hacia los demás.

—¿Quién quiere intentarlo?

—¿Por qué no lo has dejado en su sitio? —preguntó Mathias.

—Porque solo tengo uno. Y antes de pasar a las siguientes trampas, lo mejor es que aprendáis a desactivar un solo ojo de movimiento. Así que... ahora os toca a vosotros. Ánimo.

El primero en intentarlo fue Lapo, que estuvo a punto de hacer saltar las alarmas. Lo subieron a tirones un segundo antes del desastre.

Lo reintentó dos veces más.

Luego fue el turno de Mia, Gerald y los demás, y todos bajaron y volvieron a subir hasta la rejilla bajo los ventiladores.

—Yo no bajo —dijo Mathias—. Pero la próxima vez trataré de proporcionaros una reserva de espejitos para que los llevéis encima.

—Spider, adelante. No tenemos toda la noche —dijo Lobo—. Empieza a explicar la segunda trampa.

La chica araña sonrió:

—Ah, claro, encantada. La segunda trampa es mi preferida. Los dardos envenenados...

A las cuatro de la mañana, tras horas de agotadores entrenamientos, Lobo dio la señal de retirarse antes de que la Academia empezara a despertar.

Volvieron arriba, hasta el conducto, y luego a la sala de las paredes pintadas. Spider les mostró otra salida para llegar al tejado, con una escalerilla de cuerda que colgaba hasta casi rozar el suelo. Una salida de críos, la definió ella, pero a aquellas alturas estaban todos exhaustos. Se dividieron. Twelve y Lobo salieron los últimos y los dos eligieron trepar por la chimenea. Fue un ascenso largo, durante el cual Twelve se detuvo más de una vez para escuchar la oscuridad. Tenía la sensación de que algo, o alguien, estuviera subiendo tras ellos, pero evidentemente, solo era una sugestión.

Aparecieron en el tejado justo cuando un pálido amanecer aclaraba el horizonte y buscaron huellas del paso de los demás Deshollinadores. Pero, afortunadamente, ya se habían dispersado. Enfilaron entre las chimeneas sin hablar, al menos durante un rato. Entonces Twelve preguntó:

—¿Crees que vendrá con nosotros?

—¿Spider? No. No tiene agallas. Nunca las ha tenido. Pero es lo suficientemente ágil y espabilada como para ayudaros y conoce ese lugar mejor que cualquier otra persona.

—No lo entiendo. Quiero decir..., ¿para qué bajar ahí abajo y probar todas esas trampas, si luego no quiere escapar?

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué debería saber?

—Dicen que Spider es su hija... —dijo Lobo.

—Sigo sin entender. ¿La hija de quién?

—De la profesora Pavlova. La que puso las trampas... Por eso baja ahí. Para desafiar a su madre... Dicen que Spider nunca ha salido de la Academia, ni siquiera para los golpes de grupo. Yo nunca la he visto con los demás..., pero tampoco puedo ver todo lo que se hace aquí dentro. —Lobo se encogió de hombros—. Y probablemente solo es una de las muchas leyendas que circulan por la Academia...

—Pero si Spider... —consiguió decir Twelve antes de que Lobo la interrumpiese.

—¡Sssh! —exclamó, intentando esconderse, pero era demasiado tarde. De detrás de una de las chimeneas que había junto a ellos apareció la cabeza perfectamente peinada de una joven centinela de los Lord.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis aquí? ¿Y por qué lleváis pasamontañas? ¡Contraseña!

—Mierda —dijo Lobo. Y luego—: Salta.

—¿Qué?

—¡Salta!

Y empujó a Twelve del tejado.

La muchacha rodó unos cuantos metros y se detuvo un segundo antes de caer al otro lado del canalón. Lobo la alcanzó y la cogió de la mano, y entonces empezaron a correr por el borde del tejado.

—¡Intrusos! ¡INTRUSOS! ¡INTRUSOOOS! —chilló la centinela de los Lord.

Twelve siguió a Lobo a través de un bosque de chimeneas altas y delgadas en un desesperado eslalon hasta que este le gritó:

—Fíate de mí, ¿entendido? Cuando te diga que te dejes caer, ¡hazlo!

—¿Cómo...?

—No hay tiempo, Twelve. Uno..., dos..., tres... ¡Déjate caer!

En el tejado, entre el canalón y un remiendo de metal, había un agujero. Un hueco circular y mellado de tejas corridas de un metro de largo y unos treinta centímetros de ancho. Lobo se embutió dentro y Twelve lo siguió un segundo más tarde, golpeándose la rodilla de mala manera.

Entonces se dio cuenta de que una mano de Lobo le tapaba la boca y la otra le ceñía la espalda, manteniéndola suspendida, encima de él. Twelve abrió los ojos de par en par y luego escuchó un ruido de pasos que corrían, tal vez de los centinelas de los Lord, o de los Acróbatas, o de los profesores, o de quien fuera que los hubiera descubierto, pero el ruido que escuchaba con más fuerza era el de su corazón, que latía violentamente, inundando el estrecho espacio a su alrededor.

Entonces les llegó un sonido de voces, voces de alumnos de la Academia que se perseguían entre los tejados.

—¿Dónde se han metido?

—Por aquí, por aquí.

—¡Esta zona es un infierno! ¡Ten cuidado con dónde pisas!

—Me parece que los hemos perdido.

—Pero ¿qué dices? ¡Tienen que estar por aquí! ¡Vamos!

Y finalmente, el silencio. Y las manos de Lobo, fuertemente cerradas en torno a su cuerpo, la soltaron. Y su corazón se tranquilizó.

—¿Quiénes eran? —murmuró Twelve.

—Centinelas de los Lord —contestó Lobo—. No les gustan las sorpresas y tienen un sistema de turnos de guardia...

Twelve no se atrevía a moverse. Notaba las costillas de Lobo bajo las suyas. Sus piernas fuertes. Y...

—Gracias —susurró—. De no ser por ti, mi plan de fuga habría fracasado al primer intento.

—Igual Spider tenía razón... —dijo Lobo en voz baja y luego empezó a reír. Twelve también. Fue una carcajada de alivio. Y solo entonces, al notar el pecho de

Lobo rebotar contra su espalda, Twelve se dio cuenta de que había entrelazado sus piernas con las de él y que la mano de Lobo aún seguía apoyada en su ombligo. Dejó de reír. Y Lobo también. Pero no apartó la mano. Es más, con la otra le recorrió la espalda hasta la nuca. Introdujo el dedo bajo el borde del pasamontañas y se lo quitó.

—Lobo... —murmuró Twelve.

Sus manos se insinuaron en los agujeros de la lana del pasamontañas de Lobo y se lo arrancaron. Se pincharon con su barba hirsuta. La estrujaron entre los dedos.

Sus labios se buscaron.

Y se encontraron.

Y se incendiaron mutuamente, mientras, lejos de ellos, en Danubia, las campanas de la catedral tocaban a muerto.

¡Viva el rey!

**T**welve pasó las primeras dos horas como en un sueño, con la cabeza inclinada sobre el pupitre, el cuaderno azul abierto frente a ella y los pensamientos muy lejanos. Si respiraba, olía el aroma de Lobo. Si hablaba, notaba que su barba le raspaba la piel.

Había besado a Lobo.

Mucho rato, abrazándolo, acariciándolo, dejándose acariciar. Habían seguido besándose, rabiosamente, entre las chimeneas, antes de volver al tejado y separarse como si no hubiera pasado nada. Como dos lobos en distintas rutas de caza.

Había besado a Lobo.

Y el cansancio de la noche en vela no era nada en comparación con el vértigo que ahora notaba en su interior.

—Dioz, qué zueño, Twelve... —bostezó Lapo, junto a ella—. *Tenemoz* que organizar mejor la *coza ezta* de *laz trampaz*, porque *zi* no al día *ziguiete eztamoz* que *noz caemoz*.

¿Mejor?

¿De qué manera podía ser mejor? Twelve se sentía frenética y destruida. Radiante y destrozada. Y ni siquiera escuchaba las palabras del profesor Falkenhayn, que hablaba del periodo en que el rey había ascendido al trono de Danubia, la actuación del ejército, el cierre de las antiguas Academias y...

Y quién sabía si Lobo también se sentiría así, ahora, y quién sabía si era normal que le estuviera pasando aquello, si un beso podía marcar de esa manera, como un tatuaje hecho a fuego.

No conseguía convencerse de que realmente hubiera sucedido. Y sobre todo, que hubiera sucedido después de haberle visto bajar a ver a Amaryllis. Después de saber en lo que se había convertido Amaryllis.

Y ahora, ¿en qué se convertiría ella?

Su historia era imposible.

O al menos, muy muy difícil.

Como entrar en las Cianeas.

Twelve se sostuvo la cabeza entre las manos, con los codos apoyados en el pupitre, y se durmió allí, con los ojos abiertos de par en par, hasta que el sobresalto grupal de la clase la despertó.

Luther entró sin anunciarse siquiera, le dijo algo al oído a Falkenhayn y luego comunicó que se suspendían las clases.

—Os rogamos a todos que regreséis a la guarida de vuestras hermandades y que permanezcáis allí hasta nueva orden.

Falkenhayn, tras un segundo de incertidumbre, lo siguió.

¿Qué habría pasado que fuera tan grave como para suspender las clases?, fue la pregunta que se hicieron todos los alumnos. El grupito de los fugitivos evitó expresamente mirarse, pero de una manera u otra estaban convencidos de que los profesores ya debían de haberse percatado de su primer intento de fuga.

Lapo bostezó:

—*Zea como zea, yo me alegro. Azí recuperamos un poco de zueño perdido...*

En el pasillo había también alumnos de los cursos superiores que gritaban y chillaban, y nadie parecía tener intención de regresar a su guarida.

Pasado un rato, en medio de aquella confusión, se escuchó un disparo. Los alumnos enmudecieron de repente y el Gran Manny apareció en el fondo del pasillo, ataviado con un gran sombrero y un impermeable que le llegaba a los pies. Parecía conmocionado y tenía en la mano la pistola con la que, por lo que parecía, acababa de abrir un buen agujero en el techo.

—¡Alumnos! —gritó—. ¿A qué viene este jaleo? ¿Qué hacéis todos fuera?

—¡Han suspendido las clases, profesor! —gritó un Lord de tercero.

—¿Suspendido? ¿Quién?

—Luther.

—Ah, sí, claro. Bueno, ha hecho bien. Pero ahora largaos a otra parte, y sin hacer ruido. O la próxima vez no fallaré el tiro.

—¿Qué ha pasado, profesor?

—¿Luther no os lo ha contado?

—¡Cuéntenoslo usted, profesor! ¡Cuéntenoslo usted!

El Gran Manny atravesó la multitud de alumnos, que se dividió frente a él para dejarle paso.

—Mejor será que lo sepáis —dijo, cuando estuvo delante del pasillo que llevaba a la sala de profesores—. Esta mañana ha sucedido algo en la ciudad... Algo muy gordo.

—¡Siga, profesor, cuéntenoslo!

—¡Gerald! ¡Esta noche, doble ración de flexiones y ninguna de cena! —vociferó el Gran Manny. Luego hizo una segunda pausa para crear efecto—. El rey ha muerto.

El rey era anciano.

El rey era muy joven, un niño.

Tenía una larga barba blanca.

No tenía barba.

El rey no podía morir.

Siempre había vivido en el palacio, su vida entera, y jamás había salido de allí.

El rey siempre estaba de viaje y, aunque el Palacio Real era suyo, jamás lo había pisado.

El rey era fuerte, enérgico, robusto.

El rey estaba muy enfermo.

El rey había muerto de viejo.

Había muerto de aburrimiento.

Había muerto de exceso de riqueza.

Había muerto de mal de amores.

Había muerto porque lo habían asesinado.

Le había asesinado su hijo.

Pero el rey no tenía hijos. No, todo lo contrario, tenía quince hijos.

Le habían asesinado los profesores.

Los terroristas de Dinamo Gray.

Los consejeros del rey.

Los rumores circulaban uno tras otro y había quien conservaba un recorte de periódico, quien tenía una foto, una imagen o algo relacionado con el rey y lo canjeaba por otros objetos a la velocidad de la luz en el deslumbrante mercado negro de los alumnos de la Academia. De mano en mano pasaron cajas de galletas con la efigie del rey y de su mujer, un sello, un vaso, un pañuelito bordado con el emblema de la espada y la flor.

La Academia entera estaba en ebullición, en fermentación, en actividad. Era la primera vez que recibían noticias de un suceso de Danubia que interfería con su rutina, pero la muerte del rey no era un simple acontecimiento.

Lo era todo.

Eran los cimientos de Danubia.

Era su historia.

La pequeña Ninon estaba exaltada por aquel jaleo, por el ir y venir de Deshollinadores y objetos trocados.

Algunos chicos se disfrazaron de rey muerto, poniéndose mantos de colores y fingiendo caer al suelo tras haber sufrido un ataque. Se organizaron funerales solemnes. Los mayores se reunieron en pequeñas asambleas, tratando de comprender cómo había podido suceder.

—¿Vosotros creéis que han sido los profesores los que le han matado?

—Yo no lo creo.

—*Zi hubiera zido azí, no habrían zuzpendido laz clazez...*

—Lapo y Mathias tienen razón.

—¿Y entonces quién ha sido?

—Algún otro. Los terroristas, un agente secreto de otro estado, yo qué sé...

Y así siguieron, sin tregua, hasta que el profesor Luther subió a llamarlos y ordenó:

—¡Solo los alumnos de primero! ¡Por aquí, vamos!



## La voz del Ángel

**E**l aula de Transformismo era una especie de teatro con un pequeño escenario elevado, cuatro hileras de butacas con la tapicería arrugada y, tras los bastidores, una serie de biombos blancos, tocadores de maquillaje, un desfile de maniqués ataviados con pelucas, una sucesión de prendas colgadas de ganchos y rostros de cera acoplados sobre bustos de sastrería.

Ordenaron a los alumnos de primero que se sentaran en las butacas y luego Luther subió al escenario, acompañado por Virginia, la profesora de Máscaras y Disfraces, que caminaba a grandes zancadas y en perfecto equilibrio sobre un par de vertiginosos tacones. Ninguno de los alumnos sabía qué aspecto tenía sin maquillaje. La que estaba junto a Luther era una mujer joven vestida con blusa y pantalones ceñidos, con el cabello recogido en una coleta floja y un par de llamativos anteojos de montura de carey.

—Esta es una jornada en verdad funesta, muchachos —exclamó Luther, visiblemente contrariado—. Como ya todos sabéis, nuestro soberano ha muerto. Sin embargo, a pesar de todo, ha llegado el momento de la tercera y última prueba de selección para la Horda.

Una selva de manos se disparó de repente entre las hileras de sillones.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Coleridge, de los Lord.

—No lo sabemos con certeza —respondió Luther—. De enfermedad, parece. Era muy anciano y hacía tiempo que no estaba bien.

La mitad de los alumnos se iluminó de felicidad, mientras la otra mitad se apesadumbró, dependiendo de quién hubiera apostado qué durante el día anterior. Entre los corredores de apuestas de la Academia, «rey anciano y enfermo» ganaba por 10 a 1, pero la mayor parte había apostado a «rey joven asesinado».

El profesor Luther prosiguió:

—Sea como sea, el golpe se dará de todos modos. Y la próxima prueba será un examen de transformismo. Y este es el motivo por el que os he acompañado hasta aquí. ¿No es así, Virginia?

—Prestad mucha atención —dijo la profesora—. Para superar la tercera prueba, cada uno de vosotros deberá asumir el aspecto de un Ángel del Rey. —Colocó las

manos frente al rostro y preguntó—: ¿Cuántos de vosotros sabéis qué es un Ángel del Rey?

Solo Karl levantó la mano.

—Los Ángeles del Rey son el coro de voces blancas, las que acompañan los grandes conciertos y las ceremonias solemnes.

—Exacto —confirmó Virginia, quitándose las gafas—. Los Ángeles del Rey son trescientos treinta y tres cantantes elegidos de entre los mejores de Danubia. Tradicionalmente, proceden de las familias más importantes del reino, aunque algunos de ellos forman parte del coro por méritos excepcionales. Son única y exclusivamente varones, de edades comprendidas entre los seis y los doce años, cuando la voz empieza a cambiar. Viven y estudian en un edificio del que prácticamente no salen nunca, más que para los conciertos, en las ocasiones especiales.

Mientras Virginia hablaba, algunos alumnos tomaban apuntes en su cuaderno. Twelve, en cambio, se limitaba a escuchar. ¿Tendría que disfrazarse de chico? De todos los posibles camuflajes, era tal vez el único que podría salirle bien. Ese y el del uniforme de Harapiento, por supuesto. Se preguntó, escuchando a la profesora, si debería tener una actitud esquiva, responder con un lenguaje refinado y el acento de las clases altas de la ciudad, o bien desplegar un habla ordinaria, pero enmascarada aquí y allí con alguna palabra fuera de lugar, como quien trata de ocultar sus orígenes y demuestra determinación para ser elegido en el coro de voces blancas del rey de Danubia.

—Y luego, obviamente, está el tema del canto —continuó Virginia—. Los Ángeles cantan con tono de soprano o mezzosoprano, con una extensión vocal que va del la en segunda al do en quinta...

Twelve sabía poco de música y, por supuesto, no estaba capacitada para leer una partitura. Aquella vez era Karl, con su pasado de arpista, quien partía como favorito. Aunque aparentara unos cuantos más de los doce años que tenía y ya exhibiera una sombra de bigote bajo la nariz. Fue entonces cuando, de repente, Twelve comprendió.

—Así que por eso necesitan un alumno de primero —reflexionó en voz bajísima. Por eso, no por una tradición de los Ladrones. Esbozó una sonrisa mientras Virginia cedía de nuevo la palabra a Luther y desaparecía tras un biombo. Cuando salió, unos cuantos minutos después, por la clase se expandió un «¡Oooh!» de estupefacción que luego estalló en un aplauso.

Virginia se había convertido en un chiquillo de aire aturdido, un poco pasado de kilos, con el pelo cortado a tazón y las mejillas rosadas. Llevaba unos zapatos de charol marrones y calcetines azules, pantalones de pana por encima de la rodilla, una camisa blanca con pajarita y un chaleco marrón en el que, a la altura del pecho, estaba bordado el escudo real.

—Ho-ho-hola a todos —dijo el niño, frotándose las manos—. Yo soy Reginald, del coro de los Ángeles del Rey.

Era perfecto, se dijo Twelve. La altura, la postura, los hombros un poco encogidos, la pinta de tímido, la coloración de la piel, el acento, el nombre, todo.

—Buenos días, Reginald —lo saludó Luther, complacido—. ¿Te gustaría cantar algo para nosotros?

El muchachito asintió. Juntó los pies, se colocó las manos tras la espalda, abrió la boca en una «O» perfecta y de sus labios surgió un canto cristalino y vibrante.

—... *Jungfrau mild, Erhöre einer Jungfrau Flehen...*

Se elevaba a su alrededor y estremecía hasta los huesos, y cuanto más cantaba Virginia, más experimentaba Twelve una emoción que le cortaba el aliento. Era precioso y conmovedor. Nadie decía una sola palabra: Karl temblaba, con las manos apretadas alrededor de los reposabrazos y los ojos brillantes de lágrimas contenidas, mientras que Lapo, detrás de él, llevaba tanto tiempo con la boca abierta que no se fijó en que un reguerillo de saliva le goteaba por la barbilla.

En cuanto la última nota se disolvió en el aire, los alumnos respiraron de nuevo y aplaudieron por segunda vez.

Twelve se dio cuenta de que tenía la piel de gallina.

Y de otra cosa, también.

Que jamás conseguiría ser la mejor.

El resto de la jornada consistió en un agotador desfile de Ángeles que salían tras el biombo, se presentaban a los profesores con un nombre que se habían inventado —«Yo me llamo Everyst», «Yo, Alphonse», «Yo zoy Lapo»— y exhibían una imitación más o menos penosa del canto de Virginia.

Mientras tanto, en la platea, la profesora de Travestismo y Luther asignaban las puntuaciones y, de vez en cuando, se les escapaba una exclamación en voz alta: «Este canta un poco desentonado», «Los zapatos no le pegan», «Parece demasiado mayor», «Se nota que es una chica».

Rebecca estuvo absolutamente perfecta. Su voz era intensa y llena, con una vibración dramática que Virginia identificó al instante. Le hicieron cantar hasta el final de la canción y los alumnos, los que ya lo habían intentado y los que aún tenían que intentarlo, comprendieron sin atisbo de dudas que ella ganaría la tercera prueba.

Twelve lo hizo lo mejor que pudo, incluso con la voz, pero en comparación con Rebecca era como si hubiera cantado con un tapón en la boca.

—¡Haz ez tado genial! —la consoló Lapo—. ¡Cuarta ez una *pozición buenízima!*

Lo era, pero no era suficiente: Twelve había ascendido a cincuenta y cinco puntos y Rebecca tenía cincuenta y siete.

—Nos vemos mañana en mi despacho, a las nueve... Y enhorabuena de nuevo, Rebecca —la había felicitado el profesor Luther.

—Le agradezco de nuevo que me haya ofrecido esta extraordinaria oportunidad —había respondido ella con la voz del Ángel Lucas que había representado durante el

examen. Hasta Twelve la había aplaudido: Rebecca era un verdadero animal de escenario.

—Aunque *ez* una *láztima* —continuó Lapo mientras se dirigían a cenar—. *Zi hubieraz* ganado tú, te habría pedido que me *preztaraz* cuatro *moneditaz*...

—¿Y para qué habrías usado tú cuatro monedas? —le preguntó Mathias.

—¡*Puez* para pedirle a Twelve que me comprara una *coza* fuera!

—¿El qué?

Lapo se sonrojó.

—Tranquilo, tranquilo, no puede ser algo de lo que avergonzarse —insistió Mathias—. ¿Qué sería? ¿Tal vez una muñeca?

Lapo se puso todavía más rojo y Mathias estalló en una carcajada.

—¡Espera, espera, que ya lo he pillado! ¡No quieres una muñeca, sino un osito! ¡Ese osito de tela que vimos cuando estábamos haciendo la inspección para el robo en la casa de las Moehringer...! Y tú te quedaste pegado al escaparate de la tienda como una salamandra... ¿Es eso? ¿Lo he adivinado?

Lapo estaba tan colorado que parecía a punto de fundirse.

—¡*Zí!* —se le escapó—. *Zí, ez ezo*, ¿ya *eztáz* contento? *Ez* que era bonito y *ze* parecía al que tenía de pequeño, y...

Twelve sonrió a su amigo y le apoyó una mano en el hombro.

—Lo siento, Lapo. Te los habría prestado encantada, pero nunca se sabe, puedes intentar preguntarle a Rebecca...

—*Zí*, por *zupuezto*... ¡*A eza*, ni *máz* ni *menoz*!

Mathias se colocó al lado de Twelve y le dijo en voz baja:

—No parece muy disgustada.

—Efectivamente, no lo estoy —rezongó ella.

Luego miró hacia la mesa de los Deshollinadores y se dio cuenta de que Ninon también estaba allí. Se encontraba sentada al lado del sitio que Twelve solía ocupar y miraba a su alrededor entusiasmada, trinando como un pajarillo con todos los Deshollinadores que llegaban, uno detrás de otro.

—¿Y tú qué haces aquí? —le preguntó Twelve, despeinándole el cabello.

—¡Me ha dado permiso el Gran Manny! —exclamó la pequeña con una sonrisa enorme—. «Tú tienes mejores piernas que Mister Peele», me ha dicho. Baja a por tu cena, en vez de hacerle subir a llevártela todas las noches. ¡Así que he venido! ¡Esto es muy bonito! ¿Y entonces, Twelve?, ¿has ganado?

Twelve se sentó.

—Desgraciadamente, no. Ha ganado Rebecca.

—¡¿Qué?! —exclamó Ninon.

Twelve suspiró. La pequeña parecía más interesada que ella en ganar la prueba para la Horda.

—Pues lo que te he dicho: he quedado cuarta en la prueba de hoy y segunda en la clasificación general.

—¡Pero tú eras la primerísima!

—Pero hoy Rebecca ha sido mejor que yo. Y JJT y Zella también.

—¡No es justo!

Twelve sonrió.

—Sí que es justo, Ninon. No pasa nada por perder contra alguien que es mejor que tú.

—No es verdad. ¡Tenías que haber ido tú al Palacio Real!

—¿Y tú qué sabes del Palacio Real? ¿Eso también te lo ha dicho el Gran Manny?  
—le preguntó Twelve.

Por toda respuesta, Ninon frunció el ceño y se levantó para ir a servirse ella sola una porción doble de pastel de jamón y guisantes, su plato preferido. Cuando volvió a la mesa, parecía que ya se hubiera olvidado de Rebecca, del Palacio Real y de todo lo demás.

Twelve se sintió aliviada, al menos hasta que interceptó los ojos amarillos de Lobo escrutándola desde la cabecera de la mesa.

«Lo siento», intentó decirle, devolviéndole la mirada. «Me he esforzado al máximo».

Lobo estaba apoyado en la pared del tejado, justo detrás de la puerta de la caja fuerte. La esperaba con el palillo en la boca y los labios torcidos en una curva amarga.

En cuanto lo vio, el corazón de Twelve redobló sus latidos. Se obligó a mantenerse tranquila y a continuar hasta las habitaciones, pero no lo consiguió.

—Hola, Twelve —dijo Lobo.

Lapo y Mathias los dejaron solos.

—Hola —respondió ella a media voz.

Lobo se guardó el palillo en el bolsillo.

—No parece contenta de verme.

—¿Debería estarlo? Hace días que no nos hablamos.

—Me han contado lo de la prueba...

—Sí. No he podido hacer nada. Lo siento.

—Te ordené que ganaras.

Twelve abrió los ojos de par en par, sorprendida. ¿De verdad se estaba atreviendo Lobo a hablarle de aquella manera, después de lo que había pasado? Le sostuvo la mirada y luego dijo:

—Oh, vete al demonio. —No tenía ninguna intención de quedarse a escucharle un segundo más.

—Aún no te he dado permiso para que te vayas. —Lobo la interceptó, irritándola aún más si cabe.

—¿Permiso? —espetó Twelve—. ¿Y luego, qué? —añadió, en voz aún más baja—. ¿Quieres que volvamos a escondernos en un agujero del canalón?

—No creo que hayas entendido la importancia de esa prueba —continuó Lobo.

—Me he esforzado al máximo. Simplemente, he quedado segunda, a un paso de la primera —se defendió Twelve.

—La primera gana. La segunda muere. ¿Lo entiendes mejor, si te lo explico así?

—¿Y quién la mata? ¿Tú, tal vez?

Lobo clavó la mirada en algún punto detrás de Twelve y su cara de disgusto se acentuó. La muchacha se dio media vuelta muy despacio y vio que Cadmo se acercaba, con los hombros echados hacia delante y el largo cabello platino ondeando frente a sus ojos. Detrás de él se había reunido un séquito de curiosos.

—He aquí nuestra campeona... —empezó a decir.

El aire se electrificó inmediatamente.

—Lárgate, Cadmo —le ordenó Lobo—. Estoy hablando con una novata de la manada.

Pero el chico del pelo platino no se fue. Es más, echó los hombros hacia atrás con aire desafiante y se plantó, con las piernas abiertas, en medio del tejado.

—Yo no me voy a ninguna parte, Lobo. Y tú ya has dejado de dar órdenes.

—¿Se puede saber de qué vas, Cadmo? Vete a la piltra, anda.

—Lo que has oído, Lobo. ¿Durante cuánto tiempo crees que vas a poder seguir haciendo tu santa voluntad, con tus órdenes absurdas? ¿Y tu campeona? ¡Mírala! ¿No nos habías dicho que era la mejor? ¿La chica que se fugó sola y que luego volvió? Tu pequeña Twelve, ¿eh, Lobo? Nos pediste que nos fiáramos de ti, que siguiéramos tu instinto, ¿no es así? ¿Y adónde nos ha llevado tu instinto? Será Rebecca, de los Lord, quien salga de la Academia y reciba las treinta monedas. Los Lord, ¡no los Deshollinadores! ¿O me estoy equivocando, Lobo? Tal vez tenemos un plan secreto que nadie conoce... Porque también se rumorea eso en el tejado, ¿sabes? Se dice que te estás largando, a la chita callando, como un gatito despeluchado. Tal vez en compañía de tu querida Twelve...

—Era una apuesta —murmuró Twelve entre dientes, incapaz de creer que Cadmo se hubiera dirigido realmente a Lobo con aquel tono. Pero no estaba solo. Tras él, en primera fila, le seguían Cegato, Pútrido y los demás mendigos. Gerald y Mia estaban alejados, como dos cuervos negros. Y los demás Deshollinadores, a medida que se iba extendiendo la voz de que Cadmo había desafiado a Lobo, empezaron a asomarse desde la trampilla que daba a las habitaciones y retrocedían sobre sus pasos para ver mejor.

Aquello ya llevaba tiempo en el aire. Cadmo había tomado el mando de los Deshollinadores durante los dos días en los que Lobo había estado ingresado en la enfermería y, a todas vistas, se había quedado con la miel en los labios.

Y quería más miel.

—¿Qué tienes que decir, Lobo? Tu manada exige una respuesta. ¿Te has equivocado o no de lleno defendiendo a esta ladronzuela? ¿Has perjudicado o no a la hermandad, haciendo que se incorporara a los nuestros con esa mocosa insoportable?

Un murmullo agitado se expandió entre los Deshollinadores. Las miradas se dirigieron a Lobo, aún inmóvil bajo el enorme tragaluz del tejado. No había movido un músculo ni pronunciado una sola palabra. Cuando lo hizo, se levantó muy despacio, como si cada movimiento le costara esfuerzo.

Habló en voz baja y contenida:

—Ser el jefe, Cadmo, implica tener que tomar decisiones difíciles. Y a veces las decisiones difíciles no son populares, ni parecen justas. Ser el jefe, Cadmo, no significa hacer lo que la manada quiere, sino lo que la manada necesita. ¿Y sabes qué necesita nuestra manada?

—Necesitaba ganar el puesto de la Horda —dijo Cadmo, con una luz inquietante en los ojos. Un cuchillo destelló entre sus manos.

Pero antes incluso de que pudiera manejarlo, Lobo se abalanzó sobre él y lo mandó al suelo, asestándole un cabezazo en el pecho. Cadmo gimió de dolor, pero se levantó de un brinco, blandiendo la hoja frente a sí. Lobo, como un rayo, le agarró la muñeca y se la retorció, desarmándolo. Un grito de sorpresa se expandió por el tejado.

Cadmo jadeó, tensando poderosamente los músculos para liberarse del agarre de Lobo, pero el chico de los ojos amarillos se movía como un bailarín alrededor de él. Con un hábil movimiento del pie, hizo que el cuchillo saliera volando y lo cogió al vuelo con una mano. Luego se lo pasó a la otra, se echó sobre la espalda de Cadmo y le tiró del pelo.

Hubo un segundo grito y luego Cadmo se tambaleó hacia delante, intentando recuperar el equilibrio, y se llevó una mano a la cabeza.

Lobo le había arrancado de cuajo un grueso mechón de cabello.

—Lo que necesita la manada, Cadmo, es permanecer unida y hacer lo que yo le diga que haga —bufó, con unos ojos que refulgían, sedientos. Flexionó los músculos y lanzó el cuchillo exactamente entre los pies de su adversario, haciendo vibrar la hoja como el arco de un violín—. Esta vez ha sido tu pelo. Intenta desafiarme de nuevo, Cadmo, y apuntaré a tu garganta.

Luego, lentamente, el jefe de la manada se giró hacia los demás Deshollinadores.

—¿Alguien más quiere protestar porque hemos perdido la Horda?

Cegato, Pútrido, Lepra y los demás mendigos se alejaron con el rabo entre las piernas, como hormigas temerosas del fuego.

—¿Nadie? —gritó Lobo—. Entonces, id a dormir. Y tú, Cadmo, deja el cuchillo donde está. No te he dicho que puedas recogerlo.

Twelve, en la otra punta de la habitación, vio cómo los Deshollinadores se dispersaban de uno en uno, algunos dedicándole a Lobo un pulgar alzado, otros con la cabeza gacha, otros aún admirados ante la demostración de fuerza a la que acababan de asistir o simplemente demasiado asustados como para decir algo, mientras Lobo y Cadmo permanecían inmóviles uno frente a otro. Luego, Cadmo se dirigió a su habitación, pasando junto a Lobo. Este continuó completamente inmóvil

y solo entonces Twelve comprendió que el jefe de su manada esperaba que ella hiciera lo mismo.

—Lo siento... —le susurró—. No lo había entendido.

Y era la verdad. No había entendido que en torno a su prueba se estuviera librando una batalla entre las hermandades de los Ladrones. Que la manada de los Deshollinadores estuviera tan dividida. Y que Lobo lo hubiera apostado todo por ella. No lo había entendido y seguía sin entender si debía sentirse culpable por lo que acababa de pasar. O si debía sentirse, de alguna manera, honrada.



## Una gota de milagro

**E**l partido de balón prisionero con el que terminó la clase de Zefirotti, al día siguiente, fue una batalla en toda regla. Los alumnos de las tres hermandades se mezclaban y cambiaban continuamente de equipo, al ritmo del silbato. Los Deshollinadores, concretamente, parecían desfogar la tensión jugando con más agresividad y golpeando a los adversarios como si en ello les fuera la vida.

—¡Así, muy bien! —rugió Zefirotti al término de las dos horas—. ¡Por fin habéis entendido cómo juega un Ladrón de verdad! ¡Y ahora, largaos, que aquí dentro apesta a animales muertos!

Los alumnos corrieron rápidamente a las duchas y Twelve se quedó un buen rato bajo el chorro ardiente, disfrutando de cada gota de agua en el cuerpo y el rostro. Cuando salió, el vestuario femenino estaba vacío salvo por la última ducha del fondo, de la que manaba un alegre canturreo. Por la voz, Twelve se percató de que era Rebecca.

Se encogió de hombros y dijo en voz alta:

—¿Te estás poniendo guapa para la Horda?

Debajo del chorro de agua hirviendo, Rebecca dejó de cantar de golpe.

—¡Twelve! ¡Me has asustado! —gritó—. ¿Qué haces aquí?

—Solo quería felicitarte —respondió ella, levantando la mano en un signo de paz. Una paz que nunca había existido entre ellas, ni siquiera en la época de la Institución Moser.

—¿Quieres felicitarme o desearme que fracase? —insinuó Rebecca con una mirada maliciosa.

—Soy sincera. Has ganado y te lo mereces.

Rebecca dejó que el agua cayera con fuerza sobre sus torneados músculos, cincelados por meses de duro entrenamiento.

—Gracias, Twelve, gracias de corazón. Pero ya lo sabía. No necesitaba tu aprobación.

—Puede que hayas sido la mejor en la última prueba —replicó Twelve, cortante—, pero hay algo que ningún disfraz conseguirá enmascarar nunca: tu arrogancia.

Sin esperar respuesta, regresó al vestuario, secándose vigorosamente con la toalla. Se cambió y subió directamente a la guarida de los Deshollinadores, ansiosa de dejar el mundo al otro lado de la puerta y quedarse sola.

—¡Twelve! —gritó la voz de Mister Peele una media hora después, golpeando furiosamente la Moehringer—. ¿Estás aquí dentro?

El rostro ajado del guardián de la escuela asomó por el tejado de los Deshollinadores con su ineludible colilla de puro en equilibrio entre los labios.

—¿Qué pasa? —le preguntó Twelve, levantando la vista de los almohadones sobre los que se había tumbado.

—¿No has escuchado los gritos? —respondió Mister Peele—. Baja ahora mismo si no quieres que te arranquen el pellejo.

—¿Quién me va a arrancar el pellejo?

—El profesor Luther. O el médico, tú eliges.

Twelve se acercó a Mister Peele, convencida de que estaba bromeando. Pero se dio cuenta de que el hombre tenía el rostro pálido.

—¿Qué ha pasado, Mister Peele?

—Una cosa muy fea, chiquilla. Feísima. Y espero de verdad que tú no tengas nada que ver. ¡Vamos, baja corriendo! ¡Te esperan en la enfermería! ¡CORRE!

Twelve bajó las escaleras a la carrera, preguntándose qué podría haber pasado. ¿Tal vez un nuevo encontronazo entre Cadmo y Lobo? ¿Una pelea? ¿Un accidente? Fuera lo que fuera, pensó, no podían ser buenas noticias.

Encontró la puerta de la enfermería abierta de par en par, con las luces encendidas, que inundaban de blanco el largo pasillo herrumbroso. En el ambulatorio estaban Luther y Mugaba, con la bata empapada de sangre, ambos de pie junto a una camilla en la que había una chica tendida. Estaba inmóvil y tenía el rostro cubierto de vendas. Una mirada le bastó para reconocer aquellas manos, aquellos pies.

Los había visto hacía menos de media hora.

Eran los de Rebecca.

—Oh, no... —dijo con voz ahogada.

—¡Aquí estás! —rugió Luther, empujándola contra la pared.

—¿Qué... qué le ha pasado? —balbució Twelve.

—¡Esperaba que nos lo dijeras tú!

Twelve miró al profesor, asustada ante tanta agresividad. ¿Por qué se desquitaba con ella de aquella manera?

—Yo... no entiendo de qué está hablando...

—¡Deja de mentir! —gritó Luther, fuera de sí—. ¡Deja de engañarme como haces siempre!

—¡Profesor! —intentó tranquilizarlo Mugaba.

—Solo quedabais ella y tú en los vestuarios del gimnasio. ¡Nos lo han dicho todos!

Twelve aún no conseguía entender.

—¿Las duchas? —preguntó.

Luther la abofeteó, a tal velocidad que Twelve ni siquiera alcanzó a ver la mano que la golpeaba. Se tocó la mejilla, sin abrir los ojos, y escuchó a Luther sisear:

—¡Dime por qué lo has hecho o te juro que te mato!

—¡Ya basta! —gritó el doctor Mugaba—. ¡Venid a echarme una mano! ¡Necesito más unguento para quemaduras y vendas nuevas! ¡Vamos!

Twelve aprovechó para alejarse de Luther. Cogió un vial de desinfectante del armarito de las medicinas y se lo tendió a Mugaba. Luego miró a Rebecca, horrorizada.

—¿Qué le han hecho? —preguntó con la voz rota.

—Ácido clorhídrico. En la ducha del gimnasio —explicó el médico con tono clínico—. Le ha alcanzado la cara y las manos.

Twelve se quedó petrificada. Cuando había salido de las duchas, Rebecca estaba bien y ella había sido la última en salir del gimnasio.

Observó cómo Mugaba desprendía las vendas del cuerpo, revelando las líneas violáceas de las heridas, bordeadas de amarillo y cubiertas de pomada antiséptica.

—Acaba de pasar —dijo el médico—. La he sedado porque sus gritos rompían el alma, pero...

—No pensaréis en serio que he sido yo, ¿verdad? —preguntó Twelve.

—¿Y quién si no? —rugió Luther, tras el médico y ella.

—¿Por qué iba a hacer algo tan horrible? —sollozó la muchacha—. ¿Por qué, profesor?

Luther se acercó a la camilla como un depredador, en silencio, una sombra de pura malicia. Su tono de voz era el de alguien que hubiera perdido todo rastro de humanidad.

—He visto hacer cosas peores por treinta monedas... —susurró—. He visto hacer cosas mucho peores...

Twelve no consiguió contener las lágrimas.

—Virginia se equivoca cuando dice que no se te da tan bien fingir, chiquilla.

Twelve quería salir de allí corriendo, escapar lejos, y sin embargo sus piernas no se movían.

—¡No he sido yo! ¡Inyectadme uno de vuestros productos alquímicos para hacerme decir la verdad y lo juraré de nuevo!

Luther se giró hacia Mugaba.

—¿Tenemos?

—No —respondió el médico.

Sin embargo, Twelve sabía que no era cierto. Tenían un frasco entero de Sibilino y el propio Mugaba le había explicado cómo funcionaba. ¿Por qué había respondido

que no? ¿La estaba protegiendo? O sea, ¿él también pensaba que había sido ella?

Luther permaneció en silencio un largo rato. El ambiente de la enfermería estaba saturado de olor a medicina y sumido en un silencio perturbado únicamente por los jadeos de Twelve, la respiración pausada del doctor Mugaba y el aliento contenido de Rebecca.

Cuando el médico hubo terminado de venderla, Luther dijo:

—De acuerdo. Acompáñame al despacho de la profesora Virginia.

—¿Y por qué?

—Porque hay cosas que no pueden detenerse. Y el *Libro negro* ha decretado que serás tú quien sustituya a Rebecca en la Horda. Parece una mofa, ¿verdad? Sin embargo, tú eres la segunda en la clasificación y el puesto es tuyo.

Twelve intentó protestar, pero Luther se lo impidió.

—Ahora, vuelve a tu habitación, no hables de esto con nadie y, cuando vengamos a llamarte, ve a disfrazarte de Ángel del Rey, ¿queda claro?

Twelve se limitó a seguirlo fuera de la enfermería.

—Debería haber sido Rebecca —dijo en voz baja.

—Qué mala suerte, ¿verdad? —bufó el profesor Luther, cogiéndola de la mano y arrastrándola a la oscuridad de los sótanos de la Academia.

Mientras esperaba a que subieran a llamarla, Twelve arrancó otra página de su cuadernito azul y escribió:

Para Humo:

No has contestado a mi carta. Pero ya no importa. Estoy a punto de participar en una misión peligrosa y puede que muera. O puede que me maten los demás Ladrones cuando vuelva al tejado, ya que todos piensan que he hecho algo terrible. No es verdad, pero eso ya tampoco me importa.

Mañana iré al Palacio Real y, aunque ya nunca consiga ser de humo, al menos, por última vez, seré un ángel.

TWELVE

Dobló la carta y la escondió dentro de un sobre dorado, confiando en que, antes o después, conseguiría enviarla.

La profesora Virginia la esperaba en la sala de maquillaje, frente a un tocador atestado de jarritas, botellitas, pinceles y otros mil accesorios.

Pidió a Twelve que se sentara y empezó a peinarla, hablándole como si fuera una muñeca:

—... ayer te equivocaste con la entonación, la cadencia adecuada para imitar al hijo de un noble es en ascenso, no en descenso, así, de esta manera, y tienes que arrastrar un poco las erres, a ver, hazme una demostración, no, así no, escúchame e intenta imitarme...

A Twelve le pareció que Virginia no estaba furiosa con ella por lo que le había pasado a Rebecca y, aunque todavía le temblaba hasta el último centímetro del cuerpo a causa de la consternación, se esforzó de todas maneras en concentrarse para estar a la altura de la misión.

Para estar a la altura de Rebecca.

Mientras observaba cómo su rostro desaparecía en el espejo, transformándose en el de un dulce chiquillo, se preguntaba qué les estarían contando al resto de los alumnos del colegio. ¿Que había sido ella?, ¿que era el gesto más cruel que hubiera tenido lugar jamás en la Academia? No solo la odiarían y la temerían, sino que jamás le perdonarían el más mínimo error. Así que la única manera que tenía de salir viva de todo aquello era no cometer más. Ni uno solo.

—De acuerdo, ya está, estás lista —dijo la profesora Virginia, retrocediendo un paso para admirar el resultado—. Bienvenido, mi querido Georg Viktor.

Twelve se levantó y se miró en el espejo. Se había convertido en un muchachito de carrillos rosados, tal vez demasiado delgado, que se trababa con algunas palabras y se avergonzaba de sus pies, demasiado grandes para su edad, que le otorgaban un aspecto de pingüino torpe y desgarbado.

—Es extraordinario, profesora —dijo.

—Querrás decir más bien que no está mal, ¿no? Tienes un rostro difícil de transformar: los ojos demasiado juntos y los pómulos demasiado pronunciados... Pero estarás genial.

—Lo siento por Rebecca. En mi lugar debería estar ella.

—Ahora no hay tiempo para lamentos inútiles —comentó Virginia—. En este momento, solo cuenta una cosa: llevar el golpe a cabo.

La miró en el espejo una última vez, luego rio, abrió de par en par la puerta de la sala de maquillaje y se marchó.

Si Twelve era un Ángel impecable, el padre Giacomo parecía, en cambio, un perfecto tutor, con sus leotardos de lana y el chaqué rojo oscuro.

Se sentaron uno frente a otro en el carruaje que cruzaba Danubia y hablaron por primera vez de la misión que los aguardaba.

—Así que te ha tocado a ti acompañarme en este viaje, hijita —empezó a decir el padre Giacomo.

—Yo no le he hecho nada a Rebecca —dijo Twelve, verbalizando un pensamiento que no la abandonaba.

—Podría ser. A-mén. Sin embargo, a mí eso me da igual. Lo importante es que hagas lo que te hemos enseñado y así no habrá problemas. Ponte esto.

Depositó en la palma de su mano un contranillo y se la quedó mirando hasta que se lo deslizó en el dedo.

—Bien, dulce angelote. Ahora, escúchame con atención. Lo que estamos a punto de hacer es una inspección previa a la gran empresa. En esta fase, tú solo serás la llave para entrar en el palacio.

—¿Yo, una llave?

—Exacto. Mis colegas ya te habrán explicado que el coro de los Ángeles está compuesto por trescientos treinta y tres cantantes. Es un número muy grande y por eso es raro que canten todos juntos. Eso solo pasa en las ceremonias más importantes.

—Como es el caso del funeral del rey.

—Precisamente. Por lo general, sin embargo, el coro real se divide en grupos más pequeños, que tienen un nutrido programa de actividades. La ventaja para nosotros es que no todos los niños se conocen entre ellos. Y que no todos los profesores de canto coral estarán en el palacio estos días. Lo que haremos hoy es sencillo: entraremos en la sala de ensayo mientras el coro se reúne al completo y tú te inmiscuirás entre la multitud, hablarás lo menos posible y no llamarás la atención. Yo, tu pobre tutor aburrido, mientras tanto, me ausentaré de tu ensayo de canto el tiempo necesario para hacer lo que tengo que hacer...

—¡Pero me descubrirán de inmediato! —protestó Twelve—. ¡Solo tendrán que contarnos para descubrir que hay uno de más!

El profesor la miró con una expresión distante.

—¿Cómo dices? Ah..., no. Tranquila. Eso ya lo hemos previsto. Seréis trescientos treinta y tres. Tú incluida. —No añadió nada más y Twelve prefirió no indagar. Se concentró en el traqueteo rítmico de los cascos de los caballos sobre el empedrado, con la esperanza de que la ayudaran a disipar sus lúgubres pensamientos.

Twelve siempre había visto el Palacio Real de lejos, o en algunas reproducciones en libros, pero nada habría podido prepararla para un edificio tan majestuoso.

Un inmenso recinto cercado por lanzas de punta dorada rodeaba un claro con grava blanca diseminada, donde, entre decenas de verdes parterres, se erigían estatuas, árboles exóticos y fuentes.

El palacio estaba compuesto por cuatro edificios independientes, altos como torres y conectados entre sí por un entramado de pasarelas y puentes de cristal.

Las cuatro torres estaban agrupadas bajo un único techo, rebasado por una terraza que dominaba toda la ciudad. Adondequiera que Twelve dirigiese la mirada, veía pasillos suspendidos, pináculos, columnas, tejados en punta y pequeñas construcciones independientes, terraplenes elevados y rampas que se posaban en el terreno como patas de araña. El conjunto era imposible de abarcar de un solo vistazo.

—Es... —balbució, mientras el carruaje corría sobre la grava—. Es..., es..., es de verdad...

—Lo que de verdad será mejor es que vuelvas a meterte en tu papel y te quites de la cara esa expresión de asombro —la regañó don Giacomo—. Georg Viktor, cantante del rey, esta no es, ni mucho menos, la primera vez que acudes al palacio...

Twelve asintió, aunque estaba convencida de que ni siquiera en la centésima visita a aquel lugar sería posible acostumbrarse a tal espectáculo.

El carruaje aparcó junto a una de las verjas. Un Húsar de uniforme de gala, con un yelmo con forma de cabeza de dragón, llamó a la ventanilla. El padre Giacomo le tendió un pergamino enrollado enmarcado por una orla dorada.

El Húsar lo leyó con atención y luego preguntó:

—¿Dónde está el muchacho?

—Aquí —respondió el padre Giacomo, apartándose para que el soldado pudiera ver a Twelve—. Es un poco tímido.

El Húsar se detuvo un segundo de más a inspeccionar al chiquillo compuesto y rígido en el asiento y, por un instante, Twelve temió que todo se fuera al traste.

—Por favor —dijo en cambio el Húsar, permitiéndoles pasar.

El carruaje atravesó la verja y se detuvo frente a una de las grandes torres principales.

Había más carruajes, todos en fila frente a la entrada, y muchos tutores que guiaban a chiquillos con pinta de extraviados, vestidos exactamente igual que ella.

—Ahora no mires a tu alrededor, hazte notar lo menos posible y todo saldrá bien —recapituló el padre Giacomo—. Si sale mal, ya sabes lo que te espera.

Twelve no dijo una palabra. Bajó del carruaje y, admirando el palacio, vio por primera vez los inmensos paños negros que lo vestían de luto.

Luego siguió al padre Giacomo al interior de una gran torre de planta octogonal. Al otro lado de la monumental entrada, se abría un enorme deambulatorio en forma de anillo, en el centro del cual se ubicaba la capilla. El coro ocupaba una mitad, justo detrás estaba el altar y, frente a los asientos, había un hombre calvo con una larga túnica blanca. Un maestro de Música.

—Por aquí —dijo el padre Giacomo—. Antes de los ensayos, los Ángeles se reúnen en la cripta. Estúdiala bien, porque te hará falta para... la próxima vez... —Y enarcó levísimamente las cejas.

La luz que se filtraba a través de las vidrieras formaba en el suelo complejos mosaicos de una intensidad líquida. Twelve se esforzó todo lo que pudo por no quedarse admirándolos y no dedicó más que una mirada fugaz a las estatuas de monstruos fabulosos incrustadas de oro y piedras preciosas, preguntándose si aquella iglesia habría sido construida para uso exclusivo del rey o de todos los ciudadanos de Danubia.

Llegaron a una escalera recubierta de alfombras color bermellón que descendía bajo tierra. Era la entrada a la cripta.

Twelve bajó primero, mientras el padre Giacomo la agarraba por el hombro, descendiendo por una doble rampa de caracol cuyos consumidos escalones habían conocido demasiados pasos. La cripta, iluminada por una gran multitud de velas, era inmensa. Una selva de columnas separaba nichos y pequeños altares escondidos a lo largo de las paredes, sarcófagos de mármol sobre los que se erigían estatuas ataviadas con armaduras, retratos de alquimistas con largas túnicas y el cabello peinado en forma de galaxias retorcidas.

Entre los candelabros y las antorchas que arrojaban llamas rojizas, había cientos de muchachitos que hablaban, hacían ejercicios vocales y reían entre sí. En medio de los Ángeles, esperando a comenzar los ensayos para el gran concierto del funeral del rey, pululaban los tutores como enormes cornejas aburridas.

—Ahora nos separaremos, ¿de acuerdo, Georg Viktor? —susurró el padre Giacomo al oído de Twelve.

Y así lo hicieron. El padre Giacomo desapareció entre las columnas mientras Twelve enlazaba las manos tras la espalda y merodeaba entre los demás niños del coro. No estaba preocupada. Estaba completamente aterrorizada.

—Ayer salí a montar a caballo con el hijo del duque...

—Los ejercicios de arpa...

—Mi padre ha prometido llevarme de viaje a Sebastopol...

Captando palabras aquí y allí, Twelve no entendía de qué estaban hablando, ni tampoco le interesaba. Trató de volverse lo más invisible que pudo, escondiéndose en las zonas más oscuras de la cripta, cuando una voz la obligó a darse media vuelta:

—¡Oye, tú!

Alguien le tocó el hombro.

—Estoy hablando contigo, ¿eres sordo?

El que la había llamado era un chiquillo de unos diez años, mucho más bajo que ella, con el pelo rubio y los ojos azules como el fondo de un océano.

—¿Disculpa? —balbució.

—¿Quién eres? —le preguntó el chiquillo.

—¿Yo? Yo soy... Georg Viktor —murmuró Twelve, intentando imitar el acento adecuado, con la cadencia alta y las erres arrastradas.

—¿Y tu linaje? —espetó el niño, impaciente, como si le hubiera ofrecido una respuesta tonta—. ¿Quién es tu padre? ¿De dónde vienes? ¿En qué coro cantas?

La retahíla de preguntas pilló desprevenida a Twelve, pero afortunadamente Virginia la había preparado. Desgranó unas cuantas palabras y luego apuntó al tuntún con un dedo hacia un grupo alejado de niños y añadió:

—Canto con ellos...

—Ah, ya veo... O sea, que eres del distrito de Graf. Nunca lo habría dicho, porque hablas como uno de Tabán... Perdona si te he molestado. La verdad es que yo no debería hablar con alguien de Graf.

—¿Y p-p-por qué no? —preguntó Twelve.



—¿Me estás diciendo que no me has reconocido?

Twelve no tenía la más mínima idea de quién podía ser aquel señorito y se preguntó cuál sería la respuesta más adecuada.

Afortunadamente, el muchachito se le adelantó y dijo:

—¡Soy Raymond Gert-Wuster Dreyfus...!

—¡Ajá! Claro —se apresuró a comentar Twelve.

—Hijo de Gert-Wuster Dreyfus —explicó él con aire pomposo.

—Guau... Quiero decir, sí, claro.

Twelve miró a su alrededor buscando una manera de desembarazarse de aquel pesado. Vio que el padre Giacomo subía las escaleras de la cripta, con el brazo enhebrado con el de otro tutor, sosteniendo un saquito de tabaco y una pipa... E imaginó que se estaría escabullendo con la excusa de salir a fumar.

—Tú, en cambio, eres Twelve, ¿verdad? —añadió Raymond Gert-Wuster Dreyfus.

—¿Qué has dicho? —exclamó Twelve, que se quedó repentinamente pálida.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ¡has picado, has picado! —Rio el niño.

—Tú...

—¡Qué risa! Perdona, no te quería asustar, no pensaba que fuera a funcionar tan bien. Ese chico de ahí al fondo me ha dicho que si te decía «Twelve» te ibas a quedar blanco como una sábana, pero no pensaba que tanto...

Twelve se recuperó en un segundo, mirando a su alrededor como un halcón.

—¿Un chico te ha dicho que me dijeras esa palabra? ¿Y quién es?

—Ese —respondió Raymond etcétera.

Levantó un dedo, indicó con él a una silueta que se movía entre las columnas y Twelve siguió sus indicaciones con la mirada.

Allí había un chico. La estaba mirando, y a la luz de las velas reconoció su rostro.

Era un chico que Twelve conocía muy bien.

Y que no podía estar allí.

Porque había muerto ahogado en el fondo del Duma el día que el puente Delagrava saltó por los aires, el día que Rebecca, Ninon y ella fueron capturadas para entrar a formar parte de la Academia de los Ladrones.

Hugo Eight.

—T-T-T-T-T-T-Twelve...

Un detalle que había olvidado. Hugo Eight tartamudeaba.

—Hugo...

Sus pasos susurraban en la cripta a su alrededor, entre las hileras de llamas encendidas y el rumor de cientos de voces infantiles. Se apartaron junto a dos sarcófagos idénticos de piedra negra y se abrazaron con fuerza.

—T-t-te veo en for-for-forma, T-T-T-T-T...

—Te he echado de menos, Hugo —dijo Twelve.

—Aquí, entre las tum-tum-tumbas de los reyes her-her-hermanos, podemos hablar un po-po-poco tranquilos —aseguró Hugo, dulce y vergonzoso, tal y como Twelve lo recordaba. Recostó la espalda contra uno de los sarcófagos y Twelve lo imitó, apoyándose en el de enfrente para mirar a Hugo directamente a la cara.

Le parecía completamente imposible, pero realmente era él, un poco rellenito, con el mismo pelo que le caía sobre la frente y las mismas manos que no paraban nunca quietas.

—¿De verdad eres tú? —le susurró, con los ojos húmedos de la emoción. Aún no conseguía creérselo.

—Yo s-s-soy yo y tú eres t-t-tú. Pero n-n-no cre-cre-creía que fueras tú d-d-de verdad. Te has dis-dis-disfrazado b-b-bien. De no ser por el con-con-contranillo, no te habría reconocido.

Twelve miró el grueso aro de oro que llevaba en el pulgar.

—¿Y cómo te has dado cuenta de que era yo? —le preguntó.

—¿Un Án-Án-Ángel del Rey usando un a-a-anillo? ¿Uno de e-e-esos que so-so-solo usan los La-La-Ladrones? Tenías que ser t-t-tú a la fuerza...

Twelve levantó el dedo, preocupada de que el anillo de seguridad pudiera darle una descarga, pero Hugo rebuscó en el bolsillo del chaleco y sacó una probeta de cristal con un polvito de color claro. Vertió un pellizco en la palma de su mano y luego lo sopló sobre el contranillo de Twelve.

—Ya e-e-está —dijo—. Esto de-de-debería neutralizar el a-a-anillo durante un ra-ra-rato.

—¿Lo dices de verdad? Me vendría bien un poquito de ese polvo —murmuró Twelve.

Hugo tapó la probeta y la depositó en la mano de Twelve, haciéndole un gesto para que se la quedara.

—Entonces... ¿sabes lo de la Academia?

—La De-De-Decimonove-ve-vena Academia, sí. Pue-pue-puede que no todo, pero bas-bas-bastante. ¿Có-có-cómo están Rebecca y Ni-Ni-Ninon?

—¡Bien! —respondió Twelve a borbotones—. Bueno, en realidad no, pero... ¿Tú cómo lo sabes?

—¡Sssh! Es-es-espera —la detuvo Hugo—. No te-te-tenemos mu-mu-mucho tiempo y tengo que contarte un mon-mon-montón de cosas. Así que déjame hablar, ¿va-va-vale?

—Vale —dijo Twelve.

—N-n-no morí en el ca-ca-carruaje bajo el río, los pro-pro-profesores de la De-De-Decimonovena Academia os cogieron a vosotras... —Hugo respiró hondo, intentando hablar un poco más deprisa— y los terroristas me co-co-cogieron a mí.

—¡¿Eh?! —susurró Twelve—. ¿Y por qué?

—Ne-ne-necesitaría mucho más tiempo para ex-explicártelo. Pero n-n-no lo tenemos. Es-es-estaba prác-prác-prácticamente a-a-ahogado y tal vez por eso los tu-tu-tuyos me dejaron en el fondo. No fue una buena experiencia, para nada, pero e-e-ellos me dieron u-u-una... una me-me-medicina especial. Un fár-fár-fármaco alquímico que llaman el Me-Me-Medio Milagro.

—¿Qué me estás diciendo, Hugo?

—Te estoy con-con-contando la verdad. El Medio Mi-Mi-Milagro es..., bueno, es milagroso de verdad. Cura cualquier en-en-enfermedad y cualquier tipo de he-he-herida. Hasta las peores. Has-has-hasta a uno que se acaba de a-a-ahogar.

—Estás de broma.

—Para nada. De hecho, aquí estoy, ¿n-n-no?

—Pero es absurdo, ¿no te das cuenta? O sea, me alegro muchísimo de que estés vivo, pero... ¿por qué iban a esforzarse tanto por salvar a un chiquillo?

—Un chi-chi-chiquillo al que se le da b-b-bien c-c-construir co-co-cosas, querrás de-de-decir... Pero para eso tampoco tenemos tiempo a-a-ahora. Tie-tie-tienes que saber que los re-re-rebeldes no son ma-ma-malos, Twelve. Todo lo que te han contado sobre nosotros es fa-fa-fa-fal... es mentira. S-s-son los únicos que tienen el co-co-coraje de luchar por la jus-jus-justicia. Y lu-lu-luchan para que to-to-todo el mundo se-se-sepa que están compinchados...

—¿Quiénes están compinchados?

—Los Húsares y los Ladrones.

—¿Los Húsares y los Ladrones? Pero ¿qué dices? Los Ladrones solo tienen enemigos y los Húsares quieren arrestarlos.

—N-n-no has en-en-entendido nada. Es-es-están todos compinchados. En se-se-secreto. De vez en cuando, el rey manda a-a-ajusticiar a alguno para que la gente se quede tranquila, pero en realidad solo son pe-pe-pececillos. Forma parte del pac-pac-pacto.

Esta vez, fue Twelve la que se echó a reír. ¿El rey y los Ladrones, aliados? Nunca había escuchado una locura como esa.

—Uno de los pececillos que han ajusticiado era un amigo mío... —murmuró—. Se llamaba Arthur. Lo ahorcaron en la plaza de los Inocentes.

—Lo s-s-sé. Y de hecho, te manda saludos. Es-es-está bien y es uno de los que nos ha con-con-contado lo que sa-sa-sabemos de la A-A-Academia, de los pro-pro-profesores y de Rebecca, Ninon y de t-t-ti...

—No tiene gracia, Hugo —respondió Twelve—. Yo también estaba en la plaza cuando pasó...

—Y t-t-también estaba yo, y Seventy Stephen...

—¡Es verdad! Pero ¿qué tiene que ver Stephen?

—Nos ayudó a sal-sal-salvarle el pe-pe-pellejo a t-t-tu amigo. So-so-solo hubo que usar un ca-ca-cable rígido en el som-som-sombrero que le lle-lle-llegaba al cuello y un fár-fár-fármaco de muerte aparente... Luego lo sa-sa-sacamos de la fosa del ce-

ce-cementerio y nos lo lle-lle-llevamos con nosotros a la estación de radio. Está ge-ge-genial...

Twelve no daba crédito a lo que estaba oyendo. Hugo estaba vivo. A Arthur no lo habían colgado y...

—¿Y Stephen te ha ayudado?

—P-p-pues claro. Cuan-cuan-cuando le ex-expliqué lo del pacto...

—Él me traicionó.

Hugo sacudió la cabeza.

—S-s-sí, lo sé. Y por eso, a-a-ahora escúchame. Me ha dado esto pa-pa-para ti...

Le tendió un sobre sellado.

—Rá-rá-rápido, por favor. F-f-fíate de mí. Sa-sa-sabemos que, dentro de unos días, los Ladrones daréis un gol-gol-golpe aquí, en el palacio. Y has dicho que serás tú la que ayudará a los pro-pro-profesores. Así que es-es-escucha: sospechamos que uno de e-e-ellos, Z-z-z-z-z-z-zef...

—¿Zefirotti?

—Él. Cre-cre-creemos que él es el en-en-enlace entre los Húsares y los Ladrones. Cre-cre-creemos que, cuando entre en el pa-pa-palacio, a-a-aprovechará para ha-ha-hacer algo. Y que podría s-s-ser el momento para descubrir quién es su contacto en la cor-cor-corte, ahora que el rey ha muer-muer-muerto.

—¿Un contacto? —preguntó Twelve. Y luego añadió—: ¿Y qué se supone que os he dicho yo? Yo no he hablado con nadie...

—Si-si-sigue a Zefirotti y trata de averiguar quién es s-s-su contacto. Es de vi-vi-vital importancia. Si lo descubres, a nosotros luego nos resultará más fá-fá-fácil intentar..., intentar...

A Twelve le entró la risa.

—¿Yo tengo que seguir a Zefirotti? Ten en cuenta que es un hombre despiadado, malvado. Y seguramente no se dejará perseguir por una alumna...

—¡... intentar ayudarte a es-es-escapar! —terminó mientras tanto Hugo.

Twelve se lo quedó mirando, aturdida.

—Nos lo has di-di-dicho tú, lo de que querías es-es-escapar —continuó Hugo—. I-i-igual po-po-podemos ayudarte...

Twelve no creía lo que estaba oyendo.

Hugo le tendió una ampollita alquímica, minúscula y dorada, y envolvió los dedos de Twelve con los suyos.

—Es el Me-Me-Medio Milagro —dijo.

—Hugo, ¿cómo sabes todo esto? —le preguntó Twelve—. Yo no he hablado con nadie.

—¡Es ver-ver-verdad! —respondió él—. Me has es-es-escrito.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Es-es-escribiste que ven-ven-vendrías aquí para ser un Án-Án-Ángel —susurró el chico. Entonces escuchó una palmada lejana, amortiguada, y finalmente una voz

ronca retumbó en la baja bóveda de la cripta, resonando entre los sarcófagos y los altares votivos.

—¡Muchachos! ¿Estamos todos? ¡Venga, subamos! ¡Preparados para los ensayos! Twelve se incorporó de un brinco.

—Hugo —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Dónde estás? ¡Hugo!

Pero el muchacho había desaparecido. Se había desvanecido en la nada, como si nunca hubiera estado allí. Las luces de las velas crepitaban suavemente.

«¿Tú eres... Humo?», se preguntó Twelve, con voz temblorosa.

## La calesita roja

**L**os ensayos duraron toda la mañana. Twelve trató de mantenerse apartada el mayor tiempo posible, entre la quinta y la sexta hilera de palcos, en medio de un grupo de niños que parecían tan desorientados como ella.

El maestro de Música en el que se había fijado al entrar, el calvo de la larga túnica blanca, dirigió el coro sin dejar en ningún momento de mover los brazos, gritar instrucciones y corregir tonos, como si de aquel concierto dependiese su vida entera.

Cosa que, efectivamente, era posible.

Twelve movía los labios, fingiendo cantar y, mientras tanto, seguía meditando sobre lo que Hugo le había contado.

Era todo tan extraordinario que le habría parecido un sueño de no ser porque en el bolsillo de los pantalones ahora tenía la carta de Seventy Stephen, un frasco de una medicina alquímica y un misterioso polvo capaz de neutralizar el poder del contranillo.

Y también tenía una misión que cumplir, encomendada por los terroristas. Una misión encomendada por Humo. ¿Así era como le habían respondido? ¿Enviándole a Hugo? ¿Y qué sabían de ella y de la Academia? No conseguía recordar qué había escrito en los dos sobres dorados que había confiado a las chimeneas. Se lo había tomado como si fuera un juego, un hechizo que no pensaba que fuera a funcionar nunca.

Cuando el maestro quedó satisfecho, los muchachos fueron libres de marcharse. Del padre Giacomo aún no había rastro, así que Twelve se limitó a salir de la capilla y esperar en la plaza, entre el flujo de carrozas que iban y venían.

Vio al joven Dreyfus montar en un carruaje dorado y asomarse a la ventanilla para despedirse de todos.

Y luego vio una enorme carroza negra, con el emblema de la Escuela Preparatoria Ostenshof, llevarse de golpe a una docena de Ángeles. En otra vida, Karl el Acróbata podría haber estado entre ellos.

Trató de no llamar la atención de los pajes, escondiéndose entre las carrozas a la espera del padre Giacomo. Pasó junto a una carroza blanca coronada por un penacho de oro, otra redondeada y completamente verde como una manzana ácida, y

finalmente vio una calesita pintada de rojo que le recordó a la que tendría que haber transportado a Ninon el día en que ella, Rebecca y Hugo partieron del orfanato. Estuvo a punto de chocarse con ella y de su interior le llegó una voz familiar.

—¡Cielo santo! ¿Qué haces, muchachito? ¡Cuidado!

Twelve notó que le faltaba el aliento. Parecía la mismísima Miss Kindheart, ¡la directora de la Institución para Niños Especiales Edgar G. Estanislao Moser!

Vestía un manto desgastado y del pañuelo que llevaba anudado bajo la barbilla y que le ocultaba la cabeza se le escapaban finos rizos. Parecía mayor de lo que la recordaba, y cansada, con los ojos enmarcados por pequeñas arrugas.

—¡Jovencito! ¡No te quedes ahí plantado, apártate de la calle! —prosiguió la mujer.

Tenía en el regazo una cuna de mimbre, una de las que se usaban en la Institución Moser para meter en su interior a los huerfanitos. Y en la cuna, Twelve percibió que se movía algo.

Dos niños recién nacidos.

—¡Jovencito! —gritó por tercera vez la mujer que podía ser Miss Kindheart, pero tal vez no lo fuera, visiblemente molesta, y dio orden al cochero de continuar, aun a riesgo de atropellar a aquel Ángel que seguía allí plantado, en medio del patio.

Solo entonces Twelve retrocedió un paso y dijo:

—Discúlpeme, lo siento mucho. Debo de haberme equivocado.

Entonces la calesita roja partió al trote ligero, directamente hacia la verja.

Twelve se quedó contemplándola hasta que desapareció de su vista, llevándose consigo una densa melancolía. Cuando se giró, vio al padre Giacomo dando vueltas por la plaza, buscándola.

Entró en el tejado de los Deshollinadores sin desmaquillarse siquiera.

—¡Hola, Ninon! —exclamó en voz alta en cuanto estuvo dentro, segura de que encontraría allí a la niña.

Pero no estaba.

Twelve se descalzó y lanzó los zapatos al montón que había junto a la puerta, se quitó el chaleco y lo dejó caer al suelo, y por último se desabotonó la camisa y bajó a las habitaciones.

Ninon tampoco estaba allí. Se quitó los pantalones y fue al baño, pero allí tampoco había nadie. Abrió el grifo y empezó a frotarse la cara con las manos para eliminar las capas de cera que Virginia le había aplicado para modificarle las facciones. Luego escuchó un ruido. Cerró el grifo.

—¿Ninon?

No hubo respuesta.

Llegó a la habitación, entró y, en un primer momento, no la vio. Luego el ruido se repitió y Twelve se dio cuenta de que Ninon estaba escondida dentro del armario,

debajo de la ropa.

—¡Oye! ¿Qué haces ahí debajo? ¡Ninon! ¡Si tú supieras! He estado en el Palacio Real, acabo de volver, tengo que contártelo...

Ninon sollozó, sin contestarle, y Twelve se arrodilló junto a ella. La niña tenía las manos malamente vendadas con una tira de tela arrancada de una toalla.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó, repentinamente inquieta—. ¿Te duele algo?

La niña alzó la cabeza. Tenía los ojos muy rojos y la piel blanca como la cera.

—Ninon.

Intentó acuclillarse junto a ella, le acarició el pelo con ternura, pero la pequeña se retrajo bruscamente. Se escondió aún más hondo en el armario y, desde allí abajo, le clavó dos ojos abiertos de par en par como faroles:

—Twelve, he hecho una cosa muy muy mala.

—¿Qué estás diciendo?

—He hecho una cosa malísima, y sabía que era mala, pero me daba igual, porque cuando la he hecho, me parecía bien, pero no había entendido nada, y ahora la quiero arreglar, pero no puedo, y me gustaría dar marcha atrás, y tampoco puedo, así que la verdad es que no sé qué hacer, Twelve, no tengo ni idea de qué hacer...

Ella tampoco sabía qué hacer, así que se quedó callada, escuchándola.

—Yo creía que era todo una broma... Bueno, sabía que era una cosa grave, pero no pensaba que tanto, creía que era una manera de darle una lección, que se la merecía, porque esa siempre la ha tenido tomada contigo y conmigo, y no era justo que fuera ella, porque no es la mejor, nunca ha sido la mejor, y yo quería hacérselo saber, pero no creía que le fuera a doler tanto, de verdad que no lo pensaba...

—Ninon, ya vale —dijo Twelve en voz baja para no asustarla. Y para no asustarse ella tampoco—. Dime qué has hecho...

Entonces la niña salió del armario y le echó los brazos al cuello, estrechándola con fuerza, y, al hacerlo, las vendas se le cayeron al suelo y Twelve vio que Ninon tenía los dedos de la mano derecha cubiertos de ampollas moradas.

Quemaduras.

Quemaduras de ácido clorhídrico.

—No te creo —dijo Lobo.

—A mí también me gustaría que no fuera verdad. Pero ha sido ella.

Lobo se tumbó sobre las losas de piedra que recubrían el tejado de la Academia.

Era de noche, había estrellas y soplaban un viento tenso que anunciaba tormenta. Estaban esperando a los demás fugitivos, y luego Lobo se retiraría a su guarida, a la espera de su regreso.

—Una niña no puede haber hecho algo así —comentó, acariciándose la barba.

—Eso mismo pensaba yo, Lobo, y créeme, preferiría morir antes de tener que contarte estas cosas. Pero... Ninon estuvo con nosotros en la clase que el Gran



Manny nos dio sobre los ácidos y me ha dicho que al final se guardó en la ropa una probeta con un poco de ácido. Pensaba usarlo para jugar, y solo eso ya me da escalofríos, sin pensar en cómo ha terminado utilizándolo.

—De acuerdo, entonces Ninon tenía el ácido en su poder. ¿Y luego?

—Luego se convenció de que yo tenía derecho a ir al Palacio Real en lugar de Rebecca. Bajó al gimnasio durante nuestro partido, se escondió en el falso techo que hay encima de los baños y, cuando escuchó a Rebecca cantar... —Twelve cerró los ojos, horrorizada. Ella también había escuchado a Rebecca cantar.

—¿Quería matarla?

—Ella dice que no, que quería verterle el ácido cerca de los pies para asustarla un poco... Pero ni ella sabe qué quería hacer. Está muy confundida.

—Es horrible.

Twelve asintió.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lobo, y a ella le pareció insólito que fuera el jefe de la manada quien se lo preguntara a ella, como si quisiera compartir la decisión.

Era íntimo.

—Si los Lord descubren que ha sido Ninon, la matarán.

—Si no lo descubren, intentarán matarte a ti.

—Yo me puedo defender.

—Sí, pero ¿durante cuánto tiempo?

Twelve tomó aliento y, finalmente, concluyó:

—Hasta que escapemos. Todos. Los demás, Ninon y... yo. No debemos contárselo a nadie, Lobo.

—¿De verdad lo crees?

Twelve se lo pensó y luego asintió, decidida.

—Es la mejor decisión, sí.

—Entonces no deberías habérmelo contado ni siquiera a mí —murmuró el jefe de la manada.

Aquella noche, Spider les enseñó a atravesar la trituradora, una hoja giratoria que brotaba de repente de la pared, capaz de cortar el cable de escalada, y el picahielos, que según ella podía hacer caer una pared del pozo que los rodeaba, aplastando todo lo que encontrara a su paso.

Y de esa manera, llegaron a la piscina. Solo quedaba una última trampa que sortear: una especie de verja invisible que protegía el agua turbia de la tina de refresco de la piscina.

Spider nunca había averiguado cómo sortearla y Lobo tampoco, dado que la habían construido tras su intento de fuga.

Así que doce muchachos colgados de cables de metal que pendían de diez metros más arriba se pusieron a estudiar la trampa en la oscuridad.

Hicieron varias pruebas con mucha precaución. Ninguna funcionó.

Y se dieron media vuelta.

A la noche siguiente volvieron a bajar para comprobar si la idea de Mathias de hacer cortocircuitar la red eléctrica podía funcionar.

Desatornillaron un panel, conectaron un par de cables y entonces decidieron intentarlo.

—Vía libre.

Twelve fue la primera en sumergirse en la superficie del agua y, cuando sus manos tocaron el líquido denso y oscuro, se soltó del cable y se zambulló.

La piscina estaba helada, viscosa como grasa de maquinaria, y había cosas que flotaban en su interior, como si de lo alto hubieran caído trozos de yeso.

—¿Tu linterna es impermeable, Spider? —preguntó.

—Claro que lo es —respondió la Acróbata.

Twelve le pidió que se la lanzara, la encendió y se sumergió con una pirueta. Su ropa se volvió pesada como el plomo y la linterna hizo brillar manchas de grasa a su alrededor. Twelve se concentró en mantener la posición, recta como un peso muerto, para llegar al fondo.

No llegó. Estaba demasiado lejos. Pero un segundo antes consiguió avistar las tapas cerradas de las Cianeadas, que parecían multitud de ojos dormidos, atornillados al fondo del estanque.

Si querían intentar salir de la Academia, tendrían que bajar hasta allí y entrar en una de esas cosas.

Y moriría.

Ahogada, como le había pasado a Hugo Eight.

¿Tendría el valor de hacerlo?, se preguntó mientras regresaba a la superficie, notando un pitido en los oídos.

«Lo conseguiré», se dijo, resurgiendo del agua.

—¡Las he visto! —les gritó a los demás—. ¡Están allí abajo, están allí abajo!

«Lo conseguiré. Porque tampoco me queda otra opción».

## Una carta en la oscuridad

**L**os profesores estaban sentados en la oscuridad cual conspiradores, en medio del esqueleto renegrido del antiguo invernadero. Las obras de reconstrucción habían avanzado bastante y una gran parte de la estructura de metal ya había sido sustituida. Los Harapientos habían levantado una pared de cristal que sofocaba las sombras en la lejanía.

Twelve no conseguía distinguir sus rostros, pero tenía la certeza de que estaban todos presentes. Luther, Akiko, el Gran Manny, Zefirotti, el padre Giacomo y Virginia V. Sobre una silla, en el lugar de la directora, había una atrapamoscas carnívora con sus hojas como mandíbulas preparadas para cerrarse.

Una de las siluetas envueltas en la oscuridad se levantó.

Luther.

—Señoras y señores de la Horda, bienvenidos. Procederé inmediatamente con las instrucciones. El equipo estará integrado por el padre Giacomo y el Ángel del coro, que contarán con la ayuda de Manny, Akiko y Zefirotti.

Twelve trató de distinguir un signo de asentimiento, una mueca, una señal. Pero no, nada. Ninguno se movió.

—Mañana por la mañana temprano, el padre Giacomo y el Ángel regresarán al Palacio Real en el mismo carruaje. El Ángel cantará con el resto de los niños del coro en los ensayos generales, hasta las diez y media, y a mediodía dará comienzo en la iglesia la ceremonia fúnebre.

Twelve asintió.

—En ese intervalo de tiempo, reunirán a todos los Ángeles en la cripta. El nuestro, con mucho cuidado de que nadie se percate de su presencia, tendrá que separarse del grupo y dirigirse al ala norte, donde se encuentran las tumbas de los grandes soberanos del pasado. Hay dos sepulcros en concreto, idénticos, uno al lado del otro.

—Las tumbas de los reyes hermanos —murmuró Twelve, al recordar el lugar donde se había apartado con Hugo.

Luther asintió.

—Uno de los dos sarcófagos, el de la izquierda mirando al norte, no tiene sello y está vacío —prosiguió. Luego se dirigió a Twelve—: Ábrelo, entra en él y cierra la

tapa sobre tu cabeza.

Twelve tragó saliva.

—Una vez cerrada la tapa, en el fondo del sarcófago se activará un antiguo mecanismo y verás una cerradura. Tendrás que forzarla.

De nuevo, Twelve asintió. Era como la prueba del baúl, claro. Pero Luther no se detuvo:

—Una vez abierta la cerradura, el fondo del sarcófago se correrá hacia un lado, revelando un pasadizo secreto construido en la época de los primeros reyes de Danubia como vía de escape de emergencia. Recórrelo sin detenerte hasta el final.

A oscuras, como en la prueba del laberinto.

—Aparecerás en la torre número tres del palacio, la que llaman Torre del Rey — retomó su discurso Luther—. O, más concretamente, donde están los despachos y las dependencias del soberano. Según una antigua tradición, cuando el rey muere todos los cortesanos y los ministros deben abandonar la torre, tras lo cual se precinta, de manera que no quede nadie dentro... a la espera de que el nuevo rey pueda volver a abrirla rápidamente con una llave ceremonial.

»Te encontrarás en un lugar enorme y desierto. No temas que te descubran. Estarás sola. Lo único que tendrás que hacer es llegar a la puerta principal de la torre y abrirla.

—O sea... ¿forzándola? —preguntó Twelve.

—No, en este caso no. La Cerradura del Precinto del rey solo debe abrirla con la llave ceremonial quien entre desde fuera. Quien esté dentro, en cambio, solo tiene que girar el pomo.

Twelve asintió.

—En ese momento, debes regresar, recorrer de nuevo el pasadizo secreto hasta el sarcófago, cerrarlo, levantar la losa y volver con los Ángeles del coro. Finalmente, subirás al escenario y representarás tu papel, y cuando el funeral termine, buscarás al padre Giacomo y el carruaje que te traerá de vuelta a casa.

La reunión duró más de tres horas, durante las cuales los profesores obligaron a Twelve a repetir el plan una y otra vez para que lo memorizara hasta el más mínimo detalle. Zefirotti le hizo estudiarse el mapa del pasadizo secreto hasta que Twelve fue capaz de dibujarlo con los ojos vendados. Luego el Gran Manny hizo una demostración sobre cómo forzar la cerradura del sarcófago, una serie de bloques de piedra que había que empujar, presionar y combinar entre sí en una especie de rompecabezas que tendría que resolver a ciegas, a oscuras.

Twelve aprendió, comprendió, preguntó y escuchó mientras el Duma discurría lentamente al otro lado del invernadero.

Cuando finalmente la dispensaron, Twelve bajó a la enfermería para tener noticias de Rebecca. Pero junto a la camilla en la que la muchacha reposaba no estaba

Mugaba.

Eve, la jefa de los Lord, Venia la Serpiente, Birnoff y Rosy, de cuarto, se giraron a la vez hacia ella, lanzándole una penetrante mirada. Por lo que parecía, había tenido una idea terrible.

Evaluó si podría dar media vuelta rápidamente, pero le pareció una declaración de culpabilidad. Más le valía afrontar la cuestión abiertamente. Así que hizo acopio de todo su valor y se acercó a Eve, que estaba al borde de la camilla.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —empezó a decir—. Estoy... muy afectada por todos vosotros. Rebecca y yo nunca hemos sido amigas, pero las dos venimos del mismo sitio. Y lo que le ha pasado ha sido horrible.

Eve no pronunció palabra y la escrutó, gélida.

Twelve prosiguió:

—Sé que alguien ha corrido la voz de que yo he sido la responsable, pero lo cierto es que a mí esa apuesta no me importaba demasiado. No tenía ningún motivo para cometer una atrocidad como esa.

—Ya —dijo entonces Birnoff—. Eso es difícil de creer.

Eve se plantó frente a ella.

—No te creo —le espetó—. Desde que entraste en esta Academia, has engañado a todo el mundo siempre. A los profesores, a los demás alumnos. Hasta a Lobo. Incluso conseguiste convencerme a mí con lo de la huelga de hambre por Arthur. Pero a mí ya no me engañas. He descubierto quién eres. Así que ahora solo hay una cosa que puedas hacer... —Avanzó un paso y Twelve, para no caer, tuvo que retroceder otro—. Porque esta vez has cometido un error —continuó Eve—. Rebecca es una de nosotros. Y, con tu gesto, nos has desfigurado a todos.

Otro paso adelante. Y un último paso atrás. Twelve ahora tenía la espalda contra la pared. ¿Dónde se había metido el doctor Mugaba?

—Has hecho mal en venir aquí sola. Muy, muy mal —gruñó Eve.

Su voz vibraba de rabia, hasta tal punto que Twelve intuyó que iba a golpearla en ese preciso momento. Y se le adelantó.

Recordó las clases de Akiko e intentó poner en práctica un movimiento que había ensayado bastantes veces: echó la cabeza hacia atrás y la proyectó hacia delante, golpeando la nariz de Eve con su frente. La líder de los Lord dejó escapar un grito y de su nariz manó un chorro de sangre. Se tambaleó hacia atrás con un gemido y un revoloteo de tules, y cayó al suelo.

Twelve no esperó ni un segundo más. Escapó por la puerta oxidada de la lavandería hacia el pasillo lleno de humedades mientras los demás la seguían. Le dio tiempo a avanzar veinte pasos antes de que se le echaran encima. Twelve rodó al suelo mientras alguien la emprendía a patadas contra su estómago y otra persona contra su espalda. Se hizo un ovillo, aterrorizada, con la cabeza apretada entre los codos para evitar que le alcanzaran la cara, pero un puñetazo en los riñones le nubló la vista y la hizo gritar de dolor.

Recibió otro.  
Y luego, nada más.

—¡Apartaos!

—¿Qué haces tú aquí?

—¡Oye, quieto!

Twelve se atrevió a abrir los ojos y vio a los tres Lord despotricando contra Odo, que con una mano había levantado a Venia la Serpiente y con la otra a Birnoff.

El gólem los arrojó lejos como si fueran muñecos de tela, y luego se interpuso entre Twelve y Rosy. La alumna de cuarto siseó algo y luego se dio media vuelta y corrió con sus compañeros, ayudándolos a levantarse.

La luz de la enfermería brillaba a lo lejos y, tras ella, desde las cortinas del ambulatorio, surgía ahora el quejido desgarrador de Eve.

Odo ayudó a Twelve a levantarse.

—Gra-gra-gracias —susurró ella—. Me has salvado.

Los ojos del gólem chispearon con un débil resplandor vacuo.

—Odo cumple órdenes —recalcó.

Y luego la escoltó hasta el tejado.

Aquella noche, Twelve no consiguió pegar ojo. Cada vez que los cerraba, en su mente tomaba forma una imagen violenta, un peligro, una sombra que la despertaba de repente. Ninon, Lobo, Spider, Hugo. Stephen, Eve, Odo.

Daba vueltas entre las sábanas, con cuidado de no despertar a Ninon. Con cuidado de no mirarla, siquiera, del miedo que le inspiraba la niña.

La pequeña era la persona que más quería en el mundo, pero, cada vez que la miraba, se acordaba de Rebecca. De sus vendas. De sus gritos.

Ninon era luminosa y pura, y la Academia se la estaba arrebatando. O le estaba arrebatando a la niña su corazón.

La noche avanzaba y las imágenes fueron diluyéndose hasta que solo quedaron dos: Lobo y Stephen.

El jefe de su manada, que la estaba protegiendo, y el muchacho con el que Twelve se había criado en el orfanato, con el que había compartido taquilla, quien le había regalado un collar hecho con los cristales de la lámpara de araña del refectorio, el que le había prometido que no se separarían nunca. El chico que la había traicionado y que había provocado que capturaran a Arthur. Y quien, si Hugo decía la verdad, también le había salvado.

Sin embargo, por mucho que se esforzase, Twelve no conseguía olvidarse de los besos de Lobo. Volvió a ver a Amaryllis, prisionera en el cilindro de vidrio, que nadaba suspendida entre dos mundos, y a Lobo, que la velaba con amor a la espera de una cura que nunca llegaba.

Stephen, en cambio, había preferido sus ambiciones a los sentimientos. Twelve siempre había creído conocerle mejor que nadie, mientras que Lobo era un misterio, el jefe de la manada que jamás había abierto su alma a nadie. Aunque era un misterio que la fascinaba y que tenía ganas de descubrir.

—Ya no me importa nada que tenga que ver con Stephen —susurró en la oscuridad, enterrando la cara en el colchón. Pero en su interior sabía que no era del todo cierto. ¿Qué contenía la carta que le había entregado Hugo? Twelve había retrasado lo máximo posible el momento de leerla, en parte para castigar a Stephen y en parte para proteger aún un poco la magia de la espera.

Sacó la carta de debajo del colchón deslizándola por el suelo, se sentó con la espalda apoyada contra la pared y respiró hondo. Rompió el sobre y sacó tres folios escritos a mano, brillantes como las hojas de los árboles tras la lluvia.

Reconoció inmediatamente la caligrafía de Stephen.

«Yo nunca entendí nada», escribía.

Twelve sonrió.

Era un buen comienzo.

Yo nunca entendí nada. Ni de ti, ni de nosotros, ni de todo lo demás. Sabes que nunca se me ha dado bien captar los matices. Solo la luz y la sombra, lo bonito y lo feo, lo correcto y lo equivocado. Sin concesiones. Me acuerdo de cuando Miss Kindheart decía que era un «pequeño Húsar». A veces tú también lo decías. Tu pequeño Húsar. Y era verdad, siempre fui así, recto como el mango de una escoba, implacable en la precisión quirúrgica de mis decisiones. No sé por qué las tomo, de dónde vienen. Pero espero conseguir que comprendas lo difícil que es ser así.

Cuando tú y yo éramos amigos y soñábamos con una vida que no teníamos, estaba convencido de que mi futuro sería recto y dirigido como las vías de un tren. Entraría en la Academia de los Húsares, haría carrera militar y llegaría a ser coronel. General no, nunca me ha gustado mandar, y los generales no le caen bien a nadie. Pero coronel sí: parte del grupo, capaz de dirigir a sus hombres en cualquier situación. Una persona de la que poder fiarse. Eso era en lo que me convertiría. Aquel día iría a buscarte y nos casaríamos y tendríamos hijos. Tres: dos niñas y un niño. Los querríamos mucho y seríamos felices para siempre.

Pensándolo ahora, me doy cuenta de lo estúpido que era.

El día que entré en la Academia de los Húsares, el comandante en jefe me hizo llamar a su despacho. Era un hombre terrible, alto y duro. Me dijo: «Eres un huérfano de la Institución Moser. Eres la basura de Danubia, la que no quiso nadie. Que sepas que yo tampoco te quiero. Y los Húsares mucho menos».

Tenía razón. Los Húsares no quieren a alguien como yo, y pronto me hicieron comprender que nunca llegaré a ser coronel, es más, ni siquiera un simple alférez. La gente como yo se queda de soldado raso toda la vida, reciben los encargos más humildes o peligrosos y ven cómo los demás promocionan en su lugar.

Ese es mi destino. En él no estarás tú, y tampoco habrá hijos.

Muy diferente de las vías que me había imaginado. Pero eso no es todo. Yo no entré en los Húsares para hacer carrera militar, sino porque creía en lo Correcto y lo Equivocado. Sin matices. Y creía que, dedicando mi vida al Ejército, formaría parte de lo Correcto. Y por eso, cuando me pediste ayuda, ya no supe qué hacer.

¿Qué era lo Correcto? ¿Infringir la ley o traicionarte?

Nadie me había enseñado nunca que decidir pudiera ser tan doloroso y que las consecuencias fueran aún más difíciles todavía.

Así, en lugar de elegir, me quedé observando: desde mi garita vi, con el corazón en la garganta, cómo rompías las farolas y forzabas la puerta de aquel taller, y cuando escuché un ruido en la garita de al lado, pensé que te iban a descubrir de todas maneras y, por si eso no bastara, me arrestarían a mí también por haber sido tu cómplice.

Tuve miedo. Fui un bellaco. Di la alarma, tal vez esperando que pudieras huir.

Te perdí a ti, la persona más importante de mi vida, y condené a muerte a tu amigo Arthur.

Asistí a sus interrogatorios mientras estaba en las cárceles en flor y, cuando hice de centinela frente a su celda, hablé con él.

Me habló de ti, de tus aventuras, de lo fuerte y valiente que eres, de que no toleras las injusticias y de que no tienes miedo de luchar contra todo y contra todos, incluso los profesores, si es necesario. Me contó que la Academia nunca ha tenido una alumna como tú, que todos te envidian, porque tienes valor para dar y regalar.

Entonces, por fin, entendí.

Entendí que se puede formar parte de lo Correcto aunque te obliguen a estar de parte de lo Equivocado. Y entendí que lo Correcto está en permanente estado de cambio. Que es difícil, que hay que pensar, decidir, arriesgar, intentar, no tener miedo, tener muchísimo miedo y no rendirse nunca.

Arthur solo quería una cosa antes de morir. Un dulce. Así que salí a comprárselo. Y mientras estaba fuera del cuartel, llegó Hugo.

Me hizo una propuesta.

Una propuesta loca. Equivocada. Ilegal.

Y yo me pregunté: ¿qué haría Twelve si estuviera en mi lugar?

Y traté de hacerlo.



STEPHEN

## Una moneda de plata

Las paredes de la iglesia eran rojas como la sangre, adornadas por infinidad de amapolas. Las había a miles, en ramos dentro de jarrones de oro o entrelazadas en guirnaldas, dispuestas sobre almohadones negros entre los bancos de los fieles y colocadas entre las estatuas, sobre las columnas.

La amapola era la flor del rey, representada en el escudo de la casa regente y en la bandera que ondeaba en la puerta de la capilla.

El ataúd había sido colocado frente al altar, elevado del suelo gracias a un pedestal de mármol de un metro de alto, recubierto de frisos de oro y piedras preciosas.

Lo habían envuelto en un paño negro y alrededor montaban guardia dos anillos concéntricos de setenta Húsares en uniforme de gala, en posición de presentar armas, con los sables desenvainados rectos frente a la nariz, tan rígidos que se confundían con las estatuas. Eran alféreces, así que Stephen no estaba entre ellos, pero su amigo podía ser uno de los muchos Húsares que marchaban arriba y abajo por el parque del palacio, cruzándose en complicadas coreografías marciales.

Cuando Twelve entró, muchos Ángeles ya ocupaban sus puestos en el coro y el niño de los ojos azules, Dreyfus, le hizo una seña para que se colocara a su lado. Twelve intentó ignorarlo, pero el niño insistió, moviendo los brazos de manera teatral. Mejor darle el gusto, pensó Twelve.

—Te he pillado —la saludó el joven Dreyfus.

A Twelve le dio un vuelco el corazón.

El niño rio y añadió:

—Tú no eres de Graf.

El director del coro, vestido con una larga túnica blanca con rayas negras de luto, golpeó la baqueta tres veces sobre el atril. Significaba «silencio» y no había excusas para romper su orden.

Twelve se esforzó al máximo por quedarse detrás de los demás y trató de no mostrar signos de emoción cuando los mezzosopranos de la segunda fila cometieron un error y el director interrumpió los ensayos, girándose de nuevo hacia Dreyfus.

—¿Qué has dicho? —murmuró a media voz.

El muchachito seguía sonriendo.

—Cuando me despedí de ti en la plaza, mientras esperabas tu carroza, me di cuenta de que solo quedaban allí familias de bajo rango. Así que no puedes ser de Graf...

—¿Y entonces quién soy? —preguntó Twelve, curiosa por averiguar adónde quería llegar aquel fisgón.

—Un advenedizo.

—Un... ¿qué?

—El hijo de un noble de última generación. Dime la verdad, tu bisabuelo, o tal vez tu abuelo incluso, eran mercaderes, ¿verdad? Plebeyos. Y por eso te avergüenzas tanto y te esfuerzas por hablar bien y prefieres estar solo...

Twelve no sabía si abofetearlo por su insolencia o abrazarlo porque no se hubiera dado cuenta de nada.

—Tienes razón —mintió—. Soy un nuevo noble.

El muchachito sacudió la cabeza, despeinándose el pelo de manera teatral.

—Lo sabía —dijo, orgulloso de su intuición.

Hacia las diez y cuarto, Twelve empezó a morir de impaciencia. El tiempo pasaba y el director del coro no dejaba de interrumpir el canto para hacerles repetir pasajes enteros. Estaba empapado de sudor, tenía la cara roja y, de vez en cuando, elegía a un muchacho al azar y le hacía exhibirse como solista para verificar la entonación y la potencia vocal.

Si hubieran elegido a Twelve, habría sido el fin, lo sabía bien. Así que se esforzaba por mantenerse invisible, miraba al director pero nunca directamente a los ojos, y en los intervalos entre una canción y la siguiente, intentaba desaparecer tras las cabezas perfectamente peinadas de sus compañeros.

Las diez y veinte.

Las diez y veinticinco.

—Repitémoslo de nuevo, desde el principio.

Las diez y treinta y cinco.

Las once menos cuarto.

—Una última vez.

A las once, el director decidió que ya era suficiente o, más bien, que tendría que serlo, porque los primeros asistentes estaban llegando y empezaban a diseminarse por los bancos de la iglesia.

El coro desfiló hacia la cripta en el silencio más absoluto, a la espera de que lo convocaran para el comienzo de la función. La cripta también estaba decorada con flores e iluminada por multitud de cirios de color rojo fuego. Dos Húsares con uniforme de gala hacían guardia frente a ella.

—¡Todos en fila! —ordenó un maestro de ceremonias, dirigiéndose a los Ángeles—. ¡Vamos, deprisa! Y, en silencio, venid por aquí.

Los dispuso a lo largo de los escalones de la cripta, erguidos y con las manos tras la espalda, y entonces dijo:

—La tradición es que los Ángeles del coro reciban una recompensa por sus servicios de parte de las familias más poderosas de Danubia. Por las escaleras de esta cripta descenderán trescientos treinta y tres exponentes de las familias que hacen grande a nuestra ciudad y os entregarán una moneda de plata a cada uno de vosotros: un deseo de que vuestra voz llegue hasta el cielo; y vosotros, cuando aceptéis la moneda, se la agradeceréis con la fórmula ritual: «Así como su bondad, multiplicada por diez y por cien». ¿Todo claro?

—Así como su bondad, multiplicada por diez y por cien —respondieron los niños a coro.

Twelve se dio cuenta de que temblaba de la cabeza a los pies. Ya eran las once pasadas, el funeral comenzaría a mediodía y tenía los minutos contados. ¿Cuánto tiempo tardaría en terminar aquella tontería y por qué los profesores no sabían nada de aquello?

Se puso a la cabecera para ser de los primeros en recibir la moneda, con la esperanza de poder largarse lo antes posible. Entonces, en lo alto de las escaleras, vio a las primeras personas que bajaban. Vestían elaborados ropajes y complicadísimos sombreros ceremoniales, y sostenían, cada uno sobre un cojincito púrpura, una moneda de plata.

—Venga, vamos, más rápido —rogó Twelve para sus adentros, apretando los dientes.

Eran hombres y mujeres, de gris y de negro, con pomposas ropas forradas de terciopelo o con sobrias túnicas decoradas con vistosas joyas, con los lóbulos de las orejas cargados de oros, bigotes en punta, el uniforme de los Embajadores o la capa violeta de los Escribas. Entre todos los que avanzaban con paso solemne, mientras se acercaba su turno, había dos niñitos de la edad de Ninon, o eso parecía, con la piel de alabastro y la cabeza completamente calva. Vestían túnicas idénticas, largas hasta los pies y bordadas de oro, solo que una era rojo escarlata y la otra, verde esmeralda.

Los reconoció inmediatamente: eran Shalosh y Arba Zorba, ¡los hermanos Zorba! En realidad, eran nonagenarios y adoptaban la apariencia de dos niños gracias a los poderes de la alquimia. Por algo eran los farmacéuticos y alquimistas mejor dotados de la ciudad, los que le habían proporcionado a Twelve el antídoto para Ninon cuando aún creía que la niña lo necesitaba. Y quienes, a cambio, le habían pedido que robara un objeto del taller de Xavier. Twelve trató de esconderse entre la fila de Ángeles, pero tuvo la certeza de que la habían reconocido y que uno de los hermanos le estaba diciendo algo al otro.

Se obligó a mirarse la punta de los pies.

—Que tu voz llegue al cielo —le dijo alguien a alguno de los Ángeles que la predecían.

Y este respondió:

—Así como su bondad, multiplicada por diez y por cien.

La ceremonia prosiguió y, cuando las voces estuvieron muy cerca, Twelve finalmente alzó la mirada y se percató de que le había tocado precisamente la moneda de los hermanos Zorba. ¿Cómo podía ser? ¿Se habrían cambiado ellos también de posición?

—Que tu voz llegue al cielo —dijo Arba. Y, cogiéndola del cojín púrpura, le depositó en la palma una moneda de plata tan grande como su mano.

—Así como su bondad, multiplicada por diez y por cien.

Y eso fue todo.

Pero en cuanto observó la superficie de plata en la que aparecía grabado el perfil del antiguo rey, Twelve tuvo la sensación de que las letras de la moneda cambiaban de forma.

«¿Fuiste tú?», decía la moneda.

Twelve abrió los ojos de par en par, sorprendida, y por un segundo tuvo miedo de dejarla caer.

Las letras se recompusieron y se descompusieron una última vez.

«¿La que asesinó al rey?».

Twelve retrocedió, se escondió entre las columnas de la cripta, lejos de los cirios ardientes, de los sables de los Húsares y de aquella procesión de autoridades ciudadanas. Buscó refugio en las sombras, las pocas que había, hasta los sarcófagos gemelos.

¿Por qué le habrían entregado los hermanos Zorba ese mensaje? ¿Qué pretendían decirle?

¿Sería por el objeto misterioso que les había proporcionado durante su misión? ¿La caja envuelta en un paño de terciopelo?

—Ya vale... No puede ser... —se repitió—. Tú no tienes nada que ver con el rey. Nada de nada.

Solo era una broma cruel. Lo que pasaba era que los hermanos Zorba la habían reconocido y querían que lo supiera. Y que ella tenía una misión que cumplir —es más, dos— y muy poco tiempo para hacerlo.

El pasadizo, la puerta.

Y además... Zefirotti, le había pedido Hugo. ¿Qué posibilidad tenía, se preguntó, de interceptar a Zefirotti?

Se apoyó sobre la tapa del sarcófago de la izquierda, convencida de que aquella losa de mármol no se movería jamás, y en cambio la notó deslizarse con facilidad, como una puerta corrediza por unos rieles. Abrió una rendija lo suficientemente grande como para colarse dentro y se introdujo en ella, imaginando que se encontraba en una de las cajas fuertes del Gran Manny. Sintió un escalofrío cuando respiró aquel aire pesado y con olor a muerte. Entró en comunión con la piedra, el polvo y las telarañas, se sentó en el fondo del sarcófago y cerró la tapa sobre su cabeza.

CLONC.

«Ya está», pensó, ahora sí que era verdad, lo había hecho: se había sepultado viva. Acudieron a su mente las historias de miedo que contaban en el orfanato Moser a los niños recién llegados para asustarlos y que no pudieran dormir: historias de niños asesinados, de esqueletos que esperaban ocultos en las alcantarillas y fantasmas que surgían de sarcófagos como aquel.

—¡Tranquila! —susurró Twelve para darse valor—. Esto solo es una vieja caja de piedra vacía. Aquí solo hay cucarachas, y las cucarachas dan asco..., muchísimo asco..., pero son inofensivas. Y tú eres Twelve. Twelve, la que se escapó de la Academia y la que volverá a hacerlo. Twelve, que ha sido la mejor. Twelve, la amiga de los hermanos Zorba.

Siguió parlotando en voz baja, una especie de cantinela monótona para recuperar la concentración, y se puso a cuatro patas, hurgando en el fondo del sarcófago para buscar la cerradura. Estaba sepultada bajo una capa de suciedad de un pulgar de grosor. Y, como le había adelantado el Gran Manny, se hallaba compuesta por nueve cubitos de piedra dispuestos en filas de tres en tres. Encima no había números, pero debía presionarlos en el orden correcto para abrir el pasadizo.

—¿Y qué pasa si me equivoco? —había preguntado Twelve.

—No se sabe —reconoció el profesor—. Los antiguos reyes eran bastante originales con sus trampas, así que trata de no descubrirlo.

No era difícil, pero tampoco era fácil, dado que Twelve no tenía consigo ni el más mínimo instrumento. Ni una ganzúa, ni una linterna. No podían correr el riesgo de que un Húsar la registrara y la descubriera con ellos encima. Lo único que tenía en el bolsillo era el polvo alquímico que Hugo le había dado para neutralizar el contranillo y el último sobre de oro de Humo escondido bajo la camisa.

Lo que significaba que solo podía fiarse del tacto y el oído. Se tumbó en el fondo, apoyó las manos en los cubos y, tras elegir el primero, lo apretó.

Estaba durísimo. El polvo y la suciedad de los siglos habían bloqueado el mecanismo.

—Maldición —bufó—. Nunca lo conseguiré.

Y en ese mismo instante, se puso a frotar y soplar en la oscuridad, levantando una nubecilla de polvo que le hizo toser. Le empezaron a llover los ojos.

Intentó aplastar uno de los cubos y esta vez se movió, no con facilidad, sino con pequeños chasquidos.

Twelve maldijo, pasó la mano una última vez sobre el mecanismo y apretó con más fuerza.

CLIC.

El del centro hizo un chasquido distinto, un sonido metálico, en cuanto lo activó.

Twelve sonrió y lo empujó hasta el fondo.

—Va uno.

A continuación, repitió la operación, preguntándose constantemente si lo estaría haciendo bien. Cuatro cubos distintos de los demás. Cuatro de nueve.

Y por último...

CLUNC.

Se había equivocado. Tenía que empezar de cero.

Lo hizo, rápidamente, y esta vez prestó particular atención al último cubo. No era el de abajo a la derecha, sino el que había justo encima.

CLIC.

Twelve escuchó un ligero chirrido justo sobre sus rodillas.

—¡Vamos!

En el fondo del sarcófago, bajo los cubos de piedra, se había abierto una trampilla que se deslizaba por el mármol dejando libre un cuadrado poco más grande que una alcantarilla.

Twelve se había imaginado un pasadizo secreto más amplio y lujoso para un rey, pero tal vez a los soberanos toda sutileza también les pareciera poca cuando se trataba de construir vías de fuga indetectables.

Se deslizó dentro del pasadizo y de allí llegó a una galería tan estrecha que tuvo que continuar acuclillada sobre los talones. Sabía que había varios giros, y sabía dónde estaban.

Pero, en un momento dado, tropezó.

Había un hilo tenso a tres cuartas partes de la altura de la galería, más o menos donde quedaba su garganta. Algo se le clavó en el costado, provocándole un dolor ardiente que le nubló la vista.

Cayó de espaldas, jadeando.

Palpó la oscuridad frente a ella y localizó la hoja de un segur que había surgido de la pared, con el mango unido a un perno y la hoja conectada al hilo. Cualquiera que tocara aquel hilo haría saltar el mecanismo y su cabeza resultaría limpiamente rebanada.

Twelve bendijo el mismo polvo y los siglos que había maldecido dentro del sarcófago. Y se deslizó bajo el segur. Se había herido, lo notaba en los dedos mojados de sangre. No era una herida mortal, pero dolía muchísimo.

—Los reyes antiguos eran expertos en trampas —murmuró, recordando las palabras del Gran Manny—. Malditos sean.

El pasadizo la llevó a aparecer tras un cuadro. Uno muy grande, con un marco de oro de un palmo de ancho, que representaba una montaña, o, más bien, un escarpado valle invadido por una horda de Húsares al galope, con los sables desenvainados y sus yelmos con forma de dragón. En primer plano había un joven a caballo, delgadísimo, que de no ser por los bigotes retorcidos podría haber sido perfectamente Seventy Stephen, con una expresión de autoridad salvaje en el rostro.

Twelve cayó sobre una densa alfombra. Estaba en un despacho que se parecía vagamente al del profesor Luther, aunque infinitamente más lujoso. El escritorio y la silla eran de caoba lacada, las patas y los reposabrazos estaban perfilados por tirabuzones de madera y flores talladas, y en la superficie de la mesa había una pluma y un tintero de oro.

También se veían una pequeña chimenea apagada y dos armaduras de caballero con yelmo, escudo y espada incluidos, y un mapamundi de madera casi tan alto como Twelve.

Quién sabe si aquel sería el despacho privado del rey o de alguno de sus consejeros, ministros o funcionarios. Twelve se apoyó en el escritorio, entreabrió con cuidado el primer cajón y admiró, fascinada, el paquete de folios estampados con timbres y lacres. En la primera página se leía: «Administración de la compañía de los Húsares - Informe anual».

Twelve no sabía qué era todo aquello y cerró el cajón. Luego buscó un espejo y lo que vio no le gustó en absoluto. Se le había arrugado el disfraz de Ángel, estaba cubierta de polvo y tenía una mancha de sangre a lo largo de la pernera derecha del pantalón.

Tenía que ocuparse de ello antes de volver. Salió del despacho a la torre desierta, como le había hecho memorizar Luther, y se encontró en el cruce entre un pasillo, una antecámara circular y su objetivo.

El gran portón de entrada que solo se podía abrir desde dentro.

Y su resplandeciente pomo dorado.

—¡Cuánto has tardado!

—¡Rápido, rápido, haznos entrar!

Akiko, Zefirotti y el Gran Manny entraron veloces en la Torre del Rey e inmediatamente después cerraron la puerta tras de sí. Vestían uniformes de soldado, que, mientras que a la profesora le sentaba divinamente, en los otros dos —uno alto y gordísimo, el otro pequeño y jorobado— provocaba un efecto, cuando menos, cómico. ¿Cómo demonios habían hecho para mimetizarse entre las impecables tropas que atestaban la plaza, formando severamente en posición de firmes?

Zefirotti, por fin a salvo en la torre, se secó la frente con un gran pañuelo. El Gran Manny, en cambio, escupió al suelo y preguntó:

—¿Puede saberse qué te ha pasado?

—Herida de arma blanca. Un hacha o un segur, o puede que una francisca o una alabarda... —dijo Akiko, evaluando la herida.

—Era un segur —respondió Twelve.

La profesora le lanzó un hatillo de tela que tenía escondido bajo el manto.

—Afortunadamente, he traído unas cuantas medicinas de emergencia —dijo—. Y una muda de ropa.



—¡Es usted un genio, profesora! —se alegró Twelve, atrapándolo al vuelo.

—Ten cuidado cuando lo abras, dentro debería haber un espejito y lo necesario para retocarte el maquillaje.

—¿Por qué has tardado tanto? —insistió el Gran Manny.

—¡Ha sido por culpa vuestra y de vuestro estúpido plan! —contestó Twelve, molesta—. Los ensayos han durado más de lo previsto y luego había una ceremonia de la que no teníamos ni idea. Trescientos treinta y tres ciudadanos ilustres con una moneda de plata...

—¡El padre Giacomo también se puede ir al diablo! —maldijo el enano—. Son las doce menos cuarto. ¡Vamos, lárgate! Apenas tienes tiempo para regresar, retocarte el maquillaje y subir al escenario.

Akiko le apoyó una mano en el hombro.

—Ve. Has cumplido tu parte. Véndate la herida, vuelve, cámbiate y deja que nosotros nos ocupemos de esto.

Los tres profesores se alejaron por el pasillo sin más explicaciones.

—Zefirotti es el contacto entre los Ladrones y los Húsares —le había dicho Hugo. Tenía que seguirle para poder desenmascararlo.

Zefirotti.

«Sigue a Zefirotti».

Twelve recorrió, en sentido inverso, la antecámara entera, sus techos al fresco y sus mármoles policromados. Apareció en el pasillo, entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí. Y se apoyó contra ella, jadeando.

«Sigue a Zefirotti».

Era el momento de decidir si hacerlo o no: si desobedecer las órdenes y seguir a los profesores Torre del Rey arriba, o volver a la cripta a tiempo y... cantar.

¿Podría embaucar a sus propios embaucadores?

—¿Y bien, Twelve? —se preguntó—. ¿De verdad tienes ese valor del que todos hablan? ¿De verdad estás dispuesta a intentarlo, solo porque te lo ha pedido Hugo?

El corazón le latía enloquecido en los oídos.

Sus dedos rebuscaron dentro del chaleco y apretaron la probeta con el polvo para neutralizar el contranillo. La destapó, cogió el último polvito que quedaba y se lo sopló sobre el dedo.

La voz de los profesores retumbaba por los pasillos desiertos.

—Es tarde.

—Maldita chiquilla.

—No exageres, Zef, que todavía estamos a tiempo...

—Como me vuelvas a llamar Zef, voy a usar tu cabeza de enano en el torneo de balón prisionero.

—Calmaos...

—Sí, calmémonos. Y separémonos, si queremos conseguir hacerlo todo. Akiko, Manny y tú, ocupaos de la caja fuerte de las joyas.

—¿Y tú?

—De los apartamentos del rey.

—Eso no estaba en el plan.

—¡Me importa un comino el plan! Es tardísimo y no tenemos la seguridad de que el enanito vaya a conseguir obrar su milagro...

—¡Eres una bola de gas, Zef!

—¡Te he avisado de que como me volvieras a llamar así...!

—Ya vale. He captado la idea, profesor: si lo de la caja fuerte no funciona, igual tú encuentras algo.

—¿Lo has entendido ahora, enanito? Haz caso a la dama. ¡Vamos, vamos, id!

Twelve contuvo el aliento, aún en los escalones. Los escuchó correr y separarse, y rezó porque a ninguno se le ocurriera volver sobre sus pasos. Mientras tanto, pensó que tal vez Hugo tuviera razón: Zefirotti acababa de librarse de los otros dos.

¿Para ir adónde?

El misterio se ponía interesante. Los profesores también se estaban engañando los unos a los otros. Cuando le pareció que volvía a hacerse el silencio, Twelve subió los últimos escalones, apareció en el segundo piso de la torre e inspeccionó el pasillo. Avanzó en la dirección en la que le parecía que no habían corrido Akiko y Manny, tratando de caminar a paso ligero.

Ahora el asunto se tornaba realmente peligroso. Si la descubrían, no sabría cómo justificarse. Y cada minuto que se entretenía en la torre era un minuto menos con el que contaba para regresar a la cripta.

De repente escuchó las voces de Akiko y Manny procedentes de un pasillo a la izquierda y corrió en dirección contraria. Tenía que encontrar las dependencias del rey. ¿Cómo conseguiría reconocerlas?

Una majestuosa escalera de caracol trepaba por la pared de la torre como la columna vertebral de un contorsionista y, en lo alto de los escalones, durante un segundo, se dibujó la imponente silueta de Zefirotti.

Twelve lo siguió, manteniendo una distancia de veinte pasos. Una vez en el cuarto piso, Zefirotti giró a la derecha y atravesó más pasillos, saloncitos, salas de té, zonas de paso.

Luego se detuvo frente a una puerta maciza, lo suficientemente grande como para que la atravesara una carroza. La batiente izquierda era completamente negra, brillante, hecha de obsidiana o algún otro material precioso que Twelve desconocía. La batiente derecha, en cambio, era de un blanco un tanto amarillento, probablemente marfil.

—¡Aquí está, por fin! —se le escapó al profesor, hablando para sí.

Abrió la puerta con cierto esfuerzo y Twelve entrevió a través de las batientes un curioso salón íntegramente decorado en blanco y negro, como un tablero de ajedrez:

había una chimenea blanca, un pequeño sofá negro, una estantería blanca llena de libros de lomos negros, una ordenada fila de jarrones negros y brillantes que rebosaban rosas blancas, ya mustias.

Zefirotti lo cruzó y abrió de par en par una segunda puerta.

Twelve entró en la primera sala, la dejó atrás y pegó la espalda a la pared, espionando por la rendija que quedaba entre las bisagras de la puerta.

—¿Dónde estarán...? —escuchó murmurar al profesor.

Estaba buscando algo. ¿El qué? ¿Y por qué?

Zefirotti se alegró.

—¡Ja, ja! ¡Ahí están!

Twelve no alcanzaba a ver nada, pero escuchó el ruido de un cajón al cerrarse y luego un crujido de papeles.

Retrocedió, escondiéndose tras un diván. No había mucha luz más allá que la que se filtraba desde la escalera.

Recordando las clases de espionaje de Madame Truffaut, trató de respirar lo más lentamente posible. Lo más importante era mantener la calma, fundirse con el ambiente, no pensar, convertirse en un objeto inerte. Zefirotti salió del despacho y cerró la puerta tras de sí. Se detuvo en el saloncito, frente a la chimenea. Se arrodilló en el suelo y empezó a maniobrar con un mechero y los palitos de delgada madera que algún hacendoso sirviente había dejado en la chimenea, preparados para encenderla.

Depositó una pila de documentos junto a sí y, en cuanto el fuego de la chimenea se encendió, los arrojó a las llamas.

—Ahora estás contento, ¿eh, maldito? ¿O debería decir maldita?

Al ver que las llamas devoraban el papel, Zefirotti no se quedó a comprobar si el fuego seguía ardiendo, sino que, con una agilidad impresionante para un hombretón de su tamaño, se incorporó y salió de un salto del salón, cerrando tras de sí la puerta blanca y negra.

Twelve contó hasta tres y luego salió de su escondrijo y se aproximó a la chimenea, cogiendo un atizador para salvar los folios de las llamas. Los golpeó con las manos y los pies para apagarlos mientras en su cabeza un reloj invisible seguía haciendo tictac implacablemente: los minutos seguían pasando, seguramente ya fuera casi mediodía y tal vez no le diera tiempo a regresar puntual.

No estaba segura de haberlo conseguido: muchas de las páginas ya se habían quemado, pero otras solo tenían el borde renegrido. Pensó en llevárselas consigo, pero descartó inmediatamente la idea. Y se le ocurrió otra mucho más audaz: enviarlas chimenea arriba, como había hecho con las cartas de la Academia.

—Así comprobaremos si de verdad eres quien dices ser, Humo. Un riesgo para uno...

Introdujo los documentos quemados dentro del último de los sobres dorados que le había dado Lobo, cerró la lengüeta, dudó una vez más y arrojó el sobre a las llamas. Lo vio elevarse como si fuera una pluma. Bailó entre las llamas y acto seguido desapareció, como si la campana de humos lo hubiera aspirado.

Ya era tarde, tardísimo.

Tarde más allá de cualquier límite razonable.

Correr.

Volver a atravesar la galería, esquivar las trampas.

Regresar al sarcófago.

Cambiarse de ropa, retocarse el maquillaje.

Correr.

Y por último, reunirse con el resto de los Ángeles antes de que empezara el funeral.

Si no hubiera obstáculos o imprevistos, podría conseguirlo en doce minutos.

¡DING! ¡DONG! ¡DING! ¡DONG! ¡DING! ¡DONG!

El tañido de las campanas reverberó con tal fuerza que las puertas vibraron.

¡Las campanas!

¡La ceremonia del rey!

¿A qué hora sonaban las campanas? ¿A las doce y media? ¿Cinco minutos, quince minutos antes?

Twelve llegaba tarde, tardísimo, estaba perdida.

Se imaginó al padre Giacomo engalanado entre la multitud, escrutando el coro a la espera de que ella apareciera.

Pero no aparecía.

Se darían cuenta de que había manipulado el contranillo.

Y entonces...

Correr.

Maldición.

«Diré que me encontraba mal», pensó Twelve. «Al fin y al cabo, Akiko sabe que estoy herida. Diré que me he desmayado en el conducto... Y al director de la orquesta... A él también le diré algo».

De cualquier manera, tenía que darse prisa, ¡rápido, rápido, rápido!

Allí estaba el último pasillo, y después el despacho al que daba el pasadizo secreto...

Y...

Se detuvo un segundo antes de abrir la puerta.

—¿Vosotros cuánto creéis que vale este mapamundi?

—Más oro del que pesa, seguro.

—Qué pena que no nos lo podamos llevar...

—Confórmate con el botín que ya tenemos, Manny...

—Tendríamos más, si tú no hubieras subido a los apartamentos del rey y hubieras vuelto con las manos vacías...

—No es culpa mía que no hubiera nada.

Se sintió morir.

¡Los profesores!

¿Qué hacían aún allí? Y sobre todo, ¿por qué estaban justo en aquel despacho?

Aún le quedaba un minuto para contratiempos.

Twelve vio que el pomo de la puerta se estaba abriendo y se dio cuenta de que salían. Pero no había ningún lugar en el que esconderse. El pasillo era una brillante explanada de mármol policromado. Así que tenía que intentarlo por el otro lado.

Por la antecámara. Desde donde escuchó los pasos de los profesores que se apresuraban en la misma dirección.

Solo tenía una vía de escape.

Una única puerta.

Con el pomo dorado.

Preso del pánico, Twelve abrió de par en par la puerta de la Torre del Rey y salió al aire libre, a la plaza del Palacio Real.

Apretó la espalda contra la cornisa de mármol que había junto al portalón, paralizada por el terror, y un segundo después vio a los profesores salir a grandes pasos con sus disfraces de Húsar, y a Akiko sosteniendo su bolsa, que ahora parecía llena a reventar. Los vio cruzar la plaza a la carrera, sin mirar atrás, y desaparecer entre dos altos setos de boj que cercaban un sendero de grava. Twelve se lanzó hacia la puerta de la torre, pero no llegó a tiempo.

Acababa de cerrarse.

La puerta solo podía abrirse desde dentro o con la llave especial del rey. Ni siquiera el Gran Manny lo había intentado.

No había manera de volver a entrar.

Se había quedado fuera.

## El funeral del rey

**E**l cielo era del color de la leche agria y el aire estaba caliente, con una humedad pegajosa que adhería la ropa a la piel. Las torres del palacio del rey se recortaban, altísimas, sobre la cabeza de Twelve, amenazándola con su amalgama de banderas de luto, pasillos suspendidos, pasadizos y terraplenes.

El jardín estaba desierto. Senderos y parterres, la enorme fuente y, aún más lejos, casi en el horizonte, la verja coronada de puntas de lanza.

La iglesia quedaba a trescientos metros de ella, a la izquierda, y la explanada despejada frente al portón era un hervidero de personas. Al otro lado de la verja había un mar de gente, en el cual las carrozas sobresalían como islas. Una de ellas era, cuando menos, colosal, un catafalco negro de casi seis metros de altura arrastrado por cincuenta caballos que, cuando terminara el funeral, transportaría los restos mortales del rey en su último desfile a través de la ciudad para luego volver a llevarlos a la cripta, donde finalmente se detendría. ¿Cómo podía entrar allí dentro sin que repararan en ella?, se preguntó Twelve.

Escuchó el sonido de las notas del órgano y comprendió que la ceremonia ya había comenzado y que todos los demás Ángeles ya estaban cantando.

El coro, el coro.

¿Dónde estaba el coro? A la derecha del portón, atestado por unos cuantos miles de personas. Y entre esos miles, se encontraba también el padre Giacomo. Seguro que estaba allí, escrutando el coro, preguntándose por qué su Ángel era el único ausente.

¿Y qué pasaría cuando la viera entrar por el portón principal?

Ella se había despedido de los profesores con la promesa de regresar inmediatamente a la galería. Así que la descubrirían. Los había traicionado. Embaucado. Y ellos la matarían.

O tal vez no. Tal vez aún pudiera ingeniárselas, pero antes tenía que volver a ser un Ángel, inmediatamente. Se escondió tras un seto, abrió el zurrón de Akiko y sacó unos pantalones, una camisa, una pajarita y un chaleco doblados y recién planchados. Cogió las vendas y el frasquito de desinfectante, ahogó un grito cuando se lo aplicó sobre la herida y se colocó la venda lo más apretada que pudo. Finalmente, se vistió con la camisa y el chaleco limpios.

—Ya casi estamos. Venga.

Sacó del morral el estuche de maquillaje y se sorprendió: tenía la cara desfigurada, sucia, y el pelo enmarañado. Trozos de Twelve asomaban del rostro de Georg Viktor bajo la forma de cera desprendida y maquillaje corrido.

Hizo lo que pudo en los pocos minutos con los que contaba. Luego metió la ropa sucia y el maquillaje en el zurrón y lo tiró entre los barrotes de un nicho. Y se encaminó hacia la iglesia.

A Twelve le pareció una empresa desesperada atravesar aquel mar de gente y llegar al coro sin que el padre Giacomo se percatara: de la triple arcada de la capilla entraba y salía una compacta muchedumbre de dignatarios, elegantísimas damas y caballeros con sombrero y monóculo, y jovencitos que parecían petrificados por sus trajes de ceremonia. Cuanto más se acercaba, mejor escuchaba el canto armónico de los Ángeles, que reverberaba entre las bóvedas de la iglesia.

Y mientras se preguntaba cómo continuar, detrás de ella alguien gritó:

—¡Alto ahí!

Twelve dio un respingo y el corazón le empezó a temblar cuando vio que quien le había hablado era Stephen, su Stephen, ataviado con un yelmo ligeramente grande que se le resbalaba por la nariz.

Tras él, en la plaza, un oficial de los Húsares con una chaqueta roja y alamares dorados estaba ocupado reuniendo a un centenar de cadetes con los espadines pendidos del cinturón. Stephen debía de haberse alejado corriendo de su sección para alcanzarla.

—¿De verdad eres tú... Twelve? —murmuró.

—Yo... —balbució ella, aún con la voz de Georg Viktor, el niño del coro—. Tú cómo...

Stephen retrocedió apenas, sorprendido, pero luego avanzó de nuevo y la miró más de cerca.

—Twelve. Sí, eres tú. Llevas el anillo, como decía Hugo.

—¿Hugo qué tiene que ver?

—Me dijo que tuviera los ojos bien abiertos. Que te disfrazarías de Ángel y que llevarías un anillo como este. Y que tal vez necesitaras ayuda. —Dudó un segundo y añadió—: ¿Has leído mi carta?

—Sí. ¿Fuiste sincero?

El rostro de Stephen se contrajo en una mueca resuelta.

—Claro que fui sincero. Por eso estoy aquí.

—Entonces hazme entrar en la iglesia.

—¿A qué te refieres...?

—La ceremonia ya ha empezado y yo debería estar en el coro, y no estoy. Entre el público se encuentra uno de mis profesores. Se debe de estar preguntando qué habrá

pasado, espera verme salir de la cripta, y si yo en cambio aparezco por el otro lado, se dará cuenta de que ha pasado algo.

—Un buen lío, ¿eh?

Twelve se lo quedó mirando.

—Le he enviado unos documentos a Hugo. Y si lo descubren, podrían matarme. O hacer algo peor. A mí. A Ninon.

Bajo su yelmo de Húsar, Stephen estaba blanco como una vela. Se giró, echó un vistazo a su sección, en medio de un ejercicio. Se encogió de hombros.

—Vamos.

La agarró por el brazo mientras con el espadín le abría un pasadizo entre la multitud.

En el interior de la iglesia el aire estaba impregnado de incienso quemado y de los vestigios de cientos de perfumes. Se distinguía el aroma exuberante de las coronas de flores y la voz solemne de los sacerdotes dispuestos en media luna alrededor del féretro.

Twelve vio a los Ángeles frente al director de blanco y localizó el puesto que le correspondía.

—¿Quién es tu profesor? —le susurró Stephen.

Twelve se volvió e identificó al padre Giacomo entre la multitud. Tenía los ojos fuera de las órbitas y saltaba de un pie al otro, en evidente estado de agitación.

—Ese de allí.

—Yo me ocupo.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—No te preocupes. Tú espera aquí, cuenta hasta treinta y luego únete al coro. Tu profesor no te verá. Te lo prometo.

Le sonrió, y lo hizo con la familiar sonrisa de su Stephen de confianza, el chico con el que siempre se podía contar y que nunca te abandonaba.

—Gracias —balbució Twelve—. Me estás salvando.

Él le guiñó un ojo.

—Hasta treinta. Y luego ve.

Desapareció entre la multitud y, por un instante, Twelve sintió deseos de seguirle, de escapar con él y de olvidarse de todo lo demás. Pero no podía, aún no. Así que contó. Treinta, veintinueve, veintiocho... Los Ángeles cantaban y la iglesia parecía vibrar con la reverberación de sus trescientas voces. Quince, catorce, trece... Los diáconos salmodiaban la oración. Tres, dos, uno. Vamos.

Twelve avanzó con la cabeza gacha, esquivando la mirada desconcertada del director del coro, y subió a su puesto. Se colocó el traje y luego alzó la mirada.

Ya no veía al padre Giacomo, ni tampoco a Stephen. Ambos se habían desvanecido entre el humo de las velas y el penetrante olor del incienso quemado.



## El Medio Milagro

**T**res horas después, el ataúd salió de la iglesia en medio de un silencio helador y, una vez fuera, fue acribillado por un vehemente lanzamiento de flores. El coro de los Ángeles esperó su turno y se dispersó, como había hecho durante los ensayos, y en cuestión de una decena de minutos, Twelve montó en su carroza.

El padre Giacomo estaba sentado en la esquina más sombría, como una serpiente dispuesta a abalanzarse sobre ella.

—¿Piensas contarme qué ha pasado? —le dijo cuando se pusieron en marcha.

—¿Qué debería contarle? ¿Que no tenía la más mínima idea de que después de los ensayos matutinos vendría la entrega de las monedas de plata? —espetó Twelve—. ¡Estoy viva de milagro! ¡Los demás profesores también están furiosos con usted! ¡Pregúnteselo a Zefirotti y a Akiko, si no me cree! ¡Tuve que arriesgar mi vida para llegar a tiempo!

—No llegaste a tiempo —replicó el padre Giacomo, impasible.

—¡Porque tuve que curarme! —exclamó Twelve, enseñándole la herida—. Bastante es que haya conseguido hacer lo que he hecho.

El padre Giacomo permaneció en silencio y Twelve respiró ruidosamente para recalcar su enfado.

—Un Húsar me ha importunado durante la ceremonia —dijo el padre Giacomo cuando ya estaban cerca del río—. Un cadete. Se me ha acercado, me ha levantado la voz y me ha obligado a alejarme un momento para no dar el espectáculo. Ha sido muy desagradable.

Twelve no respondió.

—Era un amigo tuyo, ¿verdad?

—Yo no tengo amigos —respondió Twelve—. Y mucho menos entre los Húsares.

—Pero cuando he regresado, te he visto en tu lugar —afirmó el padre Giacomo.

—He salido de la cripta en cuanto he podido.

—¿Y qué le has contado al director del coro?

Twelve se llevó una mano al estómago.

—Que he tenido que encerrarme en el baño, por miedo...

A su pesar, al padre Giacomo se le escapó una risilla. Se estrujó los labios con las dos manos y luego señaló algo fuera de la ventanilla.

—Hemos llegado —dijo—. No diré una palabra de lo que ha pasado. Queda entre tú y yo. El asunto termina aquí. ¿A-mén?

—Amén —susurró Twelve.

Y tuvo la sensación de que, en su mano, la moneda de plata vibraba ligeramente.

Decían que habían robado un millar de lingotes de oro. Y que la bolsa de Akiko contenía todas las joyas de la corona. Le preguntaron qué había visto y Twelve respondió que los profesores no le habían enseñado nada. Luego, dado que los Deshollinadores insistían, contó que había visto anillos, collares, cadenas de oro, un puñal con la empuñadura de esmeralda, un huevo de oro macizo incrustado de piedras preciosas y varios relojes mecánicos minúsculos, como la cabeza de un alfiler. Dijo que le habían enseñado algo en el barco que los había traído de vuelta a casa. Que Virginia había inspeccionado algunas de las joyas robadas con un monóculo de Orfebre y no había podido reprimir un grito de asombro.

Puede que fuera cierto o puede que no. Y puede que ni siquiera lo hubiera contado Twelve, pero en cualquier caso la Academia entera hablaba de la Horda y del valioso botín.

Lo cierto era que Twelve se había pasado el viaje entero mirando por la ventanilla el agua color barro del Duma y el remolino gris del cielo. Había empezado a llover cuando regresaron a la isla y caían gruesas gotas cuando cruzaron el invernadero.

En el comedor había un gran alborozo. Y la llegada de la tormenta, entre los fugitivos, se percibió como una especie de señal.

«Esta noche».

«Será esta noche».

Twelve, sin embargo, no se sentía tranquila. Habían planificado el descenso hasta el más mínimo detalle; la tormenta y los festejos entre los profesores agilizarían sus propósitos. Y gracias a la medicina milagrosa de Hugo sabía que podía superar la prueba de las Cianeas...

Pero...

La herida que había sufrido en el pasadizo le daba demasiado que pensar. Y estaba mentalmente agotada.

¿Debía dar la orden de esperar? Si perdían la oportunidad de aquel sábado, tendrían que aguardar una semana entera antes de intentarlo de nuevo.

Y una semana era demasiado.

En una semana, Eve y los demás Lord tal vez consiguieran matarla.

Sin que Odo llegase a tiempo.

Salió del comedor con la cabeza pesada y bajó a la enfermería. Dejó atrás las paredes de baldosas amarillentas y las camillas de hierro dispuestas en dos hileras, y se detuvo frente al biombo de tela que protegía la de Rebecca.

Eran las diez de la noche.

—Oye, señorita, no hagas ruido. Está durmiendo...

El médico se asomó desde el almacén de las medicinas. Llevaba una larga bata de operaciones y empujaba un carrito lleno de jeringuillas y frascos.

—¿Cómo está? —preguntó Twelve.

—¿Y tú? Me han dicho que te has hecho una herida fea.

—Es una tontería.

—Súbete ahí y déjame que eso lo decida yo, ¿te parece? —Mugaba le quitó las vendas, siseó algo entre labios y le cambió el apósito—. Muy buen trabajo, ayudante. Podrías llegar a ser un buen médico, ¿lo sabes?

Entonces se escuchó un grito. Un grito desgarrador, tan terrorífico que helaba la sangre en las venas.

—¡Oh, no! —dijo Mugaba—. ¡No, maldición, no!

Corrió hasta la camilla de Rebecca y apartó el biombo, y el grito aumentó aún más, tanto que no parecía humano.

—¡Twelve! —chilló el doctor Mugaba y a continuación le dio una serie de órdenes. Actuaron sin pensar, rápidos y precisos. Una jeringuilla chispeó entre las manos de Mugaba y pocos segundos después Rebecca dejó de gritar, deshaciéndose en una lluvia de sollozos ahogados.

Entonces, Mugaba lanzó la jeringa en la bandeja que Twelve le había traído y se quitó los guantes. Tenía el rostro empapado de sudor.

—Lo siento... —murmuró—. Hubiera preferido que no lo escucharas...

—¿Se pondrá bien? —preguntó Twelve.

—Me temo que no.

Twelve abrió los ojos de par en par.

—Sus heridas son muy graves. El ácido le ha desfigurado el rostro... Y ha penetrado en su cabeza y tiene quemaduras muy profundas en el pecho.

—¿Me está diciendo que Rebecca se va a morir?

—Me temo que sí. Lo único que podemos hacer es mantener las heridas lo más limpias que sea posible y calmarle los dolores cada vez que se despierta.

Permanecieron en silencio, en medio de aquel ambiente que apestaba a desinfectante, bajo las luces que parecían quebradas por los gritos.

—No me mires así... —añadió el médico—. A mí también me gustaría poder hacer más por ella, pero a veces la mejor decisión que puede tomar un médico es rendirse. Hay quien vive y hay quien muere. Y esa es nuestra realidad.

Mugaba se alejó, dejando a Twelve encargada de recolocar el biombo.

Rebecca iba a morir, pensó.

Y todo por culpa de Ninon, todo para que ella pudiera ir al Palacio Real.

A veces hay que rendirse.

Y otras, no.

—A veces hay que saber qué elegir... —murmuró—. Y no siempre lo correcto es correcto para todos.

Eso era, realmente, lo que atormentaba sus pensamientos. Eso era lo que no se atrevía a decirse. Lo que le daba miedo solo de pensarlo.

Iban a escaparse.

Esa noche.

Y Rebecca moriría.

El plan de fuga era desquiciado. Se basaba en el riesgo de morir ahogados en una esfera de metal. En la posibilidad de quemarse o cocerse vivos. Y en una medicina milagrosa, que era su única esperanza de conseguirlo.

Todo eran piecitas de un mosaico: el mosaico de cómo Twelve escaparía de la Academia de los Ladrones.

Pero Twelve no podía dejar a Rebecca así.

En cierto modo, tenía una deuda con ella y tenía que saldarla a cualquier coste.

Antes de arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer, Twelve rebuscó entre sus ropas de Deshollinadora y sacó el botecito que Hugo le había entregado.

El rostro de Rebecca estaba recubierto de vendas ensangrentadas.

Su boca era una herida morada.

—No tengas miedo... —le dijo.

Al demonio la fuga, las Cianeas, Eve y los Lord. Al demonio todo.

Si aquel brebaje había resucitado a Hugo de una muerte por ahogamiento y a Arthur de la horca, también haría algo por Rebecca.

Destapó el Medio Milagro y lo acercó a los labios de la muchacha, vertiéndole en la garganta todas las gotas aceitosas de aquel líquido oscuro.

Rebecca, en su sueño poblado de pesadillas, se sobresaltó y tosió.

—Tranquila —le susurró Twelve—. Todo saldrá bien. Todo saldrá de maravilla.

## La tormenta

**L**a banda de fugitivos estaba reunida al completo en la habitación de Lobo. Todos tenían el cabello despeinado, los ojos hinchados por la falta de sueño y miraban a su alrededor nerviosos, esperando que alguien rompiera la tensión.

El único farol de aceite, colgado del techo, los iluminaba de uno en uno. Ninon, con la mochila ya puesta y todos los aparejos de escalada de Twelve. Mia, con los ojos cerrados de pura tensión. Cressida y Henna, una junto a la otra como dos hermanas. Lunático, que reía nervioso en la sombra. Jane, pálida como un fantasma. Mister Brown, que estaba comprobando los mosquetones y las cuerdas. Y Lapo.

Cuando Twelve se les unió, Gerald dijo:

—Lo has conseguido.

—*Penzábamoz* que ya no *ibaz* a venir.

—Creíamos que querías postergarlo.

Twelve les dedicó una sonrisa a todos.

—Me he hecho un corte bastante feo hoy, durante la misión de la Horda. He tardado un poco en recuperarme.

—¿Crees que serás capaz? —le preguntó Lobo.

El muchacho estaba en la penumbra, con su inseparable palillo en la boca, y la miraba, y era tan hermoso que Twelve habría querido acercarse a él y besarlo.

Pero no podía. Y ya nunca más podría.

—Sí —respondió—. He hecho lo que tenía que hacer.

—¿Y *laz* treinta *monedaz*? ¿Ya te *laz* han *zoltado*?

—Es verdad, enseñanoslas...

—¡Lapo! ¡Gerald!

—Lo decía por decir. *Ademáz, zi noz vamo* a *ezcapar*, *neceзитamoz* dinero para *zobrevivir*...

—¿Dónde está Mathias? —preguntó Twelve.

—No lo *zé* —respondió Lapo—. Ha *eztado* todo el día *rarízimo*.

Pasos. La escalera de cuerda se tensó en la oscuridad.

—¡Ahí *eztá!* ¡*Ez* él! —exclamó Lapo.

El muchacho apareció en el tejado, jadeante. No saludó a nadie, pero buscó a Twelve con la mirada.

—Perdona, Twelve. Antes de irnos, ¿puedo hablar contigo un segundo? ¿En privado? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir, Mathias?

—¡Es tarde!

—¡Tenemos que irnos!

Twelve los acalló. Miró a Mathias. Vio que le chispeaban los ojos, febriles.

—Esperadnos aquí —ordenó Twelve a los demás—. Volvemos ahora mismo.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Mathias.

—Me equivoqué. No es una calculadora —dijo el muchacho con voz temblorosa—. Lorenz. El gólem escondido en el tejado. No es un escribano...

—Mathias...

Mathias le cogió una mano.

—Es una radio —le explicó—. Lorenz es una radio.

Twelve seguía sin entender.

—168.1 —susurró Mathias—. Eso es lo que aparece escrito en la antigua antena de radio que queda entre las chimeneas de la Academia. 168.1. La frecuencia en la que transmitía Humo todos los domingos por la tarde...

¡Humo!, pensó Twelve.

¿Humo era una voz en la radio?

—Así que lo he intentado, Twelve... He intentado sintonizar a Lorenz y lo he escuchado. He escuchado a Humo y le he hablado.

—¿Tú has hablado con Humo? ¿Y cuándo?

—Hace unos minutos.

—¿Y qué le has dicho?

—¡Le he dicho que venga a buscarnos! —exclamó Mathias con los ojos desorbitados.

Se trasladaron al otro lado de la montaña de trastos que protegía la silueta silenciosa del gólem. Lorenz estaba pulido y parecía que el cajón que tenía frente a él hubiera sido frotado con cera.

—¡La otra vez no entendí nada! —comentó Mathias—. Pero es que no tenía el Lenguaje para experimentar... Y sin embargo... ¿Ves el cacharro que tiene delante? Es una radio vieja con los canales programados...

Twelve lo observó en silencio, estupefacta.

Mathias se sacó del bolsillo la llave de activación del gólem y se la introdujo en la nuca. La giró tres veces.

—Buenas noches, Lorenz —dijo, mientras lo hacía.

—Buenas noches, amo Mathias.

—Enciende la radio.

—Cuidado, amo Mathias. Se avecina una tormenta, las descargas electroestáticas pueden dañar mis circuitos.

—Te he dicho que enciendas la radio.

—Sí, señor. Radio encendida.

El cajón frente a ellos se iluminó como un tióvivo de feria, las agujas vibraron en los indicadores, los botones se colorearon de verde y de rojo.

Entonces, de una rejilla que había en el centro de la máquina empezó a surgir un zumbido como un enjambre de mil avispas enloquecidas.

—Enumera las frecuencias programadas —ordenó Mathias.

—Uno: Radio Danubia; dos: Radio Erótica...

A Twelve se le escapó la risa y Mathias se sonrojó más que Lapo cuando se ponía nervioso.

—Cuatro: Radio de la Defensa; cinco: Humo. Frecuencia uno seis ocho punto uno...

—¡Esa! —exclamó de repente Mathias—. Lorenz, sintonízate.

—Sintonización en curso. Precaución, amo Mathias. Se avecina una tormenta, las descargas electroestáticas pueden dañar los circuitos.

—Sí, sí, lo he entendido. Sintonízate.

—Las descargas electroestáticas...

—¡Es una ORDEN! —dijo Mathias, cambiando de repente de su tono de voz normal al que precisaba el Lenguaje.

Los ojos de Lorenz resplandecieron dos veces.

Entonces el gólem dijo, como si estuviera hablando con alguna otra persona muy muy lejana:

—Aquí el Gólem Lorenz Radio 1, ¿me escucháis? Gólem Lorenz Radio 1, ¿me escucháis? Cambio...

Silencio y ruido de descargas.

—Gólem Lorenz Radio 1, ¿me escucháis? Gólem Lorenz Radio 1, ¿me escucháis? Cambio...

Twelve siguió escuchando haciendo trompetilla con las manos alrededor de los oídos y un nudo en la garganta.

Entonces, por el altavoz tras la rejilla finalmente se escuchó una voz.

—Gólem, te escuchamos. Aquí Humo. Cambio.

—¡Es Humo! —chilló Twelve—. Mathias, ¿se puede hablar con ellos directamente?

El muchacho señaló una especie de esponja unida a un cable completamente retorcido.

—Es un micrófono —explicó—. Aprieta el interruptor.

Twelve casi se lo arrancó de la mano.

—Hola, hola, soy Twelve. ¿Hugo, eres tú?

—... tienes que decir «cambio» —le indicó Mathias en voz baja.

—Cambio.

Un momento después, del otro lado respondieron:

—¿Puedes repetir?

—Soy Twelve, al habla desde la Decimonovena Academia. ¿Está Hugo? ¡Tengo que hablar con Hugo Eight! ¡Es urgente! ¡Cambio!

—Yo..., FZZZ..., pero..., espera..., FZZZ...

Transcurrieron casi diez minutos, que Twelve pasó allí plantada, con el micrófono en la mano, temblando de la cabeza a los pies, hasta que al otro lado alguien dijo:

—¿Hola? FZZZ... ¿Twelve? Soy Hugo. Cambio.

—¡Hugo! ¡Hugo, cuánto me alegro de oírte!

—Yo también... FZZZ... Y ahora es-es-escú-cú-cú...

Mathias le rozó un codo.

—No se escucha casi nada, la comunicación se corta...

Pero Twelve le sonrió.

—No, solo es mi amigo, Hugo Eight. ¡Es tartamudo!

—¡Escú-cú-cúchame b-b-bien, porque so-so-solo tenemos una oportunidad!

La tormenta azotaba Danubia con una avalancha de nubarrones oscuros. Los rayos rasgaban la noche como heridas de luz, los truenos eran tan fuertes que la tierra temblaba. La lluvia era una catarata de agua templada, tan densa que impedía ver a un palmo de la nariz, tan impenetrable que, en un segundo, Twelve estuvo empapada de la cabeza a los pies.

—¡Tú estás loca! —gritó Lobo para que su voz se impusiera al fragor de la borrasca—. ¡Nunca llegarán! ¡No pueden salir en una noche como esta!

—¡Vendrán, te he dicho! ¡Vendrán!

En el tejado, con ellos, estaban los demás fugitivos, todos empapados, abrazados a las chimeneas de la Academia. Lapo, Mathias, Ninon, Henna y Cressida, Gerald y Jane, Lunático, Mister Brown, Mia.

Y Rebecca, que Lobo y Twelve acababan de transportar allí arriba.

Una maraña de relámpagos iluminó los tejados junto a ellos.

—¡Quedaos quietos! ¡Esperad! —gritó Twelve. Vio algo destellar entre las nubes.

—¡Que nadie se mueva! ¡Ahí están!

—¿Dónde?

—¿Qué?

—¡No me lo puedo creer!

—¡Es un prodigio!

—¡No es un prodigo...! ¡Son... cuerdas!

Los cables de acero bajaban del cielo uno tras otro, con un peso en el extremo para que el viento no los hiciera oscilar demasiado. Se columpiaban en el vacío,



como si descendieran directamente de las nubes de tormenta.

Twelve entrecerró los ojos en la lluvia y vio, mucho más arriba, la silueta gris de una aeronave gigantesca que se mantenía en equilibrio sobre ellos. Escondida en una nube de borrasca, aparecía y desaparecía a intervalos; allí se veía un alerón y un trozo de la cabina de pilotaje, y una puertecilla abierta en un costado, tal vez se intuyera a alguien que miraba hacia abajo, saludaba y hacía señas.

Habían venido a buscarlos.

Humo. Hugo. Los terroristas de Dinamo Gray habían venido a buscarlos para llevarlos a un lugar seguro, lejos de la Academia, para siempre.

—¡Tenemos que subir a bordo! —gritó Twelve—. ¡Que cada uno detenga una cuerda y se agarre, rápido!

—Twelve, yo tengo miedo... —murmuró Ninon.

Ella le sonrió, cogió a la niña y la apretó contra su cuerpo.

—Ahora tienes que agarrarte a mí, fuerte, fuerte, y todo irá genial. ¿Vale? Lapo, por favor, ayúdame con el arnés.

Lapo obedeció y se apresuró a atar a Ninon y a Twelve con uno de los arneses de escalada de Spider.

—¡Gerald! ¿Coges tú a Rebecca?

—¡Está aquí conmigo! ¡Arriba, vamos!

—¡Entonces vamos, vamos, vamos! ¡No tenemos demasiado tiempo!

Twelve evitó que el lastre de uno de los cables le golpease la cabeza. Agarró el cable y tiró de él hacia abajo.

—¡Tweeelve! —gritó Ninon, mientras ambas chicas se aferraban al cabo y empezaban a balancearse a merced del viento.

—¡No tengas miedo! —exclamó Twelve, riendo y llorando a la vez—. ¡Vamos, chicos! ¡Rápido!

Gerald cogió un cable, lo fijó a las tejas y trepó por él. Mia hizo lo mismo. Luego Mister Brown ayudó a Henna, Cressida y Jane. Y él también se asió.

—¡Muajajajajaja! —rio Lunático y se aferró a un cable de un salto y empezó a balancearse como un loco.

Cada vez que alguien se agarraba a ellos, los cables ascendían hacia la oscuridad de la nube, absorbida entre los relámpagos.

—¡Mathias! ¡Lobo! ¡Lapo!

Sobre el tejado azotado por el viento y la lluvia, Lapo miró a Mathias y agitó los puños contra el cielo.

—¡Ez que no me puedo ir zin ti!

—Pero eso es lo que harás, amigo mío. Alguien se tiene que quedar aquí. Alguien que mantenga el contacto entre la Academia y el resto del mundo. El contacto con vosotros. Porque esto no termina aquí, ¿verdad, Twelve?

Y ella se dio cuenta de que Mathias tenía razón. No había acabado. Ellos estaban escapando, pero aún había muchos otros prisioneros.

No habían terminado.

Todavía no.

—¡Zi tú no vienez, yo también me quedo!

—Deja de decir tonterías —estalló Lobo—. Esta es una orden del jefe de tu manada: ¡vete, Lapo!

Cogió al pequeño Lapo y lo enganchó a uno de los últimos cables con un mosquetón.

—Agárrate fuerte —le ordenó.

—Y que tengas buen viaje —dijo Mathias.

Twelve contempló a los dos chicos que se habían quedado en el tejado.

—¡Lobo! —le llamó una última vez.

Él le sonrió.

Entonces los lastres se soltaron del tejado y los últimos cables desaparecieron en el vientre de la aeronave, y el enorme velero azotado por el viento tomó altura, y Twelve gritó, Ninon gritó y los cabos azotaron el cielo como locos, y por debajo Mathias y Lobo se hicieron pequeñitos, insignificantes, y aún más abajo Twelve vio el jardín de la Academia, el invernadero en obras, a los Harapientos que maldecían, y le pareció divisar incluso a Mister Peele, que cogía algo, tal vez un fusil viejo, y disparaba al cielo contra ellos.

Pero no podía alcanzarlos.

O tal vez solo fueran los truenos que restallaban a su alrededor.

Los truenos y su corazón desbocado.

Twelve abrazó con fuerza a la pequeña Ninon, mirando a sus amigos, que ascendían con ella hacia lo desconocido, y pensó que no podía haber nada más hermoso que aquella incertidumbre húmeda y atronadora que se cernía sobre ellos, arrastrándolos quién sabe adónde.